

LA ALDEA DE
LOS SECRETOS
dormidos

GAIA JIMÉNEZ

LA ALDEA DE
LOS SECRETOS
dormidos
GAIA JIMÉNEZ

Código de registro: **2402066860129**

Fecha de registro: **06-feb-2024 16:19 UTC**

En la vida solamente hay dos tipos de personas: los lobos y los corderos.

Patricia Cornwell

Norte de Italia, 25 de abril de 1945

Silencio. La joven maestra había contado los minutos en su cabeza mientras observaba, a través de un agujero en la pared, el camino que se perdía entre la espesura del bosque hacia las montañas, pero solo encontró el ensordecedor silencio que queda cuando todo lo demás ya no existe.

Un niño lloraba a su espalda, arrebuñado contra su falda de algodón; parecía haber entendido que ella era lo único a lo que, entonces, podía aferrarse; todo lo demás, se lo habían arrebatado.

La joven se giró y los miró de nuevo. Los contó a todos, cuatro en total, cuatro supervivientes que, en realidad, tan solo eran niños hambrientos y arrancados del calor de sus hogares. Con el pulgar, limpió las mejillas del pequeño que lloraba sin hacer ruido, aun temblando por las cosas que habían visto pasar ante sus ojos y el corazón se le volvió a revestir de piedra. Ya no había piedad en su mirada, ni deseo alguno de perdonar.

Un bebé rompió a llorar, quebrantando el silencio de la noche, y la joven maestra entendió que había llegado la hora de hacer algo más que permanecer escondida tras la alacena de la casa que había heredado de su madre. Lo acunó contra su pecho y le cantó una nana torpe entre sus labios apretados por la rabia. No tenía nada con lo que alimentar a los niños, ni siquiera podía dar leche a los dos bebés que había logrado rescatar a tiempo. Sabía que iban a morir, en medio de la noche, como mueren los hambrientos, con las mejillas hundidas y los ojos perdidos. Y si el hambre no los alcanzaba, lo haría el frío, el abandono o la soledad.

Meciendo a la criatura que aguardaba en su regazo volvió a espiar a través del agujero en la pared, pero la aldea permanecía sumida en el silencio que precede al amanecer. Sabía a dónde los habían llevado a todos, y sabía que no habría nadie en las mansiones a aquellas horas de la madrugada. Fue entonces cuando comprendió que tendría que darse prisa, subir a la casona y robar lo que hubiera quedado de la copiosa cena con la que agasajaban al enemigo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó al único de los niños que permanecía con los ojos puestos en el agujero de la pared. Tenía la mirada casi tan dura y fría como ella, cubierta de un odio visceral que nada tenía que ver con la infancia. No respondió, pero eso ya poco importaba— Quédate aquí y cuida de ellos. No tardaré en regresar.

Dejó al bebé dormido sobre una manta improvisada en el suelo, y salió de la casa sin hacer ruido. La oscuridad de la noche le permitía moverse sin ser vista y ascendió la cuesta de piedra, haciendo lo imposible para no contemplar el rastro de destrucción que aquellos malnacidos habían sembrado a su paso.

La luz de las velas se reflejaba en el pulcro cristal de una de las mansiones Caruso y avanzó sin cuidado, pues sabía que no quedaba nadie en el interior. No perdió el tiempo contemplando los tapices, los muebles de nogal o el gran sillón al que aquellos malnacidos arrastraban a sus presas a cambio de algo que llevarse a la boca, enfiló el pasillo que se perdía hasta la cocina en busca de la alacena, dispuesta a robar cualquier cosa con la que pudiera paliar el hambre de los pequeños, sin embargo, un destello metálico captó su atención. Lo miró solo un instante, apoyado contra un sillón de piel y supo lo que era, y supo lo que tendría que hacer con él.

Lo cogió firme entre sus manos, y el calor de su vientre le caldeó los huesos; en su pecho se desató el amargo de la venganza, y sus ojos se iluminaron con el fuego que lo había destruido todo. Deshizo sus pasos y caminó por el estrecho sendero que conducía hacia las montañas, dispuesta a terminar con la sombra de la desgracia que había descendido sobre todos ellos. Al amanecer, nadie contaría la historia de cinco supervivientes que lo habían perdido todo, porque

nadie subiría hasta allí si ella podía evitarlo.

1

HOY EMPIEZA TODO

Gideon

Camino rápido, con decisión, apretando con más fuerza lo que llevo sujeto entre las manos. La aspereza de su superficie me hace daño en los dedos, y ese dolor consigue que me aferre aún más a la convicción de seguir hacia mi destino.

Subo la loma y enfilo el sendero que conduce hacia el viejo manzano. Es fuerte y sus ramas gruesas han debido de soportar más de un vendaval. Cuando alcanzo a colocarme a sus pies, contemplo las hojas que se mueven con el viento y les pido perdón por profanar su descanso. Rodeo el tronco con las manos, preguntándome si seré capaz de trepar hasta arriba.

Paso la cuerda por la rama más alta y trato de recordar cómo hacer el nudo, obviando la imagen de todos los fantasmas que me han seguido hasta aquí y que aguardan, impacientes, verme pagar por todos mis pecados. Los nervios me nublan la vista y me impiden averiguar si he logrado colar el cabo por el interior de la lazada, así que dejo lo que estoy haciendo y me limpio las lágrimas de los ojos. Entonces, la veo.

Se ha parado a escasos metros del sendero y mira hacia arriba, con sus dos pequeños y chispeantes ojos repletos de inocencia y vida. Tiene una trenza morena y maltrecha que cae a un lado de su cuerpo enclenque; se sube las gafas con los dedos de una mano y entorna los ojos en dirección a la rama sobre la que sigo sentado. Nunca la había visto por aquí y me pregunto cuánto tiempo llevará observando.

Un destello de sol capta mi atención por completo, y desplazo la mirada hacia más allá de las rodillas de aquella niña que ha aparecido en lo alto de la loma como si hubiera crecido en medio del camino durante la noche.

—No puede ser —susurro, aterrado, y el brillo del sol me devuelve la visión de su pierna mutilada—. Es una alucinación, eso es todo. Ella no es real.

Pero la niña ha decidido apresurar sus pasos hasta el árbol. Oigo el sonido chirriante que hace su prótesis mientras continúa corriendo hasta mí, y cierro los ojos. Cuando los abro de nuevo, su rostro menudo me sorprende justo debajo de las hojas en movimiento.

—¡Lánzalas! —ordena y luego señala con la cabeza hacia el extremo de la rama del manzano cargado de fruta roja y fresca. Se ha hecho un cestillo con el filo de la camiseta y espera, curiosa —, puedo recoger, al menos, diez manzanas. Si coges tu camiseta y haces lo mismo que yo, tendremos diez más.

Parpadeo, sin saber de dónde ha salido esta niña. Cuando estoy preparado para dar un salto y bajar del árbol, alguien grita su nombre al otro lado del camino y la observo girarse hacia la loma. Entonces recuerda que sigo aquí y me mira otra vez, y las gafas vuelven a resbalar sobre su nariz pequeña y morena. Sonrío, contra todo pronóstico, y ella me devuelve la sonrisa.

—Mi madre me está buscando.

—Ve, antes de que te metas en líos, *Candela*. —respondo intentando averiguar si he pronunciado bien su nombre.

—Oh..., quería llevarle todas las manzanas a mamá —dice apenada.

—Tranquila, yo lo haré. —Sonrío y zarandeo el extremo de una de las ramas más bajas haciendo que dos frutas demasiado maduras aterricen en el suelo a sus pies.

Candela chilla de entusiasmo mientras se agacha y las recoge con las manos, y entonces da media vuelta y echa a correr de nuevo, hacia el lugar del que ha salido, sea cual sea. Trago saliva, tratando de no fijarme en la barra metálica que desciende de su rodilla izquierda y que acaba en un pie artificial enfundado en unos zapatos de cordones apretados, pero no soy capaz de prestar atención a nada más. Cuando llega al punto más alto de la loma y está a solo unos pasos de perderse al otro lado, se gira y lleva una mano pequeña a sus ojos para que el sol le permita mirarme de nuevo.

Se ha guardado sus manzanas en la bolsa improvisada que se ha hecho con la tela de la camiseta y sonrío, dejándome ver una encía a la que le faltan varios dientes.

—¡He olvidado preguntarte cómo te llamas! —exclama y espera a que le responda.

—Me llamo Gideon Alexander Sexton, pero todos me llaman Gideon.

—Gideon, ¡me gusta!

La voz de una mujer vuelve a gritar su nombre y la niña se apresura a retomar el sendero. Pero sus pies se resisten a cumplir la orden, como si en lo más profundo de su corto entendimiento hubiera comprendido el peligro de dejarme aquí solo, subido a la rama más alta y con esta cuerda entre las manos.

—Esta tarde voy a dar una fiesta de bienvenida. Estaremos solo el señor Pooh y yo, pero te daremos un vaso de leche con canela y un trozo de pastel recién hecho si vienes antes de que me toque ayudar a mamá a deshacer las maletas.

—¿Las maletas?

—Mi mamá y yo vamos a vivir en este sitio tan increíble, ¿te lo puedes creer? —chilla entusiasmada, pero deja de dar saltitos en cuanto las manzanas amenazan con salirse de su cesta improvisada—. Recuérdalo, Gideon, te esperamos para el té. Hoy empieza todo, así que no llegues tarde.

El corazón me da un vuelco cuando escucho sus palabras, y me llevo la mano a los ojos, protegiéndolos del sol para verla por última vez antes de que se pierda al otro lado del sendero. Entonces descendo despacio, agarrándome a las ramas más bajas, solo que, esta vez, pretendo coger tantas manzanas como pueda acarrear yo solo.

Abandono la cuerda, haciéndola volar por el aire hasta que desaparece de mi vista, y regreso a casa cargando un cesto de fruta, pero ladeo la cabeza antes de irme, contemplando el árbol por última vez.

2

FUGITIVAS

Isabel

Avanzo por el camino de tierra sin saber a dónde dirigirme, no tengo un mapa que me ayude a localizarme y el GPS hace tiempo que ha perdido la señal. Arrastro dos grandes maletas sin detenerme a pensar en todas las cosas que hemos dejado atrás.

Evito mirar a Candela, pues tan solo la visión de su mochila cargada de peluches me parte el corazón. Lleva al señor Pooh agarrado fuerte entre sus manos, y ya van cinco las veces que me he prometido a lo largo de la mañana que sacaría un hueco para limpiar la mugre del peluche al que no deja de aferrarse como si fuera todo lo que conoce en el mundo. Arrastra la prótesis por encima de la gravilla del sendero de tierra y sé que debe de estar tan agotada como yo. Solo deseo tener un lugar en el que darle el descanso que merece antes de que acabe el día, pero cuando llegamos al pueblo no imaginé que tendría que hacer el camino a pie hasta las montañas.

Detengo mis pasos, miro a lo lejos y una sonrisa embargada de tristeza aparece en mis labios por primera vez en algunos días. Ya se distinguen los edificios de piedra colmados por los tejados de pizarra y sé que he conseguido encontrar la aldea. Son apenas diez o doce casas repartidas entre un risco de tierra verde y burbujeante de vida, pero tan alejado del mundo que ha empezado a morir deprisa. Ya me lo imaginé cuando leí el anuncio, pero esto es lo único que nos queda.

—Eh, solecito, ¿qué te parece si paramos un momento a comer? El señor Pooh debe de estar hambriento. He oído sus tripas durante todo el camino. —Me agacho para mirar a Candela a los ojos y ella se ríe en cuanto mis dedos rozan su barriga hambrienta, buscando los puntos débiles en los que se esconden las cosquillas. El sonido de su risa infantil es todo lo que necesito para confirmar que estoy haciendo lo correcto.

Con una reverencia, que hace que Candela aplauda de entusiasmo, le señalo un tronco de árbol que yace tumbado sobre el suelo, y se sienta, con la ceremonia más pomposa de las casas reales de las princesas a las que tanto le gusta imitar. Abro la mochila que llevo a la espalda y saco dos bocadillos de tortilla y nuestras botellas de agua fresca. Espero a que esté acomodada y me siento a su lado. Algún día, cuando sea capaz de entender todo esto, le hablaré de lo valiente que puede llegar a ser una niña de tan solo cinco años.

—¿Habrá ponis en el lugar al que vamos? —pregunta, con la boca llena, a pesar de que le recuerdo que es de mala educación.

—No lo sé. —Me encojo de hombros tratando de que no se dé cuenta de lo cerca que estoy de tambalear en mis propósitos y regresar al infierno del que hemos salido—. Pero tengo entendido que hay muchos gatos y también gallinas, y hasta puede que haya algún cerdo.

—¿Vacas? Las granjas tienen vacas, ¿verdad? —Asiento y ella sonríe de nuevo antes de darle otro bocado a su comida.

Las gafas le resbalan por la nariz, y una de las patillas sigue sujeta con celo. Se rompió después de que dejáramos nuestra casa y aún no he encontrado el momento para arreglarlas, sin embargo, tengo que hacerlo, porque ya no nos podemos permitir comprar unas nuevas.

—Candela, cariño..., sé que esto no se parece en nada a nuestra casa, pero... —No encuentro las palabras adecuadas para hacerle entender que todo ha cambiado, aunque ella sale a mi

rescate, como siempre, como no debería haber hecho jamás.

—Me encanta el campo, mamá, ¡va a ser tan divertido! Podemos hacer una cabaña en un árbol, le pondremos cortinas e invitaremos a todo el mundo a merendar.

La miro, sonriendo, porque todo lo que imagina su cabecita me parece excepcional. Ella no se da cuenta, porque sigue perdida en cuántos dormitorios tendrá su palacio, o en lo divertido que sería que pudiera transformarse en un cohete y echar a volar. Ha dejado todos sus juguetes en una habitación abandonada en una casa a la que ya no va a volver, y a unos pocos amigos que no la encontrarán en el vecindario al terminar las vacaciones.

Cierro los ojos y regreso allí, dejándome arrastrar por esa parte de mi mente que insiste en que nunca debería haber huido. Sigo tratando de convencerme de que es el viento quien susurra llamándome entre las montañas, y no *él*, que nos busca, desesperado, para llevarnos de regreso a un infierno disfrazado de hogar. Aún lo siento ejerciendo su poder, cantándose al oído, como una sirena que solo pretende ahogarme en el mar.

—... y tendré una corona de oro y tomaré el té con el señor Pooh todos los días a las cinco, como la reina Isabel —continúa Candela, pero entonces, su sonrisa se borra y el temor le nubla los ojos—, pero no volveré a romper las tazas, lo prometo, porque eso hace enfadar a papá.

«Papá» ya no puede enfadarse con alguien que no está. Doy un trago a mi botella de agua y me limpio las migas de pan de los pantalones. En este momento, decido que ya es hora de regresar al camino y me pongo en pie justo cuando el sol ha dejado de arrojar sombras sobre la tierra dormida. Es temprano, demasiado para una mujer y una niña que caminan solas por lugares desconocidos.

—¿Sabes una cosa? —le pregunto a mi princesa favorita—, hace un ratito he visto las casas al otro lado de esa pequeña loma. Estamos cerca, y cuando lleguemos podremos descansar.

—No quiero descansar, tengo mucho trabajo que hacer. Para empezar, buscaré un árbol lo suficientemente grande para construir mi palacio. —Me tiende una mano y yo la sostengo, tirando de ella para que se ponga en pie.

Nunca se queja del dolor o el cansancio, pero he aprendido a detectar las señales. Miro la prótesis, asegurándome de que no se ha aflojado por la caminata, aunque todo parece estar en su sitio. Da un par de saltos y se adelanta en el camino, y sé que solo nos queda un recodo antes de la localización que venía en el anuncio del periódico.

No he encontrado ningún teléfono al que llamar para avisar de nuestra llegada, pero aseguraban trabajo, techo y comida para todo el que estuviera dispuesto a ayudar a reconstruir una aldea tan longeva y deshabitada que está a punto de desaparecer.

Mientras caminamos en silencio voy preparando las respuestas a todas las preguntas que puedan hacerme, como mi nombre y nuestro lugar de procedencia, pero ya he tomado la decisión de no ocultar nuestra identidad. Nosotras no hemos hecho nada malo, excepto ponernos a salvo.

Levanto los ojos del suelo en cuanto diviso el borde adoquinado del sendero que llega hasta el centro mismo de El salto de la Madonna, una aldea muy pequeña y ruinosa cuyos habitantes aún permanecen dormidos. Al contrario que los animales de granja que campan a sus anchas entre las calles estrechas, como la cabra que desayuna geranios de uno de los balcones de ventanas cerradas, o las gallinas que cruzan a toda velocidad por encima de nuestros pies o...

—¡Mira, mamá! ¡Una vaca!

O la vaca con cara de pocos amigos que se pregunta quién diablos debo de ser yo y por qué estoy pisando el pasto que crece entre las losetas sueltas del camino empedrado. Candela se acerca tanto que de pronto siento miedo de que pueda atacarla, sin embargo, parece que está acostumbrada al contacto con la gente y deja que le rasque el lomo, agradecida, moviendo

apaciblemente la cola.

Miro a mi alrededor, tratando de encontrar algún establecimiento donde pueda parar a preguntar, pero aquí no hay absolutamente nada más que casas viejas y grandes, de tejados combados, construidas unas casi encima de las otras. Entre ellas serpentean calles que se pierden a lo lejos para regresar, como en un circuito cerrado, al mismo lugar en el que me encuentro detenida.

—*Buongiorno*. —Oigo el saludo pronunciado en un italiano tan cerrado que tardo unos segundos en entender qué ha dicho la voz a mi espalda.

Me giro en todas direcciones sin alcanzar a ver de dónde proviene. Entonces detecto el ventanuco verde mar que se ha abierto en la segunda planta de una de las casas más cercanas a la entrada del pueblo y al hombre de nariz sonrojada que me contempla con una sonrisa en los labios cuarteados por el tiempo y los años.

—*Buongiorno*, me llamo Isabel, y he venido por el anuncio en el periódico.

—Si me disculpa un momento...

Abro la boca para preguntarle a dónde va, pero ya ha desaparecido en el interior de la vivienda. Unos minutos más tarde, oigo el pesado cerrojo descorrerse y contemplo a un hombre agazapado sobre su bastón aparecer por el dintel de la puerta abierta. Me tiende la mano en señal de bienvenida y la aprieta con fuerza en cuanto le ofrezco la mía.

—Mucho gusto, mi nombre es Aurelio de Luca, y soy... algo así como el alcalde. Veo que ya conoce a Matilda. —Señala a nuestro alrededor y sonrío mientras arranca uno de los geranios de su balcón y se lo tiende a la vaca—. Me temo que ha llegado tarde, *ragazza*, el reparto de viviendas ya ha sido sorteado.

Aguzo el oído para comprobar que he entendido bien lo que ha dicho entre esa maraña de palabras apretadas, impregnadas de algún dialecto de montaña, y abro la boca, aterrada, cuando me doy cuenta de lo que acaba de decirme, pues no contaba con esto, y empiezo a preguntarme por qué demonios no se me ocurrió pensarlo antes. Miro a Candela, que sigue arrancando flores para dar de comer a Matilda, y el miedo me paraliza al pensar que quizá tengamos que pasar la noche en un albergue. No tengo dinero para alquilar una casa y apenas me queda algo para poder comer un día o dos más.

El hombre encorvado comienza a reírse al ver la cara desencajada que debo de estar poniendo, pero, por más que lo intento, no le encuentro la gracia a esta situación.

—Tesoro, ¡es una broma! —Abre los brazos abarcando todo cuanto nos rodea, como si fuera evidente que no ha venido nadie más—. A ningún ser humano se le ocurriría venir a esta *maledetta* aldea que se cae a pedazos, a menos que esté desesperado. Dígame, ¿está desesperada? Pues ha venido al lugar indicado.

Camino hacia atrás, preocupada de que este hombre sea un completo chiflado, y busco con los ojos a Candela, que se desplaza por los entramados de las calles como si llevara toda su vida habitando en este lugar. Tengo tantas preguntas en la cabeza que no presto atención a las palabras del anciano cuando vuelve a abrir la boca para dirigirse a mí:

—Usted es la segunda persona que llega al pueblo en los últimos... seis meses. Pero quiero que sepa que son bienvenidas. ¡*Madonna*, una *piccola*! —Se agacha hacia Candela y da un leve saltito de alegría—. ¡La vida emerge de nuevo! Es un formidable reclamo para atraer a otras familias, ¿no le parece? Pero no la entretengo más, si es tan amable de acompañarme, la llevaré hasta la casa del viejo Pino.

—¿El viejo Pino? —pregunto, pero el hombre no deja de azuzarme con el bastón para que retome el sendero hacia el otro lado del pueblo.

—El único habitante que aún conserva todas las habitaciones de su casa en perfecto estado, ¿o acaso cree que voy a permitir que la pequeña duerma sobre un lecho de humedad y podredumbre? No, no, no, de eso ni hablar. —Asiente con la cabeza e insiste para que sigamos caminando.

El sendero se convierte en un carril de tierra rojiza que se pierde bajo una pequeña loma y tras ella emerge un caserío descomunal rodeado de tierra fértil y descuidada.

—Su marido tendrá mucho trabajo por delante cuando se reúna con ustedes, pues, además de arar y sembrar, habrá que reparar las estructuras de las casas antes de que otras familias se animen a mudarse con nosotros.

—No hay marido, me temo que solo somos mi hija y yo —respondo, incómoda por la forma tan indiscreta que ha elegido para averiguar más sobre nuestra procedencia.

El hombre me mira con más atención, pero le brillan los ojos, como si acabara de comprender la situación.

—No se preocupe, es usted joven y parece fuerte, creo que podrá llevar a cabo el trabajo igual de bien que si fuera un hombre. Además, no trabajará sola, pero eso es mejor que se lo explique Pino cuando llegue hasta allí. Si me disculpa, tengo tareas que hacer.

Abro la boca para protestar por haberme abandonado a mi suerte delante de la propiedad del tal señor Pino, pero el extraño hombrecillo ya se ha dado la vuelta para regresar, y observo, asombrada, la rapidez que adquieren sus pies pequeños al caminar de vuelta a la aldea.

Me giro y agarro con fuerza el asa de ambas maletas. Respiro profundo y vuelvo a recitar, en silencio, la lista de motivos por los que he llegado hasta aquí; resulta mucho más fácil que la tarea tediosa de recordarle a mi cabeza por qué no puedo regresar a casa. Me concentro en la puerta que tengo delante y la ansiedad y el miedo hacen que me tiemblen los dedos al cerrarlos en un puño. Le he prometido a Candela que tendría un lugar en el que descansar del viaje y voy a cumplir mi palabra.

—Mamá, ¿puedo ir a explorar? He visto manzanas al otro lado del sendero —pregunta Candela a mi lado, y veo cómo se descuelga la mochila y deja al señor Pooh sentado sobre ella. Se agacha lo justo para ajustarse la cinta de su pierna ortopédica y da media vuelta sin esperar a que le responda.

—Sí, mi amor, pero no te alejes demasiado y ten cuidado.

En realidad, creo que es buena idea si hago esto yo sola, así, si resulta que el tal Pino no nos quiere en su casa, no tendrá que presenciar cómo me derrumbo, agarro las maletas y decido poner fin a nuestra aventura. No le he contado por qué nos hemos ido, pero, en el fondo, ya conoce la respuesta.

La sigo con la mirada mientras desaparece en lo alto de una loma que se pierde más allá de los árboles frutales que hemos visto en el camino, entonces carraspeo con firmeza, llevo la mano de nuevo a la puerta y golpeo la hoja de madera maciza. Espero en silencio, aunque nadie acude a mi llamada. Cuento hasta cinco, después hasta diez, y cuando creo que ese hombrecillo me ha tomado el pelo y aquí no hay nadie que nos espere, un gallo atraviesa la rendija abierta a toda velocidad y grito asustada. La risa de un hombre, cascada por los años, me da la bienvenida.

—¿Quién va? —pregunta.

Respiro con fuerza y me preparo para cambiar el curso de nuestras vidas.

3

UN REFUGIO

Gideon

El sonido del café me distrae de la conversación que se desarrolla a solo un par de habitaciones de aquí y vuelvo a concentrarme en mantener viva la lumbre. Aquí todo sucede a fuego lento, y creo que ese es el motivo por el que decidí que podía quedarme un tiempo. Luego pasaron los días, y las semanas se convirtieron en meses, pero la tranquilidad de las montañas no ha resultado ser el bálsamo reparador de todas mis pesadillas. Esto ya no tiene sentido y seis meses es demasiado tiempo para continuar con esta tortura.

Oigo como la mujer que ha venido con la niña hace una pregunta y trato de apresurarme antes de que finalice la entrevista y me encuentre en la cocina. No me estoy escondiendo de ellas, pero la vergüenza por haber sido sorprendido esta mañana en el manzano me ha hecho tomar distancia de la cría y su madre. Las he oído hablando con Pino en el salón. Van a quedarse, lo que no sé es por qué están aquí.

Ni siquiera yo sé bien qué hago aquí y todavía no entiendo cómo logré encontrar este refugio entre las montañas, un refugio que, pese a los intentos de los vecinos, está condenado a morir en el olvido.

Me inclino un poco hacia la puerta de la cocina y espero a oír la respuesta que tiene que darle a la pregunta que acaba de hacerle Pino. Ha repetido al menos cinco o seis veces eso de que no se está escondiendo de nada, pero tengo mis dudas, pues ha traído solo dos maletas y un par de mochilas preparadas con prisas y completamente al azar; y luego está la niña... he visto cómo se aferra a su oso mugriento, como si quisiera esconder en él aquello que más teme. Su pierna... hacía tiempo que no veía una prótesis en una niña tan pequeña.

Oigo como se remueve sobre la silla, tal vez inquieta por las preguntas tan directas de Pino, y me escabullo hacia la alacena. Sé que tarde o temprano tendré que pararme frente a ella, darle la mano y presentarme debidamente, pero no es fácil. No quiero que se asuste de mí.

Todavía me pregunto qué ha sido lo que Candela ha sentido al mirarme, aunque sé que los niños solo ven las partes buenas de la gente; lo roto, lo feo, es invisible a su inocencia. Me llevo la mano al mentón y repaso las cicatrices con la yema de los dedos.

Cuando la entrevista termina, la risa de la chiquilla se cuela como un vendaval a través del quicio de la puerta abierta, seguida de la aceptación para tomar el té del viejo, y sonrío imaginando que no le habrá costado demasiado arrastrar a Pino en sus aventuras con el señor Pooh. Yo mismo estoy invitado a formar parte de la fiesta de bienvenida, pero su madre ha empezado a subir las maletas hacia la habitación del ala oeste y no quiero salir y abordarla en el pasillo. Aun así, sé que tengo que darle la bienvenida, pues no puedo esconderme eternamente.

Oigo como cierra la puerta del dormitorio y me apresuro a volver al cobertizo de la leña y traer unos cuantos troncos más para avivar el fuego, pero evito salir por la puerta principal porque eso solo conseguiría que Candela me raptase a mí también; y tengo la sensación de que no intentaría obtener de nuevo la libertad. Me gusta la vida que destila con cada risa fresca que me regala sin saber que acaba de salvarme la vida.

Salgo de la casa usando la ventana de la despensa en cuanto oigo como su madre baja de nuevo, y me aseguro de cerrarla antes de que pueda colarse ese gato que no para de acurrucarse

entre las mantas de mi cama.

El cobertizo de la leña es solo un anexo a la casa, pero comparte el muro con la pared de la cocina. Supongo que, en algún momento, Pino entendió que no podía seguir cargando troncos él solo y decidió que alguien se los dejara donde pudiera cogerlos con facilidad. Siempre me sorprende la capacidad de supervivencia de los ancianos que viven en esta aldea y a veces tengo la intuición de que han hecho un pacto silencioso para no morir antes de haber conseguido llenar de vida esta tierra.

Oigo a Candela preguntándole a Pino si quiere tomar más de su té, aunque los maullidos lastimeros de Azalea dando a luz en el granero parecen haber captado su atención. Esa gata tiene una legión de hijos repartidos por toda la finca, y aprovecho que están distraídos con sus maullidos para volver a entrar por la puerta principal, cargando con el cesto para la leña, aunque tendré que regresar a por más retamas para alimentar a ese trasto que necesita todo un bosque para hacer tan solo un par de tazas de café.

La mujer pretende preparar un pastel de manzana para acompañar el té de Candela e inconscientemente sonrío por su inocencia. Su situación no es muy distinta de la mía la primera vez que llegué hasta aquí, e imagino que tarde o temprano acabará por darse cuenta de que el tiempo no existe en un lugar como este. Atravieso el pasillo hacia la cocina y me armo de valor para hacer lo correcto, darle un poco más de leña e indicarle cómo funciona la hornilla; al fin y al cabo, vamos a vivir todos bajo el mismo techo.

Me paro a solo dos pasos de la arcada de la pared que se abre hacia la cocina, pero la visión de ella hace que me detenga en la sombra. Está mordiendo una de las manzanas que dejé en el cesto, el zumo dulce le resbala por la comisura de los labios y le gotea por el cuello antes de perderse en el interior de su escote. Sigo el recorrido de la gota sobre la piel canela y me estremezco cuando se lame los labios y se lleva una mano al pecho para limpiarse.

Parece demasiado joven como para estar buscando otra oportunidad, y lleva el pelo castaño recogido en una coleta sencilla que ha empezado a deshacerse por el paso de las horas y, supongo, por su viaje hasta aquí. Es preciosa, pero tengo la sensación de que hace mucho tiempo que lo ha olvidado. Sonríe mirando a su hija a través de la ventana, pero su gesto se endurece casi de inmediato y la veo llevarse un puño a los labios para morderlo con todas sus fuerzas. Parece asustada, aunque consigue sacudirse el miedo que le ha borrado la sonrisa y se retira de la ventana para husmear en el interior de la hornilla. No me parece un buen momento para las presentaciones, así que dejo la leña en el suelo y abandono la casa.

Candela me intercepta a través de la puerta abierta y sé que no puedo escapar de mi promesa de compartir el té con ella y, además, no quiero hacerlo. Hay algo dentro de mí que se deja arrastrar por su alegría desbordante, como si necesitara con urgencia el rayo de luz que desprende.

—¡Gideon! —grita, en cuanto se da cuenta de que he salido—. Tienes que venir a ver esto.

Sonrío, contagiado de su entusiasmo, y avanzo hacia Candela sin poder resistirme a cargarla sobre los hombros, como tantas veces hice antes con otros niños en otro lugar lejos de aquí. Me trago los recuerdos y olvido que existe un mundo fuera de esta aldea que es completamente diferente, y ladeo la cabeza para poder mirar hacia arriba.

—¿Dónde se ha escondido Azalea esta vez? —le pregunto y ella ríe al escuchar su nombre.

—¡Se llama como las flores favoritas de mamá!

Dice, asombrada por la coincidencia, y yo giro un poco la cabeza para mirar hacia la casa. Está en la ventana, y mira con atención a su hija, aunque la expresión en su rostro no parece muy distinta del ataque de pánico que la ha sacudido en la cocina. Con cuidado, dejo a Candela en el

suelo y escucho atentamente la explicación de cómo ha visto nacer a los gatitos. Sé que su madre está mirando en nuestra dirección, pero me resisto a girar la cabeza y dejar que ella me vea al completo.

—Ven conmigo, vamos a buscar a mi mamá para presentarle a Azalea, seguro que me deja tener uno de los gatitos en casa. ¿Te imaginas? ¡Una mascota! Yo nunca he tenido una mascota.

—Candela abre las manos y comienza a saltar de nuevo, entusiasmada con la probabilidad de llevarse a uno de los gatos.

—Tendrás que esperar un poco más, Candela, esos cachorros necesitan a su mamá —le explico, pero ella no parece prestarme atención.

Sigue elucubrando en su mundo imaginario de princesas y leones que custodian la entrada al castillo real y, al intentar hacer una reverencia, tropieza con una piedra suelta. Alzo las manos para sostenerla, pero ella sabe hacerse cargo de la situación.

—Será mejor que regreses con tu madre —le digo sin poder apartar los ojos de la prótesis y todas las cosas que su visión, sin saberlo, ha arrastrado hasta mí.

—Isabel —responde y la miro, atento, siguiendo el movimiento de su dedo hacia la ventana de la cocina—, mi mamá se llama Isabel.

Contemplo su rostro al otro lado del cristal, pero ha dejado de prestar atención a su hija, y parece concentrada en la observación exhaustiva con la que trata de averiguar quién soy yo. Nuestros ojos se encuentran solo un instante, lo suficiente como para que sienta deseos de desaparecer de aquí.

—Ve dentro, ¿quieres? Después podemos tomar esa taza de té.

Me despido de Candela y me levanto con prisas por llegar a la loma y regresar a mis tareas en el campo de cultivos. Fue para eso para lo que me dio trabajo el viejo Pino, aunque intuyo que tan solo quería algo de compañía, o no me explico cómo pudo recibirme en su casa después de las cosas que sabe sobre mí.

Nunca le he mentado acerca de quién soy y de dónde vengo, porque nunca pensé que me quedaría más de un par de días por aquí. No ha dejado que me marche, aunque es posible que ahora que están ellas haya cambiado de opinión, y yo no se lo reprocharía.

Rodeo los manzanos y agarro la espuerta que uso para la recolección, aunque tengo la precaución de buscar las botas de agua y calzarme los pies antes de volver al trabajo. Mientras agarro las ramas pienso, y mientras pienso aparto mis fantasmas lejos de aquí. Si la niña no me hubiera encontrado, ahora sería libre de ellos.

Miro hacia las hojas de los árboles y entorno los ojos para protegerlos de los destellos del sol que aún caldea la tierra. A principios de septiembre habrán pasado siete meses desde que me prometí que no volvería a estar cerca de nada que pudiera destruir, y creo que ya va siendo hora de que recoja mi maleta y regrese al camino.

4

EL HUÉSPED

Isabel

Preparo las manzanas despojándolas de sus pieles y hago un agujero en el centro para quitarles el corazón. He encontrado un cesto lleno junto a la mesa de la cocina, son rojas y crujientes, llenas de vida, como todo en este lugar.

Candela me ha pedido que haga una tarta con ellas, y he pensado que podría ser una forma de agradecerle a Pino que nos permita vivir en su casa. Termino de trocearlas y busco en la despensa la canela, la harina y los demás ingredientes que haya almacenados por aquí, pero la cocina parece tan austera como el resto de la propiedad. Además, el viejo Pino ha debido de saltarse, al menos, tres o cuatro generaciones de electrodomésticos, porque lo único que tiene es una hornilla de hierro fundido que funciona con leña, como si en algún momento de su vida hubiera decidido quedarse a vivir en los años cuarenta.

En la cocina no hay, de hecho, nada que se pueda enchufar a la corriente, y los únicos armarios que existen están empotrados bajo la encimera y carecen de puertas. Al fondo de la habitación hay una doble pared que comunica con un cuarto pequeño repleto de longanizas puestas a secar, tres quesos un poco rancios y una talega de tela llena de pan recién hecho. Frunzo el ceño, preguntándome de nuevo cómo diablos voy a hacerlo para preparar la comida, pero, al menos, junto a las manzanas he encontrado leche fresca, una cesta con huevos y una garrafa de aceite de oliva oscuro y picante.

Una leve sensación de mareo me sobreviene cuando empiezo a darme cuenta de que probablemente he cometido la estupidez más grande de toda mi vida, y me agarro al fregadero de piedra con las dos manos, tratando de recordar cómo era eso de respirar. La incertidumbre no deja de gritarme cosas feas al oído, y ya van tres veces desde que llegamos esta mañana que he echado mano a las maletas con la intención de salir de aquí. El aire comienza a crear un nudo insoportable en el centro de mi pecho, y cuando creo que estoy a punto de echar a correr, un movimiento tras la ventana capta mi atención y suelto todo el aire de golpe, entre los dientes, sonriendo al ver a Candela trasladar una mesa destartada que ha encontrado tirada en un rincón de la sala principal.

Prepara el té para el señor Pooh y mucho me temo que ha convencido al viejo Pino para que los acompañe. El hombre está sentado en un taburete bajo que compromete su estabilidad, pero no hace ni el más mínimo intento de levantarse y perderse la ceremonia tan rigurosa y solemne que Candela ya ha comenzado. Me doy cuenta de la facilidad con la que han hecho migas, y lo anoto como una señal más de estar haciendo lo que creo que será lo mejor para nosotras. Cualquier lugar donde no sintamos que el miedo lo empaña todo será un buen lugar para comenzar, no importa lo difícil o diferente que pueda parecer. Pino se ríe por algo que ha comentado mi hija y lo miro con atención, le brillan los ojos por la vida que, de repente, ha llegado como un torbellino en forma de niña que no sabe estarse quieta.

Pino debe de rondar los ochenta años, pero tiene ese aspecto saludable de la gente de montaña. No me ha preguntado cómo se me ha ocurrido meter a una niña de cinco años en un lugar tan olvidado, pero es obvio que ha debido de adivinar la desesperación que me aprisiona por dentro y se asoma a mis ojos. Así que tan solo me ha abierto las puertas de su casa, nos ha

dado una de las habitaciones principales y me ha puesto al corriente de dónde queda todo. Después, Candela lo ha cogido de una mano y, literalmente, lo ha secuestrado para que forme parte de sus juegos infantiles.

Abandono la cocina, algo más tranquila, y trato de averiguar si hay alguna habitación destinada a guardar la leña o si, tal vez, tenga que ir a buscarla cada día. Miro hacia el techo y calculo la hora a la que deberé estar despierta para poner la casa a funcionar. Es grande, aunque sencilla, y los muebles son escasos, pero tan antiguos y apolillados que voy a necesitar muchas horas para deshacerme de la mugre que los recubre. Observo con detenimiento el suelo y pienso cuánto me llevará devolverles el color original. Es un suelo hidráulico de, al menos, cien años, y, por lo que se ve entre el polvo, forma un mosaico de pétalos de flores entrelazadas en color tierra y azul cobalto sobre un fondo de color hueso que hace bastante tiempo que nadie se ocupa de fregar.

Paseo con curiosidad por el salón y las habitaciones de la planta principal de la casa, que está construida con muros dobles de piedra encalada, grandes ventanas de vidrio con alféizar a ambos lados y contraventanas de madera que dejan pasar la luz del sol. Sobre la chimenea cuelga el retrato de una señora que mira al horizonte con los ojos anegados de esperanza. Es muy bonita y lleva un sencillo traje negro sin más adorno que un jazmín prendido en la solapa. A su lado, un hombre alto y apuesto posa una mano sobre su hombro, y por el brillo de sus ojos sé que es el mismo que ahora toma un té imaginario junto al señor Pooh.

Abandono el salón cuando me doy cuenta de que estoy perdiendo el tiempo y me dirijo hacia el hueco de las escaleras, hacia la pequeña puertecita tras la que podría almacenarse la leña, pero cuando voy a girar el picaporte un sonido en la planta superior capta mi atención y me sobresalto. Tardaré un tiempo en acostumbrarme a todos los ruidos de una casa tan vieja que no deja de quejarse por el peso de los años.

Subo el primero de los peldaños de la escalera y espero, pero no oigo nada más. Decido subir un poco más arriba y me quedo detenida en el estrecho descansillo, el lugar en el que se bifurcan, siguiendo cada uno de sus tramos un camino diferente. A la izquierda están nuestras habitaciones, a la derecha, aún en penumbra, hay una habitación cerrada que debe de pertenecer al otro huésped. No se ha presentado, y Pino parece muy reacio a hablar de él. Es posible que no le guste nuestra presencia y eso no termina de convencerme.

Sin previo aviso, la puerta de la habitación sombría se abre y un gato atigrado la abandona y sale corriendo entre mis piernas mientras me llevo la mano al pecho, sobresaltada por la sorpresa. Ahora que sé de dónde procedía el ruido no se me ocurre ningún motivo para permanecer aquí arriba yo sola.

Regreso a la cocina, tratando de no sentirme tan torpe en una casa como esta, y al pasar por el cesto de las manzanas no puedo resistir la tentación de coger una de ellas y llevármela a la boca. No recuerdo la última vez, desde que salimos de casa, que probé algo tan exquisito; cierro los ojos, saboreando el jugo que se escapa de entre mis labios.

—¡Mamá! Hay una gata teniendo gatitos en el granero, ¿puedo ir a verla? —grita Candela desde el exterior y asiento, aunque ya sé que es allí a donde se dirige sin esperar a que le dé permiso para ir.

«No quieres que la matricule en un internado, pero tampoco tienes agallas para educarla debidamente. Siempre hace lo que quiere, siempre saliéndose con la suya. Su educación es asunto tuyo, para eso te quedas en casa todo el día. Me decepcionas, Isabel, una y otra vez me decepcionas». Me llevo un puño a la boca y aprieto los dientes para alejar el sonido de esa voz que me grita en la cabeza, pero sé que es solo el fantasma de un recuerdo. Él ya no gobierna en

nuestras vidas, él ya no tiene el poder de hacerme temblar. Cojo aire y lo suelto, tal y como llevo haciendo desde que salí de casa para lanzarme a la aventura incierta de comenzar de nuevo, por eso sé que no puedo permitirme ninguna flaqueza, nada que me haga reconocer que tal vez no sirva para esto.

Retomo las manzanas que he dejado olvidadas en un bol y las aderezo con un poco de azúcar que he encontrado en la alacena, junto con un saco con harina blanca que vale para todo. Me agacho y abro las puertas de hierro de la hornilla. Huele a humo y aún tiene rescoldos de la última vez que alguien la puso a funcionar. Supongo que es el mismo alguien que dejó una jarra de café preparada justo antes de desaparecer, mientras Pino me entrevistaba brevemente en el salón, y también apostaría a que es el responsable de que tenga manzanas para preparar pasteles para todo el pueblo.

El sonido de un montón de troncos de madera golpeando el suelo hace que vuelva a sobresaltarme, pero, esta vez, me golpeo la cabeza con la puerta abierta de la hornilla.

—¡Mierda! —suelto y luego me tapo la boca con las manos, abochornada.

Cuando me levanto, despacio y un poco cohibida, descubro que en aquella cocina no hay nadie más, aparte de un montón de pequeñas retamas y troncos menudos con los que puedo avivar la lumbre y que antes no estaban ahí. No hay rastro de mi ayudante furtivo, pero huele a él. Es una mezcla de tierra húmeda con notas de madera y algo dulce flotando bajo la superficie, un aroma masculino que me hace cerrar los ojos levemente y aspirar.

La puerta principal se cierra con un golpe seco y me asomo a la ventana. El huésped acaba de salir de la casa y me refugio tras el cristal, tratando de que no se dé cuenta de que lo estoy observando.

Camina a paso ligero hacia el lugar en el que Candela no deja de formar escándalo por la sorpresa de haber visto nacer a los gatitos. Es alto y tiene el pelo claro, colmado de pequeñas hebras plateadas que descansan sobre la nuca. Su espalda, grande y fuerte, es lo único que puedo contemplar mientras me pregunto por qué se dirige con tanta rapidez hacia mi hija. Me tiemblan las manos y un nudo me paraliza de terror cuando la alza de un brazo y la levanta del suelo.

«Dile a esta niña que no vuelva a gritar sin un motivo, o te juro que lamentarás que sea yo quien lo haga». La voz de mi recuerdo me predispone a la acción y suelto el fregadero al que me he aferrado por instinto, dispuesta a correr hacia ella para alejarla de semejante animal, pero entonces se la sube sobre los hombros y gira la cabeza para hacerle una pregunta, y mis pies se quedan anclados al suelo. El huésped sonríe, dejando ver sus dientes blancos en contraste con su piel tostada por el sol de la montaña, y Candela mueve las manos indicándole el lugar al que debe caminar.

—¿De qué se conocen estos dos? —pregunto, casi con un hilo de voz, y observo como la posa, con la suavidad de una pluma, junto al granero en el que la gata ha tenido a sus cachorros.

—Hay personas que están destinadas a encontrarse, y hay lugares destinados a encontrar a los perdidos, o eso era lo que siempre me decía *mio caro* Anabella.

Me doy la vuelta al oír la voz de Pino a mi espalda y su sonrisa, amplia y nostálgica, termina de romper el nudo que el miedo ha estado retorciendo en mi pecho. Confía en él, sea quien sea, y eso me tranquiliza un poco más. Tiene los ojos brillantes y observa la misma escena que yo a través del cristal; el huésped se ha agachado hasta quedar a la altura de los ojos de Candela y le presta toda su atención mientras mi hija gesticula con las manos, explicando la forma en la que ha descubierto a los gatitos. Le sonrío y su rostro se ilumina como si hubiera sido acariciado por el sol.

Tiene la cabeza ladeada y semioculta por unos mechones de cabello fino que se le han

escapado hacia delante, pero consigo ver el destello de sus ojos claros como dos pozas de agua fresca y esa sonrisa tan triste que contrasta con la fortaleza de un cuerpo que aún no ha abandonado la juventud. Sus rasgos son duros y marcados, como las pequeñas líneas de expresión que le delimitan los ojos, y esa forma en la que se ríe lo hace aún más atractivo, aunque me parece que no acostumbra a sonreír tanto como lo hace ahora mismo.

Candela se mueve, saltando de un lado a otro, y se lleva la mano a la prótesis cuando tropieza sin querer, dando un traspié. Lo veo alzar los brazos para contener la caída, y cuando los desplaza hacia la barra metálica que permite que mi hija pueda caminar de nuevo, su gesto se endurece. Ya no está sonriendo y un halo de oscuridad baila sobre su semblante. Sube la cabeza de nuevo hacia ella, pero sigue la trayectoria de la mirada de Candela cuando esta se gira hacia la ventana a la que estoy asomada. Por un momento, los ojos del huésped se cruzan con los míos y un millón de cristales afilados se me clavan en el vientre y me obligan a dejar de observarlo de una manera tan directa.

Ni siquiera soy capaz de asomarme de nuevo y comprobar qué es lo que he visto en su rostro que me ha resultado tan incómodo como para apartarme de la ventana, pero me tiemblan las manos porque acabo de darme cuenta de que el huésped es diferente a como lo había imaginado.

TODOS LOS CAMINOS LLEVAN SIEMPRE AL MISMO LUGAR

Gideon

Abro la puerta de la habitación con cuidado de que las bisagras no me jueguen una mala pasada. Pino permanece alerta desde que ellas llegaron, y creo que sé cuál es la razón. Voy a irme, tanto si quiere como si no, porque no hay nada que siga reteniéndome en este lugar por más tiempo.

Calculo mis opciones y pienso en volver a Virginia, pero ha pasado demasiado tiempo y no tengo una explicación que justifique mi ausencia. Llevaba meses caminando sin un rumbo antes de llegar al valle, tratando de ver el mundo de nuevo sin empañarlo con las cosas que ahora sé. La guerra me lo quitó todo, incluso la posibilidad de regresar a casa siendo el mismo que se fue.

Dejo la puerta entornada y avanzo por el pasillo. Trato de contener las pisadas, pero esta casa cruje hasta el extremo. Paro un segundo para colocar correctamente el macuto antes de buscar la escalera y salir por última vez de la casa de Pino, y al pasar por la puerta donde ellas duermen, me detengo y la observo. Me habría gustado bajar a cenar, porque al menos habría podido despedirme de Candela y cumplir la promesa que le hice de tomar el té con el señor Pooh, pero creo que lo mejor es que me mantenga al margen, y eso no va a pasar si sigo viviendo aquí. No sé qué las ha traído hasta esta casa, pero está claro que la necesitan mucho más que yo.

Bajo los peldaños de las escaleras de uno en uno, al llegar al pasillo que discurre hacia el salón vislumbro una silueta sentada en el sillón frente a la chimenea donde descansa el retrato de la señora Anabella. Pino está despierto, y se gira en cuanto me siente bajar. No dice nada, tan solo señala el sillón que tiene junto a él y me pide que lo ocupe.

—Supongo que retomas tu viaje —comenta y, aunque quiere sonar despreocupado, detecto el leve temblor de su voz.

—Creo que ha llegado la hora de regresar —respondo y él asiente.

—Si eso es lo que tú quieres, no te detendré —alza las manos, haciendo aspavientos para que comprenda que no se va a interponer entre esa puerta del final del pasillo y yo—, *é tempo* de recibir la vida que mereces, en tu hogar, con los tuyos.

—Sabe que no puedo quedarme... —me defiendo, pero el bueno de Pino solo afirma con la cabeza. No sé por qué esperaba que me retuviese, o al menos, que tratara de convencerme para que lo pensara mejor, pero él solo me sonrío, y eso me inquieta.

—*Io capisco* —contesta y se mesa la barbilla, cansado.

—Lamento no poder encargarme de esas casas, pero... —digo, y giro la cabeza hacia las escaleras, obviando la extraña tranquilidad de mi amigo—. Gracias por todo.

—Gideon —susurra a mi espalda—, te deseo toda la suerte del mundo.

Cierro los ojos, tomo aire y abandono el salón, no sin antes ocuparme de mis tareas por última vez. Salgo hacia el huerto, tratando de acostumbrarme a la oscuridad de la noche, y atravieso la loma que lleva hacia los frutales. No puedo marcharme sin dejarle comida a los habitantes de la casa, sería cruel y muy desagradecido por mi parte, así que cojo una de las espuelas de plástico, me pongo de rodillas y comienzo a llenarla de tomates recién cogidos y alguna patata que ha quedado abandonada en la tierra. Ya solo tengo que buscar los huevos de las gallinas y tendrán lo

suficiente para arrancar el día.

Cuando me incorporo sobre los talones para levantarme mis ojos se desvían hacia el manzano y mi mente se adormece con el vaivén de sus hojas mecidas al viento. Trago saliva y los ojos se me humedecen, y me siento incapaz de alejarme de los árboles cargados de fruta que parecen llamarme en voz baja, sibilantes. Me dejo caer de nuevo en la tierra y tan solo observo cómo sus ramas bailan, cómo me llaman y me tientan para que vaya a buscar esa cuerda que lancé al aire y suba con ella a la rama más alta. Paso tanto tiempo aquí que las piernas se me duermen y empiezo a tiritar por el frío de la noche. Adormecido, me levanto, me sacudo la tierra de los pantalones y me alejo del canto de sirena que amenaza con hacerme flaquear de nuevo.

Vuelvo a entrar en la casa después de tantear el gallinero y dejo la cocina provista de leña, huevos y lo que he cogido del huerto. La madre de Candela va a necesitar un poco de ayuda para habituarse a un sitio como este, aunque estoy seguro de que les irá bien. Abandono la cocina y echo un vistazo al sofá del viejo Pino, pero este ha debido de irse a la cama después de que saliera de casa. Mejor, no me gustaría que guardara la esperanza de verme regresar.

Salgo de la finca y retomo mi viaje más allá de la loma que lleva hacia las casas diseminadas entre las pocas calles que tiene la aldea. Deben de ser las cuatro de la mañana, tengo que darme prisa antes de que los vecinos despierten. No quiero despedirme de ellos, y no me apetece dar respuestas que no tengo.

«¿A dónde vas? A ninguna parte», «¿Quién te espera? Nadie», «¿Qué harás con tu vida ahora? No lo sé».

Me giro para contemplar el tejado de la casa de Pino a lo lejos, bajo la pequeña cuesta. Parece más grande que la primera vez que la vi, y recorro con los ojos los campos en los que curé todas las heridas que traje conmigo. Lo he intentado, juro que lo he intentado lo mejor que sé, pero conocer a Candela me ha hecho entender que no hay ningún lugar en el mundo en el que pueda esconderme y olvidar. Ojalá su madre hubiera esperado un día más para llegar a este pueblo.

Me vuelvo y reanudo la marcha, con determinación y sin rumbo, como la primera vez que llegué hasta aquí, solo que ahora, cada paso me pesa un poco más. La situación empeora cuando Faustino viene a mi encuentro y salta sobre sus patas traseras para apoyarse en mi vientre.

—Chico, no tengo nada para ti hoy —le digo mientras le rasco entre los ojos y le cojo las patas para que vuelva a posarlas en el suelo.

Paso de largo y alcanzo el empedrado de la calle, pero él gime a mi espalda y da vueltas en círculos hasta que parece tomar una decisión y se apresura a seguirme hasta donde quiera que vaya.

—Tino, no puedes venir conmigo, chico —le repito tratando de zafarme de él.

El mastín vuelve a interponerse en mi camino, bloqueándome el paso con su cuerpo descomunal. Sé que no me lo pondrá fácil en cuanto comienza a ladrar, haciendo que las montañas resuenen como si las estuviera partiendo un trueno. Quiero que deje de hacerlo antes de que los despierte a todos, y saco un trozo de pan que guardo en el bolsillo para dárselo con la esperanza de entretenerlo y huir. No parece estar por la labor de sustituirme por una simple corteza de pan rancio y vuelve a gemir como si estuviera convocando a toda una manada de lobos feroces.

Chisto, nervioso, para hacerlo callar, pero cuando la llamarada de una vela tintinea en el hueco de una ventana abierta en la casa de la señora Carmina me doy cuenta de que es tarde para intentar nada y de que ya estoy perdido.

—Ma... ¿Qué haces jugando con Tino a estas horas? —Saca la mano por la ventana y la mueve, restándole importancia, pero después parece detenerse a pensar, y eso no es bueno para

mí—. Pero, ya que estás aquí, ¿serías tan amable de ayudarme con unas cuantas cosas?

—Es que... tengo prisa, doña Carmina.

—*Ma...* solo será un momento. —Esconde la mano de nuevo y veo como se gira para bajar a abrirme la puerta.

Está claro que no me dejará continuar si no le ayudo, así que, en lugar de protestar, me acerco a la puerta de madera en cuanto ella la abre y la luz de la vela me ilumina el interior.

—Pasa a la cocina, la lumbre de la hornilla aún caldea lo suficiente como para calentar el café de ayer —dice y me agarra del brazo para obligarme a tomar asiento alrededor de la mesa—. ¿Lo quieres con leche?

No lleva las gafas puestas, así que su pregunta va acompañada de un gesto de concentración que me hace sonreír en silencio. Huele a una mezcla de rosas frescas y polvos de talco, y lleva puesto uno de esos chales que tejen las mujeres cada tarde, sentadas en sus sillas de enea en la pequeña placita en el centro de la aldea. El corazón me da un vuelco y entiendo que voy a echarla de menos.

—Eh... sí, vale. Un poco estará bien, gracias —respondo pasándome las manos por la cara en un gesto de impaciencia. Resoplo y ella se fija en la expresión de mi rostro con más atención.

—¡Oh!, acabo de recordar que se me ha acabado la leche —exclama, y en lugar de esperar a que le dé una respuesta, desaparece por el estrecho pasillo que conduce a la parte trasera de su casa—. Un momento, *ora* mismo traigo más.

—No hace falta, puedo tomarlo solo o... yo en realidad no tengo tiempo...

Es inútil que me desgañite dándole mis razones para continuar con el camino, porque ha salido al patio trasero y ha abierto la puerta que da al establo para saludar a Matilda. Resoplo, esta vez permitiéndome hacer suficiente ruido, y miro el cielo al otro lado de la ventana abierta.

Aún es noche cerrada, pero no tardará mucho tiempo en comenzar a amanecer, y, para entonces, ya todos estarán en pie, preparando sus rutinas. Cuando creo que doña Carmina se ha olvidado de mí, vuelve, mucho más tarde, y me sonríe, como si me hubiera descubierto allí sentado por primera vez.

—Matilda no estaba muy generosa, pero algo ha dejado caer. Voy a hervir la leche y en nada te sirvo una taza. —Se lleva un dedo a la boca y pone los ojos en blanco—. Olvidé coger un poco más de leña para avivar los rescoldos. *Scusa*, solo será un momento.

Me remuevo sobre el taburete de madera, hastiado, y resoplo de impaciencia por cuarta vez. No sé en qué instante creí que podría pasar por la aldea sin que nadie se percatara de ello.

De manera inconsciente, busco el reloj de pared de la cocina, pero doña Carmina no tiene, ninguno de ellos lo tiene, al fin y al cabo, no van a llegar tarde a ningún lugar. Llevan toda la vida fijándose en la trayectoria del sol para conocer el tiempo, y por eso sé que ha llegado la hora de irme. Me levanto y agarro el macuto con determinación, aunque Carmina es más rápida que yo y, alargando una mano hacia mi pecho, me empuja lo suficiente como para dejarme caer de nuevo sobre el taburete.

—Hace frío, *ragazzo*, y no vas muy abrigado para el tiempo que hace. El café te calentará los huesos... y el corazón.

Cuando por fin me sirve una taza, se sienta a mi lado y se limita a observarme con esos ojos pequeños enterrados en una maraña de arrugas, que saben más por lo que callan que por lo que cuentan en realidad.

—Bueno, ¿qué era eso que quería que le arreglara, señora Carmina? —pregunto, rindiéndome, pero ella no dice nada.

La contemplo, a la espera de una respuesta, pero se toma su tiempo para saborear el primer

café de la mañana. Se hace la olvidadiza mirando al otro lado de la ventana, pero a mí no me engaña: tiene la memoria de una niña de quince años y la estrategia de una anciana de más de setenta. Cuando parece reparar de nuevo en mí, un gallo canta al otro lado de los muros, despidiendo la madrugada, y entonces ella me mira y abriendo la boca, inocente, me apremia a volver a la calle.

—No quiero entretenerte, muchacho, veo que vas con prisas.

—Pero... —digo, mirando mi taza intacta.

—*Ma niente*, ale, tengo mucho que hacer como para andarme con chácharas.

Me agarra de nuevo por el brazo y me anima a salir, a continuar caminando, sin darme tiempo a reponerme de su cambio de aires. Agarro el macuto y le doy la espalda a la casa, aunque tengo la extraña sensación de que Carmina me vigila a través de la ventana.

Enfoco mi energía en continuar hacia las montañas, dando gracias a Dios de que las demás casas aún permanezcan a oscuras, y pueda seguir avanzando. Tino me acompaña, pero tengo la seguridad de que va a regresar en cuanto yo abandone la aldea. Casi lo consigo cuando Aurelio aparece en mi camino, como si fuera un fantasma. Me muerdo la lengua y aprieto los ojos, tratando de no parecer enfadado.

—Alexander Gideon Sexton —pronuncia con soltura mi nombre completo—, ¡qué gusto verte en la mañana! Justo iba a ir a buscarte a la casa de Pino, pero como veo que ya estás aquí, *alora*, me ahorraré el viaje a la finca.

Abro la boca para decirle que no pretendo volver y descubro que mi paciencia ha llegado al tope cuando me mira con esos ojos de zorro calculador con los que consiguió embaucarme la primera vez que lo vi. Cuando creo que he conseguido pensar en una forma de quitármelo de en medio, saca un montoncito de billetes y me los pone en la mano.

—Estos son los honorarios de este mes, aunque tengo la sensación de que te estamos estafando. Es poco para todo lo que haces por esta vieja aldea que se cae a pedazos —señala la casa más alejada y asiente—, la *nonna* Cecilia quiere que te dé las gracias por tapar la gotera de su habitación. Sus pulmones no habrían aguantado otro invierno de paredes húmedas, y ya sabes el temor que le tiene a la neumonía. Tienes mucho valor para nosotros, Gideon, pero no te culparía por tratar de buscar otro sitio donde te paguen mejor. Ya se nos ocurrirá la manera de arreglar el resto, aunque este año el frío promete ser crudo.

Aurelio se lleva las manos a la espalda y baja levemente la cabeza, compungido, y, aunque tengo la intuición de que habría sido un actor estupendo, resoplo, y asiento con la cabeza.

—Dígale que esta misma tarde iré a terminar el resto del tejado.

—¡Maravillosa noticia! —exclama, y sonrío lobuno, antes de mirar al cielo con fingido fervor—. Primero, *nostro Signore* nos envía un hombre fuerte, íntegro, valeroso y amable; después, nos envía dos soles para combatir el frío de las montañas. ¿Ha conocido ya a nuestras nuevas visitantes? Por fin empieza a sonreírnos la suerte, ¿no le parece?

—Desde luego... —digo resignado—. Si me disculpa, tengo que regresar.

Le doy la espalda y enfilo el sendero de vuelta a la casa de Pino, hastiado de que todos mis intentos por regresar hayan caído en saco roto. Es como si esta aldea fuera un agujero en el tiempo y salir de ella resultara imposible. De todas maneras, no tengo a dónde ir y no estoy preparado para volver a casa; aún no ha llegado el momento.

Subo la loma y la contemplo de nuevo, no puedo evitar acordarme del primer día que vi la casa de Pino, y lo cansado que estaba de caminar. Fueron algo más de cincuenta y siete días a pie lo que me separaba del hospital en Estambul al que fui trasladado para recuperarme de mis heridas y del que me escapé sin decirle a nadie a dónde iba. Todo lo que necesité lo fui

encontrando por el camino, trabajando a cambio de techo y comida, durmiendo a la intemperie, buscando respuestas acerca de quién era el hombre en el que me había convertido, preguntándome si alguna vez sería capaz de dormir sin recordar los rostros de mis enemigos y la sangre de todas mis víctimas, aquellas que se me aparecían en sueños. Nunca tuve la intención de quedarme, pero lo cierto es que no encontré un motivo para marcharme después. Hasta ahora.

El gallo de la finca pasa veloz de vuelta al gallinero cuando me ve regresar, y me apresuro a entrar en la casa para tratar de descansar un poco antes de acabar con la absurda situación que yo mismo he creado. Tarde o temprano, esa mujer se encontrará conmigo, y prefiero que sea bajo el amparo de una presentación amable y no a oscuras en el pasillo.

Abro la puerta, entro y compruebo que nadie se ha despertado aún. Eso me da margen para subir y tratar de tranquilizarme, pero solo me bastan unos minutos encerrado en mi habitación para darme cuenta de lo absurdo que es todo esto. Acabo de oír a esa mujer bajar hasta la cocina, y me siento ridículo y cobarde por andar jugando a las escondidas, así que me armo de valor y bajo las escaleras.

Está agachada sobre la hornilla, y prende, una y otra vez, un fuego que no hace más que apagarse. La miro, sabiendo que ella no puede verme, y sonrío de medio lado, porque ver que no se rinde a pesar de todas sus derrotas ha hecho que me dé un vuelco al corazón. Es tenaz y valiente, como una leona que no duda un segundo en coger a su cachorro y huir.

Me armo de valor para ofrecerle mi ayuda, carraspeo y con ello consigo llamar su atención. Se gira, despacio, entonces se acerca más a mí, tanto que no puedo evitar ponerme nervioso. Destila un magnetismo del que no consigo escapar con facilidad, cuando está a solo unos pasos la miro a los ojos y siento la explosión. Me observa durante tanto tiempo que no me cabe duda de que ella también la ha sentido, sin embargo, la otra parte de mi rostro logra acaparar toda su atención.

No me avergüenza mi aspecto, pero, antes de ver el asco y el rechazo en sus ojos, le doy la espalda y salgo de aquí.

LA CALMA EN UN LUGAR ABANDONADO

Isabel

Asear la casa, preparar la comida y trabajar en el huerto de hierbas aromáticas que crece junto al muro de la cocina, y al que nadie ha despojado de las malas hierbas. En eso se basará mi trabajo mientras dure nuestra estancia aquí. Pino tendrá que indicarme cuáles son las buenas y cuáles las malas, porque aparte del orégano y la albahaca no distingo mucho más.

La casa es agradable y el silencio... una bendición. Aunque no dejo de darle vueltas a si seré capaz de llevarla adelante teniendo en cuenta que voy a tener que aprenderlo todo otra vez. No hay electricidad y todo se hace con mucho tiempo, paciencia y esfuerzo físico. Empiezo a entender por qué nadie más se ha pasado por aquí en busca de trabajo, y mucho me temo que la promesa de adquirir una de las casas vacías no será suficiente reclamo. Vivir entre estas montañas supone renunciar a un mundo que se ha alejado mil veces de este paraíso atemporal, aunque tengo la esperanza de encajar aquí y poder ganar tiempo hasta que haya tomado la decisión definitiva. No he empezado con buen pie, pero estoy segura de que puedo hacerlo mejor.

Esta noche hemos salvado la cena con un poco de carne que Pino ha dorado sobre las brasas calientes de la hornilla, y a Candela se le ha ocurrido asar manzanas atravesándolas con una caña. Mi intento de preparar un pastel ha acabado en la pocilga, como manjar de bienvenida de una familia de cerdos a los que mi hija ya les ha puesto nombre.

La miro de reojo y sonrío con ternura. Se acaba de quedar dormida abrazada al señor Pooh y aprovecho para subirle la sábana hasta cubrirle los hombros. Hace frío, a pesar de que aún estamos en agosto, y eso me hace pensar en si he cogido ropa suficiente para un invierno como el que prometen los picos helados de las montañas. Todavía me tiemblan las manos y me duele el vientre, las dudas van y vienen, golpeándome con fuerza, pero tengo la obligación de hacer que esto merezca la pena. Por ella, por mí.

Me distraigo con las sombras que proyecta el candil en el techo abovedado de la habitación; cuando siento el peso del sueño entornándome los ojos lo apago, haciendo girar la ruedecilla que guarda la mecha, después me meto bajo las sábanas y paso un brazo alrededor de la cintura de Candela. Estamos a salvo, y eso es lo único que necesito saber ahora mismo.

Cierro los ojos y bostezo, pero el silencio es tan absoluto que me resulta aterrador. Nunca había experimentado esta sensación de vacío, como si el mundo se hubiera tomado un descanso y todo lo que conocemos dejara de existir durante unas pocas horas. Por eso detecto el inconfundible sonido de la puerta que se abre en el extremo este del pasillo. Solo puede tratarse del huésped, ese al que mi hija llama Gideon.

No hemos hablado de él durante la cena y tampoco bajó a comer, a pesar de que puse un plato más. Pino lo describió como un hombre tranquilo y callado al que encontró hace meses deambulando en los caminos. Es él quien se dedica a cuidar de los frutales y las hortalizas que crecen en los campos tras la pequeña loma que cruza el jardín, además de haber prometido arreglar las casas del pueblo que serán entregadas a las familias que decidan venir y quedarse. No

tiene aspecto de haber vivido toda la vida cuidando ganado y trabajando la tierra, lo sé por ese porte tan rígido que adquiere al sentirse observado, casi como si hubiera aprendido a mantenerse siempre en guardia.

Oigo unos pies que avanzan por el pasillo, en busca de las escaleras, y me pregunto si el tal Gideon habrá bajado a por las sobras. Dejé su plato tapado con un paño sobre la encimera, aunque no entiendo qué es lo que le molesta de nosotras para negarse a compartir la mesa. Podría acusarlo de ser tremendamente grosero y orgulloso si no lo hubiera visto interactuar con Candela. Hay algo en ellos que encaja como si siempre hubiera estado ahí, y no sé si eso me tranquiliza o me inquieta.

Ahora está bajando las escaleras, pero en lugar de detener sus pasos en la arcada que lleva a la cocina, escucho como abre la puerta principal y sale, cerrando con cuidado. Me pregunto a dónde va, aunque, la verdad, tampoco me importa demasiado. El huésped no es asunto mío.

Cierro los ojos y me olvido de él, de la aprensión que sentí al mirarlo, de su rechazo a presentarse como es debido, o de por qué ha decidido abandonar la casa a estas horas, y me concentro en conciliar el sueño de nuevo, pero las últimas veinticuatro horas de mi vida no dejan de reproducirse en mi cabeza, como si alguien le hubiera dado al *play* antes de decidir esconder el mando a distancia.

Los gritos son tan vívidos en mi memoria que me encojo un poco más bajo las sábanas, aunque tengo la precaución de soltar la cintura de Candela para no despertarla con mi inquietud. Se acabó, ya nadie volverá a hacerme sentir tan pequeña y poco válida, tan frágil y vulnerable como si fuera una niña que no conoce el mundo y todo lo que se mueve en él. Ya no volveremos a tener miedo ninguna de las dos, porque esta es nuestra segunda oportunidad y todo tiene que salir bien; la alternativa no existe. Observo a Candela en su sueño tranquilo y me prometo que mañana todo será mejor.

Oigo los pasos del huésped alejándose de la casa, y el sonido de sus zapatos contra las piedras sueltas de la entrada consigue arrancarme un bostezo y arrastrarme, poco a poco, al mundo de los sueños.

Despierto tan solo unas horas después, y no dejo de mirar a todas partes, desorientada, preguntándome quién es el imbécil que grita en la calle y por qué nadie ha salido a hacerlo callar. Me incorporo, somnolienta, y al pasarme las manos por la cara se me despejan los sentidos y me doy cuenta de que hay un gallo cantando bajo la ventana. Estoy a punto de girarme para preguntarle a mi marido qué hace un gallo en medio de la calle, pero entonces los recuerdos de los últimos dos días se vuelcan en mi memoria y me doy cuenta de lo mucho que han cambiado las cosas y de que esta habitación no es la mía.

Me giro hacia Candela y me aseguro de que sigue dormida, aunque se ha destapado en algún momento de la noche y el señor Pooh está tirado en el suelo, fruto de las muchas volteretas que da mi hija mientras sueña con sus cuentos llenos de aventuras. Me agacho lo justo para darle un beso rápido en la frente, aunque decido dejarla dormir un poco más. Ha recorrido un mundo entero antes de llegar aquí y ni siquiera ha salido el sol.

Me levanto y me acerco a la ventana para abrirla, solo lo justo para buscar al gallo que ahora es mi despertador. Se pavonea por el camino de grava en busca del gallinero, y solo espero que Pino nunca me pida que lo prepare para cenar, sobre todo, porque estoy segura de que Candela ya le ha puesto un nombre.

Sigo el recorrido de sus patas menudas y su cacareo descarado, y tropiezo con la visión de unos pies que regresan a casa. El huésped ha aparecido al otro lado de la loma y carga una mochila enorme, llena de bolsillos y cremalleras a la espalda. No sé a dónde fue cuando salió de

su habitación durante la noche, pero es obvio que ha decidido regresar. Entorno la contraventana y me escondo lo suficiente como para que no pueda verme, aunque yo sí puedo verlo a él.

Lleva una camisa de cuadros azules abierta sobre una camiseta blanca de algodón y un gorro de lana que le ensombrece el rostro. Está serio y no deja de apretar la mandíbula al tiempo que masculla algo ininteligible en inglés. Frena en seco y sube la cabeza lo justo para que me asuste pensando en que me ha descubierto, pero es imposible que se haya dado cuenta de que estoy aquí. Suelta el macuto en el suelo y aprieta los puños una y otra vez, como si se resistiera a continuar su camino. Cuando ladea la cabeza para mirar el sendero que ha dejado atrás, distingo el contorno irregular en la piel de su cuello.

Me aparto de la ventana y contengo el aliento sin saber por qué me ha despertado esa sensación tan incómoda otra vez, pero me quedo quieta y en silencio, temiendo que pueda descubrir que estoy aquí. Cuando la puerta de la habitación del ala este se cierra de nuevo, y el huésped queda tras ella, me apresuro a vestirme con unos vaqueros y una camisa holgada, y salgo de la habitación para poner en marcha la hornilla que tantos quebraderos de cabeza promete darme.

Bajo descalza para no hacer ruido y al entrar en la cocina me doy cuenta de que alguien ha vuelto a dejarme provisiones durante la noche. Aprieto los labios y le doy las gracias al huésped, en silencio. Todavía no sé qué pensar de él, pero mientras no se presente como si no tuviera nada de lo que esconderse, para mí, seguirá siendo *el huésped*.

Hay leña para toda la mañana y también huevos frescos y tomates recién cogidos. Podría preparar unos huevos revueltos y cortar tomates para regarlos con un poco de aceite, aunque sería un detalle si pudiera hacer algo parecido al pan. Ayer vi un par de ellos dentro de una talega, pero no sé de dónde los ha sacado Pino si en esta aldea no hay ni un mísero ultramarinos. Me llevo las manos a la cintura y resoplo tan fuerte que los mechones del flequillo bailan delante de mis ojos. No sé en qué lío me he metido, pero está claro que tengo que espabilar si quiero quedarme aquí.

En la repisa superior del cuartito de las provisiones encuentro más harina y al cogerla con una mano descubro que queda un poco de café escondido en una esquina. Me lo llevo a la nariz, sonrío y aspiro el aroma más maravilloso del mundo, apaciguando el sonido que hacen mis tripas. Unos pasos arrastrados por el pasillo me hacen ponerme alerta, pero solo se trata de Pino, que calza zapatillas de fieltro y bosteza sin parar. Lo miro y sonrío.

—*Buongiorno*, Isabel.

Pino se acerca a la encimera y se remanga la camisa para ayudarme con el desayuno, en ese momento parece recordar algo mientras abre la boca y alza las manos al techo. Sonríe, tierno, cuando se gira de nuevo hacia mí y entonces junta las manos, disculpándose.

—Si me perdonas un momento, voy a darle los buenos días a mi *amore*.

Lo miro salir hacia el pasillo que lleva hasta el salón y se me encoge el alma cuando oigo como le habla al retrato de su esposa como si aún siguiera aquí. Me asomo un poco más y apoyo la espalda en la arcada que separa la cocina de la planta principal. Pino se gira y me guiña un ojo antes de volverse hacia *ella* y lanzarle un beso con la mano.

—Anabella —dice, haciendo las presentaciones, y yo sonrío.

Cuando pasa por mi lado, se agarra a mi brazo y me dirige hacia la cocina. Lo dejo hacer, y yo solo miro y aprendo dónde guarda todo lo que hay en ella. Pino se agacha y corre las cortinas de cuadros verdes que hacen la función de puertas en los armarios de ladrillo que hay bajo la encimera, y saca un molde con masa cruda que parece un pan sin hornear, después mira entre las provisiones y agarra un tarro lleno de otra masa pegajosa que desprende un olor tan ácido como

el yogur y lo zarandea en el aire para que le preste atención.

—Esto de aquí es masa madre, una autentica maravilla de la naturaleza, pero hace que el pan necesite más tiempo que si le pusiera polvos de hornear, por lo que, hay que amasarlo el día antes, pero, no sufras, ya habrá tiempo para eso. —Alza las manos, queriendo hacer a un lado la preocupación que se lee en mis ojos—. Voy a subir la loma; Carmina pasa todas las mañanas a dejarnos mantequilla y leche. No tardaré, *donna*. Si quieres, puedes empezar a preparar el fuego.

Asiento, un poco menos segura de mí misma de lo que me gustaría aparentar, y abro las puertas de la hornilla. Hago a un lado los rescoldos del día anterior y pongo un montoncito de retamas con la idea de hacer una pira, y cuando le acerco la cerilla y consigo hacerla prender, se apaga. Vuelvo a intentarlo una vez más, pero el resultado es el mismo.

—Tienes que abrir la rejilla de ventilación —dice una voz extranjera y un tanto hosca a mi espalda, y me giro, despacio, porque intuyo que se trata de *él*—. Si quieres, puedo enseñarte dónde está la palanca.

Lleva la misma ropa que vestía cuando lo vi regresar a casa, pero se ha quitado el gorro de lana que lo ocultaba de mi mirada indiscreta. Tiene el brazo apoyado sobre el muro frente a él y la espalda sobre la pared contraria, bloqueando la salida, pero rehúsa mirarme directamente y se entretiene comprobando las esquinas del techo. Me está mostrando el lado bueno de su rostro, aunque cuando me acerco y le tiendo la mano para presentarme de manera oficial, gira la cabeza y nuestros ojos colisionan. Podría haberme mantenido suspendida en la profundidad de su mirada durante milenios, si no fuera porque algo mucho más imponente llama mi atención.

Sin querer, desplazo los ojos hacia la izquierda para recorrer la cicatriz que nace en su frente, rodea su ojo de manera magistral y atraviesa la mejilla hacia los confines del cuello de su camiseta. Cuando me recupero de la impresión y trato de mostrarme amable, el huésped da media vuelta y se va.

UNA FAMILIA INESPERADA

Isabel

Tres dobleces más y lo tengo. Pino me ha enseñado a amasar el pan y ya he colocado varios bollos preciosos en el horno. Hay que aprovechar los recursos del fuego, y por eso llevo toda la mañana cocinando. Aquí se hace con miras a toda una semana; los lunes, Pino prepara conservas que guarda en la despensa y reparte entre los demás vecinos a cambio de cosas que no puede conseguir por sus propios medios.

Aún no he tenido el placer de conocer a nadie más que al alcalde y a Pino, aunque eso está a punto de cambiar, porque soy la encargada de acercarse a la casa de doña Carmina a intercambiar uno de nuestros panes por queso fresco y un poco más de mantequilla.

Miro las manos rugosas de mi anfitrión y la destreza con la que se mueve por la cocina, a pesar de todos sus achaques. Me gusta observarlo mientras trabaja porque desprende la serenidad de los que han vivido toda una vida contando instantes en lugar de horas o minutos. Nada perturba el sosiego de su rostro, no hay prisas, no hay mañana, solo el ahora es importante.

—¿Puedo comer más pan? —pregunta Candela con la boca llena y Pino le pasa un trozo regado con un generoso chorro de aceite.

—Voy a tener que hacer horas extras como sigas comiendo así —le aviso, y ella se encoge de hombros a la par que Pino niega con la cabeza y me hace burlas creyendo que no me doy cuenta.

No hemos hablado aún de dinero, pero no ha puesto límites al uso de la casa o de las cosas que hay en ella. También me ha asegurado que Candela es libre de ir y venir a sus anchas por la finca. Se ha dejado embaucar por mi hija y sé que planea malcriarla. La observo cuando brinca de la mesa para salir corriendo detrás de una de las gallinas que ha entrado volando por la ventana y la sigo con la mirada a través de las puertas abiertas de la casa; corre hasta el corral, pero desvío los ojos cuando el huésped aparece al otro lado de la loma.

Tiene la ropa cubierta de barro y lleva un pañuelo tejano tapándole la boca, protegiéndolo del polvo y los productos que usa para prevenir plagas en los frutales del otro lado de la finca. El calor del mediodía le ha empapado el pelo, y el sudor corre por su frente hasta metérsele en los ojos. De pronto, se detiene y usa el pañuelo para limpiarse, entonces se lleva las manos a las sienes y despeja su rostro de los mechones mojados. Su cicatriz cobra más fuerza a plena luz del día; lo que creí que era un corte profundo es, en realidad, una quemadura que se extiende desde la frente hasta el cuello.

Se ha guardado el pañuelo en el bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros y cuando se agacha para coger la pesada cesta donde transporta sus útiles, sus ojos me encuentran espiándolo en la ventana de la cocina. Su cuerpo adquiere una posición un tanto rígida y sus movimientos se vuelven más rápidos, casi como si quisiera desaparecer de mi vista. Sin embargo, no parece que los planes vayan a salir como él quiere, porque Candela se ha olvidado de la gallina y se ha prendido de una de sus manos para traerlo directo a donde me encuentro, observando.

Es, en los pocos momentos que ha compartido con mi hija, cuando empiezo a vislumbrar al hombre que habita bajo la piel del huésped. Los ojos le brillan cuando se dirige a Candela y no puede evitar cogerla por los brazos y darle vueltas en el aire hasta que consigue que ría y chillé sin parar. Nadie ha querido jugar con ella desde que perdió la pierna, pero el huésped no parece

preocupado por su supuesta fragilidad, de la misma manera que Candela no se siente intimidada por la quemadura que recorre su rostro. Ellos dos se ven, más allá de las heridas, más allá del pasado o el dolor.

—Puedes confiar en él —dice Pino, dándome una suave palmada en el hombro que hace que me sobresalte—. Es un poco callado y más testarudo que una mula, pero es un buen hombre. ¿Te he contado ya que ha venido andando desde Estambul? Lo encontré deambulando por el campo, muerto de cansancio y más hambriento que un galgo, pero no me ha defraudado ni una sola vez. Solo espero que no tenga motivos para marcharse, no abundan los hombres como él por estas tierras.

Asiento enérgicamente y me centro en las tareas que Pino trata de enseñarme para dejar de prestarle atención al huésped, que ríe por algo que Candela no deja de contarle de camino hacia aquí. Tiene una risa masculina y bonita, pero hasta en ella se vislumbran pinceladas de una tristeza que no deja de helarme el corazón. La he visto pintando sus ojos de nubes oscuras, atravesándome con una mirada que ve más allá de mí.

El sonido que hace Candela al trotar sobre el pie artificial me saca de mis pensamientos y doy un leve sobresalto, fruto del miedo extremo que no me abandona desde que salimos de casa. Grita mi nombre y se abraza a mis piernas cuando llega a la cocina, él también está aquí, no me he dado la vuelta para comprobarlo, pero siento su presencia como la fuerza de un imán. Estoy cansada de esta sensación tan incómoda, de este sinsentido entre dos personas adultas que no tienen ningún problema en pararse de frente; y antes de que pueda volver a disiparse, me doy la vuelta, avanzo unos pasos y agarro una de sus manos, sacudiéndola con torpeza ante su mirada de espanto.

—Buenos días, creo que no me he presentado como debería. Mi nombre es Isabel y soy la madre de Candela. Hemos venido a probar suerte en este pueblo, y, si las cosas salen bien, planeamos quedarnos un tiempo —me exployo en una presentación que va perdiendo fuerza a medida que mi nerviosismo aumenta. No hemos venido a probar suerte y es probable que el padre de Candela nos encuentre antes de que sea capaz de comprobar si puedo o no sobrevivir por mi cuenta, pero eso no se lo digo—. Espero que no resultemos una molestia para usted y no dude en decírmelo si mi hija lo incomoda en algún momento.

Sus dedos, laxos al principio, siguen la sacudida de esta presentación tan ridícula que acabo de hacer. El tacto de su piel contra la mía consigue que aumente el rubor de mis mejillas. Es suave, a pesar de ser las manos de un hombre acostumbrado a trabajar con ellas.

—Encantado de conocerte, Isabel —me saluda con su acento extranjero, arrastrando las últimas letras de mi nombre. Sigo zarandeando su mano y no hace nada por desprenderse de la mía, salvo morderse el labio inferior—. Mi nombre es Gideon. Me... temo que me estás haciendo daño.

Bajo los ojos hacia nuestras manos unidas y me doy cuenta de que es cierto: estoy aprisionando sus dedos. Los retiro, despacio, y no puedo evitar acariciar con el pulgar la quemadura que le rodea la muñeca; me pregunto si es la misma que se pierde por el cuello de su camiseta y cuántas heridas guarda en secreto sobre la piel. Cuando consigo subir los ojos hasta los suyos, el reflejo de una risa baila en sus pupilas, pero permanece impassible, como si hubiera aprendido a mantener la compostura.

—Lo siento —me disculpo y agacho levemente la cabeza, avergonzada por la forma tan estúpida en la que no dejo de comportarme.

Me doy la vuelta, abochornada, para atender a Pino, que ha destapado la masa de pan para enseñarme a controlar el levado. Aún lo siento a mi espalda, y pasa por mi lado para coger un par

de manzanas antes de volver al exterior arrastrado por la mano diminuta de Candela. Lo veo caminar hasta la mesa de té que ella ha improvisado para sus juegos y arrimar una de las banquetas de madera para sentarse junto al señor Pooh.

—Algunas masas requieren más tiempo, pues está en su naturaleza avanzar despacio. Con las personas, ocurre lo mismo —sentencia Pino sacándome de mi ensimismamiento; sonrío amable, me coloca un par de panes envueltos en tela de saco y me apremia a subir a la aldea a por las cosas que necesitamos con urgencia.

No respondo, pero le sonrío de manera un tanto mecánica a la vez que me apresuro a salir hacia la puerta, recolocándome bien la camisa que se ha salido del interior de la cinturilla de mis pantalones vaqueros. Soy dolorosamente consciente de que no he traído la mejor indumentaria para vivir entre montañas, y mi apariencia no tiene nada que ver con la mujer que siento que soy por dentro. Trago saliva, sin saber por qué, de repente, me preocupa tanto lo que ese hombre piense de mí, y salgo a la calle, haciendo visera con la mano para tapar el sol que caldea mis ojos.

—Voy a casa de la señora Carmina —anuncio, un poco tímida.

Candela se gira, muy atenta, porque sabe que es muy probable que vea de nuevo a la vaca Matilda, sin embargo, también lo mira a él, sin decidirse con quién de los dos quiere pasar el tiempo. Gideon se da cuenta, aunque no puede saber que es la primera vez que mi hija se siente tan segura al lado de alguien como para decidir separarse de mí.

—Creo que iré a darme un baño antes de la comida, o el señor Pooh se avergonzará de compartir la mesa conmigo —se excusa Gideon levantándose de su silla sin despegar sus ojos de los míos. Cuando se gira para mirar a Candela, le dedica un guiño de complicidad.

Lo veo caminar hacia la casa a paso lento, pero mi atención se divide entre él y mi hija, que ha salido corriendo hacia la loma con prisas por volver a jugar con la vaca. Decido seguirla antes de que pueda perderse, la alcanzo cerca de la pequeña cima e involuntariamente me giro para mirar hacia la puerta de entrada, pero Gideon ya ha desaparecido. Todavía no tengo una opinión formada acerca de él, aunque empiezo a perder el miedo al huésped y no sé si debería permitirme bajar la guardia otra vez. Candela confía en él y esto es nuevo para nosotras.

—¡Mamá! —El grito de terror de Candela me pone en alerta y bajo corriendo el carril de tierra hasta llegar a ella. Oigo como se ríe, pero no la veo, pues ha sido engullida por un matojo de pelo grisáceo.

Un enorme dinosaurio camuflado bajo la piel de un perro de montaña rodea a Candela apremiándola a jugar con él, o al menos, espero que no la haya confundido con su almuerzo. El perro se sitúa a un costado de la niña y camina con ella, empujándola con el hocico chato y lleno de pliegues que le confiere un aspecto peligroso. Cuando mi hija alarga un brazo y le rasca las orejas, el animal se agacha de forma que parece postrarse a sus pies. Miro a Candela y me lleno con sus risas; soy dolorosamente consciente de que hacía mucho tiempo que no la oía reír así. Es posible que la vida en este pueblo no tenga nada que ver con la que teníamos antes, pero parece feliz y eso es más que suficiente.

Siento el calor de unos ojos puestos en nosotras, levanto la cabeza para ver de quién se trata. Al final del camino de tierra que se funde con el empedrado de las calles de la aldea aparece una señora, de edad indeterminada, que se apoya sobre el marco de una puerta de madera desvencijada, tras ella Matilda hace su aparición estelar; me cuesta contener a Candela para evitar que salga corriendo y se exponga a recibir una coz del animal. No está acostumbrada a ellos y no entiende de límites o distancias prudentes.

—¡Oh! ¡Una *bella donna*! —exclama la anciana y alza las manos al cielo—, ¿qué regalo

divino es este? Por favor, pasa, tú debes de ser Isabel y esta *piccolina* traviesa...

—Candela, soy la princesa de este reino —se presenta, haciendo una reverencia y después se agarra al cuello del perro—, y él es mi fiero escudero.

—¿Faustino? Me temo que es demasiado bondadoso como para ser fiero —responde acariciándole el hocico y él lame su mano. He visto cómo se fijaba en la prótesis de mi hija, pero no parece que eso le preocupe lo más mínimo—. Pues yo soy Carmina, y tengo *cannoli* recién hechos para una princesa tan hermosa como tú.

Candela atraviesa la puerta como si supiera a dónde tiene que dirigirse, y yo trato de disculparme como puedo mientras la señora Carmina me rodea con un brazo y me indica que pase al interior. Matilda rodea los muros exteriores de la casa y asoma la cabeza por la ventana abierta de la cocina; su dueña me coge de la cintura y me invita a sentarme sobre un taburete de madera que, en realidad, es un tocón cortado y pulido para cumplir esa función.

—Toma, bonita. —Alarga la mano de dedos nudosos y le da a Candela un cestillo de *cannoli*, espolvoreados de azúcar y rellenos de crema a la naranja, y un manojo de crisantemos para que alimente a la vaca.

—Le traigo los panes del señor Pino —carraspeo tímida.

La mujer me mira, risueña, y a continuación me repasa con los ojos, en un examen exhaustivo que hace que me sienta avergonzada. No pierde la sonrisa, y parece satisfecha con las cosas que debe de haber imaginado sobre mí.

—Aquí no hay señores. Somos una familia vieja y pequeña, pero unida, y este es nuestro hogar; tal vez no sea perfecto, pero es todo lo que conocemos. Nos ha dado de comer cada vez que lo hemos necesitado y ha sido refugio cuando la Primera y Segunda Guerra Mundial azotaron al resto de Europa. Nadie sabe cuántos años tiene esta aldea, ya estaba abandonada cuando nosotros llegamos a ella, aun así..., es una pena que todo esto se pierda, ¿no le parece? —Alza las manos, señalando a su alrededor, pero después su gesto se vuelve un poco más sombrío e incluso baja la voz cuando continúa describiendo la aldea—: Dicen las malas lenguas que está encantada, que un maleficio la mantiene aislada del mundo y su progreso, dicen que quienes suben hasta aquí ya no regresan... *ma*, ¡qué tontería! ¿No le parece?

Tardo un tiempo en descifrar sus palabras, que están fuertemente marcadas por el acento cerrado de las montañas y el aislamiento en el que viven, pero sonrío y asiento dándole la razón, aunque me inquieta la manera en la que me observa, como si esperara encontrar en mí la respuesta a una pregunta escondida. Quiero pedirle la mantequilla y el queso para volver a las ciento cincuenta tareas que he dejado a medio hacer, pero, al parecer, ella tiene otros planes.

—¿Has conocido ya a los demás? —se interesa, obviando mis intentos por excusarme y, como si hubieran sido invocados, *los demás*, aparecen al otro lado de la ventana de la cocina—. Aurelio, nuestro alcalde, al que ya conoces, Marius y su señora Leonora, y el más joven de la cuadrilla, Andrea. Solo falta la *nonna* Cecilia, pero ella... es un poco reservada.

El más joven de la cuadrilla me saluda enseñando una encía pelada de dientes que hace que el rostro se le arrugue como un pergamino y los demás comienzan a competir por llamar mi atención. Estoy abochornada por todas las preguntas que me lanzan sin parar y, cuando creo que voy a fundirme en el asiento hasta desaparecer, Gideon aparece en la cocina y los murmullos cesan como si alguien hubiera pulsado el botón de silencio.

Lleva una caja de herramientas y se ha cambiado de ropa. Huele a jabón de aceite y a champú, y creo que se ha recortado la barba. Candela le choca la mano y vuelve a coger otro *cannolo*, y yo me pongo en pie para marcharme antes de que vuelvan a alzar la voz y me retengan más tiempo.

—Don Aurelio —Gideon alza la voz y todos lo miran con atención—, ya lo tengo todo preparado para pasar esta tarde a arreglar el tejado de la *nonna* Cecilia, pero ahora... me temo que tengo que llevármelas conmigo.

Gideon nos señala con la cabeza y Carmina se apresura a envolver dos boles a rebosar de mantequilla, un queso pequeño y oloroso y, como extra, un montón de dulces que Candela custodia en el interior de un paño de algodón. Cuando salimos de la casa, los murmullos vuelven a solaparse, es una cadena de palabras pronunciadas con tanto acento que no se escucha absolutamente nada de lo que hablan entre ellos. Parecen estar trazando una opinión unánime sobre mí, y eso me inquieta.

—Gracias por venir a buscarnos. Por un momento he llegado a temer que no nos dejaran regresar —le explico y veo cómo trata de contener una sonrisa.

—Cuando llegué, pasé semanas enteras recibiendo las visitas de cada uno de ellos. Fue tan abrumador que pensé en coger mis cosas y largarme a escondidas. Son curiosos, pero tampoco tienen demasiados acontecimientos que se salgan de sus habituales rutinas. Vosotras dos sois vitamina para ellos.

Gideon sonríe pensando en los ancianos, y es una sonrisa amable y demasiado humana, tanto que me quedo prendida de ese gesto cuando compruebo que no solo lo hace con los labios; sus ojos también sonríen y se han vuelto tan azules y brillantes que, cuando la punzada de electricidad de mi pecho regresa, aparto los ojos de él, avergonzada. Centro mi atención en Candela, que ha empezado a coronar la loma para bajar hacia la casa de Pino con el mastín de gran tamaño que no se ha separado de su lado y juega a perseguirla por el camino. Cuando la veo desaparecer, me armo de valor y le hago la pregunta que me lleva rondando desde la madrugada:

—¿Por qué huiste anoche? ¿Es por nosotras?

—No es... —Gideon deja de caminar y vuelve los ojos hacia el cielo, sigue sonriendo, pero ya no lo hace con la mirada—, no estoy huyendo de vosotras.

—¿Entonces? —indago—. Si te estamos molestando, o si en algún momento te he hecho sentir incómodo...

Inconscientemente, reparo en la quemadura que le recorre la sien y él se da cuenta. Cuando me encuentro de nuevo con sus ojos su expresión es dura y lejana. La sonrisa se congela en sus labios y la mirada se le nubla de nuevo. Quiero pedirle perdón por hacer que se sienta incómodo de nuevo, pero no parece dispuesto a darme la oportunidad.

Suspira, como si toda esta situación fuera una dura prueba para él y, susurrando una disculpa, desaparece en el interior de la casa de Pino.

LA SOMBRA QUE PERSIGUE EL FANTASMA DE UN RECUERDO

Gideon

No he venido hasta aquí para hacer amigos y no entra en mis planes quedarme más tiempo del necesario. Está tratando de entenderme, de confiar en mí, y no voy a dejar que eso ocurra. No lo merezco, no he hecho nada remotamente válido como para considerarme una persona digna de confianza. Tarde o temprano acabarán dándose cuenta, pero prefiero ahorrarles la decepción limitándome a cumplir con mi trabajo y alejándome de ellas. No creo merecer la forma en la que Candela me mira, como si viera algo dentro de mí que de verdad merezca la pena.

Por eso entro en la cocina, antes de que Isabel tenga tiempo para alcanzarme, y cojo un plato que lleno de manera apresurada con lo que encuentro en una olla puesta al fuego: lentejas estofadas con chorizo y zanahorias.

—¿Te importa si me subo el almuerzo? —pregunto a Pino que no ha dejado de observarme con atención.

—¿Te persigue Cancerbero? —bromea, alzando una ceja.

Me encojo de hombros, me doy la vuelta, incómodo por su perspicacia, y salgo de la cocina, pero antes de subir el primer peldaño la voz pausada y tranquila de Pino me detiene.

—La culpa es un monstruo que siempre tiene hambre, aunque no siempre tiene la razón.

Asiento levemente con la cabeza, sintiendo como esa misma culpa me hace un nudo en el pecho. Pino siempre sabe dónde tiene que acertar el tiro y me pregunto si no se está aprovechando de todo lo que le conté acerca del lugar de donde vengo.

Cierro la puerta de mi habitación haciendo oídos sordos a las risas y el alboroto que preceden a la llegada de Candela y su madre, y dejo mi plato sobre la mesita de noche, encima de mi pasaporte y de un sobre con el Pentágono como destinatario que aún no he destruido. Es mi parte de baja en el servicio militar, y una carta escrita por mi teniente alegando la concesión de una condecoración al valor por mis servicios en Siria, como si hubiera algo honorífico en lo que ocurrió allí.

Con un movimiento rápido, me deshago de las botas y las coloco junto a la cama antes de sentarme con las piernas cruzadas. Llevo mis dedos a la cicatriz que me cruza el rostro y la acaricio, despacio, es como un gesto automatizado que guarda una estrecha relación con el motivo por el que llegué aquí.

He pasado seis años viviendo en el infierno, y ahora no tengo otro sitio al que regresar, ni un plan para continuar con mi vida. Volver a casa con la culpa como compañera es el peor de los castigos, mirar a mi familia a los ojos y reconocer que he fallado es un golpe tan duro que se me hace imposible imaginarlo. Me fui porque quería ayudar, hacer algo grande, y lo único que he conseguido ha sido convertirme en un monstruo.

La risa y el alboroto de Candela logran separarme de los recuerdos y presto atención a lo que ocurre en el porche con la niña y el perro, que ha decidido seguirla a todas partes. Le está regañando por lamerle la cara, y no tengo que esforzarme por esbozar una sonrisa imaginando la locura que ha poseído a Tino ahora que tiene sangre joven que le dé un poco de juego. Siento

un calor instantáneo en el pecho, porque esa niña es un bálsamo para las heridas de un corazón cansado de tener miedo. La risa cesa de repente y es sustituida por un lamento breve cuando Candela tropieza y se cae.

Dejo mi plato y me acerco a la ventana de la habitación para comprobar que todo está bien. Bajo el dintel de la entrada aparece la cabeza de cabellos castaños de Isabel que corre hacia Candela para cogerla en brazos y subirla sobre un viejo abrevadero que yace boca abajo cerca del gallinero. Veo cómo le examina la prótesis, apartando los restos de tierra de los pantalones y cerciorándose de que todo está bien. Me pregunto qué fue lo que pasó y si tiene que ver con el motivo que las ha traído a la aldea.

Observo las manos suaves y delicadas de su madre mientras se asegura de que esté bien ceñida al muñón de la rodilla, y cómo acaricia la vara de hierro que baja hasta el falso pie. Se detiene en los cordones de sus zapatos durante un tiempo demasiado prolongado, después, como si hubiera despertado de su letargo, la veo abalanzarse sobre el cuerpo delgado de Candela y encerrarla en un abrazo protector. Parece asustada.

Es la niña la que deshace el nudo de sus cuerpos y coge la cara de su madre entre sus manos, la mira a los ojos y respira con ella hasta que Isabel relaja los hombros y consigue sonreír. No es la primera vez que observo esa escena, y eso me hace preguntarme qué aspecto tenía su infierno, y si ella también está atrapada sin un sitio al que regresar.

Candela da un brinco y regresa al suelo cuando Pino acude a comprobar que se encuentra bien y, cuando entiende que no ha sido más que un rasguño, las invita a conocer el huerto de hierbas que permanece en un estado de calamitoso abandono desde hace muchos años. Es el trozo de finca que siempre regentó su mujer, y sé que, si le ha dejado pisar su suelo sagrado, sin duda, es porque confía en ella, aunque tengo la sensación de que Pino siempre se empeña en creer que todo el mundo está lleno de bondad. No lo culpo, yo no sería el mismo si hubiera vivido encerrado entre estas montañas, encapsulado en el tiempo, protegido de las desgracias de un mundo cada vez más cruel.

Me dejo caer de nuevo sobre la cama y recupero el plato de comida olvidado. Cojo un trozo de pan, rebaño los restos y los ojos se me ponen en blanco de puro placer. Sé que ha sido ella quien lo ha cocinado, pues Pino no es muy diestro en la cocina y lleva alimentándose de carne a la brasa desde que se quedó viudo. Cuando estoy satisfecho, y aburrido por la falta de actividad, vuelvo a abrocharme las botas, recojo los cubiertos y los bajo a la cocina.

Todos permanecen fuera y en la casa se respira un silencio tan solo interrumpido por el canto de las golondrinas que preparan su viaje migratorio hacia lugares más cálidos. Friego los platos, aletargado por el silbido de la cafetera que he dejado sobre el fuego, y elaboro una lista mental con todas las cosas que aún quedan por arreglar en la casa de la *nonna* Cecilia antes de que llegue el invierno y pueda volver a enfermar. Levanto los ojos del fregadero cuando casi he terminado y miro a las golondrinas que salen y entran de sus nidos bajo las tejas rotas de la entrada. Su labor me distrae lo suficiente como para no ser consciente de que alguien se acerca por mi espalda.

—No tenías por qué hacerlo —susurra una voz de mujer y me giro para mirar a Isabel, un poco cohibida y recelosa de llamar mi atención—. Es parte de mi trabajo en esta casa.

Ha regresado del huerto de hierbas con las manos llenas de lavanda fresca y romero salvaje que hacen que su perfume se eleve hasta hacerme gravitar. En la entrada, oigo a Pino conversar con Candela acerca de la posibilidad de construir una casa en uno de los árboles frutales, y aparto los ojos de su madre. Creo que he perdido el norte mirando cómo se le ha soltado el pelo mientras estaba fuera y la forma en la que cae en ondas salvajes sobre su pecho. Lleva la

camisa manchada de tierra y las mangas recogidas más allá de los antebrazos, dejando al descubierto su piel morena. Creo que se ha dado cuenta de cómo la estaba observando y no duda en recomponerse la coleta y arreglarse la blusa; después pasa por mi lado y comienza a secar los platos de la pila para colocarlos en las alacenas.

—Aquí las cosas no funcionan así —le aseguro después de un buen rato de silencio en el que me concentro en pasar el estropajo a conciencia—. Aquí todos nos ocupamos de lo que hay que hacer. Por cierto, la comida estaba realmente buena. Gracias.

Deja de secar los platos y oigo como absorbe el aire por la boca. Bajo una leve sonrisa, me da las gracias y continúa con su tarea. Durante los próximos minutos el sonido de la cafetera calentando el agua es lo único que se interpone entre nosotros y el silencio. Cuando todo está listo y la cocina ha quedado recogida, me vuelvo hacia ella y mascullo una excusa para regresar a mi habitación, pero ella se adelanta.

—Pino me ha dicho que a veces usas su vieja camioneta para ir al pueblo de abajo del valle. —Asiento y ella continúa—: Me preguntaba si no te importaría llevarme mañana. El curso está a punto de empezar y he pensado que, tal vez, podría inscribir a Candela en el colegio.

—Eso está hecho —respondo, y nuestros ojos se cruzan. Aún no me he acostumbrado a sentir el relámpago que parece vivir al otro lado de sus pupilas, y trato de centrarme en cualquier cosa que no sea en ella y en sus ojos del color del café—. Yo... siento lo de antes. Creo que a veces me comporto como un imbécil.

Dejo el trapo sobre la encimera y me apoyo con una mano antes de subir los ojos hacia ella y enfrentarme a los reproches por mi comportamiento.

—Todos nos comportamos como imbéciles alguna vez —observa y yo sonrío.

Isabel huye de mi mirada y se refugia en la alacena con la excusa de buscar los ingredientes con los que amasar el pan para mañana. La contemplo mientras intenta calibrar la balanza de pesas de Pino y me sorprende a mí mismo maravillado con las líneas relajadas de su rostro, es entonces cuando me doy cuenta de que esa expresión de ratón asustado con la que llegó ha empezado a desaparecer.

Una de las pesas más grandes se le cae en un dedo y ella se lo lleva a los labios de forma instintiva. Me quedo detenido en ese simple movimiento y mis ojos hacen el recorrido hacia su boca entreabierta. Trago saliva y aparto la mirada, porque no puedo dejar de lado la sensación de que esto no es apropiado.

Invento una excusa y salgo hacia al pasillo, entonces descubro a Pino mirándome con renovado interés. Si antes era el centro de entretenimiento de una vida tan pausada como la suya, ahora se está divirtiendo como un crío en una feria, igual que deben de estar haciendo los demás.

Abandono la casa, pongo distancia, y subo la loma que lleva al camino de piedra donde se inicia la aldea. Tino ha llegado primero y me está esperando, moviendo la cola. Siempre lo hace y todavía no entiendo cómo consigue predecir mi llegada. Le acaricio el lomo cuando comienza a caminar junto a mí y miro al cielo, calculando el tiempo que me queda antes de que se ponga el sol.

Ya he arreglado el tejado de casi todas las casas habitadas, pero me temo que tendré que detener las obras durante el invierno, cuando la nieve cubra los tejados y trabajar a la intemperie se convierta en un problema. Solo son seis las casas que se podrían reconstruir, o al menos esa es la intención de Aurelio, que ha invertido casi toda su fortuna en resucitar Il salto de la Madonna, pero solo cuentan conmigo para que lo haga, y no sé si estoy a la altura.

No se ha presentado nadie para reclamar ninguna de ellas, a pesar de los intentos de sus habitantes para correr la voz, pero tan solo el esfuerzo de subir hasta aquí es motivo suficiente

como para no embarcarse en la aventura de vivir en un lugar como este. La fama que rodea a la aldea tampoco ayuda demasiado; todavía se cuentan historias terroríficas sobre las cosas que se supone que ocurren entre las montañas. Como las luces parpadeantes que se mueven por sus laderas empinadas una vez al mes, siempre el último domingo, siempre de madrugada.

—¡Bello! —saluda la *nonna* Cecilia en cuanto levanta los ojos de la encimera sobre la que está trabajando y me ve a lo lejos a través de la ventana de su casa—. Pasa, te estaba esperando. ¿Quieres un poco de café?

La *nonna* Cecilia es la mujer más longeva de la aldea, pero también es la más anciana de los pueblos aledaños. Sus más de noventa años no le suponen un impedimento para seguir ejerciendo en su pequeña y oscura botica, donde prepara medicinas, ungüentos y otras cosas necesarias como jabones y aceites perfumados. Nadie acertaría a situarla más cerca de la centena que los demás, ya que su porte altivo y sus ojos grises siguen mostrando el brillo de una juventud olvidada. Tan solo la temida neumonía empaña sus ojos de cierto miedo, y por eso sonrío con verdadero alivio cuando me ve parado frente a su cocina.

Acepto su invitación y me preparo para una larga sobremesa mientras me sonsaca información acerca de Isabel y Candela. Los vecinos aman cualquier ocasión que se les presenta para escuchar un chisme, y sé que debe de estar deseando que le cuente mis impresiones acerca de las nuevas habitantes de la casa de Pino.

Sin embargo, parece distraída, absorta en la puerta siempre abierta de su casa, y me apremia a coger la taza y subir a terminar con lo que he venido a hacer; eso es algo que me sorprende, tratándose de ella. Cuando llego a la buhardilla, y asomo la cabeza a través del ventanuco sin cristales, me doy cuenta del motivo por el que se ha desentendido tan rápidamente de mí: Candela ha decidido seguirme hasta la aldea y oigo como la *nonna* Cecilia se deshace en halagos hacia ella. Hace demasiado tiempo que en estas calles no corretean los niños, y los hijos de los habitantes del pueblo tienen prohibido subir solos hasta las montañas.

Agarro a pulso uno de los tablones de madera que traje del aserradero y me subo a la escalera que tengo apoyada contra la pared, la cual me permite acceder al tejado por el agujero que el peso de la nieve ha ido dejando a lo largo de todos estos años en los que nadie se ha ocupado de él. Abajo resuenan la risa de Candela y los ladridos de entusiasmo de Tino y soy consciente de que, incluso él, se ha desentendido de mí.

Retiro las tejas de pizarra partidas y contemplo a Candela salir con la *nonna* Cecilia de su mano, camino al establo junto de la casa de doña Carmina donde vive Matilda. Todos han dejado a un lado sus quehaceres para salir a conocerla, y me temo que no pasará demasiado tiempo hasta que esa niña se los meta a todos ellos en el bolsillo. No hay nada más peligroso en el mundo que dar a un anciano motivos para querer ser un niño otra vez.

El sol comienza a perderse al otro lado de la ladera de la montaña, ya casi he terminado de quitar todas las tejas partidas, dejando el tejado listo para instalar las nuevas. Si no hay ningún contratiempo, acabaré del todo mañana y la *nonna* Cecilia podrá respirar tranquila cuando empiece la temporada de lluvias. No creo que sus pulmones pudieran soportar una neumonía más, y no me gustaría ser el causante de ello.

Hecho un vistazo al panorama bajo la ventana y compruebo que Candela sigue en la calle, dejándose agasajar por los vecinos y conociendo a cuanto animal corre por el empedrado de la aldea. Nadie repara en su pierna, de la misma manera en la que nadie preguntó por la marca que me cruza el rostro. Sonrío al oír sus grititos de entusiasmo cuando una cabra se acerca a comer de su mano y retiro algunos de los viejos listones de madera podrida que sostienen el tejado para tomar medidas y comprar más tablones en el pueblo. Mientras me paro a reflexionar sobre la

posibilidad de pedirle al hijo de Leonora que suba hasta la aldea con las vigas y los listones, la voz de Candela, que flota en el aire hasta llegar al tejado, queda eclipsada por un alarido de angustia al otro lado de la loma. Es una llamada de atención llena de ansiedad y miedo, y no dudo en dejarlo todo tirado por el suelo antes de bajar a comprobar que todo está bien y que todos están a salvo.

Cruzo la entrada de la casa de la *nonna* con el pulso acelerado, la cabeza no deja de darme vueltas sobre lo que ha podido ocasionar este alboroto. En mi fuero interno, lucho contra el fantasma de la guerra y la posibilidad de que su miseria me haya alcanzado hasta aquí, pero al pisar de nuevo los adoquines de la calle encuentro una escena que me hiela el corazón. Isabel está agachada sobre su hija y la toma del brazo con el rostro completamente transformado por el terror. Le cuesta respirar y por la forma en la que lo hace, sé que está sufriendo un ataque de pánico.

—Creí que él nos había encontrado, creí que... —susurra, casi sin voz, antes de abalanzarse sobre su hija para enterrarla en un abrazo—. ¡No vuelvas a irte sin decirme a dónde vas, prométeme que no volverás a hacerlo!

Isabel tiembla visiblemente mientras su cuerpo se encorva sobre Candela como si quisiera formar un escudo sobre ella, y cuando comprueba que la niña está bien y que nada ni nadie ha venido a llevársela, la abraza con tanta fuerza que Candela no tarda en protestar.

Me acerco hasta ellas y sus ojos me siguen, pero no me ve, sino que está atrapada en el escenario terrible que imagina en su mente. Le tiendo una mano y ella la mira con atención, pero sigue sin estar aquí. Doy unos pasos hacia atrás y contemplo la escena con una profunda sensación de desconsuelo, porque su miedo a perderlo todo no me es desconocido.

EL PASADO ACECHA EN CADA ESQUINA, EN CADA RECODO QUE QUIERAS DEJAR ATRÁS

Isabel

A veces me imagino una vida donde nosotras no tenemos que escondernos de nadie, donde el sonido de las ruedas de un coche, una puerta al cerrarse o una voz en la lejanía no active en mí el mecanismo del miedo que tanto me paraliza. Es como una sombra oscura que planea en el interior de mi cabeza, dibujando monstruos que caen sobre nosotras, atrapando lo bueno, destruyendo la luz del sol. A veces rememoro mi playa del sur de Andalucía e imagino que vuelvo a encontrarme por primera vez con el hombre que tanto nos hace sufrir, entonces, invento caminos que me alejen de él, de sus ojos verdes y de todo lo que vendría después.

He tapado a Candela con las mantas de una cama que no es la nuestra tras lograr que se haya quedado dormida, pero yo no soy capaz de hacerlo y me pregunto cuándo llegará el día en el que no pierda los nervios con tanta facilidad, si en algún momento la rutina de este nuevo hogar, la costumbre de conocer a sus vecinos y el tiempo mermarán mi ansiedad constante por la posibilidad de que él aparezca por los caminos que suben hasta las montañas y se la lleve.

No sabe que nos hemos ido, pero sé que no faltará mucho tiempo hasta que regrese a casa y se dé cuenta de que nosotras ya no estamos ahí. Me he marchado con mi hija de la mano, un poco de dinero en el bolsillo y todo lo que he podido coger. Ahora somos libres, pero no dejo de pensar en que esta libertad no es real. Es un callejón sin salida que puede costarnos todo lo que tenemos.

Un suspiro sale de los labios de Candela y la miro con ternura; está abrazada a su peluche y descansa tranquila. Le he pedido perdón mil veces por todos mis errores, aunque el primero de ellos ya nunca lo podré enmendar.

Me enamoré de su padre porque era todo lo que una chica como yo deseaba y no tenía. Era guapo, tenía un encanto natural que hacía que confiar en él fuera sencillo y supo colmar un vacío en mi interior que durante años no pude llenar con nada más. Con el tiempo descubrí que también tenía dinero, poder y una personalidad embaucadora que, en algún momento de nuestra historia, se volvió en mi contra. Consiguió que me alejara de todo lo que conocía, de mi abuela, que era mi única familia, de mi playa y de los planes que cualquier chica de mi edad podía tener, como estudiar una carrera y conseguir sus sueños. Pero entonces, el cuento de hadas se convirtió en un infierno y él en un hombre cruel y despiadado que solo me quería a su lado para lograr sus propias ambiciones: tener una familia que le otorgara el respeto y la aprobación de su padre, y con ello la responsabilidad del negocio de los Russo y acceso al dinero de su familia. Solo que las cosas no salieron como él esperaba, porque yo nunca he sido la mujer que él quería que fuera.

Candela se ha llevado la peor parte; esperaba que ella lograra ablandar su corazón, pensé que la ternura de sostenerla en brazos conseguiría sacar al hombre bueno que siempre creí que vivía dentro de él. Pero aquello no fue un accidente, lo recuerdo cada vez que miro su pierna mutilada, y me culpo de cada minuto que la obligué a permanecer en ese hogar, esperanzada en un cambio

de actitud que nunca llegó.

Carolo conducía el coche doblando la velocidad permitida en una carretera de doble sentido al volver de la fiesta de Navidad que se celebraba en el hotel de su familia, el más grande de la cadena Dolce Russo en Roma. Los accionistas más importantes y sus familias también acudieron. Esa noche, Armando Russo iba a anunciar que uno de los puestos directivos había quedado libre, y él iba a pedirle a su padre que le permitiera asumirlo, pero Carolo nunca hizo nada para demostrar que estaba capacitado para representar los intereses de su familia y su padre le cedió el control a uno de los accionistas.

Aún tiemblo al recordar cómo se agarraba al volante al volver a casa; no hablaba, pero esa era su táctica cuando quería sembrar el terror: acumular puñales con los que atravesarme en la intimidad de nuestro hogar. Candela cantaba, reía y chillaba porque siempre le ha encantado la Navidad y esas luces que adornan las calles y que parecen luciérnagas. «Haz que se calle de una puta vez», ordenó, pero cuando traté de contener a mi hija ya era tarde. Algo en su cabeza debió de explotar y la ira descontrolada con la que prendía fuego a nuestra vida le hizo girar el volante y estampar el coche contra el quitamiedos de la carretera. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho y se deshizo en disculpas, ya era tarde para él, el hechizo se había roto y debajo de mi príncipe azul asomó la bestia que siempre había sido. El hombre ambicioso, celoso, posesivo y cruel que me había llevado a su castillo ya no tenía ningún poder sobre mí, salvo la hija que nos unía.

Candela se gira a mi lado, deshaciéndose de las mantas, y me apresuro a taparla de nuevo, pero me doy cuenta de que la estoy molestando y que la luz encendida del candil no la deja dormir. Giro la ruedecilla y apago la llama, sin embargo, decido que lo mejor que puedo hacer es salir de la habitación y tratar de serenarme antes de que el sueño me alcance a mí también.

Encuentro la casa a oscuras y en silencio cuando bajo las escaleras, pero no pretendo quedarme demasiado tiempo aquí abajo y camino, tratando de no hacer ruido, hacia la cocina. Sigo estando demasiado nerviosa como para aparentar que todo está bien, y ahora temo que el numerito en la aldea haya podido levantar la sospecha de los vecinos. Si ellos se dan cuenta de que escondo algo, solo tienen que avisar a la policía y perderé a Candela para siempre. Carolo tiene todo a su favor, y yo no tengo nada. No puedo luchar por ella.

La luna arroja algo de luz sobre la encimera, la suficiente como para que alcance a encontrar una jarra con un poco de leche que ha sobrado de esta mañana, lo justo para un vaso pequeño. Aquí no hay frigorífico, y la única forma de conservar la comida es cogiendo solo lo que se necesita para el día. Mañana, antes de que salga el sol, yo misma iré a casa de la señora Carmina a por las cosas que no podemos elaborar Pino y yo. Agarro el vaso con las dos manos y me lo llevo a los labios, esperanzada con encontrar un poco de tranquilidad que me haga volver a la cama, pero, antes de acabarlo, oigo pisadas en la escalera que anuncian que tengo visita.

Gideon aparece a través de la arcada de la cocina, aunque parece reacio a terminar de dar los pasos que lo separan de mí, y permanece rezagado, a salvo de la luz de la luna. Me doy cuenta de que procura mostrarme primero el lado bueno de su rostro, como si temiera asustarme en medio de la oscuridad, y cuando comprende que soy consciente de su presencia, avanza un paso y me mira. Me gustaría preguntarle si se avergüenza de sus heridas, aunque lo que en realidad quiero es saber cómo pasó.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —me interroga antes de continuar avanzando hacia la ventana para abrir las hojas de madera de par en par. Guarda la distancia y cuando me mira no lo hace directamente—. Pronto las noches serán tan frías que no querrás salir de la cama, te lo aseguro.

Sonríe, un poco tímido, y mete la mano en el bolsillo de sus pantalones hasta sacar un cigarro

de su interior. Lo prende junto a la ventana y después me lo da. No he fumado en toda mi vida, pero lo acepto como último recurso para quemar todos mis miedos y dejar que se expandan con cada voluta de humo que sale hacia el exterior. La tos me traiciona cuando trago más humo del que logro expulsar y se lo tiendo para refugiarme en mi vaso de leche. Lo miro solo un momento y me parece verlo sonreír, divertido, aun así, no dice nada.

No me pregunta qué es lo que ha pasado antes en la aldea y yo se lo agradezco, tan solo examina mi vaso y después me mira a mí.

—¿Estás más tranquila?

—Sé lo que estás pensando y no... —me apresuro a dar una explicación, un poco a la defensiva porque no quiero que crea que soy una madre inestable y que puedo perjudicar a mi hija.

—Cuando llegué a la casa de Pino pasé toda una semana sin poder dormir —asegura, pasando por alto mi estado de alarma—. Creí que en cualquier momento algo terrible me iba a suceder; un terremoto que pudiera encontrarme dormido, un incendio o... incluso la posibilidad de que la aldea pudiera ser bombardeada. Con el tiempo me di cuenta de que en este pueblo no existe el mundo que dejé atrás, ni todos los miedos que me perseguían.

—¿Quién puede tener miedo a ser bombardeado? —Me encojo de hombros, asustada por las cosas terribles que acaba de sugerir.

—Alguien que ha vivido en una guerra y no desea volver.

—¿Eres un soldado? —pregunto asombrada.

—¿Sabes lo que es un SEAL? —Me encojo de hombros por respuesta y él asiente, como si ya lo esperara, como si estuviera acostumbrado a argumentar quién es y cuál es su historia—. Fui un tirador designado de la marina de los Estados Unidos. Seis años destinado en Irak y Siria.

—¿Escapaste? —pregunto, un poco cohibida con la forma en la que aprieta la mandíbula. Siento la tentación de hacer o decir algo que sirva para procurarle un poco de paz, pero creo que está atrapado lejos de aquí.

—¿Acaso se puede escapar del infierno? —susurra y se lleva una mano al mentón, como si quisiera limpiarse una mancha imaginaria—. Creo que será mejor que suba a dormir. Nos vemos mañana.

Gideon se despide fingiendo indiferencia y, con cuidado, procura dejar la ventana cerrada antes de pasar por mi lado despacio y regresar a su habitación. Cuando lo siento cerrar la puerta, busco el sillón de respaldo alto en el que se sienta Pino y me refugio en él. La luz suave del exterior entra por los cristales cerrados, arrojando sombras y claros que me permiten fijarme en todo lo que hay alrededor de mí. Mi observación termina en el cuadro que cuelga sobre la chimenea y me recreo en él.

Anabella y Pino me recuerdan a un retrato de mis abuelos que decora la pared de una de esas casitas blancas que bordean la Costa del Sol; ellos son los únicos padres que conozco, aunque ahora ya no están para tenderme una mano que me saque de este infierno. Los miro a los ojos y sonrío, pero no es una sonrisa feliz.

Yo también habría querido tener una fotografía así, con el hombre guapo, importante y seguro de sí mismo que debería haber sido mi protección, mi familia, mi amigo y mi amor. Hay miles de fotos de nosotros dos juntos, pero no creo que en ninguna de ellas me esté mirando como Pino mira a su mujer, como si el mundo entero estuviera sostenido entre sus manos. El brillo de los ojos de Anabella me secuestra y me arrastra a la pesadez del sueño, y sin molestarme en subir a mi cama, me hago un ovillo y me duermo sobre las rodillas.

Es ese gallo traicionero el que me despierta de nuevo. Me levanto antes de que la pereza me

atrape y subo al baño para coger la ropa que dejé tirada sobre una silla anoche.

Me doy una ducha rápida con un balde de agua que sobró del baño de Candela y que no me molesto en calentar, y me apresuro a ponerme en marcha para ir hasta la aldea a recoger la leche, el queso y un poco más de mantequilla. Creo que Pino no calculó lo que come una niña de cinco años y temo que se arrepienta de habernos dejado pasar. Tengo que hacer que esto funcione, tengo que demostrar que puedo encargarme de mi hija sin la ayuda de nadie.

Salgo de la casa y me encamino hacia la loma, las orejas de Tino al otro lado me saludan al llegar. Ni siquiera ha salido el sol del todo, sino que se entretiene pintando una franja anaranjada en el horizonte, aun así, la señora Carmina ya está en la puerta y baldea las piedras de la calle con un poco del agua de fregar la casa. La cabeza de Matilda asoma por detrás, pero, a diferencia del resto de sus compañeras, no se dirige al pasto de la montaña, sino que se acerca a saludar.

—¡Juro que un día te voy a convertir en caldo! —le riñe doña Carmina por andar pisando el suelo limpio con sus pezuñas llenas de estiércol, pero ambas saben que no es verdad.

—*Buongiorno*, señora Carmina —saludo y ella se gira para hacerlo también.

—*Buongiorno, donna* —indica y se estira para mirar detrás mí con la esperanza de encontrar a alguien más—. ¿Aún duerme la *principessa*?

—Sí, mucho me temo que está acostumbrada al horario que tenía en la ciudad. —Me muerdo el labio y me recuerdo que debo andarme con cuidado sobre lo que cuento a los demás.

—*Ma*, pronto tendrá que ir a la escuela.

«La escuela», repito en mi memoria y agacho la cabeza. Había olvidado que le pedí a Gideon que nos llevara hasta el pueblo, pero ahora ya no estoy segura de que esa sea una buena idea.

FUGITIVOS DE UNA VIDA QUE NUNCA QUISIMOS TENER

Gideon

He logrado que la furgoneta arranque de nuevo, pese a que no apostaba demasiado por que este cacharro siguiera dando guerra. Tiene la puerta abollada y hace un ruido raro al pisar el acelerador, pero es suficiente para el camino que tenemos por delante. Lleva cuarenta años batallando por estos parajes y calculo que todavía le queda alguno más.

Hace un rato que estoy esperando a que Isabel baje para ir juntos al pueblo, aunque creo que no se decide a marcharse y dejar a Candela a cargo de doña Carmina. Desde que conoció a Matilda no ha dejado de pedirle que la enseñe a ordeñar y a hacer queso con la leche, y la mujer no ha dudado un segundo en aprovechar nuestra ausencia para llenarse con la energía vibrante de esa niña. Su entusiasmo y su vitalidad actúan como una batería para el alma de cualquiera que se encuentre cerca, ni siquiera yo he escapado del encanto de sus ocurrencias.

Oigo sus pisadas irregulares en el camino de grava que lleva hasta el garaje de Pino y me giro con una sonrisa preparada, porque es imposible no hacerlo, sin embargo, se me congela en los labios cuando veo que viene acompañada y tengo que desviar la mirada hacia cualquier otra cosa que no sea su madre. Se ha recogido el pelo en una coleta alta, dejando al descubierto su rostro redondeado y sus increíbles ojos oscuros, además, se ha puesto una camisa que le va un poco ceñida y que hace que masculle una maldición. No sé qué edad tiene Isabel, pero estoy seguro de que nos llevamos lo suficiente como para que esto resulte del todo inadecuado. Miro al cielo y calculo que no debe de tener más de veintiséis años, yo, sin embargo, estoy a punto de cumplir los treinta y nueve.

—¡Gideon! —chilla Candela cuando llega junto a mí y la miro de soslayo, evitando cruzarme con la mirada de Isabel—. ¿A que no adivinas con quién voy a pasar la mañana?

Se abalanza sobre mí y me tiende los brazos para que la aúpe y no puedo evitar hacerlo, porque entonces ella se ríe como si fuera lo más divertido del mundo y mi mundo se reinicia con ese sonido. Su madre me mira con atención, y no sé qué es lo que percibe cuando nos ve juntos, así que la dejo de nuevo en el suelo y su semblante se relaja al instante.

—Vamos a ver.... tiene cuernos, le gusta comer flores y... lleva el nombre de un personaje de Roald Dahl.

—¿De quién? —pregunta arrugando la nariz y yo muevo la cabeza para quitarle importancia—. No te enteras de nada, Gid, ¡es Matilda!

Isabel se ríe por su respuesta y yo procuro pensar en cualquier otra cosa que no sea en los hoyuelos de su rostro.

Gid, nadie nunca ha acertado mi nombre de esa manera y tengo dudas de que sea válido en cualquiera de los idiomas en los que hablamos los tres, pero me hace gracia y decido que me gusta. Gid es el nombre que le pondrías a un amigo imaginario, suena amable y tranquilo, para nada se parece al asesino que en realidad soy.

Los ladridos de Tino anuncian que ha venido a buscar a Candela, pero no aparece solo, pues doña Carmina no ha podido resistirse a hacerse cargo ella misma de recoger a la niña. Parece

más joven y hasta camina más rápido que de costumbre. Cuando Candela acude a su encuentro, abre los brazos y chilla tanto como ella. Caminan despacio, charlando animadamente, pero antes de desaparecer al otro lado de la loma, Candela se gira para decirle adiós a su madre, que tiene el rostro envuelto en sombras y sé que está a punto de cambiar de idea sobre dejarla ir.

—Estará bien, nadie va a hacerle daño en este lugar y Tino no es tan tranquilo como parece. Está loco por esa niña, así que no dudará un segundo en morder para defenderla de cualquiera que pretenda tocarla.

—Es la primera vez que me separo de ella —dice con la voz apagada y las lágrimas bailando en sus ojos. Después carraspea y asiente, como si estuviera segura de que esto es lo mejor para las dos—. Supongo que no es bueno que la sobreproteja tanto, ¿no?

—No tengo hijos, pero si los tuviera... —La imagen grotesca de mis pesadillas asoma en un resquicio de mi mente; puedo oler el humo, la pólvora y la sangre caliente. Un oso de peluche emerge entre los escombros y ahogo un sollozo. Trato de acallar a mis propios miedos centrándome en los pájaros que surcan el cielo. Es un truco que he aprendido cuando la realidad se distorsiona tanto que tengo dudas de si aún sigo estando allí, o si, por el contrario, he logrado huir de aquel escenario dantesco—. Bueno, supongo que te entiendo.

Rodeo el coche y abro la puerta del conductor, ella hace lo mismo y se sienta en el sitio del acompañante. Cuando se ha puesto el cinturón de seguridad, doy una vuelta a la llave y pongo este trasto en marcha, mirándola de vez en cuando para asegurarme de que todo va bien. No hablamos en un buen rato, pues ella parece absorta en los riscos que rodean el gran lago, y en los restos de las aldeas abandonadas que cercan el salto de la Madonna. Estamos a escasos seis kilómetros del pueblo más cercano, donde se encuentran disponibles todos los servicios que nosotros no tenemos.

—En el asiento de atrás hay una camisa de Pino. Está limpia, puedes usarla —le ofrezco, después de ver cómo se rebuja sobre sí misma. Hace frío, pues aquí las estaciones menos cálidas parecen llegar antes que al resto del país.

—Para el coche, por favor —me ruega, por lo que busco un recodo del camino en el que hacerlo no suponga un obstáculo para otro vehículo.

Isabel ha abierto la puerta antes de que el coche se detenga del todo y observo como corre hasta la orilla del lago, donde se detiene y se arrodilla. Coge grandes bocanadas de aire, como si le costara volver a respirar, y cuando me doy cuenta de que no ha sido suficiente, salgo del coche y me acerco, despacio, tratando de no asustarla. Me pongo de rodillas, a su lado, y ella se encoge cuando se da cuenta de que estoy aquí.

—No puedo hacerlo. Yo no sé mentir, si la matriculo en ese colegio con un nombre que no es el suyo se darán cuenta, y entonces él la encontrará, y si eso ocurre, no volveré a ver a mi hija —relata.

—¿Quién es él?

—Su padre.

—¿Os está buscando? —Elijo esa pregunta porque no me atrevo a saber la verdad.

—Ni siquiera sabe que nos hemos ido. Está de viaje por negocios, tardará unos meses en llegar a Italia. Cuando regrese, cuando él se dé cuenta de lo que he hecho...

Isabel se derrumba como hacía tiempo no había visto a nadie derrumbarse, y, aunque no estoy seguro de que sea lo apropiado, la rodeo con un brazo y la acerco a mí. Su cuerpo reacciona y noto la rigidez de los músculos de su espalda, pero cuando apoya la mejilla sobre mi pecho, se relaja y se deja consolar. Acerco los labios a su pelo y aspiro el olor a lavanda de las pastillas de jabón que fabrica la *nonna* Cecilia, aunque estoy absorto en el suyo propio, el que emana de su

piel.

—¿Cuántos años tiene exactamente Candela? —Carraspeo, suelto los brazos y libero a Isabel; estoy un poco avergonzado y aún no soy capaz de mirarla de frente.

—Cumplirá cinco años en dos semanas —susurra.

—Entonces, no está obligada a ir al colegio aún, ¿me equivoco? —Isabel alza los ojos, atenta a lo que estoy sugiriendo, y ladea la cabeza al comprender por dónde quiero ir.

—¿Y qué haría todo el día en la aldea? No tendría niños con los que jugar y yo tengo tareas que hacer si quiero seguir viviendo con Pino.

—La *nonna* Cecilia fue maestra de escuela en el cuarenta y tres, antes de exiliarse en la aldea. Es cierto que hace mucho tiempo de eso, pero estoy seguro de que estaría más que encantada con la idea. Además, todos tienen algo que enseñarle y tiempo para hacerlo. Nunca estará sola y jamás le quitaremos los ojos de encima.

Isabel vuelve la mirada hacia las montañas, parece pensar en sus opciones ahora que sabe que las tiene. Después pasea sus ojos sobre mí y me observa, como si me hubiera encontrado ahí, a su lado, sin saber por qué. Sus pupilas han vuelto a cubrirse de nubes y sé que tienden a hacerlo cada vez que siente miedo por su hija.

—¿Y los demás? ¿No harán preguntas? En algún momento querrán saber de dónde hemos salido.

Sonríó y le guiño un ojo, con un gesto tan exageradamente misterioso que consigo que ella se ría. Entonces, me acerco hasta su oído, como si las vacas y las cabras que pastan cerca pudieran transmitir nuestro secreto.

—En el salto de la Madonna no importa quién eres, de dónde vienes o si estás o no huyendo de alguien. Somos una pequeña familia, aunque cada uno tenga su propio secreto. Además, nadie sube hasta la aldea si puede evitarlo, o eso es lo que siempre dice la *nonna*.

Suspira, un poco más tranquila, pero aún siento el nerviosismo de su cuerpo inquieto cuando sonrío y le tiemblan los labios. Es probable que nada salga bien, pero aún nos quedan unos meses para averiguar si han logrado ponerse a salvo. Le hago señas para que volvamos a la carretera y le ayudo a levantarse, entonces avanza, a paso incierto, hacia el coche. Le he dado esperanzas, pero no sé por qué siento que no debería haberlo hecho.

Subo yo también y reanudo la marcha, mirándola de cuando en cuando para asegurarme de que todo va bien. Vuelco mis pensamientos hacia dentro, tratando de entender el infierno que han dejado atrás y le doy espacio para que ella haga lo propio. Todos somos fugitivos de nuestra propia vida, todos nos hemos visto obligados a abandonar para poder sobrevivir; ahora sé que ellas no son la excepción.

Me concentro en la carretera con la intención de distraer el impulso de hacerle preguntas, pero los pensamientos me traicionan y solo encuentro recuerdos emergiendo de mi mente una y otra vez, solapándose con la realidad hasta crear monstruos que no son reales. Carraspeo y miro hacia los lagos que hay dispersos por el camino, pero hay bombas que caen del cielo, voces que gritan, humo y fuego, y un disparo certero en el corazón del caos. Llevo los dedos hacia mi rostro y acaricio la cicatriz, como un recuerdo tangible del horror que yo mismo provoqué. No, no es cierto, no conseguimos huir cuando nuestros secretos viajan con nosotros, acomodados en los bolsillos, abrazados a nuestro cuello como una cuerda de sisal, soplándonos al oído que algún día purgaremos nuestros pecados.

—Todo saldrá bien —repito en voz alta, tratando de averiguar si es a ella a quien quiero apaciguar con esa promesa, o si lo repito porque necesito oírme decir.

Algún día las pesadillas acabarán, los fantasmas dejarán de perseguirnos, las bombas no nos

despertarán por la noche y *él* ya no tendrá ningún poder sobre ellas. Algún día estas montañas nos guardarán el secreto y podremos volver a empezar.

11

VOLVER A EMPEZAR

Isabel

Alargo la mano y abro la puerta del coche en cuanto Gideon para junto a la plaza del pueblo. Es mucho más grande que la aldea, pero aún sigue siendo lo suficientemente pequeño como para que las noticias lleguen con margen de tiempo. Si él se da cuenta de que hemos escapado, es probable que tarde bastante en dar con nosotras, y aunque sé que el final es inevitable, tengo que intentarlo.

«Si te vas, te la quito; y sabes, Isabel, sabes que puedo hacerlo. No tienes nada para darle, no puedes más que arrastrarla a una vida de miserias. Ningún juez te dará su custodia, no cuando su padre es uno de los hombres más importantes del país. Nadie permitirá que regreses a España con ella, así que no pienses ni por un solo momento en que voy a permitir que te vayas y te la lleves. Eres mía, siempre serás mía, y Candela es una muestra de ello». Aprieto los ojos hasta que el recuerdo de Carolo se disipa y su voz desaparece de mi mente. Nunca entenderé su capacidad infinita para destrozarme en mil pedazos. Ojalá nunca lo hubiera conocido, ojalá nunca lo hubiera creído como le creí, ojalá no hubiera soñado con su cuento de hadas y ojalá Candela no estuviera aquí. No soy libre, y ahora ella está encerrada conmigo.

—Es por aquí.

Gideon me da un toque en el codo que me hace reaccionar, entonces lo sigo por los senderos estrechos y empinados del pueblo. Me fijo en las casas, tan antiguas como las de la aldea, pero en mucho mejor estado, ya que todas están habitadas y han vivido alguna que otra reparación con los años. Son preciosas edificaciones en piedra, con tejado de pizarra y contraventanas de madera, pintadas de colores alegres que hacen la distinción entre el gris de las paredes y las calles. Por un momento, me contemplo a mí misma viviendo ahí, en la casita de la derecha con los marcos y la puerta principal pintados de un vibrante color turquesa. Tiene flores en los balcones; son rosas blancas que crecen formando una barrera natural. Su aroma me llega hasta donde me he quedado detenida y sonrío, triste, porque todas estas cosas no sucederán.

La silueta de Gideon se cuela en mi campo de visión y decido dejar de hacerle perder el tiempo, aunque él espera, paciente, mientras sostiene la puerta de madera y cristal de una tienda pequeña y antigua, llena de sacos de arpillera cargados con cosas que necesitamos con urgencia: legumbres, arroz, pasta, café, cereales, miel... La mujer que regenta el negocio se gira tras el mostrador cuando siente nuestra llegada y me sonrío; yo le devuelvo la sonrisa. Debe de rondar los cuarenta, y la forma de sus ojos me hace recordar los de mi madre y la última vez que los vi, en un retrato de su juventud justo antes de dejarme con mi abuela y seguir su camino.

—Va a ser lo mismo de todas las semanas. —Oigo decir a Gideon y entonces me doy cuenta de que la mujer me había hecho una pregunta.

—Isabel, mi nombre es Isabel —respondo, sin pararme a pensar si debería escoger otro nombre.

—Y ¿de dónde vienes, Isabel? —La mujer vuelve a volcar su interés en mí, pero, esta vez, me tiemblan los labios. Pienso aceleradamente una excusa, una coartada, pero no sirvo para esto.

—Texas, Estados Unidos —responde Gideon—, aunque es mejicana de nacimiento, ella es...

—Su esposa —digo, y le tiendo una mano acompañada de una sonrisa—. Llegué hace unos

días y aún estoy tratando de habituarme a las montañas.

Me acerco a Gideon y paso un brazo alrededor de su cintura. Siento como su cuerpo se contrae, manteniendo dolorosamente rígidos los músculos de la espalda. Tarda un tiempo en reaccionar y, cuando lo hace, me rodea el hombro con un brazo, pero es evidente que nadie se creería nuestra historia. Somos completamente distintos y la tensión podría cortarse con un cuchillo.

No me pasa desapercibida la mirada que la mujer le ha lanzado a mi camisa, y sé que sabe lo que cuesta, y sé que sabe que él no podría haberla pagado. Tengo que deshacerme de mi antigua ropa y de todas las cosas que compró Carolo si quiero empezar de cero y que nadie pueda asociarme con él y con sus gustos caros.

Agarro una bolsa de tela del saco que Gideon ha cogido de la furgoneta y me concentro en meter las compras en ella. La mujer rodea el mostrador y se para junto a mí; mete la mano en uno de los sacos y me ayuda a llenar la bolsa, y en cuanto su mano roza la mía, la rodea con sus dedos y deja en ella un suave apretón. No tengo ni la más remota idea de qué significa, pero parece que ha quedado satisfecha con la explicación que le hemos dado acerca de quién soy y de dónde vengo.

—Es maravilloso que la gente se anime a subir a Il salto de la Madonna y trate de reconstruirla. Esa aldea necesita toda la ayuda que pueda llegar, pues no nos gustaría que desapareciera del mapa. Es un emplazamiento histórico, ¿sabes? Y hasta tiene su leyenda. Se dice que fueron un puñado de brujas quienes la fundaron hace más de trescientos años, incluso hay gente que asegura que aún se las ve, de noche, alumbrando el cielo con las luces de sus velas en las grutas que se esconden entre las montañas. —La mujer sonríe, parece tan afable que enseguida logra que deje de prestarle atención a mi historia para escuchar la que ella me está contando—. No siempre ha estado en ese estado, y otros emigrantes han sabido disfrutar de ellas en el pasado.

»Hace mucho tiempo, formaba parte de este pueblo, pero las guerras, el movimiento de la tierra, el hambre y las epidemias fueron aislándola, convirtiéndola en un lugar lleno de leyendas y maldiciones que terminaron por separarla de los habitantes del valle, aunque yo siempre he pensado que es una tontería supersticiosa de nuestros ancianos y que es una pena que un lugar tan coqueto desaparezca. Soy Italiana, por cierto.

Sonríó y acepto la mano tendida mientras observo a Gideon sacar la cartera y pagar lo que debe. Cuando lo acompaño a la calle y arrastramos los sacos hasta el maletero, alzo una mano y lo agarro por la muñeca, justo el lugar en el que se enrosca una de sus cicatrices. Él se detiene y mira fijamente mi mano sobre su piel, entonces levanta los ojos despacio, y juraría que se han oscurecido hasta volverse tan negros como el fondo del mar.

—Lo siento —me disculpo, porque soy consciente de que lo he enredado en mis mentiras.

—Deberíamos... —carraspea y centra su atención en los sacos que hemos dejado sobre el suelo del maletero—, deberíamos ponernos de acuerdo sobre qué decir, así, al menos, sabría cómo reaccionar. No creo que se haya creído ni por un momento que seas mi esposa, pero no todos en este pueblo son tan discretos ni tienen la misma buena voluntad que Italiana. Algún día conocerán a Candela y es evidente que no se parece en nada a mí.

—No estoy buscando un padre para ella —respondo, sin saber de dónde ha nacido la furia que me quema las mejillas.

Sé lo que esto puede parecer, pero no he salido de un infierno para encadenarme a otro. Quiero ser libre, cuidar yo sola de mi hija, darle cualquier cosa que necesite y no volver a depender de nadie: nunca más. Mi única prioridad es ella, y mi única misión es ponerla a salvo

de cualquiera que quiera volver a hacerle daño.

—Nunca lo he pretendido —asegura entre dientes, y se apresura a cargar los sacos antes de cerrar la puerta.

Rodeo el coche y subo por el lado del acompañante. Gideon hace lo mismo, pero no dice nada. No es esa la reacción que esperaba encontrar, y me pregunto si siempre ha sido tan apacible como parece. Me resulta difícil imaginarlo vestido de militar, y, mucho menos, pensar en que sus manos han sostenido un arma capaz de matar a un inocente; no las mismas manos que alzan a mi hija del suelo con tanta delicadeza, como si ella fuera una flor, las que trabajan la huerta como si formaran parte de la tierra, o las que se aferran al volante de la camioneta como si nada más importara que llegar a nuestro destino a salvo. Lo observo de reojo, no se le ve afectado por lo que he dicho antes, y no parece que vaya a descargar su ira de un momento a otro.

Me pregunto cómo un hombre como él ha soportado seis años viviendo en el escenario de la guerra más atroz y cuáles son los recuerdos que conserva del tiempo que vivió entre los soldados. Sigo observándolo mientras él conduce y veo como se lleva una mano a los labios y se los acaricia con el dorso. Es un gesto que hace siempre que está pensando en sus cosas; me recreo en ellos, y me descubro queriendo descubrirlos bajo la barba de varios días con la que pretende esconderse del mundo. Sus ojos vuelven a ser tan claros como las aguas de un río enterrado entre los hilos de oro de sus pestañas y, cuando repaso las pequeñas marcas que el tiempo y el sufrimiento han tatuado alrededor de ellos, me sorprende intentando calcular cuántos años tiene. Es joven, a pesar de las pequeñas hebras de plata de su pelo, y es guapo, aun con todas sus heridas.

—¿Y bien? —pregunta, y cuando lo hace gira la cabeza y me dedica una sonrisa que se pierde al instante en el que se da cuenta de la forma en la que lo he estado observando. Desvía sus ojos y se aclara la voz. Juraría que se ha puesto nervioso—. ¿Has decidido lo que quieres hacer?

Miro hacia la carretera y pienso un momento antes de calcular mis opciones. En todas ellas Carolo regresa, me encuentra y se lleva a Candela lejos de mí. Solo me queda luchar contra él con los pocos recursos que tengo, así que sí, tengo claro lo que quiero hacer. Lo decidí la primera vez que encontré el anuncio que Aurelio mandó a la prensa buscando pobladores para la aldea, y a pesar de todas las cosas que tengo en contra, sé que hay esperanzas entre estas montañas para mí. Asiento, haciendo a un lado todas mis inseguridades, destruyendo cualquier conato de incendio que la voz de Carolo pueda prender en mi cabeza, y me giro hacia Gideon en el momento en el que detiene el coche junto al pequeño aserradero a las afueras del pueblo.

—Quiero ayudarte a reconstruir la aldea, conseguir una casa donde criar a mi hija, con contraventanas de colores alegres y azaleas en los balcones, y un trabajo que nos permita vivir a las dos. No tengo tiempo que perder, así que tengo una pregunta, Gideon, ¿me ayudarás?

Él me observa, serio, pero su máscara se rompe en cuanto se echa a reír y los miedos me caen encima, porque recuerdo la risa de Carolo cada vez que intenté hacer lo mismo que ahora, cada vez que insinué que tal vez yo podría labrarme un futuro independiente de su fortuna, una fortuna blindada por su familia, que me ha dejado en la calle, sin nada. Ese sonido alimenta la idea de fracaso que pende sobre mí, como un fantasma que arrastra la derrota y resignación, pero entonces Gideon levanta la mano y tiende la palma delante de mi regazo. Cuando comprendo lo que pretende, dejo caer la mía encima con un choque un tanto infantil que logra arrancarme una carcajada.

—Bienvenida a Il salto de la Madonna, *socia* —sentencia, estrechando mi mano en un saludo formal.

12

TODAS LAS COSAS QUE SOÑAMOS CONSEGUIR

Isabel

Han pasado dos semanas desde que Candela y yo llegamos a la aldea, y no dejo de sorprenderme con la facilidad con la que ella ha encajado en la vida entre las montañas, como si siempre hubiera estado aquí.

Hay algo mágico en verla crecer feliz, descubriendo la vida ajena al miedo y a la ansiedad de cometer un error. Mañana es su cumpleaños, y, sin embargo, es ella la que está conmigo, junto a la mesa de la cocina, elaborando pequeños quesos para regalar a los demás, como si su risa, su presencia o su infinita inocencia no fueran un regalo para todos los habitantes de Il salto de la Madonna. Los he visto rejuvenecer, a ellos que, todos juntos, suman más de quinientos años, más incluso de los que tienen estas calles. He visto restos de antiguas construcciones en la ladera de la montaña, el lugar en el que Candela está aprendiendo a distinguir las plantas que se pueden comer. La *nonna* Cecilia le enseña con paciencia todos los secretos que ocultan estas tierras, porque siempre ha estado convencida de que en ella está todo lo que necesitamos para sobrevivir.

—¿De qué es ese de ahí? —pregunto, señalando con el dedo un quesito redondo envuelto en hojas grandes y moradas.

—Albahaca. Andrea me ha dejado coger un poco de su jardín, todas sus plantas son moradas, ¿a que es lo más divertido que has oído nunca?

Sonrío e imagino el jardín de Andrea como una extensión más de su exquisita personalidad. Toda su vida está impregnada del color morado de las hojas con las que Candela conserva el queso que sé que va destinado a él, como el color de las ventanas de su casa o de las camisas que tiñe con las plantas de su jardín.

He leído algunos de sus poemas, versos que esconde en una caja de galletas bajo los tablones sueltos del suelo de su habitación. A nadie le importa ya a quién van dirigidos, pero Andrea aún vive la angustia de la persecución que lo trajo hasta la aldea, hace ahora más de cincuenta años. Su amor no tuvo la misma suerte y no fue capaz de continuar viviendo en un mundo que lo asfixiaba tan solo por existir. Aún conserva una foto de Giancarlo en su mesita junto a la cama, y la rodea de velas perfumadas que prende cada noche que se acuerda de él.

Extiendo la masa de pan sobre la superficie de madera de la mesa de la cocina y Candela desmiga uno de sus quesos sobre ella, la miro y sonrío porque creo que este es su regalo para mí.

—Pan de queso —dice, y me enseña una sonrisa a la que vuelve a faltarle un diente.

Le doy un beso sobre la cabeza y observo lo que hace mientras coge otro de sus pequeños y rudimentarios quesitos y lo deja caer en un plato impregnado de hojuelas de romero. Es el último y sé que ha guardado este especialmente para el final.

—¿Para quién es? —pregunto, conociendo la respuesta.

—Es para Gid —asegura, pero me sorprende la seriedad que adquiere su rostro pequeño—, la *nonna* Cecilia dice que el romero ayuda a curar un corazón que no funciona bien.

Estoy a punto de preguntarle por qué cree que Gideon tiene problemas de corazón, pero sé a

qué se refiere. Yo también lo he oído llorar por las noches.

Meto mi proyecto de pan en un bol para que se leve por el efecto de la masa madre y me apresuro a mirar el horno y comprobar cómo van los demás. Desde que Pino me enseñó, he forjado un vínculo con todo esto que va más allá del mero hecho de tener pan para comer. Me siento útil y, por primera vez en mucho tiempo, creo que podría hacer casi cualquier cosa.

—Voy a por un poco más de leña —aviso a Candela mientras cojo una cesta de mimbre y salgo a la calle.

El sonido del hacha es más contundente ahora que los muros no amortiguan el ruido y sé que voy a encontrar a Gideon en el cobertizo junto a la casa, convirtiendo en astillas todos los troncos que ha empezado a almacenar para la llegada del frío. Pongo un pie en el escalón que asciende hacia el interior del habitáculo de techo pajizo, pero el hacha silencia el sonido de mis pies. Él está de espaldas, descargando la herramienta sobre la leña como si esa fuera la tarea más importante del mundo.

Observo la forma en la que golpea, como si cada movimiento de sus brazos al caer tuviera el poder catártico de una ola en el mar, como esa que lo arrastró anoche de vuelta a sus pesadillas. Aún me duelen los dedos de agarrar fuerte la almohada mientras lo oía gritar. No pasa muy a menudo, pero los últimos días está siendo peor.

Piso una rama y esta cruje bajo mis pies anunciando mi presencia. Gideon detiene el hacha y la deja, con cuidado, protegida entre los troncos, como si temiera que pudiera tropezar y cortarme con ella. Después me mira, y su rostro concentrado en sus nubes internas se transforma, poco a poco, en una sonrisa que acaba en algo parecido a una carcajada.

—¿Qué llevas puesto? —pregunta, y yo me sonrojo.

Hace unos días que me deshice de la ropa que traje conmigo. Hice una pira con ella y le prendí fuego en el patio trasero para regocijo de Pino, que creyó que me había vuelto completamente loca. Solo conservo los vaqueros, algunas camisetas básicas y la ropa interior. El resto ha salido del armario de las camisas sin mucho uso del viejo Pino, todas de cuadros de colores apagados que me van enormes, pero que he sabido aprovechar.

—En cuanto pueda iré al pueblo y veré qué puedo hacer —digo, avergonzada, porque acabo de darme cuenta de que debo de parecerle un fantoche.

«¿No te da vergüenza? Soy un hombre importante, Isabel, no puedo llevarte conmigo a fiestas en las que los camareros visten mejor que tú. ¿Es que no te he dado dinero suficiente para que te compres un vestido mejor que ese? Y arréglate ese pelo, no estamos en la playa». Me muerdo el interior de la mejilla con los dientes y reprimo, con todas mis fuerzas, el sollozo que nace en la base de mi garganta. Sin querer me limpio las manos sobre los vaqueros, como si eso pudiera paliar la imagen que debo de ofrecer.

Gideon ladea la cabeza y sus ojos me recorren, despacio, desde los pies. Siento que el sollozo se transforma en otra cosa en cuanto el calor de su mirada me envuelve y sus ojos se concentran en los míos. El color de sus océanos es tan intenso que a veces me pregunto cuántos se han ahogado en él.

Mis mejillas vuelven a teñirse de rojo, azotadas por una emoción mucho más primitiva que la vergüenza, y me abrazo a mí misma, tratando de encontrar un punto de anclaje a la tierra porque creo que todo ha empezado a girar.

—Yo creo que te queda bien. Aunque no será suficiente cuando las montañas se llenen de nieve, y creo que tampoco te vendrían mal unas botas nuevas, impermeables, a ser posible. — Saca un pañuelo del bolsillo de sus vaqueros y se seca el sudor de la frente, pero después coge la camiseta con los dedos y la huele, haciendo una mueca de desagrado que logra hacerme sonreír

—. Si me esperas unos minutos, subo a cambiarme y te acompaño hasta el pueblo.

—No es necesario, Gideon, yo...

—Nos vemos en diez minutos en la camioneta —afirma, obviando mis réplicas.

Meto la mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros y echo un vistazo a lo que hay en él. Pino me ha dado esta mañana el dinero de la semana, y, aunque no es mucho, es todo lo que tengo; aunque Gideon tiene razón, no he traído un abrigo con el que Candela pueda protegerse en invierno, y sus zapatos son demasiado finos para corretear por las montañas.

Salgo del cobertizo, azorada por mi falta de responsabilidad, y me dirijo a la cocina para anunciarle a Candela que voy a ir al pueblo. Sé que esta es la parte que menos le gusta, la de vivir recluida con personas que, por mucho que lo intenten, no tienen tiempo para sus juegos, ni capacidad para entender una imaginación como la suya. La contemplo, de espaldas, perfeccionando la redondez de todos sus quesos acabados. Se mueve al son de una canción que suena solo para ella, y la preocupación que me oprime el pecho se deshace en un instante. Me agacho y la abrazo por la cintura, dejo un beso sobre su brazo cuando ella me sonríe y le recompongo la cinta que le sujeta el pelo.

—Creo que es la hora de tu lección con la *nonna* Cecilia —le recuerdo, y ella asiente feliz.

—¿Sabes qué? Andrea me ha prometido que tocará el piano en mi fiesta de cumpleaños. —
Ríe orgullosa.

—¿Fiesta de cumpleaños? —Arrugo el ceño, fingiendo que lo he olvidado—. No sé de qué fiesta estás hablando.

—Mamá... —pone los ojos en blanco y se abraza a mi cuello porque sabe que solo estoy bromeando. Entonces me mira, muy seria, y sé qué es lo que veo en esas pequeñas motas oscuras que le surcan los iris verdes de temor—, ¿vendrá papá?

Cojo aire por la nariz, como si todo el que hay en la habitación no fuera suficiente para seguir viviendo. Sé lo que he hecho, y sé por qué lo he hecho, pero solo basta que Candela me lo pida y cogeré nuestras cosas para volver a casa y que pueda estar de nuevo con su padre.

—¿Tú quieres ver a papá? —pregunto con cautela.

Candela vuelca la cara hacia mi pecho y se esconde. Siento su vergüenza aun sin ver sus mejillas coloreadas. Habría dado cualquier cosa para que su odio solo fuera dirigido hacia mí, pero he tenido que temer por la vida de mi hija para despertar y ver la realidad por mí misma. Cuando oigo el tímido «no» que susurra contra mi hombro, respiro, y la abrazo más fuerte.

Tino ladra en lo alto de la colina y Candela no necesita más señales para correr a su encuentro. Cuando me giro para verla salir, tropiezo con Gideon, que ha estado observándonos desde el pasillo. Lo miro a los ojos y creo leer compasión en ellos, pero yo no quiero que nadie se compadezca de mí.

—¿Vamos? —le apremio, fingiendo seguridad en mí misma.

Paso por delante de él en el pasillo y me encamino hacia la puerta, pero el viento generado por mi impulso levanta volutas del aroma que impregna su piel, un olor que penetra por mis fosas nasales y se ancla al punto exacto de mi vientre donde reside el equilibrio que creo que acabo de perder.

CONSTRUIRÉ UN LUGAR EN EL QUE PERMANECER A SALVO

Gideon

Escondo el regalo que he preparado para Candela en una bolsa y regreso al coche para dejarla en el maletero, a salvo de los ojos curiosos de su madre. No tengo ni idea de cuáles son los juguetes que están de moda en este momento. En el campamento de refugiados que custodiábamos en Siria siempre había pelotas, coches hechos con briks de leche y algunas muñecas de trapo que las mujeres fabricaban con ropa que ya no se podía usar. Aunque con el tiempo aprendí lo realmente valiosos que podían resultar unos simples zapatos. Era raro encontrar dos pares juntos, y casi nadie tenía la osadía de atreverse a descalzar a su dueño cuando asomaba un pie bajo los escombros.

Suelto la bolsa y abro las manos mientras el temblor empieza a recorrerlas con violencia. Es una consecuencia más de todo lo que el miedo ha dejado en mi cuerpo. Me agarro a la puerta del maletero y cuento hasta tres, hasta cuatro, hasta ciento cincuenta, y mis manos comienzan a relajarse y a volver a su estado natural.

—¿Va todo bien?

Italina ha salido de la tienda para ayudarme con los sacos que hemos comprado esta semana y sé que no dispongo de mucho tiempo antes de que vuelva Isabel. Aún sigue en el pequeño establecimiento de moda y hogar de la esquina de la calle Mayor, y no soy tan estúpido como para no haberme dado cuenta de que no es mucho lo que puede comprar. Si tiene que poner una necesidad sobre la balanza, sé de buena fe que no será en ella en quien piense primero.

—Sí..., es solo que hace más frío de lo que pensaba que haría en esta época —aseguro, despreocupado, y después voy dando un rodeo hasta llegar a donde quiero. Sé que puedo confiar en ella y sé que es la persona indicada para lo que trato de hacer—. Estoy pensando que, tal vez, tengas algo de ropa de cuando Antonella tenía cinco años. Abrigos, sobre todo.

—Claro, aún guardo unas cuantas cajas en el sótano —asegura y me mira con mucha más atención—. Supongo que son para *tu hija*, la niña que se rumorea que anda por los pastos de las montañas persiguiendo a las vacas.

Abro los ojos y miro en todas direcciones, nervioso, tratando de averiguar si Isabel ha llegado hasta el coche y ha sido capaz de oírla.

—Escucha, Gideon. Sé de buena mano que la gente de la aldea no da cobijo a cualquiera, así que no es necesario que me des explicaciones acerca de quiénes son. Está clarísimo que esa chiquilla no es tu esposa —verifica, y siento una punzada en el pecho muy similar a la decepción—, pero también he visto la forma en la que te mira. Cree en ti, y, por lo que veo, tú tampoco escatimas a la hora de protegerla. Déjame que vea qué puede servirle a la pequeña y mañana yo misma subiré hasta las montañas para llevársela en persona. No creo que a su madre le venga mal tener a alguien con quien charlar de vez en cuando.

—¡Mañana es el cumpleaños de Candela! —recuerdo de pronto, y eso me da una idea que puede gustarle—. Puedes traer a los mellizos, habrá tarta y un poco de música.

—Claro, cuenta con ello —afirma y posa una mano sobre mi hombro, sonriendo.

Por el perfil de mi ojo izquierdo contemplo la forma en la que Isabel nos mira. No sé cuánto tiempo lleva aquí, pero habría jurado que la he visto ruborizarse y apartar los ojos de la mano que Italina aún mantiene sobre mi brazo. Lleva una bolsa en la mano y por el filo asoma el pelo de lana de una muñeca nueva. Es todo lo que ha podido conseguir y trato de que no se me refleje en los ojos en cuántos trozos se me acaba de partir el alma.

—Bueno, si ya está todo, nos vemos mañana —se despide Italina y veo cómo le dedica una sonrisa amistosa a Isabel antes de volver a empujar la puerta de cristal de su establecimiento.

Isabel le sonríe por inercia al tiempo que Italina desaparece, después sube al coche sin darme la oportunidad de escusar lo que ha visto. Puede que sean cosas mías, pero me ha parecido que guarda la distancia después de sorprendernos juntos a Italina y a mí, como si nos hubiera pillado en medio de una conversación íntima; tal vez, como si estuviera un poco celosa de lo que ha visto. Carraspeo para borrar la sonrisa estúpida que se me ha dibujado en los labios y entro en el coche yo también.

—Lo siento —dice, aunque no me mira a los ojos—, tal vez debería haber avisado al llegar.

—No hay nada que sentir —la tranquilizo, tal vez con demasiado ímpetu—, Italina es una buena amiga. Escucha, es evidente que sabe la verdad, pero puedes confiar plenamente en ella.

—¿Qué quieres decir? —Se vuelve hacia mí, aterrada, y me sostiene la muñeca con sus dedos firmes. Los miro y después subo los ojos hacia ella, despacio.

—Quiero decir, que sabe que tú y yo no estamos unidos como marido y mujer y... que conoce la existencia de Candela.

Isabel se aferra al manillar de la puerta con la intención de abrirla y salir corriendo, pero entonces recuerda que eso no es tan fácil y se desploma sobre el respaldo del asiento del acompañante. Sus dedos ya no hacen contacto con mi piel, pero juraría que ha dejado una marca visible alrededor de mi muñeca. Miro al frente y titubeo, entonces me armo de valor y le entrego la palma de mi mano hacia arriba, ella se centra en ese gesto hasta que su ceño se relaja y, al cabo de unos segundos, noto sus dedos sobre mi mano. El contacto es cálido y la electricidad burbujea entre nuestros dedos.

—No voy a permitir que nada malo os ocurra a ninguna de las dos. Tienes mi palabra.

Asiente, profundamente conmovida, y yo retiro la mano antes de que la sensación se vuelva demasiado molesta. Arranco la camioneta y salgo del pueblo en dirección al negocio de madera que el hijo de Leonora tiene a las afueras.

Esta semana, Isabel y yo hemos estado visitando las casas deshabitadas de la aldea, haciendo una lista de cosas urgentes de las que nos podemos encargar entre los dos antes de que lleguen las heladas. Hay al menos tres de ellas que no requieren mucho más que una buena limpieza, un tejado nuevo y reconstruir los tabiques que aíslan las habitaciones interiores. Isabel se ha encargado de diseñar la distribución que tendrán cuando acabemos y puedo notar su entusiasmo a medida que nos acercamos al aserradero. Le gusta todo lo que puede crear con sus manos, y sé de buena tinta que son esas cosas las que más ayudan a curar un alma herida. La huerta me lo ha enseñado y creo que, en parte, fue la tierra la que me salvó la vida la primera vez.

—¿Para qué quieres tantos tablones de madera? —La voz de Isabel me hace regresar mis pensamientos hacia ella y la miro tratando de comprender cuál era la pregunta—. Has anotado más madera de la que necesitamos para la casa junto a la de Aurelio. Vamos a empezar con esa o, si has cambiado de opinión...

Se encoge de hombros y pasa las páginas de la libreta en la que va anotando todo. Está centrada en los planos y las listas de materiales de las demás casas, pero siguen sin salirle las cuentas. Iba a ser una sorpresa, pero creo que es evidente que se ha percatado de que le oculto

algo.

—Bueno, en realidad, son algunos recortes de tablones que suelen desechar en el aserradero. He estado encargando algunos de ellos con la intención de hacerle una casa en el árbol a Candela, pero creo que llego tarde para su cumpleaños. Tan solo he podido terminar la tarima que será la base de la cabaña.

—¿Tú estás haciendo una casa en el árbol para ella? —inquire, y detecto un ligero temblor en sus labios al hablar—. Pero, apenas tienes tiempo. Te veo salir hacia la huerta solo unos minutos después de que ese maldito gallo se desgañite bajo la ventana y no regresas hasta que la noche se te cae encima y... ¡oh! —abre la boca y me mira de nuevo, porque acaba de comprenderlo—, es por eso por lo que pasas tanto tiempo al otro lado del sendero.

Me encojo de hombros y procuro permanecer impassible ante el hecho de saber que Isabel no es indiferente a mis movimientos. Giro a la derecha en cuanto veo el portón de hierro que nos lleva hasta el interior de la finca, pero ella continúa mirándome, en silencio.

—¿Por qué? —pregunta contrariada, como si necesitara un motivo para un simple regalo.

—¿Qué niño no querría tener su propio fuerte? Creo que mi madre aún conserva el mío —le aseguro y me echo a reír, porque la posibilidad de que sea así es realmente alta. Tiene un interrogante en la mirada, así que trato de saciar su curiosidad—. Roanoke, Virginia. Me crie a las afueras, cerca de un aserradero no muy distinto de este. Era de mi familia. Aún lo es.

—¿Por qué te uniste al Ejército? —curioseas, concentrada en entender mis motivos, sin saber que esa es la pregunta que más se repite en mis pesadillas.

—Porque creí que era mi deber. Vamos, tenemos que darnos prisa.

Abro la puerta y salgo del coche antes de que alargue este interrogatorio. No me gusta hablar de mí, y el ejército no es mi tema de conversación favorito.

No pierdo el tiempo en pagar el pedido de madera con el dinero que Aurelio nos va dosificando para las reformas, y acordamos un plazo para que nos lo suban a las montañas. A casi nadie de este pueblo le gusta ir hasta allí, y me empieza a mosquear eso de que todos se anden santiguando cada vez que digo el nombre de la aldea en voz alta; prefiero ahorrarme el recuerdo de la versión de Italina con maldiciones, fantasmas y brujas. Supongo que deben de sentirse algo culpables por haber abandonado a sus habitantes a su suerte, pero la culpa no desaparece con cuatro rituales supersticiosos, lo sé, en eso soy un experto.

Tan solo Marius y Leonora tuvieron la valentía suficiente como para unirse a los ancianos de la aldea cuando todos en el pueblo les dieron la espalda; incluso sus propios hijos cortaron los lazos con ellos, como Mauricio, el dueño del aserradero, desde que frecuento este lugar no me ha preguntado ni una sola vez por su madre.

Le tiendo el montoncito de billetes a Mauricio y hago un esfuerzo para ponerme en su pellejo y comprender lo que debió de sentir cuando su madre se fugó con el hermano de su padre, pero ya han pasado demasiados años, ¿cuánto tiempo se puede castigar a una madre por seguir el impulso de su corazón?

—¿Lo tendremos todo para el lunes? —pregunta Isabel cuando regreso a la furgoneta. Ella nunca me acompaña si no es estrictamente necesario; sus relaciones con la gente del pueblo se limitan a las compras semanales en la tienda de Italina.

—Sí. —Sonrío ampliamente porque sé cuánto ha deseado que llegara este momento—. El lunes, después de ayudar a Pino en las tareas de la mañana, comenzaremos la reforma de la primera casa. Pero antes, me gustaría terminar el fuerte de Candela.

—¿Por qué? —pregunta de nuevo, pero esta vez se fija en el paisaje al otro lado de la ventana, como si la pregunta no tuviera, en realidad, el objetivo de obtener una respuesta.

—Ya te lo he dicho, creo que podría gustarle tener su propia casa en el árbol.

—¿Por qué, Gideon? —deja de mirar hacia la ventana y se distrae observando la punta de sus dedos, tal vez, buscando fuerzas para hacer su siguiente pregunta—, ¿por qué haces todo esto por nosotras?

«¿Por qué, Gideon?».

Su pregunta resuena en el interior de mi cabeza, pero ya no estoy aquí. He regresado a un lugar del que no consigo escapar del todo y miro la sangre caliente que tengo a mis pies. El fuego ha avanzado a pesar de mis intentos por controlarlo, y acabo de darme cuenta de que no he sido capaz de sacarlos a todos con tiempo. Me hago esa misma pregunta mientras sostengo en brazos al único superviviente de esta masacre, y ruego al cielo para que el pequeño resista hasta que lleguemos al campamento. Estoy a punto de desmayarme por el dolor de mis heridas, pero, si lo hago, él también estará perdido; su pierna derecha ha desaparecido en la explosión, y solo me tiene a mí para llegar a tiempo y evitar que se desangre. Está temblando entre mis brazos, tiene tanto miedo que no consigue llorar de dolor. Miro sus ojos desorbitados, aún en estado de *shock*, y me doy cuenta de que voy a vivir para siempre en sus pesadillas.

«¿Por qué, Gideon? ¿Por qué lo has hecho?».

FELIZ PRIMER DÍA DEL RESTO DE TU VIDA

Isabel

Tengo que darme prisa y acabar el pastel de cumpleaños de Candela antes de que regrese de las lecciones con la *nonna* Cecilia. Ahora le está enseñando a fabricar ungüentos con aceites de flores y arcilla. No estoy muy segura de que esto sea lo que instruyen en la escuela del pueblo, pero Candela parece feliz y no está dispuesta a saltarse ninguna de las lecciones de esa mujer de ojos grises que siempre parece mirar dentro de las personas. Yo he sentido su observación minuciosa sobre mí misma, como si con un solo vistazo pudiera entender todo lo que habita en mi interior.

En el pueblo la llaman «la bruja», tal vez porque tiene una relación con la naturaleza que va más allá del simple conocimiento, tal vez por los motivos que la trajeron a vivir de nuevo en la aldea que la vio nacer. A sus diecinueve años, Cecilia se convirtió en una joven maestra de pueblo bajo la mano de hierro del gobierno de Mussolini, solo que ella no impartía con fervor la ideología por la que moría, aplastada, el resto de Europa. Sus lecciones, dirigidas a niños cuyas mentes aún no habían sido moldeadas, se basaban en la libertad y el respeto por todas las vidas, un insulto al régimen que casi le cuesta la suya propia. La historia de cómo escapó aún se cuenta en voz baja entre los habitantes de la aldea.

Cecilia estuvo presa seis meses, a la espera de una sentencia que acabaría poniéndola contra el paredón de la muerte, pero cuando el disparo que habría de matarla le rozó el cuero cabelludo, se tiró al suelo, entre otros cuerpos que no tuvieron la misma suerte que ella, y permaneció semienterrada en huesos, sangre y piel hasta que consiguió escapar de madrugada. Nadie sabe cómo logró parar sus constantes vitales para evitar ser rematada, y tal vez esa anécdota le haya valido el apodo. «La bruja» es solo una mujer de noventa y muchos años que tuvo que regresar a las montañas donde vivieron sus antepasados para poder salvar su vida, una vida que parece haber florecido desde que Candela llegó para quedarse.

Extiendo la crema de nata sobre la base de bizcocho y lo unto lo mejor que puedo. Se trata de un simple pastel de naranja y yogur relleno de compota de manzana que, al parecer, era la especialidad de Anabella, la mujer de Pino. Él se encarga de cortar la longaniza, el queso y la cecina para llevar a la aldea, donde todos deben de andar de los nervios con los preparativos del cumpleaños de Candela. No están acostumbrados a tener un motivo para celebrar y andan como chiquillos, ideando, decorando, vistiendo la calle principal de fiesta, mientras ellos siguen desprendiéndose de los años que encorvaron sus espaldas y los anclaron al sosiego y a la tranquilidad.

—Esto es vida, *vecchia!* —exclama Pino, después de contarme todas las anécdotas que ha ido recopilando a lo largo de la mañana sobre los preparativos—. La aldea vuelve a latir y, esta vez, no vamos a permitir que se apague. Tenemos que conseguir que la gente quiera venir y quedarse en nuestras casas, y ninguno está dispuesto a morirse hasta que eso ocurra. ¡No, señor!

—De eso ni hablar, aquí nadie va a morirse, al menos, no delante de los niños —bromea la voz de una mujer a la que reconozco de otras veces y me giro para mirar a Italina.

Ha venido cargada con cajas de plástico que Gideon ha dejado sobre el pasillo y, agarrados a sus piernas, hay un niño y una niña de cabellos caoba y rizos desordenados que deben de ser sus hijos. Son algo mayores que Candela y los miro, tratando de que no se me note el alivio que siento de saber que podrá jugar con niños de su edad, al menos, el día de su cumpleaños. Busco con los ojos a Gideon, pero este parece reacio a encontrarse con los míos. Sé que ha sido él quien los ha traído, y creo que nunca tendré tiempo suficiente en esta vida para darle las gracias por todas las cosas que hace por mi hija.

—¿Qué os parece si ayudáis a Pino a llevar la comida a la aldea? —sugiere Italina, agachándose para hablar con los niños. Después, se gira para mirar a Gideon, que asiente, comprendiendo que quiere que él también desaparezca.

Todos se apresuran a coger las bandejas tapadas con un paño de hilo que Pino va sacando de la alacena y, en cuestión de minutos, me quedo a solas con esta mujer que no deja de mirarme como si supiera quiénes somos nosotras. No dice nada, solo se lava las manos y retoma la tarea que Pino ha dejado sobre la encimera. Lo único que se escucha en el silencio incómodo de la cocina es el sonido tajante de un cuchillo haciendo trozos lo que antes era un queso.

—He traído algo de ropa de Antonella. Esta niña crece tan rápido que tengo la casa abarrotada de cajas. He pensado que, tal vez, podrías recuperar algo para tu hija. Tienen más o menos el mismo porte.

Restriego la nata sobre el bizcocho intentando que no se dé cuenta de la rigidez con la que sujeto la paleta de madera. Todavía no sé qué pensar acerca de la generosidad de toda esta gente, pero no estoy acostumbrada a que me tiendan una mano, a no ser que sea con la intención de cobrarse el favor más adelante. Así fue como Carolo se ganó mi confianza, dándome más de lo que necesitaba o quería, para después hacérmelo pagar con intereses. No, no estoy hecha para la generosidad desinteresada, y aún no sé qué es lo que quiere esta mujer de mí, o tal vez... se trate de Gideon. Está claro que hace todo esto para ganarse la admiración de ese hombre.

La miro de reojo, es lo suficientemente atractiva como para que no le falten pretendientes. Su cuerpo es firme, y diría que acarrear sacos pesados le ha valido una estructura muscular que la hace estar en forma. Tiene el pelo rubio, largo y liso, sin ningún tipo de imperfección que pueda escapar de su peinado. Estoy segura de que a Carolo le habría parecido perfecta. Solo tendría que vestirla con los trajes caros que tanto le gustaban y sería la compañera ideal para dar la imagen de hombre importante, fiable y familiar que tanto le interesa.

—¿Va todo bien? —pregunta Italina.

Me giro para mirarla con un interrogante en los ojos y ella señala el pedazo de bizcocho que he hundido bajo el peso de la paleta. Ahora tendré que poner más nata para tapar el desperfecto.

—¿Sabes? No hay demasiada gente joven con la que hablar por estos parajes y he pensado que estaría bien si de vez en cuando traigo a los niños y charlamos de nuestras cosas. Si a ti te parece bien, claro —me invita y vuelvo a mirarla.

—¿Por qué? —insisto. Me siento la peor persona del mundo por no saber manejar mis sentimientos más oscuros, pero no acabo de cogerle el punto a tanto cariño gratuito—, es decir, gracias. Gracias por traer a los niños, a Candela le va a encantar jugar con ellos.

Por el hueco de la ventana de la cocina vislumbro la silueta de Gideon que se dirige hacia la loma que baja hasta los manzanos. Ha estado trabajando sin descanso hasta bien entrada la noche porque se ha empeñado en acabar la casa del árbol. Soy consciente de que he estado mirándolo de una manera un tanto peculiar, e incluso creo que he debido de quedarme algo absorta en él, tanto que siento las mejillas transformándose en dos volcanes de lava caliente.

—No me interesa —confiesa Italina y, al girarme, descubro que ella también tiene los ojos

puestos en la espalda de Gideon. Ha dejado de rebanar el queso y se mira las manos, entonces, suspira y se gira tratando de sonreír sin que parezca que un puñal le atraviesa el pecho—. Perdí a mi marido mientras daba a luz a mis hijos. Un accidente. Nunca pensé que encontraría el amor verdadero, y después de casi toda una vida esperando... se fue. No habrá nadie después de él, ni ahora ni nunca.

—Yo no... —Quiero decirle que no estoy interesada en Gideon, pero ella se anticipa a mis intenciones y cambia de tema.

—He traído algo para ti, si me permites el atrevimiento. Sé de buena mano lo mucho que necesitamos una tienda de ropa en este pueblo que no venda faldas de paño y camisas de cuadros, por eso, de vez en cuando me escapo a Turín.

Sale de la cocina y escucho cómo revuelve entre las cajas que ha traído con ella hasta que logra sacar una bolsa y me la tiende, con cierto pesar, y por el brillo de sus ojos sé que su gesto es sincero. Un quejido silencioso se instala entre mis costillas, porque no me había dado cuenta de lo sola que estaba hasta que pisé estas tierras. Siento vergüenza cuando recuerdo cómo le he mentido, y trato de sincerarme, quizá porque necesito bajar la guardia y romper esta rigidez que me mata en silencio.

—No soy quien te he dicho que soy...

—La primera vez que te vi pensé que ya te había visto antes —me interrumpe—, después, me di cuenta de que te había reconocido de la prensa. Sé quién es tu marido y sé a qué se dedica cuando no está pegado a la sombra de su padre. Todo el mundo lo sabe, así que no, no le debes una explicación a nadie —asegura, después sonríe y me hace un gesto con la cabeza hacia las escaleras que suben a las habitaciones—. Es mejor que vayas a cambiarte. Yo acabaré el pastel y lo meteré en la caja para que no se estropee. Hace demasiado tiempo que esta aldea no celebra nada, así que date prisa, o no habrá forma de contenerlos a todos.

Sonrío como cuando era una niña, como antes de que las cosas se torcieran para mí, y me apresuro a subir las escaleras con la bolsa entre las manos. No sé lo que contiene, pero para mí tiene mucho más valor que si lo supiera. Vuelco el contenido sobre la cama y escucho las pisadas de Gideon dirigiéndose al aseo.

Aún conserva los rescoldos del baño que nos dimos Candela y yo esta mañana, y me alegro de haber reservado un poco de agua en la tinaja que tenemos en la habitación, así no tengo que tocar a la puerta mientras él esté dentro. Me lavo los brazos y la cara antes de acariciar la tela delicada del vestido que se esparce sobre la cama, y me miro al espejo tratando de averiguar qué hacer con mi aspecto. No he traído maquillaje conmigo, pero lo cierto es que ya no me interesan las máscaras. He vivido toda la vida añorando ser alguien que no soy, envuelta en toda clase de capas que camuflen las cosas que nunca me han gustado de mí; tal vez, porque hace demasiado tiempo que aprendí que ser yo no era del agrado de nadie.

Me peino el pelo y lo dejo caer sobre los hombros con sus ondas originales. Cuando estoy preparada para vestirme, meto los brazos por las tirantas y me coloco el vestido; es de manga hasta las muñecas en tonos claros y colmado de flores de color buganvilla, se ajusta al pecho, pero el vuelo de su falda es amplio. Me miro en el espejo manchado de humedad de la puerta del armario y todas mis inseguridades acuden a visitarme de nuevo. Hace mucho que dejé de preguntarme quién habría sido yo si no me hubiera cruzado con Carolo Russo, y ahora tan solo puedo alcanzar a contemplar los escombros que han quedado después de una vida de abusos.

Espero hasta que oigo a Gideon saliendo del baño y abandono mi habitación con sigilo, pero a mitad del pasillo recuerdo que he dejado el regalo de Candela sobre la cama. Giro sobre mis talones para volver y descubro que la puerta de la habitación de Gideon está entornada, dejando

que la sombra de sus movimientos al vestirse se intuya al otro lado. Se gira sin previo aviso y aparece en mi campo de visión. No puede verme, pero yo sigo observando lo que hace. A través de la rendija contemplo parte de su espalda, mientras rebusca en el armario. Lleva puestos unos vaqueros oscuros y el pelo húmedo le cae suelto sobre la nuca, tiene el torso desnudo y recorro con los ojos cada músculo de su cuerpo bajo el efecto brillante del agua sobre la piel. Estoy a punto de apartar la vista de él, pero entonces se gira y se agacha sobre la cama para coger una camisa limpia. Sus manos se detienen a medio camino, pues me ha sorprendido espiando a través del espejo de la puerta de su armario.

Un gesto de horror aparece en el rostro de Gideon, que se aparta bruscamente, y cierra la puerta con un estruendo.

15

UN LUGAR DONDE PERMANECER

Gideon

Hay bombillas de colores suspendidas entre las casas de la única calle que aún sigue habitada en el pueblo, es un regalo de Italina, de las pocas cosas que tiene en la tienda que funcionan con energía solar. El cielo ha empezado a oscurecerse en el horizonte y observo cómo comienzan a despertar de su letargo, como si fueran pequeñas luciérnagas.

Candela juega con los otros niños en el centro de la calle, un rectángulo de apenas treinta metros cuadrados que ni siquiera se puede considerar una plaza, pero que es el lugar elegido por los habitantes de la aldea para celebrar sus encuentros semanales. Aún recuerdo cómo se reunieron para debatir si era digno de su confianza cuando llegué aquí. El debate solo duró cinco minutos, y tan solo se limitaron a darme la bienvenida.

Los observo de reojo, no puedo creer que sean los mismos que caminan agarrados de las paredes cada amanecer, renqueando de sus achaques, al tiempo que emprenden las duras obligaciones que requiere la vida en esta aldea. Todos bailan la sonata alegre que Andrea toca en su viejo piano, todos menos ella, que se esfuerza por no llamar la atención.

La miro con disimulo mientras se asegura de que la comida y la bebida siguen abasteciendo la fiesta, pero se queda rezagada bajo el dintel de la casa de doña Carmina en cuanto Aurelio la anima a que salga a bailar ella también. Lleva un vestido que se ciñe a su cintura como si fuera una bailarina y el pelo le cae suelto sobre sus hombros. Tiene los ojos brillantes y la sonrisa triste, y no me pasa desapercibida la forma en la que mira hacia el otro lado del camino, como si esperara la llegada de alguien a quien tiene demasiado pavor.

Evita encontrarse cara a cara conmigo y el rubor de sus mejillas cuando eso ocurre es tan evidente que confirma mis sospechas acerca de cuánto ha logrado ver a través de la puerta abierta. Acaricio distraído la cicatriz que me envuelve la muñeca, así como el recuerdo fugaz que va unido a ella para siempre.

Acababa de despertar en el hospital de campaña al que fui destinado, sin saber cómo ni por qué ya no formaba parte de mi propio campamento. Me habían administrado calmantes para el dolor y no conseguí abrir los ojos del todo, sin embargo, alcancé a oír la voz de mi superior sentenciando mi destino: volvía a casa. Estaba preparado para cualquier cosa menos para el alivio que sentí al saber que no tendría que contemplar el horror de la guerra nunca más. Sin embargo, no dejaba de pensar en la criatura que había desalojado del fuego y en la suerte que habría corrido en cuanto logré llegar hasta el campamento de refugiados donde me desplomé, agotado y en estado de *shock*. La gravedad de mis heridas me impedía volver inmediatamente, y oí cómo el médico a cargo contradecía a mi superior ordenando mi traslado a un hospital de Estambul. Fue allí donde comprendí lo que había sucedido conmigo; delante del espejo de aquella sala solitaria pude comprobar que el monstruo que llevaba dentro, ahora, podía observarse en mi piel.

—¿No bailas? —me anima Italina mientras rebusca en su bolso una caja de cerillas para las velas de la tarta. Ha desplazado sus ojos para ver qué es lo que capta mi atención, y no disimula

su sonrisa cuando evidencia que es a ella a quien no le quito la vista de encima—. Es bonita y fuerte, pero...

Sonríe con amplitud y de alguna manera ya sé lo que está sugiriendo. Italina es una de las pocas personas con las que he entablado una especie de amistad en el pueblo, pero han sido suficientes encuentros como para que haya logrado averiguar cómo funciona mi mente. El problema es que no es mi mente quien controla las cosas que siento sin poder evitarlo, y hago hasta lo imposible por acallar a un corazón que nunca estuvo listo para amar a nadie.

—... pero es demasiado joven —continúa su observación—, tiene toda la vida por delante y un propósito que la sitúa lejos de mí. No es mi intención desviarla de su destino, y no pienso estropearle aún más la vida.

—¿Por qué habrías de hacer eso? —Italina no me presta atención, sigue rebuscando en el bolso, pero no soy estúpido, mantiene la esperanza de que le dé una respuesta.

«Porque no soy ningún héroe, yo solo soy un cobarde».

El sonido de una cuchara golpeando una botella de vidrio me distrae y me libera de ofrecer una respuesta con la que Italina deje de hacer preguntas impertinentes. Isabel se aclara la garganta y mira a todos a su alrededor, después pasea sus ojos sobre mi cuerpo y los clava en los míos con la fuerza de un puñal. Ha vuelto a sonrojarse, pero no soy capaz de leer qué ocultan sus emociones. Tal vez la visión de mis heridas le haya resultado demasiado abrumadora, o tal vez haya comprendido que no debería confiar en alguien como yo.

—Quiero... quiero daros las gracias por prestaros a celebrar esta fiesta en honor a mi pequeña Candela —anuncia, en voz baja y tímida, todos le prestamos atención. No está acostumbrada a las miradas y veo como se rodea el cuerpo con los brazos, tratando de esconderse de todos nosotros—. Mi amor, todo en mi vida empieza y termina contigo. Te prometo que construiré un reino donde siempre puedas vivir feliz y ser la princesa de tu propio cuento de hadas.

Se le quiebra la voz en cuanto Candela deja de jugar con las tizas en el suelo y corre a abrazarse a la cintura de su madre bajo el suspiro de todos los habitantes de esta aldea. Italina prende las velas de la tarta de cumpleaños y cantamos mientras la cara inocente de Candela se prepara para soplar. Entonces comienza el desfile de vecinos impacientes por darles sus regalos y ella chilla entusiasmada con todo lo que recibe: un caballo algo tosco que Marius ha tallado en madera, un perfume de lavanda que la *nonna* le entrega en un frasquito de cristal, una canción con su nombre que Andrea promete tocar más tarde e incluso un conejo de los muchos que Aurelio cría en libertad. Yo espero para el final, y cuando la pequeña repara en mi ausencia, agarra la muñeca de trapo que le ha regalado su madre y se deja caer contra mí. Siempre hace eso mismo cuando quiere que la cargue en brazos, y la levanto del suelo aupándola en el aire.

—¿Qué es esto? —pregunto, señalando las partes metálicas de su prótesis que ahora lucen llenas de adornos brillantes.

—El regalo de Antonella y Damiano. ¿Te gusta? Son gemas mágicas, pero no son de verdad —confiesa, y después se ríe tapándose la boca con las manitas para que nadie más la oiga—. Solo son pegatinas.

—Pues a mí me parece que son increíbles y —me giro con Candela anclada a la cintura y busco la bolsa que he estado guardando toda la tarde. Se la doy y le ayudo a sacar lo que hay en su interior— creo que harán juego con tus botas nuevas.

Candela salta para volver al suelo y se deshace de sus sandalias para probarse las botas de purpurina que encargué para ella. La miro mientras se pone de pie y comienza una danza maravillosa alrededor de todos los que encuentra en su camino, entonces se para delante de Isabel y se las enseña. No estoy preparado para la forma en la que ella me observa, y hago un

gesto con la cabeza, restándole importancia en cuanto sus labios susurran un agradecimiento que va dirigido a mí.

Acepto mi trozo de pastel y lo uso para esconderme y aislarme, pero, cuando los platos de los demás se van quedando vacíos, como deprisa para echar una mano y recoger los restos de la fiesta antes de que nos congelemos por el frío de la noche. Las guirnaldas no son suficientes para alumbrar la aldea y todos corren despavoridos. Tino ayuda a su manera dando buena cuenta de los panecillos de queso que quedan en los cestos.

Italina se despide de Isabel con dos besos y un apretón de manos que ella acepta un poco avergonzada, pero le cuesta demasiado separar a sus hijos de su nueva amiga y sé que no pasará demasiado tiempo hasta que vuelvan a subir a la aldea.

Candela bosteza y se enrosca a las piernas de su madre hasta que Isabel la sube a su cadera y la deja descansar sobre su hombro. En precario equilibrio lleva un canasto lleno de sobras que aún se pueden aprovechar, y cuando me acerco para quitárselo del brazo que tiene libre, Candela me rodea el cuello y se deja caer en mí. El corazón me bombea tan deprisa que agradezco la oscuridad que oculta una lágrima que se escapa de mis ojos. Ella se remueve hasta acomodarse del todo contra mi hombro y entonces se duerme. No es mía, no lleva mi sangre, pero siento que mataría a cualquiera que pudiera rozarla siquiera. Dejo un beso rápido sobre su pelo revuelto de tanto jugar y se me encoge el alma cuando ella, en su duermevela, me lo devuelve.

Echo a andar bajo la compañía de Tino, Isabel y el viejo Pino, que camina despacio preso del sopor de las copas de anís que han bebido los de la aldea a escondidas. La noche se ha desplomado sobre nosotros, guiados, tan solo, por la luz tenue de la luna llena y las estrellas que brillan más aquí arriba que en ninguna otra parte. Tino se despide de nosotros en lo alto de la loma y regresa a la aldea, donde vigila, incansable, el sueño de sus habitantes. Nosotros arreciamos el paso, pues creo que Pino necesita con urgencia acostarse en su cama. Ha empezado a cantar y a bailar torpemente, y observo cómo Isabel aguanta la risa, lo rodea con un brazo y lo conduce por el camino de regreso.

Abro la puerta principal con el codo y subo las escaleras de la casa con Candela aún acomodada en mi pecho. Espero hasta que Isabel cierra la puerta de la habitación donde ha dejado a Pino para darle a Candela, pero ella se niega a deshacerse de mis brazos. Despacio, la dejo sobre la cama mientras su madre le quita las botas de purpurina y la tapo con la sábana.

—Buenas noches —susurro, y me doy la vuelta para regresar a mi habitación.

—Buenas noches —responde Isabel.

Está apoyada contra la pared junto a la cama y se rodea con los brazos. En el silencio oigo su respiración agitada y sé que es hora de que desaparezca y la deje dormir. Paso por su lado y cierro la puerta al salir, pero me quedo apoyado sobre su superficie de madera, tratando de averiguar por qué, desde que llegaron ellas, mis fantasmas desaparecen con más facilidad.

16

UN COMIENZO

Isabel

Las paredes interiores de la primera casa que vamos a reformar van tomando consistencia. No tenemos demasiadas herramientas y todo lo hacemos entre Gideon y yo, pero nos coordinamos bien y somos rápidos. He hecho planos, un montón de ellos, para ser sincera, pero en cuanto vi el pequeño edificio de dos plantas abandonado junto a la parcela de Aurelio supe cómo quería que fuera su distribución.

Vamos a crear un espacio un poco más moderno por dentro, pero que conserve la apariencia bicentenaria que tiene por fuera y que se ha mantenido sorprendentemente bien a través de los años. Me encantaría que pudiera tener electricidad, pero los vecinos no quieren ni oír hablar de ello. Llevan demasiados años viviendo sin ella y están acostumbrados a trabajar duro. Están convencidos de que ese es el único camino a la felicidad, trabajar cada día en tu propio sustento, respetando los tiempos que cada tarea requiere.

He cubierto de yeso dos paredes nuevas que Gideon ha levantado con listones de madera y placas prefabricadas, y ahora tenemos tres dormitorios donde solo había una habitación llena de cadáveres de ratas y excrementos de animales salvajes. En un rincón, lapidada bajo los escombros, hemos descubierto una chimenea de cerámica que parece mantenerse intacta y que, esperamos, caldee toda la planta superior.

—¿Ves algo ya?

Cierro los planos que he dibujado y aterrizo en la realidad que nos ocupa. Miro hacia la rejilla de ventilación y espero. Gideon está en la planta de abajo aguardando a que le dé una respuesta. Ha prendido fuego a un papel en el interior de la chimenea principal y rezo para que el humo llegue hasta aquí. Si lo hace, nos habremos ahorrado un problema con la calefacción, si no, la chimenea de cerámica será un mero adorno en una casa que temblará de frío en invierno. Cuento hasta tres y el humo se precipita por la rejilla, tosiendo como un adolescente que fuma por primera vez.

—¡Lo veo! —grito en cuanto compruebo que siguen saliendo volutas de humo.

Oigo las zancadas de los pies de Gideon en las escaleras de la planta principal y, antes de que consiga abrir la puerta de hierro de la chimenea, siento su respiración agitada detrás de mí.

—Esto va a ser más fácil de lo que creíamos —dice—. Solo espero que el resultado merezca el esfuerzo y la gente quiera quedarse aquí. Sería una pena que siguieran deshabitadas después de todo.

Se acerca y se agacha a mi lado. Huele a humo, a yeso y a sudor y, aun así, su proximidad me genera una sensación de intimidad y calor que logra que me ponga nerviosa y rompa la pequeña manivela que controla la puerta de hierro. Él la remata con la empuñadura de un martillo y la puerta se abre. Estoy empezando a obsesionarme con su aroma, porque, en algún lugar dentro de mí, me resuena a refugio conocido, a pesar de que no lo conozco en absoluto.

—¿Qué es todo esto? —Su voz suena sorprendida, por lo que dejo de analizar las sensaciones de mi cuerpo para centrarme en lo que se esconde en el hueco oscuro y lleno de hollín.

Hay un fajo de fotos cogidas con un trozo de tela amarillento, un montón de sobres abultados y un cofre de madera pequeñito con un muñeco de plomo en su interior. Debe de haber

pertenecido al pequeño de rostro redondo que posa en las fotos junto a sus padres en unas imágenes tan desvaídas por la humedad que apenas se vislumbra el color sepia del papel.

—¿Crees que son los antiguos dueños? —pregunta Gideon quitándome las fotos de las manos. Al hacerlo, sus dedos rozan los míos, provocando una oleada de escalofríos en mi espalda, y me levanto del suelo para tomar distancia antes de que esta sensación me resulte incómoda—. Mira estos sobres.

La voz de Gideon se apaga a medida que rompe el precinto y saca lo que esconde en su interior: tres pasajes de barco hacia los Estados Unidos con fecha de 1945 para tres personas que nunca llegaron a embarcar. Vuelve a meterlo todo en el sobre, como si el hallazgo le hubiera quemado las manos.

—¿Qué crees que les pasó? —pregunto.

—La guerra, eso les pasó —dice, pero apenas susurra.

Gideon se encoge de hombros y se acerca al hueco de la ventana hasta posar las manos en el alféizar. Su respiración se vuelve más forzada, como si tratara de evitar una avalancha de recuerdos que le podría costar la vida. Después, la rigidez de sus hombros cae y una leve risa emerge de sus labios. Levanta la mano y saluda al exterior.

Antes de acercarme para ver a quién saluda, los gritos y las risas de Candela unidos a los de Antonella y Damiano suben hasta el hueco y llegan a mí. Me acerco a Gideon y observo yo también a los niños que juegan con Tino en la pequeña plaza de la aldea. Han seguido viniendo desde el cumpleaños de Candela, casi siempre, los fines de semana cuando no tienen que ir a la escuela y su madre trabaja en la tienda. Los vecinos también están asomados a los huecos abiertos de sus casas y todos los vigilan mientras continúan encargándose de sus respectivas tareas.

—¡Gid! Ven a jugar con nosotros —grita Candela, que sostiene una esponja con la que pretende darle un baño al pobre y resignado Faustino.

—¡No puedo! Tu madre no me deja —responde, encogiéndose de hombros, y yo le propino un codazo en las costillas que hace que se ría a carcajadas. Yo también sonrío, y me doy cuenta de lo mucho que echaba de menos hacerlo de verdad.

—Si quieres, puedes ir a trotar como un crío —refunfuño, fingiendo indiferencia—, no te necesito para nada.

—Lo sé, pero, aun así, prefiero quedarme contigo —afirma y me guiña un ojo, burlón.

Pasa por mi lado, ignorando lo que su respuesta ha ocasionado en mi interior, y antes de que su sonrisa socarrona me haga enrojecer aún más, me agacho y continúo con la tarea que tenemos por delante: embellecer las paredes con yeso nuevo. Cuando acabemos, solo habrá que limpiar y volver a barnizar el suelo de madera y, entonces, podremos pasar a la planta inferior.

Gideon trabaja a mi lado, recogiendo algunas de las herramientas que ya no vamos a necesitar. En estos últimos días trabajando juntos he empezado a comprender cómo es el hombre que se esconde en su apariencia seria y un poco sombría, pero también he sido testigo de cómo se ha ido desprendiendo de varias de sus capas externas, como si me estuviera permitiendo acceder a un Gideon que no acostumbra a asomar demasiado a menudo. Me hace reír, incluso cuando él mismo lucha contra su propia tristeza.

—Voy a comprobar si la rejilla de la cocina también comunica con el sistema de conductos de las estufas de leña —me informa, y sus zancadas resuenan en las escaleras mientras se aleja sin esperar a que le responda.

Hay una cocina enorme encastrada en la pared de la planta principal, y, a diferencia de las de los demás habitantes de Il salto de la Madonna, tiene unas preciosas celosías de madera que

ocultan el interior de los muebles bajos. En el centro, presidiendo el espacio, está la hornilla de hierro que dobla en tamaño a la de Pino, y sé que cuando acabemos con ella será la mejor casa de todas. Estoy segura de que las personas que la habiten encontrarán la felicidad entre sus paredes.

Dejo las herramientas en el suelo y me acerco a la ventana, contemplo a Candela que sigue frotando a Tino con la esponja y le sonrío desde lejos. El perro la mira con las orejas agachadas y el rabo entre las piernas, pero sé que hasta él está montando guardia, aún sin conocer nuestro secreto. Mis ojos se desvían de nuevo hacia las montañas y pierdo la vista más allá del camino que culmina al otro lado. Me encantaría tener tiempo suficiente como para ser feliz en este lugar, tal vez, en una casa como esta, pero a medida que avanzan los días, mi nerviosismo aumenta.

No sé cuánto tiempo pasará Carolo en Dubái, pero sé que no ha ido por negocios. No soy estúpida, soy consciente de que hay otras mujeres en su vida, que siempre las ha habido, desde el principio, mientras construía mi castillo imaginario y revestía sus barrotes de oro; mientras me daba forma y trataba de convertirme en una mujer de apariencia impecable, alguien que se quedara en casa velando por el buen nombre de la familia al tiempo que él hacía lo que le daba en gana. Candela fue solo un inconveniente en sus planes, una niña no deseada que ha visto demasiadas veces cómo su padre la apartaba de su vida. Podría creer que se alegrará de saber que ya no somos un obstáculo, pero lo conozco bien, nunca consentirá que sea yo quien lo rechace. A Carolo nadie lo deja plantado sin sufrir las consecuencias.

Un estruendo en la planta de abajo me distrae de mis pensamientos y abro la boca, sorprendida, antes de salir corriendo por las escaleras. Cuando llego a la cocina, contemplo con horror que un amasijo de láminas de madera oprime el costado de Gideon; está atrapado entre las estrechas paredes de la alacena y trata de liberarse de los escombros.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, después de comprobar que él está bien.

—El tejado ha cedido. Al parecer, la construyeron como un anexo a la casa, porque los materiales son distintos y están en muy mal estado.

Le ayudo a quitarse los tablones de encima y toso cuando una nube de polvo lo llena todo de motas. Al apartar el tablón más grueso de la maraña, descubro que se ha clavado sobre sus costillas. Es tan solo un rasguño que no precisa de puntos de sutura, pero que ha logrado romper su camisa y dejar al descubierto parte de su torso. Sin pensarlo, acerco los dedos y limpio el polvo y la sangre, repasando con la yema el oleaje de imperfecciones que le surcan su cuerpo maltratado por las cicatrices antiguas. Quiero conocer la historia que ocultan, pero estoy suficientemente familiarizada con sus pesadillas como para hacerle daño a propósito metiéndome en un terreno del que no podría salir ilesa.

Subo la mirada hacia él, aunque permanece concentrado en los movimientos de mis dedos y noto la vergüenza que lo llena de pavor. Quiero decirle que sus heridas no me importan, que nada cambiará lo que estoy aprendiendo de él, como que es un hombre bueno y generoso, tan lleno de calma que ha llenado de paz mis días, pero, en ese momento los vecinos se agolpan en la puerta para ver qué ha sucedido. Gideon se da cuenta de cuántos ojos lo rodean y se apresura a taparse las heridas con los trozos rotos de su camisa de cuadros.

—Ma, ¿qué ha pasado? —pregunta doña Carmina, llevándose las manos a la cabeza.

—El cuartito para la comida se ha venido abajo —respondo, mientras libero el cuerpo de Gideon del resto de tablones que le ocultan los pies. No parece que se haya roto nada, de hecho, se aleja de nosotros en busca de un rincón discreto en el que poder comprobar el alcance que ha tenido el accidente—. Será mejor que me lo lleve a casa.

Me acerco a Gideon y le paso un brazo alrededor de la cintura, noto cómo reacciona, poniéndose en guardia en cuanto meto las manos sin querer en la abertura de la camisa y me

agarro a su costado malherido. Enfrento su mirada, sin apartar los ojos, sin importarme que él me esté implorando con los suyos, avergonzado, que cambie de lado. No pienso hacerlo, no hay nada malo en esto, solo es un trozo imperfecto de piel, y él es mucho más que eso.

FANTASMAS

Gideon

Estoy sentado sobre un taburete en el baño, mirando hacia el hueco de la ventana, Isabel rebusca en el mueble de las medicinas y consigue un poco de tintura de mirra que la *nonna* Cecilia le dio para curar los rasguños de Candela. Me ha pedido que me quite la camisa, pero no soy tan estúpido como para mostrarme tan vulnerable frente a ella; solo la he apartado lo justo para que pueda trabajar.

Coge un algodón y lo empapa en ese líquido oscuro y perfumado, después, lo aplica sobre las heridas que los tablones han dejado sobre mi piel. Va dando pequeños toques, suaves, despacio, como si no se atreviera a estropearla aún más. Quiero decirle que no es necesario, que he soportado heridas peores y en lugares donde ni siquiera tenía acceso a agua potable para poder limpiarlas, pero estoy perdido en las facciones de su rostro.

Está concentrada en la tarea que tiene entre manos, ajena, por completo, a las descargas de electricidad que logran que se me erice el vello de los brazos. Los toques del algodón se vuelven mucho más intensos y observo el recorrido que hacen sus dedos sobre mi torso semidesnudo. El corazón se me acelera cuando el algodón se escapa y el tacto de sus manos descansa sobre mi piel.

La miro y ella me devuelve la mirada, la sostiene el tiempo suficiente como para que una chispa de deseo prenda en mis ojos, y tengo que refrenar el impulso de cogerla de la cintura y sentarla sobre mi regazo. Isabel baja la cabeza solo una centésima y se concentra en mis labios mientras mis ojos recorren su cuello y se adentran en el hueco oscuro del escote de su camisa. El tiempo se ralentiza de una manera tan peligrosa que temo que no sea capaz de apartarme a tiempo de cometer una locura. Le haría el amor aquí mismo, y todos los días de mi vida si pudiera, hasta que olvide la tristeza que acumula en su interior.

No he dejado de observarla cuando trabajamos juntos, mientras pierde la vista más allá de las montañas, o en los momentos en los que aprieta los dedos sobre el mango de un martillo y le castañean los dientes por la desesperación de pensar que puede perder a Candela. Su necesidad de vigilarla se ha incrementado con el tiempo, en contra de cualquier posibilidad de llegar a sentirse segura en estas tierras, y me pregunto qué es lo que tanto teme, qué es ese rastro amargo que se destila en sus ojos cada vez que la encuentro deambulando en el pasillo a oscuras, en medio de la noche, presa del insomnio más atroz, ese que te provoca pensar en el futuro y en que todo lo que pueda suceder se te escapa entre las manos.

La risa de Candela acompaña sus pisotadas en la escalera y me aparto de su madre para taparme con la camisa y poner distancia. Ella tarda un poco más en recuperar la compostura y me maldigo, en silencio, por la posibilidad de haberla incomodado. La oigo reírse, pero su risa aún suena alterada. Miro por encima de mi hombro y observo a Candela en la puerta del baño. Está cubierta de barro por haber estado bañando a Tino. Lleva al señor Pooh en una mano, tiene el pelo revuelto y bosteza sin reparos mientras se deshace de las botas de purpurina. Tiene pegatinas nuevas en su prótesis y el nombre de los hijos de Italina escrito con colores fosforescentes sobre la barra de metal.

—Será mejor que te dé un baño, y creo que al señor Pooh no le vendría nada mal tomar uno él

también. Voy a buscar tu pijama y veremos si hay una niña debajo de toda esa mugre —le riñe Isabel y Candela se ríe cuando le acerca la mano a la barriga y le hace cosquillas—. Ni se te ocurra moverte de aquí, muchachita.

Candela canturrea, esperando a que vuelva su madre y yo lleno una tinaja de agua para ponerla a calentar. La temperatura del ambiente aún es agradable, pero ha empezado a atardecer y no quiero que coja frío. Es uno de los inconvenientes de vivir como vivimos, todo se hace de forma lenta y cuesta mucho más. Avivo el fuego de la pequeña estufa de leña que nunca dejamos que se apague por completo y coloco el balde sobre ella. Mientras se calienta, añado otra tina de agua fría a la bañera de latón que descansa en una esquina.

Se nota la mano de la señora Anabella en la decoración de la casa, pero es en este baño donde sigue presente. Pino no se ha deshecho de su frasco de perfume, y el maquillaje y las peinillas que usaba en el pelo siguen guardados en una caja de carey, tal y como ella las dejó la última vez. Candela se fija en ellas, acerca sus dedos pequeños para tocar la superficie fina y la abre con la intención de curiosear el interior. Me pregunto qué habría pensado la mujer de Pino al ver que hay niños corriendo por los pasillos de su casa. Ni uno solo de los cuatro hijos que tuvieron Pino y ella lograron sobrevivir más allá del año de vida. Sus pequeñas tumbas están ubicadas junto al rosal que rodea la casa; las descubrí cuando empecé a limpiar la maleza que crecía alrededor y todavía tiemblo al recordar las lágrimas de Pino mientras me contaba su historia. En esta aldea todos estamos rotos, pero todos tenemos la esperanza de encontrar la forma de recuperar los trozos que se perdieron en nuestro camino.

Compruebo la temperatura del agua caliente y la añado al agua fría de la bañera, después, meto un brazo y la remuevo hasta que resulta agradable. Candela, que sigue sentada en un taburete a la espera de que su madre la desvista, se ha deshecho de la prótesis ella sola. No puedo evitar que mis ojos vayan a parar al muñón de su rodilla y, sin querer, me recreo en los recuerdos que su visión trae a mi memoria. Isabel carraspea y yo reacciono, avergonzado porque sus mejillas han adquirido un color granate que deja al descubierto su desconcierto. Viene cargada de toallas y ropa limpia, y me mira de una forma tan extraña que me pregunto si he hecho algo malo. Paso por su lado y noto la tensión que mantiene su cuerpo, es como un escudo protector que la aísla de mí. Cojo el pomo de la puerta y cierro, dejándolas solas en la intimidad del baño.

Aún no termino de comprender si Isabel confía en mí o si, por el contrario, me teme, aunque ella no puede saber lo que esa prótesis me genera: culpa, miedo, tristeza, y la incertidumbre de lo que provoco en la gente es algo con lo que tengo que aprender a vivir. Nunca he sido un hombre que pasara desapercibido, pero ahora llamo la atención por los motivos equivocados.

Las dejo solas, bajo a la cocina y prendo la lumbre de la hornilla de hierro. Hay verduras frescas que cogí de la huerta esta mañana, las coloco en el fregadero para limpiarlas con un cepillo de cerdas duras y hacer con ellas un puré de calabazas y zanahorias para la cena. Pino está pelando patatas para freír, pues sigue resistiéndose a cambiar la dieta ahora que Isabel y Candela están aquí. Lo observo masticar un trozo de tocino añejo y sonrío, seguro de que Anabella le tiraría de las orejas si pudiera verlo.

—¿Qué? —me enfrenta, un poco a la defensiva—. Tengo ochenta y tres años, si no me ha matado la vida, no lo hará mi comida. Ustedes, los jóvenes, creen que esto es malo para la salud, pero antes esto era todo lo que había. Si tenías tocino, tenías la barriga llena, no como ahora, que todo el mundo anda queriendo perder peso, *che menata!* No hay nada más saludable que un cuerpo robusto. Yo antes también tenía un cuerpo como el tuyo, y no levanté ni una sola pesa en toda mi vida. El campo, eso sí que es un entrenamiento duro, muchacho, no como esas cosas que te enseñaron en el ejército.

Suelto una carcajada, porque he entendido a duras penas lo que dice con la boca llena de carne y ese acento cerrado del norte, y Pino sonríe, sin dejar de gesticular, fingiendo un enfado un tanto desproporcionado. Niego con la cabeza y sigo pelando la calabaza mientras oigo las pisadas en la escalera, pero, incluso antes de que me llegue el sonido de su voz, siento sus ojos apostados en mi espalda. No me muevo de mi sitio, aunque ella se coloca a mi lado y me quita la calabaza para trocearla. No retira sus manos cuando roza las más, y un calor inmenso me recorre el cuerpo sin querer. Trabaja a mi lado, cortando las verduras antes de lanzarlas a la olla, en silencio, como si no quisiera que reparara en ella. Tiene el pelo mojado, y algunas gotas de agua con olor a flores resbalan de sus mechones para aterrizar en mi brazo cuando se gira para cocinar, y yo no hago nada por limpiarlas. Las dejo ahí hasta que desaparecen solas.

Cuando la cena está lista, Candela me ayuda a poner la mesa en el salón, en lugar de comer en la cocina, como hace todo el mundo en esta aldea, pero creo que a Pino le gusta sentir la presencia de su esposa a través de su mirada en aquel retrato, como si nunca se hubiera ido.

Cenamos en silencio, cada cual absorto en sus propios pensamientos, y es Candela la primera que alza la voz en cuanto se termina su cuenco de puré. Al parecer, ha estado viviendo cientos de aventuras con sus nuevos amigos, y con Tino, que creo que la ha elegido como su persona favorita en toda la aldea. Ella gesticula con las manos, describiendo su mundo de fantasía que ahora comparte con los otros tres, y yo sonrío cuando asegura que han dado caza a un dragón de tres cabezas que vivía escondido en el valle, o describe lo que contenía el baúl de tesoros que encontraron en el interior de una de las casas abandonadas de la aldea. Pino se ríe a carcajadas con las ocurrencias de Candela y observo a su madre sonreír, un tanto avergonzada y orgullosa por la imaginación de su hija.

— Oh!  Casi lo olvido! Hemos descubierto un agujero en un lado de la montaña —dice, abriendo mucho los ojos y las manos, y mi atención se centra en ella. Su madre la mira, y su rostro se oscurece por la preocupación—. Yo digo que es una cueva m gica, pero Damiano cree que tiene un camino secreto que llega hasta China.  Sabes que si gritas muy fuerte dentro de la cueva, la cueva te grita también?

—La Gruta de las Brujas —susurra Pino, y enseguida señala a Candela con el tenedor—. Ni se os ocurra entrar en ella,  de acuerdo?

—Pero... —protesta.

— Pero nada, muchachita! —replica el viejo, con un dedo en alto y el ceño fruncido. Creo que nunca lo había visto enfadarse tanto para después derrumbarse sobre su asiento, tremendamente arrepentido—. Será mejor que nos vayamos a la cama, se ha hecho tarde.

El silencio ha congelado la estancia y de repente hace tanto frío que todos nos removemos sobre nuestros asientos, incómodos. Observo a Isabel, que es incapaz de levantar la vista de los platos mientras se apresura a retirarlos de la mesa. Candela decide marcharse a su habitación, contrariada por la rega ina del bueno de Pino, y este hace lo propio, cabizbajo y apesadumbrado por haber levantado el tono de voz.

Escucho el sonido de los platos sobre la pila del fregadero. Uno de ellos ha resbalado y se ha roto contra el suelo, y una leve maldición se escapa de los labios de Isabel cuando me asomo para comprobar si se ha hecho daño. Está alterada y recoge los cacharros de forma frenética. No digo nada, tan solo cojo un paño húmedo y comienzo a limpiar las encimeras.

—No te preocupes por esa cueva, en cuanto tenga tiempo tratar  de tapiarla, aunque creo que será conveniente que no caminara por las montañas ella sola hasta que lo haya hecho.

— Crees que me gusta que mi hija pase tanto tiempo sola? —responde a la defensiva y dejo de fregar para mirarla. No llora, pero tiene los ojos al borde del diluvio. El color de sus mejillas

es tan intenso que podrían provocar un incendio si quisieran—. Odio no saber qué está haciendo cuando yo estoy aquí fregando, limpiando y ordenando una casa llena de tareas que nunca parecen tener fin, y, por si fuera poco, me paso las tardes perdiendo el tiempo contigo en esas malditas casas y Candela... podría caerse, tropezar con esa estúpida prótesis y partirse el cuello contra una roca, o podría perderse y no encontrarla nunca en el interior de esa cueva, debajo de los escombros de una casa en ruinas o... puede llevársela alguien o puede...

Suelta el estropajo contra la encimera y se agarra con ambas manos al borde del fregadero, aprieta los dientes y ahoga un grito en su garganta. Oigo como nace y muere sin salir a través de sus labios, y de pronto comprendo de dónde procede su tristeza, del dolor de tragar sus propios secretos, sus propios miedos, esos que la persiguen, la atenazan y la secuestran.

No hago nada, tan solo permanezco a su lado, como haría con un animal herido que no quiere que nadie lo toque. Isabel continúa aferrada a la superficie de porcelana, pero no consigue llorar. Es como si estuviera inmersa en un pulso contra el miedo y se negara a rendirse. Creo que preferiría que la dejara sola, pero yo sé lo que es estar luchando contra fantasmas que prometen volver para rematarte, así que no la dejo, tan solo recupero el trapo y sigo recogiendo los cacharros.

Cuando consigue reaccionar de nuevo, recoge los pedazos rotos del suelo y se marcha de la cocina.

18

TEMPESTAD

Isabel

No he venido aquí para esto. Lo repetiré tantas veces como sea necesario hasta que recuerde cuál es mi prioridad, y nada tiene que ver con jugar a enamorarme de un desconocido mientras dejo de prestar atención al cuidado de mi hija. Entro en la habitación y cierro la puerta antes de que Gideon suba y tenga que volver a verlo. No quiero tenerlo cerca, sentirlo a mi lado o permitir que me haga reír y olvidar.

Me acerco a la cama y me meto en ella. Candela está dormida, pero se remueve, inquieta, y contemplo cómo da vueltas mientras la manta cae y la deja al descubierto. Mis ojos recorren su pierna izquierda hasta acabar en el muñón, y aprieto de nuevo los dientes. He tratado por todos los medios de actuar con normalidad, pero no puedo deshacerme de la angustia que me persigue desde que abandoné el hospital con una niña que nunca más volvería a ser la misma. Su padre no se quedó para ver lo que había hecho, pero yo sí lo hice, yo fui testigo de hasta dónde es capaz de llegar para mantenerme sometida a su voluntad.

Cierro los ojos y durante unas horas trato de quedarme dormida, pero el odio y el miedo que Carolo ha sembrado en mi interior consiguen mantenerme en vilo, al menos hasta que quedan desplazados por el recuerdo de unos ojos llenos de fuego que me recorren la piel. Gideon aparece en mi memoria una y otra vez, y su mirada, cargada de deseo, desprende una chispa que nace en mi vientre y se expande por mi cuerpo. Cierro las manos y acaricio las yemas de mis dedos, como si en su superficie hubieran quedado prendidos restos del tacto de su cuerpo. Puedo describir, sin miedo a equivocarme, cómo es el contorno de sus labios, cuántas motas azules componen el iris de sus ojos o a cuántos decibelios late su corazón; lo he tenido tan cerca que podría haberme dejado caer sobre su regazo, pedirle que me rodeara con sus brazos, esconder la cabeza en su pecho y dejar que el mundo se quemara ahí afuera. Aprieto los puños con furia, hasta que consigo clavarme las uñas en la carne y el recuerdo desaparece. No he venido aquí para esto.

Un plan de huida se cierne de nuevo sobre mi cabeza, nace de una necesidad más grande que yo misma de poner distancia contra el mundo que me persigue y el mundo que comienza a retenerme en esta aldea. Candela no está a salvo en ninguno de ellos, y yo quiero crear un universo donde nadie nunca pueda alcanzarla. He contemplado el infierno y este vive en los ojos del hombre que amenazó con destruirme si me alejaba de él y rompía su reino perfecto.

Respiro, a pesar de la dificultad que conlleva llenar de aire mis pulmones. Me siento atrapada en esta cama pequeña, en esta habitación enorme que se encoge sobre mi cabeza. El techo amenaza con derrumbarse si no pongo distancia y me levanto con rapidez para abrir las ventanas. El aire frío de las montañas penetra en mi cuerpo y se lleva el fuego con él. Todo está oscuro más allá de la luz que proyecta la habitación, pero no me importa. Tan solo necesito pararme y pensar.

Tiene que haber un lugar en este mundo en el que las dos podamos estar a salvo, escondernos de Carolo hasta que se aburra de mí y se dé por vencido. Aunque lo conozco demasiado bien como para saber que eso nunca va a suceder, que cada fracaso, cada contratiempo en su vida, llevará mi nombre por bandera, como foco causante de todas sus desgracias, de todas las cosas

para las que nunca ha tenido el valor de asumir. Me necesita, y no parará hasta encontrarme.

—¿Por qué no puedes comportarte como una mujer normal? —grita, enfadado, después de que hayamos llegado tarde a casa.

He pasado el día con Candela en el parque, tirando trozos de pan a una bandada de patos que nadaban en un pequeño lago junto a los árboles bajo los que habíamos improvisado un pícnic y el tiempo corrió en nuestra contra. He estropeado la cena, su familia está a punto de llegar a casa y nosotras seguimos cubiertas de barro. El odio de su mirada me recorre con aspereza y me agarra del brazo con fuerza antes de llevarme hacia las escaleras, encerrarme en el baño y meterme bajo el chorro del agua fría. Me insulta y no deja de lanzarme cosas a la cabeza, sin pararse a pensar en el daño que me está haciendo; está enfadado y ya no se contenta con gritarme. Me siento tan pequeña, tan inútil y sola que quiero echarme a llorar, pero escucho los llantos de Candela al otro lado de la puerta. No sabe qué está ocurriendo y está asustada y desprotegida. Bajo los ojos y miro al suelo, preguntándome una vez más dónde está el hombre que me prometió que siempre cuidaría de nosotras.

Despacio, cierro la ventana y me desprendo de los recuerdos amargos que me roban el sueño. Me meto en la cama y me acurruco junto a mi hija, ella se gira para abrazarme con fuerza. Le acaricio el pelo y beso su frente hasta que su respiración deja de estar agitada y su sueño llama a mi sueño. Al menos, hasta que me despiertan los golpes.

Abro los ojos y espero, porque tal vez el ruido provenga de abajo. Uno de los cerdos se ha empeñado en escapar de la pocilga a cualquier precio y se las ha arreglado para encontrar la forma de romper la alambrada cuando todos estamos durmiendo, sin embargo, no lo oigo de nuevo y cierro los ojos. Un golpe seco seguido de dos cortos y rápidos suena de nuevo, y entonces me doy cuenta de que están llamando a la puerta.

Me incorporo y bostezo, salgo de la cama y me envuelvo en una bata antes de que quien sea llame de nuevo y despierte a Candela. El dichoso gallo no ha cantado aún, pero debe de faltar poco. En estas cuatro semanas que llevo viviendo entre montañas he descubierto que se puede saber cuándo está a punto de amanecer por el olor que desprende la tierra, y sonrío cuando el gallo de plumas iridiscentes me da la razón y canta su desgarradora melodía bajo la ventana de Pino. Los nudillos de unos dedos impacientes vuelven a aporrear la puerta y camino más rápida.

—¿Gideon? —pregunto, cuando lo que en realidad quiero saber es qué hace aquí tan temprano.

—¿Estás vestida? —Sus ojos bajan de los míos y echa un leve vistazo a mi indumentaria. Se ha dado cuenta de que solo llevo el pijama debajo de la bata abierta, así que aparta la mirada antes de que resulte incómodo—. Vístete, te espero abajo. Quiero enseñarte algo.

Sonríe de manera un tanto pícara y yo le devuelvo la sonrisa, como si la noche anterior no lo hubiera dejado asomarse a mis miedos. Cierro la puerta y me quito la bata, entonces me doy cuenta de que llevo la camisa desabotonada, dejando la curva de mis senos al descubierto. Un calor inmenso me recorre la cara al darme cuenta de que él también se ha percatado. Me pongo un jersey que me tape hasta el cuello, unos pantalones por dentro de las botas y agarro un coiletero para peinarme de camino hacia el pasillo. Cuando abro la puerta, él se ha apartado varios metros y, si no fuera porque está oscuro, juraría que se ha puesto nervioso.

—¿Vamos? —susurra.

—¿A dónde?

—Ya verás. Date prisa o Candela se despertará y no habrá sorpresa.

Lo sigo por las escaleras hasta la puerta de entrada de la casa, después me conduce, casi al trote, hacia la loma que lleva hasta los manzanos. Estoy a punto de preguntarle el porqué de tanto

misterio, pero entonces... lo veo.

Alrededor del árbol más grande de la finca ha construido la casa más bonita que he visto en mi vida. Tiene unas ventanas cuadradas con cortinas de cuadros que, espero, no haya robado de los muebles de la cocina, y tiene una puerta que se abre y se cierra, ocultando el mundo fantástico que Candela logrará construir en el interior de su pequeño reino. Un tejado a dos aguas se pierde más arriba de la copa y a través de las hojas vislumbro el tiro de una falsa chimenea.

—Las escaleras son fuertes y no hay apenas distancia del suelo. No va a caerse —asegura.

Camino hacia la casa y me freno en el dintel de la puerta, repasando con los dedos las letras que ha grabado con un cincel sobre los tablones de una forma un tanto apresurada: «El fuerte de Candela». Detengo los dedos sobre la superficie irregular y contengo el aliento, como si una flecha me hubiera atravesado el pecho.

—¿Crees que le gustará? —duda—, todavía tengo que pintarla, pero no puedo esperar para enseñársela. Hoy es día festivo en el pueblo y los hijos de Italina no tardarán en regresar para jugar con ella. He pensado que esta es una forma de mantenerlos alejados de las montañas, así siempre tendrás la certeza de que está cerca de la casa y yo puedo vigilarlos mientras trabajo en la huerta.

—¿Has terminado la casa durante la noche? —pregunto, y siento como suspira, nervioso.

—Yo... dormí hasta bien entrada la madrugada, pero después no pude seguir dando vueltas en la cama y pensé que, bueno... —se lleva una mano a la ceja y se acaricia la cicatriz que la surca, ansioso—, en realidad, solo me quedaba afianzar la puerta y asegurar la barandilla de las escaleras. Lo demás ya estaba prácticamente acabado y me sobraron algunos recortes que coloqué en...

No me importa dónde haya colocado los recortes porque he oído todo lo demás, lo que ha dicho y lo que no. Respiro hondo, dejo escapar el aire despacio y no cuento los pasos que nos separan antes de aterrizar delante de él y rodearlo con los brazos. Gideon tarda unos minutos en reaccionar y me rodea con los suyos, formando para mí un refugio improvisado, hasta que empiezo a sentir cosquillas en el vientre y me retiro, poco a poco, resistiéndome a abandonar la paz que me genera su cuerpo.

—Gracias —le digo.

Me doy la vuelta, abrumada por este fuego inesperado, y trato de concentrarme en todos los detalles del fuerte de Candela. La respiración de Gideon ha quedado suspendida en el aire, y salvo el calor que ha dejado en mi cuerpo, nadie diría que está justo detrás de mí, convertido en piedra.

He visto sus ojos antes de escapar de ellos y ahora sé lo que guardan en su interior. Me pregunto si es así como se ven los míos, sin embargo, no he venido aquí para esto.

19

CALMA

Gideon

Levanto el escardillo y lo clavo en la tierra, abriendo un surco generoso que acoja las patatas brotadas que he estado almacenando para plantarlas de nuevo. Noviembre está a la vuelta de la esquina, y la tierra necesita que la airee y la prepare para los nuevos cultivos. La miro, abierta en canal, maravillado con la generosidad que brota de sus entrañas y que no parece tener fin. El huerto de Pino ha soportado el calor abrasador del verano gracias a la protección inmejorable que le proporciona el valle, y a las aguas subterráneas que recorren el suelo desde los lagos que hay repartidos por todos estos parajes. Cojo una patata con la mano, le limpio el polvo que ha estado acumulando en la alacena, con cuidado de no estropearle los brotes, y la entierro en el primer hoyo del surco.

—No hay que ponerlas muy juntas porque podrían estorbarse, es mejor que dejes un par de palmos más. Antonella, así.

Observo las pequeñas manos de mis tres ayudantes mientras entierran los tubérculos para que den frutos, pero sé que están deseando regresar a la cabaña para seguir jugando a *Dragones y mazmorras*. En cuanto el último boquete queda tapiado, se limpian la tierra de las manos en los pantalones y corren hacia el fuerte de Candela. Tino les sigue, aunque, esta vez, le toca ser el dragón que amenaza con destruir el castillo.

Llevan encerrados todo el día en la casita de madera, y sus voces infantiles y sus risas desenfadadas ponen la banda sonora a mi trabajo en el huerto. Isabel se ha asomado varias veces a la loma para comprobar que no se han alejado por su cuenta, pero sé que ahora respira un poco más tranquila.

No lo he hecho solo por ella.

El manzano me ha estado haciendo sombra desde que llegué a esta aldea, como si su voz dormida me invitara a buscar una nueva soga con la que subir a la rama más alta. Ahora esa rama no existe, ha quedado comprimida por un tejado a dos aguas que aguarda la vida, la risa y la inocencia que no hay en su susurro, en su invitación sorda a acabar con el sufrimiento que me aprisiona y me asfixia. Ahora, cada vez que mire ese manzano, recordaré que la vida empieza de nuevo, desde ese primer día en el que los ojos de Candela aterrizaron bajo mis pies para darle sentido a todo.

—¿Un descanso? —La voz de Pino me coje por sorpresa y me giro, sonriendo con verdadero afecto.

Trae una cesta tapada con paños en los brazos y su mirada recorre, casi con pena, la distancia que lo separa de los niños. Conozco a Pino y sé que lo atormenta haber alzado la voz de aquella manera durante la cena, pero si algo he aprendido de mi paso por la aldea es que el temor a la cueva que se oculta entre las montañas se expande por todos sus habitantes. Nadie habla de ella, nadie quiere recordar su existencia.

Pino me tiende la cesta, pero sus ojos siguen, tristes, la trayectoria de las carreras de los niños alrededor del manzano. Cuando levanto los paños compruebo que alguien ha preparado la merienda, pues nos ha provisto a todos de panecillos de queso, yogur casero, una botella con agua fresca y fruta.

—Isabel quería asegurarse de que os acordáis de seguir comiendo.

Le tiendo una mano y lo ayudo a sentarse sobre una caja de plástico a la que le he dado la vuelta. Los niños siguen absortos en su fantasía, pero sé que no dispongo de mucho tiempo antes de que se abalancen sobre la comida.

—Se le pasará —digo, y Pino me devuelve una mirada cansada. Asiente, aunque no parece convencido—. Los niños no saben guardar rencor, eso es un defecto de los mayores. Taparé la cueva y el problema se habrá resuelto.

—No se puede tapar el pasado, Gideon —responde cansado.

Una algarabía de risas se arremolina a nuestro alrededor y me doy cuenta de que los niños han descubierto la cesta.

—Lavaos las manos primero —les ordeno, y les señalo un balde de agua que tengo guardado para ese uso. Todos lo hacen, todos menos Candela.

Se ha quedado rezagada junto a mi costado y mira con pesar en la dirección en la que Pino permanece sentado. Tiene el rostro contraído en una mueca de tristeza y los ojos clavados en el viejo. Este abre los brazos, despacio, y Candela me abandona para refugiarse en ellos. Aparto la mirada antes de que el viejo me haga llorar, pero sonrío aliviado de que esos dos por fin se entiendan de nuevo. Lo miro de reojo y ahogo una carcajada, porque acaba de renacer como un chaval con unos zapatos nuevos.

Los observo comer mientras corto un panecillo por la mitad y le entrego una parte a Tino. Es esponjoso y suave, y tiene un sabor intenso, prueba de las horas que Isabel ha invertido en aprender todo lo que se necesita saber para hacerlos. Nunca he conocido a nadie tan tenaz como ella para continuar luchando, a pesar de las innumerables derrotas que ha encontrado en su camino. Observo a su hija como prueba del valor de su madre y me cuestiono, de nuevo, cuál será su historia. Nunca se lo he preguntado, pero me temo que ella no va a contarme qué es lo que las ha empujado a buscar refugio en esta aldea.

Alguien grita al otro lado de la loma y Antonella y Damiano refunfuñan con desagrado. Ha llegado la hora de volver a casa y oigo a Italina gritar sus nombres de nuevo. Candela decide acompañarlos hasta el coche, pero caminan arrastrando los pies, apesadumbrados por tener que regresar a casa y no poder jugar con ella hasta el próximo sábado. Cuando desaparecen al otro lado del camino, me apresuro a recoger las herramientas para regresar a la aldea y terminar la casa número uno.

—Quién pudiera pasar el día entero sin nada más que hacer que escuchar a los pájaros cantar en los árboles, *ma, non esiste!* El trabajo no perdona a este viejo. Si me das el escardillo, te ayudo a abrir los surcos para las lechugas.

—No hace falta, Pino, creo que voy a dejarlo por hoy —le explico y le tiendo una mano para ayudarlo a levantarse—. Isabel y yo vamos a ir a la aldea para terminar la casa. Ya solo queda barrer los escombros de la planta baja, un poco de limpieza, recoger las herramientas que dejamos tiradas por el suelo y cerrarla. Es una casa muy bonita.

—«Fue» una casa muy bonita —me corrige, pero los ojos se le han llenado de sombras—. Será un buen hogar para el que quiera darle una oportunidad, ¿no te parece?

Camina dos pasos por delante de mí, llevando la cesta casi vacía entre las manos. Al llegar a lo alto de la loma, veo como Italina se despide de Isabel con un abrazo antes de desaparecer en su coche con dos niños enfadados porque no quieren regresar al pueblo. Candela les dice adiós con la mano, pero sé que ya estará pensando en el próximo sábado y en las aventuras que vivirán juntos.

Cuando desaparecen por el carril de tierra, Isabel desplaza los ojos hacia el sendero y su

mirada se cruza con la mía solo un segundo, antes de apartarla de nuevo. Saca las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones y se entretiene ayudando a Candela con los botones de su rebeca de lana, porque hoy vendrá con nosotros hasta la aldea. Doña Carmina se encargará de entretenerla mientras nosotros acabamos el trabajo.

Cuando Pino se ofrece a guardar las herramientas para que pueda marcharme, ya solo quedamos los tres, y el silencio que se interpone entre ella y yo se hace más denso. Me acerco un poco más a Isabel, pretendiendo que todo marche como siempre, pero el abrazo de esta mañana ha vuelto a levantar sus barreras. Me gustaría decirle que no tiene importancia, pero le estaría mintiendo, porque llevo todo este tiempo tratando de no recordar cómo fue tenerla entre mis brazos, oler su pelo y sentir su cuerpo. Parpadeo para librarme de esa ilusión ensoñadora y repaso en mi mente la lista de tareas que tenemos por delante.

Esta noche los vecinos se reúnen en el cruce de calles de la aldea para tratar sus asuntos, pero nosotros tres estamos exentos de formar parte de ella, así que tenemos que darnos prisa antes de que la tarde se nos eche encima. Ha empezado a anochecer mucho antes de lo acostumbrado, y tenemos menos horas de trabajo cada día.

Echamos a andar, alejándonos de la casa de Pino, pero a medida que nos acercamos a la aldea Candela se aleja buscando flores por el camino con las que hacer un ramo para deleite de la vaca Matilda. Nunca desaparece del todo de nuestra vista y Tino le sigue los pasos, hasta que logramos visualizar la figura de Carmina que la espera, de pie, junto a la puerta de su casa.

—Celeste —dice Isabel y la miro, sin comprender—, creo que las paredes interiores de la casa quedarán bien en celeste. Los marcos de las ventanas de madera eran de color azul, lo descubrí por casualidad mientras le quitaba los restos de pinturas y barnices con las que las han ido tratando a lo largo de los años. Y, bueno, ya sé que la idea era dejarlo todo lo mejor que podamos y que los nuevos dueños se encarguen de lo demás, pero...

—¡Oh! Claro, no hay problema —aseguro. Sigue guardando la distancia y yo procuro ser lo más escueto posible.

—*Mio caro!* —grita doña Carmina en cuanto Candela aterriza junto a ella y le rodea la voluminosa cintura—. *Andiamo*, pasa dentro, te estaba esperando.

Candela le tira un beso a su madre antes de desaparecer por la puerta, gritando el nombre de Matilda, hasta que esta le responde con un mugido. Nosotros continuamos solo un tramo más en el camino hasta la casa que descansa junto a la que ocupa Aurelio. Empujo con el hombro y la puerta se abre sin esfuerzo, atravieso los rayos de sol colmados de motas de polvo que entran por el hueco de lo que antes era la alacena. Huele a una mezcla de madera nueva, escombros húmedos y humo de leña, y no puedo evitar estornudar con todas mis fuerzas, provocando la risa cristalina de Isabel que tan pocas veces me regala. La miro, y sonrío con ella, complacido de haber sido yo quien traiga un poco de diversión a sus acostumbrados ojos tristes.

—¡Salud! —dice, y bajando un poco sus barreras se acerca despacio y se pone a mi lado, contemplando el escenario de un derrumbe—. Esto es una catástrofe, nos llevará al menos unos cinco o seis días reformarlo.

—No lo haremos, no es necesario. La cocina tiene suficientes muebles, y con el dinero que ahorremos de los materiales pintaremos de azul las paredes y los marcos de las ventanas.

—También pondremos azaleas en los balcones —fantasea ilusionada.

Al mirarla a los ojos descubro en ellos el brillo del anhelo. Sonríe, con la nostalgia de los que buscan y no encuentran, y sigue imaginando cómo será devolverle la vida a esta casa. Entonces no me resulta difícil visualizarla aquí a ella, horneando pan mientras Candela juega en el salón a su espalda, un fuego crepitando en la chimenea y flores perfumando las mañanas húmedas.

—¿Qué te parece si me subo a la planta de arriba y voy recogiendo las herramientas? — sugiere y yo asiento, guardándome para mí mis propios pensamientos.

La escucho subir los peldaños de la escalera de mármol amasada con cientos de miles de pisadas a lo largo de su historia y comienzo a barrer los cascotes que hace menos de un día se me vinieron encima. Sobre mi cabeza resuenan los pies de Isabel y el sonido de una canción en su idioma que no alcanzo a entender del todo, pero que queda interrumpida con un leve alarido de sorpresa.

Dejo la escoba a un lado y subo los escalones de dos en dos, tropezando en el rellano. Cuando llego a la habitación principal, descubro que está agachada frente a la puertecita rota de la chimenea de cerámica.

—Las fotos, las cartas... —dice, apesadumbrada, en cuanto me ve asomarme detrás de ella.

Isabel mete las manos con cuidado en el interior de la chimenea y saca la única foto que se ha salvado del fuego, solo entonces me doy cuenta de que hay rescoldos incandescentes donde antes solo había cenizas frías.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —pregunta, y vuelve a introducir los dedos en el hueco con la intención de salvar el retrato de una mujer joven rodeada de cuatro niños pequeños que se está consumiendo con el calor de las brasas.

Me acerco hacia la ventana, a través del hueco abierto busco con la mirada a los vecinos, pero estos permanecen atareados en sus quehaceres diarios.

Nadie mira hacia la casa abandonada, nadie repara en la pequeña voluta de humo que sale por la chimenea.

LA ALDEA DE LOS SECRETOS DORMIDOS

Isabel

He raspado los restos de las preciosas contraventanas de madera hasta que han quedado desprovistas de todas las capas que acumularon con los años. Las contemplo al natural y sonrío satisfecha. Italina ha hecho un buen trabajo encontrando el tono exacto de azul, ni tan oscuro como la profundidad del mar ni tan claro como una mañana de primavera.

—Tienes que apretar la brocha así, ¿ves? Y prestar atención a las pequeñas imperfecciones. Así, muy bien.

Gideon sonríe mientras observa la cara concentrada y escondida tras las gafas de Candela, que sostiene un pincel grueso entre sus dedos y ayuda a repasar el filo de los rodapiés de madera. La *nonna* Cecilia lleva varios días aquejada de artritis, y los demás andan atareados preparando conservas con las frutas y hortalizas de una cosecha generosa. Fuera hace frío, el cielo se ha cubierto con nubes que amenazan con traer la primera tormenta de la temporada, así que estamos solos los tres. Los cuatro, porque Tino duerme junto a la chimenea de porcelana.

He limpiado los restos de la hoguera en la que alguien quemó los recuerdos de la familia que vivía en esta casa, pero aún guardo la foto que logré rescatar antes de que quedara reducida a cenizas.

Hemos construido un hogar que espero que sea habitado pronto, tal vez, por otra familia con niños de la edad de Candela. La observo de reojo, sigue concentrada en la tarea que Gideon le ha dado, y un leve resquemor de culpa me golpea de nuevo. Sé que le gustan los vestidos de colores bonitos que ha heredado de su amiga Antonella, pero es solo una niña de cinco años que se ha dejado su identidad en el interior de sus armarios, en una casa vacía, lejos de aquí. Han pasado casi dos meses desde que Carolo se fue a Dubái y nos dejó solas. Sólo queda uno más para que regrese y se dé cuenta de lo silencioso que está ahora el ático de la calle Parioli. Aún recuerdo cómo sonaba el miedo entre aquellas paredes, y no se parece a la risa que resuena entre los muros de la casa abandonada de Il salto de la Madonna en la que Candela se expresa sin temor a que nadie le reprenda.

Mis ojos se desplazan más allá de su cara morena y se posan en unos dedos fuertes que guían la muñeca de mi hija a través de la pared, surcando de celeste un lienzo donde antes no había nada. Fijo mi atención en ellos, en la rudeza de unas manos que podrían aplastar la vida bajo ellas, y, sin embargo, sus movimientos son calculados, como si temiera romper la suavidad de las manos diminutas de Candela. Mis ojos continúan ascendiendo por sus brazos, hasta que el rostro moldeado por el fuego de Gideon es lo único que veo. Algo ha cambiado en la ferocidad de su mirada, como si el tiempo hubiera despojado sus ojos del paño de tristeza que carga en los bolsillos. Sonríe, feliz, pero sus labios se vuelcan en una expresión mucho más intensa en cuanto levanta la vista y me sorprende observando.

Retiro los ojos, abrumada por el calor que se respira en esta sala, aun así, cierro las hojas de la ventana para empezar a devolverle el color azul a los marcos de madera. Abro la lata de pintura y remuevo el color en su interior, después, dibujo con el pincel el contorno por el que decido

comenzar a trabajar. Si la tormenta descarga sobre nosotros, el cristal cerrado protegerá mi trabajo para que pueda acabarlo el próximo día. No veo el momento de poner fin a todo esto y llenar de macetas los balcones, a la espera de que alguien se fije en la casa.

Hago una mueca mientras el pincel se desplaza por la superficie y rechazo los pensamientos que cruzan mi mente, como mi ensoñación romántica acerca de lo bonito que sería que pudiéramos quedarnos las dos en esta aldea. Sin embargo, el tiempo aprieta, y sé que el final está cerca. No tengo suficiente dinero ahorrado como para luchar por la custodia de Candela, y no hay lugar en el mundo en el que pueda esconderme para siempre. Tarde o temprano Carolo extenderá su mano poderosa para encontrarnos a nosotras y solo tendrá que cerrar un puño para aniquilar todo lo que hemos construido solas. Somos el reflejo tangible de todas sus miserias, la realidad que le golpea cuando asume que nada, salvo nosotras, queda bajo su control.

—Mamá... —repite Candela y me giro para prestarle atención—, ¿me oyes, mamá?

—Sí..., lo siento, ¿qué ocurre? —respondo cuando me doy cuenta de que no la he oído llamarme.

—Tengo hambre —se queja y Gideon se echa a reír.

—Tú siempre tienes hambre —replica y Candela asiente, como si fuera evidente.

—Entonces, será mejor que regresemos a la casa de Pino —sentencio y suelto la brocha para recoger la pintura.

Como si estuviera orquestado, un trueno rompe en el cielo frente a la ventana cerrada y Candela emite un chillido antes de pegarse a mis piernas. Tino acude a su llamada de auxilio, pero, por la forma en la que busca cobijar su hocico bajo el brazo de Candela, entiendo que él también está muerto de miedo. Pequeñas gotas de agua golpean el cristal en una carta de presentación de lo que promete ser una gran tormenta.

—Me temo que no podemos volver ahora —le digo y ella se queja.

—Pero puedo cruzar la calle y mendigar caridad a los vecinos. —Gideon sonríe y le guiña un ojo a Candela, pícaro, antes de levantarse del suelo.

Oigo el sonido que hacen sus botas en los peldaños de la escalera hasta que se pierde y la puerta de entrada se cierra. Me asomo a la ventana y lo veo cruzar la calle hacia la casa de Aurelio bajo una tromba de agua que alcanza a mojarle el pelo y los hombros. Otro relámpago rompe el cielo y la lluvia golpea más fuerte, pero no pasa demasiado tiempo hasta que Gideon regresa y la puerta emite un leve chasquido al cerrarse a su espalda.

Dos relámpagos seguidos truenan afuera como si el cielo se estuviera viniendo abajo. Candela y Tino corren a apretarse juntos, hechos un ovillo, en el suelo a mis pies, como si ninguno de los dos estuviera seguro de a quién quiere proteger. Me agacho sobre ellos y cojo a mi hija en brazos para bajar a la planta principal y alejarnos de la ventana.

Gideon ya está trasteando la hornilla de hierro de la gran cocina, soplando la pequeña yesca que prende bajo unos cuantos troncos de madera. Sobre la encimera de granito ha dejado una cesta empapada de agua, pero lo suficientemente cubierta como para salvar lo que guarda en el interior. Siento a Candela sobre la encimera y quito el paño de algodón para ver lo que hay dentro: quesos, cecina, embutidos, algo de pan, agua y una olla pequeña llena de caldo de pollo con pasta de fideos. En el fondo encuentro dos mantas de paño, una caja de cerillas y tres velas de cera. Es así como comprendo que nos espera una larga noche por delante.

—Aurelio opina que la tormenta podría durar toda la noche —confirma Gideon, que sigue concentrado en avivar el fuego—. Al menos, tenía comida de reserva y ha mandado mantas por si no podemos volver antes de que anochezca, así que será mejor que calentemos esta casa si no queremos morirnos de frío cuando eso ocurra.

Me pasa unos cuantos troncos que Candela y yo introducimos en el hueco de la chimenea principal, y un poco de viruta para que pueda prenderla. En unos minutos, una llamarada diminuta arde al otro lado del cristal opacado por el humo y rodeo con el brazo a mi hija mientras contemplamos juntas el espectáculo de chispas que ejecuta el fuego cuando encuentra una piña seca a la que aferrarse. Fuera sigue lloviendo, las gotas de agua ponen la banda sonora a esta tranquilidad que se ha instalado sobre mis hombros, el mundo se ralentiza hasta que se detiene por completo y ninguna preocupación puede traspasar nuestra muralla. Cierro los ojos, presa del sopor que se extiende por mis extremidades.

En solo un instante, vuelvo a tener la edad de Candela y juego en la orilla de una playa de aguas cristalinas bajo la atenta mirada de mi abuela. Parpadeo y mi cuerpo cambia, y me contemplo con el paso de los años frente a la misma playa. Sigo siendo apenas una cría que comienza a ver el mundo con otros ojos, un mundo tan feroz y hambriento que acabará por devorarme.

Sostengo una bandeja y sirvo a los turistas que se alojan en el hotel que el padre de Carolo ha abierto en nuestras costas; cuando regreso al salón, lo veo, de pie, frente a la recepción. Es alto, y tan guapo y apuesto como inalcanzable, sin embargo, sus ojos verdes se posan sobre mí en lo que dura un instante, el tiempo suficiente como para entender que ya todo ha cambiado.

—Isabel, la cena está lista.

Una mano me mece suave el hombro y abro los ojos. Gideon está agachado junto a mí y su mirada oceánica es lo primero que encuentro cuando regreso del pasado. Dejo atrás el verde colmado de ira de los ojos de Carolo y pestañeo para despejarme el sopor del sueño y abrirme en círculo para que todos quepamos frente a la chimenea.

No hay platos, así que Gideon nos entrega las cucharas que le ha dado Aurelio y coloca la olla en el centro. Ha usado la tapadera para ponerle su ración a Tino, que ha decidido que la chimenea es un refugio estupendo contra el sonido letal que hacen los truenos afuera.

—Reconozco este queso —señala Gideon, mientras lo corta en cuatro pedazos y me entrega una parte.

—Claro, Gid, es uno de los míos —asegura Candela.

Acerco mis dedos a su frente, le recojo un mechón de pelo detrás de la oreja y sonrío, orgullosa, antes de darle un bocado al que tengo entre los dedos. Es suave, la textura ha mejorado desde que doña Carmina le enseñara a hacerlos, y al masticarlo, un baile de especias me recorre la boca. Todos comemos y la lluvia arrecia al otro lado de los muros, ha empezado a anochecer y todo se vuelve más oscuro mientras damos cuenta del contenido de la olla.

Candela cuenta historias que se inventa sobre la marcha, llenas de fantasía, misterio y aventuras sobre una niña y su perro que gobiernan el mundo desde su fuerte de madera, pero a medida que la noche se hace más cerrada, se olvida de sus cuentos y se acurruca en mis rodillas. Gideon recoge la olla y extiende una manta sobre el suelo, después, se quita la sudadera y la dobla con cuidado para que le sirva de almohada. Cuando ha construido una cama improvisada, Candela corre a tumbarse de lado y se queda dormida abrazada a Faustino.

—Es una niña increíble —reconoce Gideon, pensativo, y levanto los ojos de mi taza de agua para contemplarlo.

Está sentado con las piernas cruzadas y la vista perdida más allá del fuego que caldea la chimenea. Es la primera vez que lo veo usar una camiseta sin mangas, y el recuerdo de su imagen semidesnudo frente al espejo hace que me estremezca. El rostro, el cuello, la muñeca y la palma de su mano se llevaron la peor parte, pero hay más, mucho más. La curiosidad me vence y planeo la mejor forma de comenzar una pregunta que me lleve a obtener una respuesta, sin

embargo, él se adelanta.

—¿Cómo conociste a su padre?

Parpadeo, porque no he visto venir el cambio de roles y ahora soy yo la que tiene que ofrecer respuestas. Supongo que él también se ha estado haciendo preguntas, pues he observado cómo mira el muñón de Candela cuando no lleva puesta su prótesis; no entiende cómo ha pasado y creo que necesita comprender cómo una niña tan pequeña ha acabado sin una de sus piernas.

—¿Conoces los hoteles Dolce Russo? Él es Carolo Russo.

Asiente, dándome a entender que lo comprende, sin embargo, no es eso lo que tanto le inquieta.

—¿Cómo ocurrió? —dice, y después señala con la cabeza en dirección a Candela. Cierra levemente los ojos, como si temiera mi respuesta.

Carraspeo y me concentro en las llamas que crepitan al otro lado del cristal. Tengo que elegir bien mis palabras, pero las lágrimas asoman primero. Me bordean los ojos y me emborronan la luz del fuego, sin embargo, no les permito caer. Sorbo por la nariz y respondo deprisa.

—Un accidente. Era de noche y... Carolo conducía el coche.

—Lo siento. —Parece profundamente conmovido, quizá porque cree que fue un accidente.

—Yo no. —Levanta los ojos y me mira con más atención, como si no alcanzara a creer lo que acabo de decirle, y yo respondo al interrogante en su mirada—: Perdió los nervios, estampó el coche para vengarse de mí y ahora Candela y yo somos libres.

Gideon ahoga una maldición entre susurros y cierra los ojos, después aprieta los puños y se muerde el labio inferior. Lo observo en la distancia, su respiración se ha vuelto agitada, como si la ira le estuviera estrangulando la garganta; al abrirlos, no me mira directamente, pero su mirada está fija en la prótesis de Candela.

—¿Era la primera vez que os hacía daño? —pregunta, y juro que puedo sentir cuánto pesan en sus labios cada una de sus palabras, como si le doliera dejarlas salir de su boca.

Niego con un movimiento de cabeza y, al mirar a Gideon a los ojos, sufre una transformación que me asusta. Lo que tengo delante de mí es alguien a quien nunca he conocido, un hombre con el gesto roto por la ira, tan diferente del hombre amable y tranquilo que tanta paz ha traído a mi vida.

Sin previo aviso se inclina hacia mí y me observa de cerca, de una manera tan intensa que me refugio en mí misma. Estamos frente a frente, como si quisiera leer en el interior de mis pupilas dilatadas. Su respiración, enfurecida, se desliza por mi cuello, caliente y húmeda, y el recuerdo de otro hombre furioso domina el temblor de mi cuerpo. Levanta una mano y la acerca a mi rostro, pero yo me alejo, asustada. Se da cuenta del efecto que tiene su proximidad en mí y se retira, despacio, abriendo los ojos, como si no entendiera por qué los míos están llenos de miedo.

«Gideon no va a hacerme daño», no dejo de repetirme mientras trato de no ahogarme por la ansiedad de volver a contemplar la ira que lo consume por dentro.

Se levanta y se aleja lo suficiente como para que no sea capaz de entender si sus gestos denotan arrepentimiento o tristeza, después, recoge la manta que sobra y se despide con un susurro antes de subir las escaleras que lo llevan al piso de arriba.

EL FUEGO EN TU ROSTRO

Gideon

Me acerco, con cuidado, hacia el paredón semiderruido de lo que antes era una fábrica de quesos. Guardo la distancia suficiente como para disparar sin ser descubierto, solo tengo que saltar el paredón y trepar sobre los restos de la escalera que conduce a la azotea. Encuentro el escondite perfecto entre dos bidones vacíos y juego con algunos de los harapos que están esparcidos por el suelo para construir una trinchera que me cubra completamente a ojos de los francotiradores enemigos. He estudiado la zona junto con mi oficial a cargo, sabemos que ha sido desprotegida y abandonada después del ataque con drones que desestabilizó nuestro campamento, por eso lo han elegido como emplazamiento clave para esconder al número cuatro de Al Asad. Sin embargo, hasta el más despistado de los novatos podría darse cuenta de que algo no marcha bien ahí abajo. La calma nunca es un buen presagio y todo permanece en un silencio casi estudiado.

Me camuflé y tapé el fusil de forma que solo la mira permanece al descubierto. He elegido un lanzagranadas porque la misión es acabar cuanto antes con su líder y el arsenal de explosivos que sabemos que ocultan en la zona. Es posible que el objetivo no aparezca y que todo esto sea una pérdida de tiempo, pero, si lo hace, si se reúne con los rebeldes en la casa hacia la que apunta mi fusil, habremos culminado una de las operaciones más complicadas de esta maldita guerra.

Un coche se aproxima por el oeste y desví la mirada lo justo para interceptarlo sin quitar la atención de mi objetivo. Es posible que nuestro contacto nos haya dicho la verdad, después de todo, pues se trata del mismo modelo de vehículo blindado que usan los rebeldes. Divido la atención a ambos puntos, sin perder de vista la puerta principal del pequeño edificio en el que se va a celebrar el encuentro, hasta que el coche llega y las puertas laterales se abren, dejando salir a sus ocupantes del interior. Están armados y sus movimientos son rápidos y estudiados. Desví el cañón de mi fusil y apunto al hombre que se escolta tras los soldados, que se dirige sin premura hacia el interior de la casa. En cuanto pone una mano en el pomo, vuelvo a focalizar el objetivo y tenso el dedo índice sobre el gatillo; entonces se gira, observa por encima de su hombro en la dirección en la que estoy escondido y lo veo.

Su rostro se ha transformado, ya no es un rebelde sirio quien me mira, lleno de odio, sino que encuentro el rostro de Carolo Russo que se alza altivo. Aprieto el gatillo y disparo, pero sus ojos han vuelto a cambiar e Isabel ocupa su lugar. Tiembla, aterrada, en cuanto se da cuenta de que estoy al otro lado del arma, pero ya es demasiado tarde, he impactado en la munición que tenían almacenada los rebeldes, todo ha estallado por los aires y el cuerpo menudo de una niña, a la que le falta una pierna, yace sobre mis brazos. Me examina, completamente trasmutada por el horror, y abro la boca y grito, pero no hay sonido que rompa el silencio frío que lo invade todo.

«Ha sido una pesadilla, Gideon, es solo una maldita pesadilla», me repito sin descanso y restriego mis ojos agotados por el cansancio. Ha dejado de llover y el sol se dibuja al fondo del valle, al otro lado de la ventana pintada de azul cielo que no está terminada. Bostezo y los recuerdos del día anterior aterrizan en mi cabeza, junto con un par de ojos asustados y unos labios que tiemblan. No estoy seguro de si el rostro aterrorizado de Isabel es real o si sigue formando parte de mis pesadillas, pero tengo que bajar y comprobar que las dos están bien. Cabalgo sobre las escaleras y al llegar a la planta baja mis temores se confirman: no hay rastro de

Isabel y Candela.

Salgo corriendo de la casa y empujo la puerta de madera sin detenerme a cerrarla, ni me paro a dar explicaciones a los pocos vecinos de la aldea que han madrugado antes de tiempo y que me miran con una mezcla de curiosidad y asombro. Sigo mi camino, más allá de la loma, hacia la casa de Pino.

A lo lejos, compruebo que las ventanas de las habitaciones permanecen cerradas. El viejo aún no se ha despertado, sin embargo, cuando consigo acercarme lo suficiente, me doy cuenta de que la puerta de entrada está abierta. Me paro en el dintel y me apoyo con una mano, intentando recuperar el aliento, rogando al cielo para que ellas estén aún en el interior de esta casa.

—¡Isabel! —grito, pero nadie responde—. ¡Isabel!

Subo las escaleras que dan al piso de arriba y oigo las pisadas aceleradas tras la puerta cerrada de su habitación. Siguen aquí. Recorro el pasillo y giro el pomo. Al otro lado, el rostro desconfiado de Isabel me observa, sorprendida. Tiene las maletas abiertas sobre la cama y las llena de ropa a toda prisa ante la mirada desconcertada de Candela.

Ella nota mi presencia y sale corriendo para darme un abrazo tan fuerte que pierdo el equilibrio. Ha escondido la cabeza en mi costado y llora, noto sus manos apretando mi brazo y la rodeo con ellos. Cierro los ojos y trato de no imaginarla aplastada bajo el coche de su padre, o despertando en la camilla de un hospital para comprobar que ya nada volverá a ser igual para ella. La ira me quema de nuevo cuando pienso en que el hombre que tendría que haberla protegido de esto fue precisamente el que más daño le ha hecho. Desvío la mirada y tropiezo con los ojos de Isabel, que se aparta cabizbaja.

—¿A dónde vas? —susurro, y aunque trato de sonar despreocupado, tengo tanto miedo de verlas partir que tiemblo.

Isabel se aparta, buscando una pared a su espalda donde poder aferrarse. Vuelve a temblar y me maldigo a mí mismo por ser el causante de sus miedos. Me desprendo de Candela y recorro los pasos que me separan de su madre.

Los labios de Isabel imploran en silencio, se le han dilatado las pupilas y sus manos buscan la forma de mantenerme apartado de su cuerpo. Es entonces cuando contemplo el infierno del que han escapado. El miedo que tanto creía que bailaba en sus ojos no era más que la certeza de sentirse completamente a mi merced, doblegada a la voluntad de mis manos.

Despacio, acerco una mano hacia ella, pero la dejo suspendida en el aire, giro la muñeca y le tiendo la palma, hacia arriba, otorgándole a ella el poder de decidir lo que va a ocurrir después. Lentamente, acerca una mano a la mía y posa sus dedos sobre mi piel. Vuelve a mirarme a los ojos, buscando la confianza a través de ellos, y cuando comprende que no voy a hacerle daño, da un paso más. Yo camino la distancia que nos separa, le sostengo el mentón y la contemplo de frente. Sus ojos rebosan cientos de lágrimas, todas las que ha ido acumulando a lo largo de los días que lleva en esta aldea. Desplazo el pulgar y las limpio con los dedos, sin romper el contacto de mis ojos con los suyos.

—Jamás, en toda mi vida, te haré el más mínimo daño. —Veo la interrogación en sus ojos y me llevo nuestras manos unidas hacia el centro de mi pecho. Noto su calor contra la tela de mi camiseta y sé que ella percibe cada uno de mis latidos—. Estás a salvo, Isabel, las dos lo estáis ahora.

Isabel da el paso que falta hasta aterrizar en mi pecho y la rodeo con los brazos, amortiguando el sonido de su llanto que ha quedado ahogado contra mi hombro. Bajo la cabeza y la beso en el pelo, pero guardo silencio mientras ella se deshace del miedo, la rabia, el dolor y la ira que ha estado guardando bajo llave todo este tiempo. Candela se suma a nosotros y aparto un brazo del

cuerpo de su madre para rodearla a ella también.

Dentro de mí se ha desatado una desesperación casi enfermiza por protegerlas, como si el tiempo corriera en su contra y yo quisiera detenerlo. Jamás me perdonaré si algo malo les ocurre estando a mi lado, y haré lo imposible por seguir escondiéndolas del hombre que tanto daño les ha hecho.

22

UN FUTURO EN LAS MONTAÑAS

Gideon

Los habitantes de la aldea ya no tendrán que preocuparse por las humedades del invierno, pues todas sus casas lucen nuevos tejados de pizarra que los aísla de la lluvia y el frío. El resto tendrán que esperar a que los días cortos nos den una tregua.

La de las ventanas azules, por el contrario, está completamente reformada, y en sus balcones Isabel ha colgado macetas con azaleas que permanecerán dormidas hasta que exploten en colores al llegar la primavera. En cuanto baje la escalera y cerremos esta puerta, empezaremos la aventura de darle forma a la siguiente de nuestra lista, eso si Isabel se da prisa en bajar. Hace un buen rato que la espero junto a la cocina, repasando la pintura de la pared que tapa el agujero que dejó el derrumbe de la alacena.

Por la puerta abierta de la casa, que hemos pintado del mismo color azul que las contraventanas de madera, sopla un viento suave que arrastra el aroma de las pastillas de jabón que la *nonna* Cecilia fabrica en su cocina. Matilda muge en algún lugar de la calle y don Aurelio regaña a las cabras por comerse los brotes de las plantas de su jardín. Sobre el escalón de la entrada Tino abre la boca y bosteza, y las risas de los niños resuenan en la pequeña placita donde pintan con tizas bajo la mirada atenta de Leonora y Carmina, que cuelgan la colada de una cuerda que cruza las ventanas de sus casas. El piano de Andrea pone la banda sonora a la mañana, y en el hornillo de Marius se asan castañas que los niños comen mientras charlan de las aventuras de las que van a disfrutar antes de que llegue Italina y los regrese al pueblo.

Oigo las pisadas de Isabel en las escaleras, incluso antes de que llegue hasta mí, siento los hilos invisibles de su presencia. La observo bajar el último peldaño y sonrío, en respuesta a su propia sonrisa, que cada vez es más frecuente. Desvío los ojos hacia lo que trae entre sus manos, pues aún no estoy preparado para verla sonreír sin sufrir las consecuencias. Nadie me dijo que podría enamorarme de esta manera.

—¿Qué es eso? —pregunto, apuntando a sus manos con la cabeza.

—Ya lo verás. —Sonríe, misteriosa, y sus ojos brillan como si estuviera planeando una travesura.

Pasa de largo y recorre la estancia que separa la cocina del salón, entonces se coloca frente a la chimenea, se pone de puntillas y cuelga un marco de madera sobre un clavo. Se retira y lo observa, satisfecha, y me hace señas para que vaya a verlo por mí mismo.

—¿Te gusta? —me interroga, y se muerde la comisura de los labios, un tanto inquieta—. No sabía si sería apropiado, pero... creo que las casas poseen una parte del alma de quienes las han habitado, y se me ocurrió que podría resultar un bonito homenaje.

En el interior de un marco hecho a mano, con la madera que ha sobrado de las obras, Isabel ha fijado la imagen de la joven y los niños que se salvó del fuego. Una de las esquinas luce un tanto chamuscada, aun así, parece como si hubiera estado allí, colgada, toda la vida.

—Me parece que ha quedado perfecto —aseguro, y en el leve instante en que nuestros ojos se encuentran siento de nuevo el calor que nunca me abandona desde que ella está cerca.

—¡Qué maravilla! —grita desde la puerta de entrada Pino y me giro para saludarlo.

A la llegada del viejo se han sumado otras cabezas, todas las que han oído la exclamación de júbilo que anuncia que la reforma de la casa número uno ha terminado, y se agolpan, curiosos, por la planta baja. Los niños también han hecho su aparición estelar, atraídos por el jolgorio de los mayores, y se apretujan entre sus piernas para llegar hasta nosotros. Entonces lo examinan todo: la cocina, los suelos pulimentados, las ventanas azules y la chimenea que preside el amplio salón sin amueblar en el que estamos todos reunidos.

Una a una, las voces se van apagando y me doy cuenta de que todos observan, con disimulo, la foto que cuelga en la pared. Nadie dice nada al respecto, pero no me pasa desapercibido el recelo con el que han acogido la iniciativa de Isabel. La miro de nuevo, esperando su reacción, pero ella permanece ajena a este detalle y sonrío, feliz, por las demostraciones de aprobación que recibe el trabajo que tan duramente ha realizado en esta casa.

—Esto habrá que celebrarlo, ¿no? —anuncia Aurelio, saliendo del silencio que se ha creado alrededor de nosotros—. Ahora mismo vuelvo.

Aurelio regresa a su casa y vuelve con una botella de sidra que tendría guardada para ocasiones especiales. Sin previo aviso la descorcha, provocando los ladridos de Tino. Cuando el estupor inicial ha pasado, la levanta en el aire y brinda.

—Por la vida que nace cuando todo parece tan muerto.

Después, inclina la botella y bebe un trago corto antes de dársela a Isabel, que hace lo mismo antes de pasármela a mí también. Me llevo la boca de la botella a los labios, pero antes de beber de ella sigo el rastro de la mirada de Aurelio. Sus ojos se han quedado suspendidos en la imagen, que ahora es el corazón de la casa, y un brillo extraño y siniestro le recorre la mirada. Me sonrío lleno de júbilo cuando me sorprende observando, pero no es tan bueno fingiendo.

De manera improvisada, la gente va saliendo a la calle para traer comida, pan, frutas y más bebida, y se instalan en la casa, recorriendo los pasillos, curioseando más allá de las escaleras. Exclaman, sorprendidos, cuando descubren lo que hemos hecho en la planta superior, y aprovecho que están reunidos arriba para acercarme a Isabel.

—¿Estás bien? —pregunto, y ella me sonrío un tanto abochornada.

—Sí, es solo que... —mira hacia el techo y a su alrededor, la nostalgia anida en sus ojos cansados—, esta casa es perfecta.

—Podría ser tuya —sugiero.

Ella se da la vuelta y camina hacia una de las ventanas que están abiertas, entonces pierde la mirada, de nuevo, en el camino que serpentea más allá de las montañas.

—Eso no va a pasar, Gideon. No he conseguido un medio de vida que me permita mantener yo sola a Candela, y el tiempo se nos acaba. No puedo regresar a España, y no voy a separarme de mi hija. Si él regresa...

—¿Qué vas a hacer? —Me acerco un poco a ella, con el corazón aterido de terror porque no quiero conocer su respuesta.

—Esperar, es lo único que puedo hacer ahora.

Isabel gira su cuerpo cuando me siente cerca y me mira de frente, pero en sus ojos hay una resignación que me taladra el corazón sin piedad. He pensado mucho acerca de sus opciones, pero no quiere ni oír hablar de la posibilidad de denunciar a Carolo. Sabe que no puede enfrentarse a alguien que está acostumbrado a mover las reglas del juego a su antojo.

Me entretengo en los detalles de su rostro y el mundo desaparece para nosotros. Pasa demasiado a menudo y cada vez es más intenso y difícil escapar de su influjo. Es ella la que rompe el hechizo que nos mantiene unidos al pasar por mi lado para atender a Candela, que ha

bajado las escaleras para comer más panecillos, pero arrastra los dedos acariciando el dorso de mi mano. Yo muevo los míos y le devuelvo la caricia de una manera tan sutil que queda suspendida en el aire.

La risa y el alboroto de los habitantes de la aldea comienza a descender con el paso pausado de sus pies sobre la escalera, y el salón queda engullido por un torbellino a medida que abandonan la casa y regresan a sus quehaceres. Nosotros también lo hacemos, cerramos la puerta de la casa terminada y regresamos a la calle, entonces miramos hacia atrás por última vez antes de que cada uno decida retomar las cosas que ha dejado a medio hacer. Recojo las bolsas de las herramientas y curioseó por encima del hombro de Isabel, observando las hojas de la libreta donde anota los planos de las casas, los materiales y algunas de sus ideas, y ella me la enseña, tratando de averiguar a dónde vamos ahora.

Está la casa junto a la de Andrea, que, si bien por fuera está en perfecto estado, el interior está hecho una auténtica pena. Hay que levantar las losetas del suelo y sustituirlas por unas nuevas, restaurar la bañera, que se ha oxidado con los años, y reconstruir la chimenea. Por encima de ella hay otras dos viviendas en condiciones similares y, aunque tenemos el dinero de Aurelio, deberíamos andarnos con cuidado si no queremos agotarlo del todo.

—¿En qué piensas? —indago, e Isabel levanta la cabeza de su libreta para mirarme.

Se había quedado absorta en los planos de las dos casas más alejadas, las que culminan la cima de la calle más empinada de la aldea. Son dos edificaciones imponentes pero sombrías, que hacen que el vello de mis brazos se erice solo de pensar en ellas. El tejado de la casa de la *nonna* Cecilia colinda con la entrada a las mansiones, haciendo que el contraste entre las casas de piedra y ese edificio relativamente moderno resulte inquietante, pero he visto a Isabel hacer anotaciones en un dibujo muy similar que ha hecho en una de las últimas páginas de su libreta y la curiosidad ha empezado a vencer mi recelo.

—Nada, es una tontería.

—Déjame ver. —Isabel me tiende la libreta y la estudio, cuando compruebo de qué se trata y visualizo su idea delante de mí, las cosas comienzan a cobrar sentido—. Un hotel.

—Bueno, en realidad, es mucho menos que eso. Yo había pensado en una pequeña posada de seis o siete habitaciones. Verás, me he dado cuenta de que en el pueblo no hay hoteles ni alojamientos disponibles, y es una pena. —Isabel abre un brazo, emocionada, abarcando todo cuanto nos rodea, y yo me dejo llevar por su visión de futuro. La sonrisa le brilla en los ojos y sonrío con ella, contemplando lo que vive en el interior de su imaginación—. ¿No te parece que es un lugar ideal para desconectar del mundo?

—Sinceramente, siempre he creído que tratar de repoblar el salto de la Madonna conservando las condiciones de vida de la aldea es una idea condenada al fracaso, pero... una posada podría funcionar.

Isabel asiente y sus ojos se iluminan de nuevo, su sonrisa se agranda tanto que temo que no será capaz de controlar las ganas que siento de besarla aquí, en medio de la calle, delante de todos.

—Esas casas comparten uno de sus muros, así que tan solo necesitaríamos abrir una galería que comunicara los dos edificios por la planta principal. Allí podríamos poner un salón para comidas y zonas comunes, con una chimenea para el invierno y grandes ventanales de cristal por donde contemplar el paisaje de las montañas. Habría que invertir todo el dinero en este proyecto y las otras casas tendrían que esperar hasta que la posada diera beneficios, incluso podríamos ofrecer trabajo a familias enteras que acabarían por quedarse a vivir en la aldea. ¿Qué te parece?

—Que nos va a costar sudor y sangre convencer a los vecinos —vaticino, y ella hace una

mueca en señal de acuerdo.

Ambos dejamos de contemplar los planos para fijarnos en lo que nos rodea; los ancianos, que minutos antes celebraban el resurgir de la casa de las ventanas azules, ahora evitan mirarnos directamente, ocupados en cientos de tareas que los aíslan de tener que reparar en nuestra presencia. Algo ha cambiado en ellos después de ver lo que cuelga sobre la chimenea, y me pregunto quién ha sido el artífice del fuego que acabó con las cartas y las demás fotos.

Las mujeres siguen absortas en la tarea de poner a secar la colada, no hablan entre ellas, pero mantienen un silencio espeso, casi palpable. Andrea ha dejado de tocar el piano y se ha refugiado en su casa; yo mismo lo he visto cerrar las contraventanas moradas en completo silencio. Marius y Leonora se han perdido entre las lechugas del huerto trasero de su casa y Aurelio ha empezado a caminar hacia el prado que lleva a las montañas. Nadie comenta nada acerca del futuro, pues tienen la cabeza perdida en algún punto de un pasado al que no quieren asomarse de nuevo.

FORJADO EN EL FUEGO

Isabel

No dejo de pensar en todas las cosas que podría conseguir si lograra convencer a los vecinos para construir una posada, entre ellas, tener un trabajo con el que hacerme cargo de mi hija. He aprendido todo lo que sé sobre el negocio en las largas cenas con la familia Russo; era fácil prestarles atención mientras comía de forma discreta, guardaba silencio y mantenía entretenida a Candela. Aunque siempre se quedaban en lo más interesante cuando Armando y Carolo se enzarzaban en una discusión acalorada que acababa conmigo sufriendo las consecuencias.

He sacado el cuaderno de los planos y lo he puesto sobre mis rodillas, regado con la luz del candil, que acerco con cuidado para no terminar quemando el papel, al tiempo que trato de ver lo que he ido trazando a lo largo del día. Gideon y yo decidimos regresar a la casa de Pino hasta que encontremos la forma de sacar el tema con los vecinos, pero no dejo de darle vueltas al sinfín de posibilidades que ofrecen estas montañas para la gente que necesita un respiro.

El ruido nocturno al otro lado del pasillo vuelve a sobresaltarme, y ahogo una exclamación al oír el grito que precede a las lágrimas. Los muelles del colchón suenan, despiadados, con cada forcejeo de Gideon para escapar de sus pesadillas. Hace días que han comenzado otra vez, he visto nubes nuevas poblando su mirada y los silencios son más espesos entre nosotros ahora. A veces echo de menos la seguridad de su presencia, sobre todo cuando se embarca en un viaje donde yo ya no existo, tan solo la guerra y aquellas imágenes que no dejan de atormentarlo mientras finge indiferencia.

Me mantengo en silencio y agudizo el oído esperando el momento en el que todo termine, sin embargo, no lo hace. Candela comienza a moverse, agitada, con el sonido lejano que se cuela bajo nuestra puerta, aunque Pino probablemente no se esté enterando de nada. Nunca he conocido a nadie que tenga tanta habilidad para conciliar el sueño de manera tan profunda. Salgo de la cama, dejo los planos en la mesita, me coloco una bata y agarro el candil para salir al pasillo.

Aquí el sonido de su llanto se hace más profundo y me pregunto en qué mundo estará metida su cabeza. Me acerco, en silencio, descalza sobre la madera fría, y aguardo junto a la puerta de la única habitación de la casa que nunca he pisado. Apoyo una oreja sobre la madera y espero.

Nunca he oído a un hombre llorar de forma tan desgarradora, como si alguien le hubiera arrancado el corazón y se lo mostrara ante sus ojos. Me aterra y me conmueve no ser capaz de salvarlo de su infierno, el mismo que se niega a compartir conmigo.

Se ha quedado en silencio y creo que ha logrado conciliar el sueño de nuevo. Ahora debería darme la vuelta, regresar a mi cama y tratar de descansar para mañana, pero mi mano se ha quedado suspendida sobre el pomo de latón de la puerta. No debería hacerlo, y, aun así, lo giro despacio y entro.

La llama del candil que sostengo en mi mano derecha arroja luz sobre el hombre que está sentado en el filo de la cama, con las manos apretadas sobre las sienes y el cuerpo visiblemente agitado. No se gira para verme llegar, y, si no fuera por la forma en la que se mueve su pecho, podría parecer que tampoco respira. Poco a poco, con la cautela de un gato, camino hacia él, aunque no me atrevo a acercarme demasiado. No creo que sea adecuado que esté aquí, a solas y

de noche. Espero hasta que sus hombros se relajan y, cuando compruebo que respira de forma regular, muevo los pies para regresar junto a Candela y dejarlo tranquilo.

Doy un paso hacia la puerta y ahogo un grito cuando los brazos de Gideon me rodean la cintura, atrayéndome de nuevo hacia el filo de la cama, entonces apoya la frente en mi vientre. Ha logrado asustarme y ahora soy yo la que no controla la respiración de su cuerpo. Las lágrimas regresan a sus ojos maltratados por el sufrimiento y me atrevo a colocar una mano en su cabeza. Lo acuno contra mi cuerpo y le acaricio el pelo mientras le susurro para que vuelva a encontrar la calma. Noto la humedad de sus ojos en la tela de mi bata y apago el candil para soltarlo sobre la mesita de noche. Con los dedos seco sus párpados cerrados, rodeando con suavidad la cicatriz que le cruza la frente y baja hasta el cuello desnudo. No me atrevo a seguir su relieve, pero me duelen las manos por la necesidad de acariciar sus heridas. Un calor indescriptible me golpea el vientre cuando encuentro sus labios y los acaricio con el pulgar, suave y lento. Tiemblo y mi respiración se acelera cuando deja un beso en la palma de mi mano. No he olvidado lo que es sentirse mujer en los brazos de un hombre y por eso entiendo lo inadecuado de todo esto.

—¿Mamá?

La voz de Candela, al otro lado del pasillo, hace que deshagamos cualquier contacto entre nosotros y ambos nos giramos para dejar de mirarnos, como si hubiéramos estado a tan solo un paso de cometer un crimen. Cojo el candil de la mesita de noche y salgo de la habitación, pero antes de irme me doy cuenta de que Gideon ni siquiera se ha girado para verme salir de ella. Se ha levantado y ha abierto la ventana, dejando que la luz de la luna bañe su torso desnudo. Con cuidado, cierro la puerta y lo dejo al otro lado.

—Ya voy, cariño.

Procuro recomponer los lazos de la bata que se han deshecho con el abrazo de Gideon y respiro profundamente para recuperar el pulso, pero, cuando cierro la puerta de mi habitación y regreso a la cama, es el calor de sus labios sobre mis dedos los que acuden a sacudirme entre sueños.

Por la mañana, cuando el gallo canta bajo mi ventana, me apresuro a bajar antes de que los demás lo hagan. Quiero mantenerme tan ocupada como pueda, al menos hasta que sea capaz de fingir que lo de anoche no ha pasado; sin embargo, no tengo esa oportunidad, porque al llegar a la cocina encuentro provisiones y la puerta principal ya está abierta. De manera instintiva miro hacia la loma y veo a Gideon caminar hacia los huertos. Me pregunto si él tampoco ha logrado dormir del todo.

Saco harina de la alacena, alimento la levadura y compruebo que la masa que hice anoche ha levado lo suficiente como para poder hornear nuevas hogazas de pan. Lleno la cafetera, hecho más leña al fuego y comienzo la tediosa tarea de dejar preparada la comida para el mediodía, después tendré que vigilar que el huerto de plantas aromáticas no se haya llenado de malas hierbas y volveré a la casa a seguir pensando en los planos.

Meto las hogazas en el horno y miro al otro lado de la ventana. Aparto la cafetera del fuego y compruebo, de nuevo, que nadie regresa a casa. Cuando es evidente que mi concentración no está muy afinada, me armo de valor y salgo hacia el sendero, cruzando la loma hacia los manzanos y el huerto.

Estaba preparada para encontrarme a Gideon trabajando la tierra, pero no para descubrirlo de rodillas, abatido, ensimismado en la contemplación del manzano sobre el que se asienta la casita de Candela. Me limpio el sudor de las manos en los pantalones vaqueros, nerviosa, y espero hasta que él se dé cuenta de mi presencia. Cuando lo hace, agacha la cabeza, avergonzado.

—No voy a irme —le advierto, pero él no parece dispuesto a mirarme a los ojos.

Camino un poco más y me siento de rodillas, frente a él, eclipsando al manzano que se mece con el viento. Gideon sube los ojos y me observa, pero no está aquí, sigue perdido en la batalla que ya solo se libra en su cabeza. Cuando creo que no será capaz de salir de ahí, me enfoca de nuevo y me ve solo a mí.

—Había niños y mujeres allí dentro —revela, y una lágrima comienza a rodar por su mejilla. No me aporta demasiada información sobre quiénes son ellos o dónde estaban encerrados, pero creo que no habla para mí. Lo hace como si estuviera acostumbrado a autoinfligirse un castigo por algo que pasó hace demasiado tiempo—. Niños y mujeres inocentes a los que yo maté sin ningún tipo de piedad. No deberían haber estado allí, ellos nunca fueron el objetivo. Murieron todos, devorados por las llamas, tan solo pude salvar al más pequeño de ellos, un niño, no mucho mayor que Candela, al que la explosión le había arrancado una pierna.

Ahogo un grito de horror y me tapo la boca con las manos, espantada por la conmoción de sus palabras. Me tiemblan los dedos y las lágrimas me empapan las mejillas. Ahora entiendo por qué lleva el fuego tatuado en su rostro: entró para salvarlos de un infierno que él mismo había provocado. Acercó una de mis manos y lo acaricio, pero Gideon se retira y deja mis dedos en el aire.

—Soy un monstruo, Isabel, no merezco tu compasión. No merezco nada de ti, no merezco el cariño de Candela ni la oportunidad de empezar de nuevo. —Los labios le tiemblan tanto que sus palabras decaen en un susurro—. Me alisté porque quería ayudar, y me he convertido en un cobarde que ni siquiera pudo soportar quedarse y ver lo que había hecho. No soy tan diferente de Carolo, después de todo.

Agacha la cabeza, derrotado, pero no se lo permito. Le sostengo el rostro con las manos y, antes de que pueda pensarlo, lo beso en los labios. Es solo un beso suave, un leve contacto con su boca, pero que obra el efecto de calmar la desesperación que se ha apoderado de su alma.

—Escúchame, Gideon, quiero que me prestes atención. No me importa de dónde vengas ni lo que hayas hecho porque sé quién eres. Yo sé quién eres, y no, no te pareces a Carolo.

Gideon me mira, aletargado por el dolor y los ojos llenos de sombras; es como contemplar las nubes pasar mientras floto a la deriva en el azul de sus océanos. Yo mantengo la mirada hasta que las veo desaparecer y recupera la calma, pero no consigo decirle las cosas que guardo para mí misma, como que es el hombre que ha devuelto la sonrisa a una niña que no tenía motivos para seguir sonriendo, el hombre que ha llenado mi vida con la paz y la seguridad que no tenía, el mismo que ha derrumbado mis barreras y me ha rescatado del peligro. El mismo hombre del que no dejo de enamorarme cada día.

TAPIAR EL PASADO

Gideon

Candela ríe persiguiendo a Tino por la ladera de la montaña, y Antonella y Damiano buscan trufas a los pies de los castaños bajo la mirada atenta de Aurelio, que ha decidido acompañarnos de excursión en esta mañana de domingo soleado. Isabel está tumbada bocabajo sobre un lecho de hierba, volcada en su libreta, absorta en todas las cosas que va anotando en los márgenes.

Arranco una brizna de hierba y la trenzo entre los dedos, la miro de reojo y me guardo en el fondo de mi pecho lo que ha pasado estos días. Está concentrada en el mapa de la posada, yo, sin embargo, no puedo dejar de recordar el tacto suave de sus labios sobre los míos. No soy estúpido, sé que lo hizo para salvarme del abismo. Quiero darle las gracias, pero aún siento vergüenza por las cosas que conoce de mí.

—Como sabes, los techos son abuhardillados y las tejas están en perfecto estado. Sería ideal para dos suites completas. Nada demasiado ostentoso, la cama, una mesita para el café, un sofá y la bañera en un rincón, al lado de la chimenea —dice, entusiasmada, y sonrío con ella. Cree tanto en este proyecto que no me quedan dudas de que va a lograr convencer a todos en la aldea—. La idea es conservar el estilo del resto de las casas, los muebles de los años cuarenta, los tapices... que el salto de la Madonna no pierda su esencia.

—¿Crees que a la gente le gustará experimentar un parón en el tiempo? —pregunto, alzando las cejas.

—Te sorprendería las veces que he oído a los socios del hotel Dolce Russo quejarse del estrés de las pantallas y la vida moderna. —Pone los ojos en blanco y se encoge de hombros—. Al principio me costaba mucho habituarme a las exigencias de la casa de Pino, pero ahora... creo que no cambiaría la paz que he encontrado aquí por la locura de un mundo que gira demasiado deprisa.

—¿Eso quiere decir que no vas a irte? —tanteo, con cautela, y ella me devuelve una mirada tan extraña que me da un vuelco al corazón.

—Eso significa que voy a intentarlo. Tal vez, si consigo este proyecto, pueda enfrentarme a Carolo. Le ofreceré la libertad que tanto desea a cambio de mi silencio por las cosas que nos hizo, y no tendrá que ocuparse de nosotras nunca más. Le gusta la buena vida y... las otras mujeres.

—Entonces, tú también serás libre —le recuerdo, y ella me mira a los ojos hasta que el tiempo se detiene, o tal vez el mundo ahí afuera ya no existe, después de todo.

—Ma, ¿a qué viene tanto secreto?

Aurelio ha dejado de recoger setas para tomarse un descanso. A lo lejos, en la falda de la montaña, las mujeres de la aldea recolectan achicoria, genciana y otras plantas para abastecerse para el invierno. Aún no les hemos dicho qué planeamos hacer con las casas que coronan la loma más alta de la aldea, aunque todos se preguntan cuándo seguiremos adelante con las reformas.

—Oh, son solo algunas ideas —responde Isabel, pero cierra el cuaderno y se sienta con las rodillas flexionadas—, nada importante. ¿Subimos?

Se levanta del suelo y yo hago lo mismo; después, me llevo los dedos a la boca y emito un silbido corto seguido de uno más largo. La risa de los niños vuelve a resonar cerca y, cuando

estamos todos, retomamos nuestro camino. Hemos venido a recoger todo lo que dan los árboles que visten las montañas, desde castañas, bellotas, nueces, setas, trufas y un sinfín de recursos que nunca parecen acabarse. Por el bosque están repartidos los demás habitantes de la aldea, que, al oír mi silbido, comienzan a aparecer a nuestro alrededor. No esperamos a las mujeres, pues siguen atareadas en la recolección de las plantas.

La ladera de la montaña se inclina vertiginosamente hasta culminar en La Gruta de las Brujas. Es una cuesta no demasiado extensa, pero increíblemente difícil de escalar cuando cargas con tablones de madera y todo lo que se necesita para tapiar la entrada a la cueva. Aunque me ayuda una carretilla, el esfuerzo es indescriptible.

Entre jadeos observo a los ancianos caminar a paso ligero hasta la cima, aventajándome en la subida, y vuelvo a preguntarme cuál es el secreto que los mantiene fuertes a pesar de los años. Son ellos los que llegan primero y forman un cerco frente a la entrada, aunque permanecen en silencio, dispersos y absortos, cada uno en sus cosas.

—¿No vienes? —sugiero a Isabel, que se ha detenido junto a los pies de una encina, resollando por el esfuerzo.

—Voy a pedirles a los niños que me ayuden a llenar la cesta de trufas, así podrás trabajar sin que ellos estén dando vueltas a tu alrededor.

Asiento, respiro hondo y hago el último esfuerzo para llegar a la cueva. Se trata de una abertura en la roca, en el corazón mismo de la montaña, y, por la erosión que la ha ido modelando con los años, ha formado una estructura que se asemeja bastante al sombrero, un poco achatado por arriba, de una bruja. Descargo la carretilla volcándola sobre la entrada y el sonido que hacen las tablas al caer rompe el silencio espectral que se ha formado en torno a ella. Miro a cada uno de los vecinos, que se han cruzado de brazos y observan detenidamente el suelo. Esto parece un funeral.

Cojo uno de los tablones más largos y me acerco a la abertura para comprobar que no me he quedado corto con la medida, pero cuando estoy a solo unos centímetros del agujero, siento el impulso de cruzar la línea y adentrarme en la montaña. Es como una fuerza que me atrae hacia lo negro. Doy un paso, y después otro más, hasta que Aurelio me sostiene del brazo y tira de mí hacia fuera.

—No vuelvas a hacerlo, Gideon. —Lentamente, aparto los ojos de la gruta para mirar a Aurelio, cuyo rostro se ha endurecido tanto que no dudo de que pueda usar la fuerza para apartarme de aquí. Después, como si se diera cuenta de que su máscara tiene fisuras, sonrío y me palmea el hombro—. Será mejor que te ayudemos, así terminaremos antes y no habrá que preocuparse de que nadie más vuelva a perderse en su interior.

—¿Nadie más? —pregunto, entornando los ojos hacia el pico del sombrero de bruja—. ¿Quieres decir que alguien se perdió aquí dentro?

—Quiero decir que tenemos que evitar que alguien lo haga.

Sé perfectamente lo que ha dicho, hablo varios idiomas y en cada uno de ellos habría sonado exactamente igual de extraño. Tal vez Aurelio haya empezado a confundir las cosas, después de todo, los años no perdonan.

Cojo el martillo y reúno los pocos clavos de acero que Italina ha podido encontrar en el almacén. Se trata de material de escalada, pero estoy seguro de que servirá para fijar los tablones sobre la abertura. Al menos, no ha opuesto resistencia en cuanto he comenzado a golpearlo y, en poco más de cuarenta minutos, La Gruta de las Brujas ya no existe.

Si esperaba algún tipo de reacción en cadena que pudiera demostrar el alivio de los vecinos de la aldea es que no los he observado lo suficiente. Más que un respiro, esto parece una condena.

Me giro y los miro a todos, tratando de entenderlos, porque me ha parecido ver lágrimas en los ojos de Aurelio. Otros suspiran, aliviados de pasar página.

Recojo la carretilla, tratando de sacudirme el aturdimiento de encima, y comienzo el descenso hacia los árboles en los que siguen Isabel y los niños. Los ancianos tardan un poco más en desvanecerse del mutismo y la parálisis que los ha sobrecogido, y me doy cuenta de que siguen teniendo sus secretos. Tal vez fueron ocho en algún momento de su historia, tal vez uno de los vecinos cayó dentro de la gruta y no volvió a salir de ella.

—¡Gid! Mira todas las setas que hemos encontrado.

Candela corretea hasta la bajada de la montaña para enseñarme la cesta repleta de frutos de todo tipo. Tiene la cara manchada de tierra; sonrío mientras acerco el pulgar y le limpio las mejillas. Me he dado cuenta de la forma en la que arrastra la prótesis al correr y sé que debe de estar extenuada por la subida. La sostengo de la cintura y chilla de entusiasmo cuando la siento sobre el carro vacío y le pido que se agarre a los bordes para bajar la ladera con ella dentro.

Isabel se ha reunido con las mujeres en la pradera, la veo pasear arriba y abajo, mordiéndose las uñas, nerviosa. Cuando me acerco un poco más, reparo en el cuaderno que sostiene la nonna Cecilia entre las manos y entiendo el rostro de preocupación de Isabel.

—Mira esto de aquí... —Señala Carmina y todas siguen la dirección de su dedo sobre el cuaderno.

—¡Oh! Y esto otro son las habitaciones, ¿no? —apunta Leonora por encima de su hombro—. Yo añadiría una más, nunca se sabe...

—¿Vosotras también estáis pensando en tapices? —sugiere doña Carmina, y entonces se enzarzan en una discusión sobre colores y texturas.

—Me han quitado el cuaderno de las manos —susurra Isabel, en cuanto me acerco a ella, sintiéndose culpable por haber dejado que lo hicieran.

—Pues yo creo que es la excusa perfecta para decírselo.

—¿Decirnos qué? —pregunta Pino.

Los hombres han llegado con solo unos minutos de diferencia y se agolpan sobre las mujeres y el cuaderno abierto de Isabel. Parece que ninguno entiende qué es lo que ve, así que levantan la cabeza y nos miran.

—Bueno, hemos estado pensando —Isabel da un paso hacia ellos y me agarra del brazo para que la siga—, que quizá podríamos usar las casas de la colina para construir una pequeña posada. Sería fiel al estilo de vida de las montañas, y los ingresos que generase irían directos a la reparación de las otras casas de la aldea.

Isabel guarda silencio y mira al suelo, como si esperara que nadie le hiciera el más mínimo caso, sin embargo, todos la observan, expectantes.

—Sigue, te escuchamos —asegura Andrea y todos afirman.

—Hemos estado haciendo cuentas y, si invertimos lo que queda, en unos cuantos meses podremos tener lista la posada. Funcionaría sin electricidad, y la gente que viniera a quedarse con nosotros podría participar de la vida en la montaña. Podríamos enseñarles a cuidar el huerto, o qué frutos se pueden coger en el bosque en cada temporada, a hacer quesos, jabones, ungüentos... Sería una experiencia inolvidable para ellos y una forma de mantener viva la aldea.

Todos observan el cuaderno, después, en una conversación absolutamente sorda entre ellos, determinan el futuro del proyecto que podría salvar a Candela e Isabel de regresar al infierno.

—Oh, ma che figata! —sentencia Aurelio y todos los demás aplauden, de acuerdo—. ¡Es una idea maravillosa, donna! ¡Maravillosa!

Isabel sonríe con timidez, pero se rinde a la alegría de los vecinos y acaba dejándose abrazar por todos ellos. Todos menos la nonna Cecilia, que mira con recelo más allá de los árboles, hacia las casas que colindan con su hogar.

—Mamá, ¿de verdad vamos a quedarnos? —pregunta Candela por encima del jolgorio que se ha creado.

Isabel se zafa de los abrazos, camina hacia ella y se agacha lo justo para que sus ojos estén a la misma altura, entonces extiende una mano con la palma hacia arriba y Candela completa el saludo. Reconozco esa forma de sellar el acuerdo y sonrío.

—Mira estas montañas, Candela, porque son nuestro nuevo hogar para toda la vida.

EL VIENTO CAMBIANTE DEL NORTE

Isabel

Sé todo lo que hay que saber sobre el negocio hotelero, y por eso estoy convencida de que esto saldrá bien. Es la primera vez que encuentro algo que puede ser mi lugar en el mundo y estoy dispuesta a dejarme la piel en este proyecto. Gideon y yo hemos estado dentro de las casas y hemos marcado en los planos el lugar por el que se podría abrir la galería sin comprometer a los muros de carga.

Los edificios solo se pueden comunicar a través de la planta principal, pero hasta en eso le veo su encanto. El muro de la parte de atrás, donde se aloja la cocina de la segunda casa, acogerá los grandes ventanales que se abren a las montañas. No he visto el salto de la Madonna cubierto por la nieve de invierno, pero estoy segura de que es un espectáculo impresionante.

La idea de la posada es ofrecer experiencias distintas, de acuerdo con cada estación del año. No puedo esperar para terminar la reconstrucción y sentarme a planificar lo que será mi trabajo. Tengo contactos, gente del mundo del que vengo que podría ayudarme en el proyecto, pero no puedo recurrir a ellos, al menos hasta que haya pensado en cómo solucionar las cosas con Carolo.

Contar con un futuro por delante ha hecho que parte de los miedos que me acompañaron en el camino se hayan esfumado. Tengo fe en que Carolo pueda ser un hombre sensato y acepte el trato que quiero ofrecerle, aunque cabe la posibilidad de que, en algún rincón de su corazón, haya un hueco para su hija, después de todo. He tratado de convencerme de que tengo que estar dispuesta a pactar un periodo de visitas para que pueda verla, si eso es lo que quiere. Tengo que contactar con él, acordar un encuentro y ponerle las cartas sobre la mesa.

Por eso he venido a la casa de Italina. Gideon me ha dejado hace una hora en la puerta de la casita de ventanas verdes sobre la tienda, y se ha ido al aserradero a encargar las vigas de madera que reforzarán las plantas superiores y a ofrecer trabajo a quien se quiera prestar a echarnos una mano. Esta obra nos viene grande a los dos solos.

—¿Has podido resucitarlo? —grita Italina a través del hueco de la cocina.

—Aún está cargando la batería. No recuerdo la última vez que usé el móvil, ¿te lo puedes creer? Ni siquiera he pensado en él en todo este tiempo.

—Aquí la cobertura no es mejor que en las montañas, pero si te mueves hacia las esquinas tal vez te llegue la señal suficiente.

Lo cierto es que no he intentado conectarlo a la red porque tengo miedo de encontrar la bandeja de entrada llena de mensajes del padre de Candela. Ella pasa por mi lado y le sonrío. Está cubierta de harina y huele a especias para hacer galletas de almendra y azúcar, como un ensayo para cuando lleguen las fiestas. La festividad del día de Ognissanti está próxima a celebrarse y por eso sé que Carolo debe de estar a punto de regresar a casa. Las tradiciones familiares son sagradas para los Russo, aunque eso suponga abandonar la vida que lleva en Dubái por unas semanas.

El sonido del timbre de mi móvil me indica que ha encontrado un punto donde la señal es buena y tiemblo, asustada, al mirar la pantalla; sin embargo, no hay mensajes nuevos en la bandeja de entrada. Carolo sigue en Dubái, disfrutando del dinero de su padre, olvidándose por

completo de que él mismo tiene una hija de la que hacerse cargo. Examino mis sentimientos, pero no hay nada que supere a la decepción, el miedo o el arrepentimiento. Cómo me gustaría que las cosas fueran diferentes, al menos, por Candela, aunque el trato frío, ausente y violento de Carolo no le ha permitido crear un vínculo con el hombre que le dio la vida.

—Mira, mamá. —Candela me tira de los bajos de la camisa para que le preste atención y lo hago. Lleva una bandejita con galletas de almendra con forma de corazón y le sonrío mientras ella las retira de mi vista para que no me las coma.

— ¿Para quién son todas estas galletas?

—Para Gideon, Pino, Carmina, la *nonna* Cecilia, Andrea, Aurelio, Leonora y Marius. ¡Para todos, mamá! ¡Oh! También he hecho una para Tino, ¿ves? Tiene forma de huella de perrito.

—¡Todavía no te las puedes comer! —grita Italina desde la cocina—. Están calientes.

Cuando Italina regresa y me invita a sentarme en el sofá para tomar un café, me acomodo y dejo de pensar en el teléfono, en Carolo y en la sombra de la realidad que se vislumbra al otro lado de la cortina de mis sueños.

—Parece que el frío ha hecho su entrada triunfal —reconoce Italina en cuanto se quita el delantal y se sienta en el suelo junto a los niños, que han sacado un juego de mesa y le explican las reglas a Candela—. Tendréis que daros prisa si no queréis que las heladas os dificulten el trabajo.

—Bueno, vamos a intentar que algunos chicos suban a las montañas a echar una mano, así puede que en unos tres o cuatro meses se haya acabado todo. Las casas están en buen estado, pero hay normativas que cumplir si queremos convertirlas en un hospedaje.

—Creo que la idea es magnífica —me felicita y sonrío.

El sonido de un mensaje entrante en mi teléfono móvil me detiene a medio camino de darle un sorbo a mi taza. Siento los dedos del miedo recorrerme los tobillos, y el temblor incontrolable de mis manos me traen de regreso las dudas. Esto no va a salir bien.

—Chicos, ¿qué os parece si nos asomamos a ver si las galletas ya se han enfriado? —propone Italina, y entiendo que quiere dejarme sola para que pueda reaccionar sin que Candela esté presente.

Los veo marcharse a la cocina mientras me seco el sudor de las manos en los pantalones vaqueros y, armándome de valor, cojo el teléfono e introduzco la clave de acceso. Suspiro de alivio al ver un número de teléfono que no reconozco, abro el mensaje tan solo para comprobar que se trata de publicidad y borrarlo.

«¿Dónde estás? Te he estado llamando a casa. Llego a Italia en una semana. He tenido un problema con el visado y viajo en el *jet* de uno de mis socios. Te llamaré cuando aterrice para que pases a recogerme, pero no le digas a mi padre que he vuelto. Tenemos que hablar. Es urgente». Aunque el mensaje es anónimo, no me quedan dudas de que es él quien está detrás.

Releo las palabras de Carolo. Tiene la fecha del día de ayer, y eso me da un poco de margen para pensar en mis opciones, sin embargo, tiemblo con el teléfono en la mano, solo que esta vez es la ira la que recorre mi cuerpo. Ni siquiera ha preguntado por su hija, ni se ha molestado en saber si se ha adaptado o no a la prótesis de última generación que él se encargó de pagar como una forma de tapar lo que había hecho. No somos nada para él, su discurso sigue girando en torno a sus necesidades y preocupaciones, alrededor de su familia y las actividades que tan celosamente realiza a espaldas de todos ellos.

Una semana. Dentro de siete días Carolo volverá a Italia, pero no seré yo quien vaya a recibirlo al aeropuerto. El miedo que le tengo a mi marido es mucho más grande que mi rabia en estos momentos, o más grande aún que la determinación de plantarle cara. Si lo hago, las

consecuencias de su enfado no se quedarán tan solo en lanzarme cosas a la cabeza. He visto la ira en sus ojos y no quiero volver a sentirme así nunca más en toda mi vida.

Soy un nido de miedos y contradicciones, de explosiones de lucidez y valentía que se resuelven en más miedo cayendo de forma torrencial sobre una mente tan asustada como la mía. Soy presa de la desesperanza más atroz, aquella que te otorga la certeza de la derrota y la pérdida. No puedo ir a buscar a Carolo, no quiero volver a tenerlo cerca ni, mucho menos, lo quiero cerca de nuestra hija.

Esto no va a salir bien, porque la sensatez no forma parte de su persona, ni la capacidad de ceder por el bien común si no saca la mejor parte del trato, aunque solo sea por quitarme todo lo que me queda. Sin embargo, Candela también es suya, una parte de ella le pertenece por derecho y no puedo evitar ponerme en su lugar. Si Carolo no atiende a razones, me la quitará, estoy segura de ello.

Oigo el sonido de las ruedas de la camioneta de Pino deteniéndose delante de la puerta de la casa de Italina y me despido de ella con dos besos y una caja de cartón llena de galletas a medio enfriar, pero cuando Gideon me ayuda a subir al coche y acomoda a Candela en la parte de atrás, el miedo es tan intenso que apenas soy consciente de su presencia.

—... en unos días tal vez. El chico de los Miccoli se ha unido al proyecto, pero Mauricio, el hijo de Leonora, no quiere ni oír hablar de pisar la aldea. Ese hombre es tan testarudo que lleva veinte años sin perdonar a su madre. Por otro lado, están los malditos supersticiosos. Deberías haber visto cómo han huido, persignándose, en cuanto he nombrado la aldea. —Gideon habla, pero mi atención es difusa y no consigo dejar atrás el aluvión de pensamientos intrusivos que me aceleran el pulso—... un aparejador que conoce de cuando trabajaba en Turín... ¿Isabel?

—Siete días —respondo susurrando—, Carolo regresa en menos de siete días.

La noticia ha impactado de lleno en el hombre que se aferra al volante con ambas manos hasta perder el color de los nudillos. Oigo como Gideon absorbe el aire por la nariz, de golpe y lo suelta con lentitud. Como si recordase que ha olvidado algo importante, desplaza la mirada hacia el espejo retrovisor y busca los ojos de Candela, que ha oído lo que he dicho. Me giro, despacio, y la observo. Se le ha borrado la sonrisa del rostro y juega con el filo de la falda de su vestido, nerviosa y esquiva. Esto no es lo que debería sentir una niña ante la posibilidad de volver a ver a su padre, y me muerdo el labio con fuerza, logrando sacar algo de valentía que me ayude a reafirmarme en mi propósito de ser libres para siempre.

FRÍO EN EL CORAZÓN

Gideon

No puedo dejar de pensar en el inminente retorno del marido de Isabel. Sé que no es de mi incumbencia, pero solo imaginar el daño que les ha hecho hace que me cueste respirar tranquilo. Hasta yo me he dado cuenta del cambio que ha sufrido Candela desde que se enteró de su regreso.

La miro de reojo mientras juega en la casa del manzano. Hoy me ha acompañado a arar el huerto, pero no me pasa desapercibida la tristeza y preocupación de sus ojos. Ni a Tino tampoco. El perro no ha dejado de darle toques con el hocico para animarla a hacer algo más que permanecer sentada en los escalones de la entrada de la casita con su muñeca de trapo en las manos.

Dejo el escardillo en el suelo, me limpio las manos en los vaqueros y me acerco a ella. Despacio, me siento a su lado, pero no digo nada, pues espero a que sea Candela quien tome la iniciativa.

—¿Quieres tomar el té? El señor Pooh ya está dentro —me ofrece y yo la sigo, aceptando la invitación.

He añadido una cocinita de madera y una mesa baja con taburetes para que pueda jugar con los otros niños. Ella ha sentado al señor Pooh y a sus otros peluches frente a una taza de té de porcelana que el viejo Pino le ha regalado. Cuando tomo asiento, me sirve un poco de bebida que guarda en una vieja cafetera rota; son solo un puñado de hojas que han caído del manzano a través del falso tiro de la chimenea, y miro con atención cómo las deposita en mi taza.

Candela rodea la mesa y se sienta en el lado contrario, entonces comienza a inventar una historia que, si bien al principio me hace gracia, acaba destrozándose las entrañas.

—¿Quieres un poco más, señor Pooh? —pregunta Candela y yo solo observo—. Oh, ¡lo siento! He volcado la taza, enseguida lo limpio.

—¿Eres estúpida, niña? ¿Por qué nunca te comportas como los demás? —Candela imita la voz ronca y desagradable del señor Pooh.

—Ha sido un accidente —se responde Candela a sí misma.

—De eso nada, te he visto, y lo has hecho aposta. Solo quieres llamar la atención y por eso tu madre y yo siempre estamos discutiendo. Todo tiene que tratar siempre de ti, mimada consentida. —Candela agarra al señor Pooh y juega a simular que le reprocha su comportamiento.

Con una tranquilidad forzada, acerco una mano al muñeco y lo siento de nuevo sobre su taburete, pero el corazón se me ha congelado en el interior de mi pecho. No entiendo cómo funciona la mente de un niño, pero estoy seguro de que Candela está tratando de expulsar la ansiedad que lleva dentro.

—No pasa nada, señor Pooh, ¿ves? —Acerco mi pañuelo a las hojas volcadas del té del muñeco y lo limpio todo, tratando de encontrar un motivo para sonreír sin que se me crispen los labios—. Todo tiene solución, si se pone empeño.

—¿Has visto lo que has hecho? Siempre viene mamá a socorrerte, pero yo sé que solo eres una niña malcriada. Un día te mandaré a un colegio lejos de aquí a ver si aprendes a tener

modales.

Candela ha perdido el control del juego y sus pequeños ojos están atrapados en el miedo tan atroz que le tiene al hombre que le ha dado la vida. Vuelvo a quitarle al señor Pooh de las manos y me acerco a ella hasta que la encierro en un abrazo. Tiene un ligero temblor que le sacude los hombros, pero, al igual que Isabel, no llora. Es como si hubieran aprendido que hacerlo empeora las cosas.

—¿Qué te parece si volvemos a casa y le robamos a tu madre uno de esos panes de tomate y albahaca? He visto cómo lo puso a enfriar en la ventana, ¿qué me dices? —Me separo de ella y observo su rostro. Me devuelve la sonrisa, pero sigue llena de miedos y preocupaciones que no deberían formar parte de ella.

Le tiendo una mano que ella acepta, confiada, y salimos de la pequeña casita en dirección a la loma que nos aleja del manzano. A medida que caminamos, su preocupación se va desvaneciendo, como si se olvidara, por momentos, de lo que ha pasado ahí dentro. Sin embargo, aprieta mi mano con tanta fuerza que me clava las uñitas en el dorso. Tengo el corazón tan roto que, de tenerlo delante de mis ojos, sería capaz de destrozar a puñetazos a ese estúpido.

Cuando llegamos a la casa, descubrimos que hay más panes en la ventana, pero también me doy cuenta de la forma en la que Isabel observa a su hija.

—Mamá, ¿puedo ir a jugar con los gatitos de Azalea? —pregunta, pegándole un pellizco al pan caliente.

—Claro, cielo, pero solo cinco minutos, la nonna Cecilia te está esperando.

—Vale, mami.

La observo brincar hasta el gallinero donde Azalea suele dormir con sus gatitos. Isabel ha dejado de lavar los cacharros para mirarla también, y soy consciente del tapiz de emociones contradictorias que le surcan el rostro. No tengo ni idea de lo que está sintiendo ahora mismo, pero odiaría pensar que permanece bajo el poder del miedo que le tiene a ese bastardo. Es como si el mensaje que ha recibido en el móvil hubiera reseteado los hilos de la influencia con la que la ha mantenido ciega todo el tiempo que vivieron juntos.

—¿Estás listo? —cuestiona y yo asiento.

Hoy vamos a regresar a la aldea para comprobar los planos y poder dar las primeras indicaciones al pequeño grupo de chicos del pueblo que vendrá la próxima semana a comenzar las obras; sin embargo, también vamos a adelantar todo el trabajo posible, quitar muebles viejos, deshacernos de la basura, barrer los excrementos y, en definitiva, allanar el trabajo a los obreros antes de que se asusten por el abandono y empiecen a contar todas esas historias llenas de supersticiones que tanto les gustan.

—Voy cogiendo algunas cosas del cobertizo y nos vamos —le aviso y ella me mira, pero de alguna manera sé que no está aquí, conmigo, sino en un lugar muy lejano, en el pasado de su historia, un lugar en el que yo no existo.

Encuentro una bolsa de lona colgando de un gancho de la pared del cobertizo y reúno todas las herramientas que permanecen apiladas sobre una mesa de trabajo podrida por la humedad. El sonido de las herramientas aterrizando en el fondo me ha distraído lo suficiente como para no darme cuenta de que Isabel me ha seguido hasta aquí. Se agacha a mi lado y me ayuda a meterlas todas dentro, evitando que sigan cayendo al suelo. No habla, pero tal vez no encuentra la forma de decirme qué es lo que le está reconcomiendo.

—¿Vamos? —apremio y ella sale primero.

Candela ya nos espera en la puerta, pero jugar con los gatitos no ha hecho que sonría de nuevo, por lo que el trayecto hacia la aldea se convierte en un desfile de personas cabizbajas,

envueltas en recuerdos y dudas. Tal vez podría hablar con ellas, pero intuyo que no me corresponde hacerlo. No tengo nada que decir acerca de todo esto, tan solo puedo quedarme a su lado y, simplemente, tratar de hacer que se distraigan de alguna manera.

—¿Has pensado en cómo vamos a decorar la aldea el día de Ognissanti? —rompo el silencio atroz y el rostro de Candela se ilumina lo suficiente como para que vuelva a charlar, entusiasmada, sobre los planes que ha hecho con Antonella y Damiano.

—Italina nos ha enseñado a hacer telas de araña falsas y guirnaldas con forma de murciélago, aunque la nonna dice que eso son tonterías y que, en realidad, hay que poner velas en el alféizar de las ventanas y platos con galletas de azúcar, como la que te hice el otro día.

Candela vuelve a brincar, alegre, y sonrío con ella. La galleta con forma de corazón descansa sobre la mesita de noche de mi dormitorio, pero ni en un millón de años pienso comerme algo que me recuerda a ella. Quizá no lo haya pensado hasta ahora, pero el fantasma de una despedida sobrevuela mi cabeza. En lo más profundo de mi corazón se ha formado la inquietante idea de que, tal vez, ese bastardo logre convencer a Isabel de regresar a casa y no vuelva a verlas nunca más. Si eso ocurre, cogeré mis cosas y continuaré mi camino... lejos de este pueblo.

No podría soportar seguir viviendo en la casa de Pino sin oír la risa de Candela, o sin sentir la presencia de Isabel a mi lado. La amo lo suficiente como para pedirle que se quede conmigo, pero no estoy seguro de lo que ella siente y, al fin y al cabo, ¿qué podría ofrecerle un cobarde como yo? No tengo nada, no me queda nada del hombre que fui en otro tiempo más que la culpa que arrastro a todas partes. Carolo, por el contrario, es un Russo, el hijo del dueño de la cadena de hoteles más importante de todo el Mediterráneo, un hombre con la capacidad y el poder suficientes como para hacer temblar a su familia a kilómetros de distancia. No puedo hacer nada más que esperar a que Isabel tome una decisión, y ni siquiera tengo derecho a hacer nada si al final decide regresar con su marido, a pesar de todo.

Un beso suave y cálido en el dorso de la mano hace que me centre de nuevo cuando Candela se desprende de mis dedos y se despide de nosotros en la puerta de la nonna Cecilia. Solo cuando esta desaparece en el interior de la vivienda continuamos hasta las casas que coronan la aldea. Isabel se ha dado la vuelta una media de diez o doce veces desde entonces, comprobando que no hay nadie en el camino que sube hasta las montañas.

—He oído que quiere aprender a hacer sus propias velas para la noche de los difuntos, y qué te apuestas a que antes de que regresemos a buscarla ya ha hecho, al menos, una docena —auguro, e Isabel me mira y sonrío. Ya solo por eso, todo merece la pena.

—O eso, o es capaz de provocar un incendio. —Se lleva las manos a la boca y reprime una carcajada, pero no quiero que lo haga, ansío que sea libre de reír todo lo que desee, así que le aparto las manos, despacio. Ella me mira a los ojos y no necesita hablar para transmitirme todo lo que lleva dentro—. Esto no va a salir bien.

—No, porque los bomberos no suben hasta las montañas —bromeo y ella se ríe de nuevo. Le sostengo las manos entre las mías, juego con sus dedos y ella acaricia los míos, entonces la encierro en un abrazo y le dejo un beso sobre la sien. La acuno el tiempo suficiente como para que logre serenarse y la suelto, despacio, antes de que el amor que siento por ella me haga pedirle cosas que no puede prometer—. Sé que todo va a salir bien, ¿de acuerdo? Ahora, toma aire, socia, porque las ratas muertas de las alacenas no van a barrerse solas.

La risa de Isabel retumba entre los muros de las casas de la calle que se empina hacia lo alto de la loma sobre la que se asientan los dos edificios que, en mi opinión, tienen un aspecto de lo más siniestro. Son las únicas casas cuyas contraventanas no lucen ningún tipo de color, aunque sea desvaído, y penden, en peligroso equilibrio, sobre las bisagras oxidadas por el agua. El tejado

es lo único que las salva de la ruina, y los muros, esos muros dobles tan indestructibles y poderosos que las aíslan del frío. La pared exterior que las rodea está cubierta de musgo verde adherido a la piedra, y las plantas salvajes han crecido dentro y fuera, rompiendo el hormigón pasado por los años. El suelo está hecho un desastre, pero al menos, no es lo más caro de la reforma.

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunta Isabel, mordiéndose las uñas.

—Que nos quedan un montón de horas en este sitio para hacerlo habitable. Debieron de pertenecer a buenas familias, pues ninguna otra casa de la aldea tiene tantas habitaciones.

Suelto la bolsa de lona en el suelo e Isabel elige una pala de mango largo para recoger escombros. Yo me quedo con el martillo, porque hay que ir derribando tabiques que no forman parte de los planos finales. Son solo paredes de yeso que se han ido construyendo en diferentes periodos a lo largo de los usos que han tenido las casas, así que es pan comido.

Golpeo el que divide el salón de la primera casa y la cocina, y se hace trizas en cuestión de tres golpes de martillo. Los siguientes en la lista son los de la alacena que, al igual que la casa número uno, ha sido añadida al edificio original con el tiempo. No quiero que se derrumbe sobre nosotros otra vez, así que comienzo con las esquinas, procurando apuntalar el techo antes de derribar nada. Golpeo dos veces y un gran trozo de pared cae a nuestros pies, pero, en lugar de un agujero abierto, encontramos otro muro más que derribar.

—¿Por qué hay una doble pared en la alacena? —pregunta Isabel extrañada.

Me encojo de hombros y golpeo de nuevo, sin embargo, tengo que poner un poco más de fuerza para destruir la doble pared si quiero ver la falda de la montaña al otro lado.

—¡Espera, Gideon! ¡Para!

Isabel me aparta y se cuela por delante de mí de manera que solo veo su espalda mientras se inclina hacia el interior de la cámara que hemos abierto entre las dos paredes. Con cautela, saca el objeto que ha encontrado escondido dentro y me lo enseña.

—Es una escopeta —sentencia horrorizada.

Sostengo el arma entre las manos y le doy vueltas con cuidado. Está cargada y se conserva demasiado bien como para que quepa la posibilidad de que sea capaz de dispararse sola. Cuando la observo más minuciosamente es cuando comprendo lo que hemos hallado.

—No es una simple escopeta, Isabel, es un Mauser K98, el fusil que usaban los alemanes en la Segunda Guerra Mundial.

—¿Qué hace algo tan horrible escondido en la aldea? —cuestiona, y yo niego con la cabeza.

FANTASMAS QUE SOBREVUELAN MONTAÑAS

Isabel

Las hay de todo tipo, de rosas silvestres, milenrama, de romero e incluso de salvia, y han usado colorantes naturales para darles los diferentes tonos de la gama de los bosques que rodean la aldea. Candela me las enseña con tanto orgullo y determinación que no puedo creer que las haya hecho ella con sus manitas pequeñas.

—Hay para todos —asegura, contenta, y mueve su cuerpo como si bailara—. La noche de Ognissanti cada uno de nosotros pondrá una vela en la ventana, mamá, y ¡parecerá que estamos en Navidad!

La *nonna* Cecilia sonríe con indulgencia mientras recoge los restos de cera de las abejas, los aceites y plantas secas, y limpia los contenedores que han usado como moldes. Observo su taller, encandilada con los ramilletes de plantas que cuelgan de las vigas de madera. Tiene una estantería de doble fondo repleta de botes de cristal marcados con tiras de papel, como en las boticas, pero ni en un millón de años lograría descifrar su contenido. Sobre una tinaja de barro macera lo que parecen cenizas y me asomo a verlas, pero ella me agarra del brazo y me aparta.

—*Attento!* Los vapores de la lejía te podrían quemar la garganta —advierte, y no puedo evitar mirar más detenidamente el interior de la vasija—. Con las cenizas preparo el jabón y la lejía con la que limpiamos los suelos.

—¿Y ya está?

—Bueno, es más complicado que todo eso y...

—¿Sale todo del bosque? Es decir..., las cosas que usas para hacer jabón, velas, ungüentos...

—*Tutto* —responde, haciendo un ademán enérgico con las manos que abarca todo lo que nos rodea.

—¿Dónde lo aprendiste? —me intereso. No me creo para nada que sea una bruja, pero el conocimiento que posee es inmenso y siento curiosidad.

—*Beh, da mia madre, e mia madre dalla sua* y... bueno, supongo que ya lo has captado.

—Y ahora lo está aprendiendo Candela, ¿no es así?

—*È vero*, pero, tranquila, para las sustancias corrosivas, como esta, no están autorizados. Todavía.

—Podrías enseñar a los turistas a hacer cremas, velas y todas estas cosas. Sería maravilloso que una parte de lo que sabes se fuera con ellos al abandonar la posada.

La *nonna* no responde enseguida, guarda sus manos curtidas por los años en el interior de los bolsillos de su delantal, pero sus ojos se han cubierto con el brillo de la esperanza y la oportunidad, y sé que la idea le gusta, pero también sé que hay algo que la frena a darme el beneplácito de un sí certero. Se trata de la forma en la que evita mirarme directamente a los ojos, y aguza el oído, pendiente de los murmullos de la conversación que los hombres mantienen fuera.

Gideon ha decidido enseñarle a Aurelio el fusil que hemos encontrado en la doble pared de la alacena, aunque su primer instinto fue arrojarlo al interior de La Gruta de las Brujas.

—Pero está cargada —responde Gideon a una pregunta que no he alcanzado a oír, y su voz, encerrada en su acento osco, resuena en el interior de las paredes de esta casa.

La *nonna* Cecilia sale por la puerta de la cocina y se asoma a la calle, desde su jardín se puede ver el lugar en el que Aurelio examina el fusil sin que nadie se dé cuenta de su presencia, y yo voy a tan solo dos pasos por detrás, con sigilo, procurando no ser vista. Pino también está con ellos, y Marius se acerca cubierto por el traje que usa para trabajar en las colmenas. Andrea tiende la ropa en el balcón superior de su casa y evita, a toda costa, mirar hacia ellos.

—Es peligroso tenerla aquí, podría dispararse sin querer —insiste Gideon—. Nadie sabe cuánto tiempo ha podido estar escondida ahí, ni por qué.

Pino y Aurelio comparten una mirada un tanto significativa que hace que busque con los ojos a Marius solo para comprobar su reacción.

—¿Qué? ¿Acaso conocéis a su dueño? —se aventura a preguntar Gideon.

Pino se hace con el control del fusil y lo examina, después, se lo tiende a Aurelio que asiente, confirmando lo que sea que se están contando en silencio.

—Esas de ahí arriba eran las casas de los hermanos Niccolò y Mattia Caruso. Era la familia más influyente de la aldea desde que esta formaba parte del pueblo. Los muy desgraciados creían que todo esto les pertenecía por derecho propio.

—Y fueron también unos fascistas sinvergüenzas que no tuvieron escrúpulos para... —Marius se alza, furioso, a hablar de los Caruso, pero la mirada de Aurelio hace que se le atraganten las palabras.

—Tenían fama de congraciarse con los alemanes que ocuparon estas montañas en el cuarenta y tres, así que tal vez el fusil fue un regalo, un recuerdo de uno de los muchos soldados que hicieron noche en la aldea antes de continuar hacia Bolzano. Fin de la historia. Gideon tiene razón, será mejor que haga desaparecer este esperpento.

Cuando el grupo se disuelve, me apresuro a entrar en la casa por la puerta de la cocina, pero no soy tan rápida como para que la *nonna* no me sorprenda espiándola. Me mira, perpleja, casi como si no pudiera creer que fuera capaz de hacer algo tan vulgar como escuchar a hurtadillas, y siento cómo el calor aumenta en mi rostro.

—Lo siento... —me disculpo y ella hace un mohín y le quita importancia con las manos—, pero se me ocurre que, quizá, esas casas no estén abandonadas, después de todo. Tal vez quede algún Caruso que pueda reclamarlas.

—No, ¡de eso nada! —responde, con los labios apretados, pero al ver la sorpresa en mis ojos reacciona y su rostro se dulcifica—. Se rumorea que los hermanos eran estériles y no tuvieron descendencia alguna, *ora* sé que es una maldición muy merecida. Los parientes lejanos no quisieron saber nada de las casonas y le regalaron las escrituras a Aurelio. Son libres, y puesto que tú has tenido la idea de reconstruirlas, *ora* son tuyas.

—¿Cómo murieron? Es decir..., ¿murieron en la aldea? —De repente me asalta el miedo infantil a estar reconstruyendo un palacio lleno de fantasmas.

—Se puede decir que sí —reconoce a medio camino de una risa siniestra, pero trata de disimular fingiendo un acceso de tos.

—¡*Nonna*! —La voz adusta de Aurelio nos sorprende y las dos reaccionamos como si nos hubieran cazado en medio de una confesión.

Ha entrado por la puerta abierta de la cocina, pero se ha quedado completamente mudo al encontrarme dentro de la pequeña botica. Sus ojos pasean de mí a Candela, que sigue afanada en

envolver sus velas con papel de cera. Entonces carraspea, mira a la anciana a los ojos, le pide un saco de arpillera donde esconder el fusil y se disculpa, cabizbajo, antes de salir de nuevo al exterior.

—Creo que será mejor si regresamos a casa —me excuso yo también y la anciana asiente—. Me parece que está a punto de caer una buena tormenta y ya casi es la hora de la cena.

Le tiendo una mano a Candela y ella se despide de la anciana dándole un abrazo que hace que a esta se le ablande la mirada tan cruel que aún le empaña los ojos. Después, recoge algunas de las velas que ha preparado y me sigue a la calle.

Fuera, apoyado sobre la pared de piedra de la casa, encontramos a Gideon y me doy cuenta de que nos estaba esperando para volver. Tino sale del callejón y se suma a nosotros, como cada tarde al regresar. Le permito a mi hija que se adelante en el camino, en parte porque le encanta llenar la casa de flores silvestres que localiza en el campo, en parte porque quiero averiguar qué piensa Gideon de todo esto. No llego a formular la pregunta, porque él habla primero.

—¿No te parece que hay algo que no encaja en esta historia? —presagia, y lo miro con más atención.

—Están todos demasiado nerviosos para tratarse de un arma sin más, y se me ocurre que ese fusil podría haberse usado para matar a algún inocente. —Me lanzo a la aventura de imaginar qué ha podido pasar con el arma, pero me arrepiento en el mismo momento en el que veo la tristeza de un recuerdo regando sus ojos claros. Lo he visto demasiadas veces como para saber que he tocado puertas de su memoria que no debería tocar—. Lo siento.

Gideon se pasa una mano por el pelo y aprieta ligeramente la mandíbula. No parece enfadado conmigo, pero yo me odio a mí misma por haber creado un paralelismo entre el fusil que hemos encontrado y el que él usó para atacar a los rebeldes. No me he formado una opinión acerca de las cosas que él me contó junto al manzano, pero me niego a verlo como a un asesino. No, Gideon no es un asesino.

—No lo sientas, Isabel, las cosas que hacemos definen quienes somos, ¿no? Yo tomé la decisión de subirme al paredón, apuntar con mi arma y abrir fuego, así que no lo sientas, porque no tienes nada que sentir. Nos vemos en casa.

Gideon aligera el paso y se desprende de mi lado. Sé que necesita tiempo para reponerse de sus recuerdos. No hemos hablado demasiado del tema desde el día en el que se abrió a mí, pero creo que, al igual que los vecinos de Il salto de la Madonna, se debate entre mostrar públicamente lo que hizo y exponerse a ser juzgado, o callar para siempre y aferrarse a sus fantasmas.

Llego a casa con un margen de tiempo y me alegra comprobar que Gideon no se ha refugiado en su dormitorio. Está en la cocina, cortando tomates para preparar la cena mientras Candela le enseña las velas que ha hecho en la botica de la *nonna* Cecilia. Lo miro a los ojos y, aunque siguen empañados por el dolor, sonrío, encandilado con el lenguaje infantil de mi hija. Sin querer, vuelvo a compararlo con Carolo, y de nuevo me sorprende la capacidad que tiene Gideon para controlar sus emociones y transformarlas en algo tan suave como una pluma. Carolo habría arrojado piedras contra la más inocente mariposa solo para sentir que controla su vida.

—¿Pasta? —pregunta, enseñándome unos tomates tan maduros que han empezado a pasarse.

Me lavo las manos, saco la harina y los huevos para hacer pasta fresca y, durante el amasado, contemplo la escena que se vive en esta cocina. Gideon ha sentado a Candela directamente sobre la encimera para poder hablar con ella mirándola a los ojos, al tiempo que finge que no lo hace para ajustarle las cintas de la pierna ortopédica, y Candela se deja llevar por él con una confianza que nunca le había conocido con nadie más que conmigo. Entrecierro las pestañas y trago saliva,

tratando de evitar la humedad de mis ojos mientras oigo sus risas cómplices. Ni siquiera recuerdo las veces que soñé con esta misma escena en la cocina fría y aséptica del ático de Carolo, una casa que jamás sentí mía, con un hombre que jamás fue un marido y, mucho menos, un padre para mi hija.

DONDE NO DESCANSAN NUESTROS MUERTOS

Gideon

Llueve, y la lluvia nos ha vuelto un tanto perezosos a los habitantes de esta casa. Oigo las gotas golpeando el alféizar de la ventana cerrada, pero sé que deben de ser, al menos, las diez de la mañana. No recuerdo cuándo fue la última vez que me desperté después del alba, pero intuyo que debió de ser en aquel hospital de Estambul en el que pasé tantas semanas pensando en qué hacer con mi vida después de recuperarme de las heridas.

Entonces no fui capaz de regresar a casa convertido en el despojo que quedó después del incendio, y saber que no tenía que volver a la zona en guerra me hizo sentir un alivio difícil de aceptar para alguien que creía estar llamado a servir a su patria y convertirse en un hombre de verdad. Me había quedado detenido en tierra de nadie, así que cogí mis cosas y, simplemente, me dediqué a caminar, y caminando creí que podría purgar mis pecados y deshacerme de los recuerdos de lo que vi en los escenarios más desolados del planeta, pero llegaba la noche y con la oscuridad, llegaban ellos. Dormí bajo árboles en páramos abarrotados de víctimas que solo vivían en mis pensamientos. Sus rostros se asomaban a mis ojos despiertos, sin piedad ni consuelo.

Con el tiempo he aprendido que los fantasmas siempre hallarán oportunidades para volver a encontrarme, no importa cuánto haya caminado para alejarme de ellos. Los he localizado en lugares donde nunca imaginé volver a verlos, como en el fusil atrapado en la pared de la casa de los Caruso. Solo necesité sostenerlo un segundo en mis manos para volver a oler la sangre caliente mezclada con el fuego, y no importa cuánto tiempo haya pasado desde la última vez que alguien apretó su gatillo; la guerra tiene la mala fortuna de ser siempre la misma.

Bostezo y me levanto de la cama sintiendo el frío cortante contra la piel acalorada por las mantas. Al otro lado del pasillo oigo la puerta del baño que se cierra, engullendo la risa, casi muda, de una niña de cinco años. Hoy es la víspera del Ognissanti, y me temo que Candela está demasiado entusiasmada como para seguir durmiendo un rato más.

Decido vestirme para bajar a la cocina a echar una mano con el desayuno antes de comenzar con los dulces de almendras y azúcar que dejaremos en las ventanas al acostarnos, y que no es otra cosa que una forma más de honrar a los difuntos.

Cuando salgo de la habitación, la risa de Candela se vuelve más nítida y sus ojos pequeños me sonríen tras la puerta abierta del baño. Lleva el pelo húmedo recogido con un pasador de color morado y las gafas bajadas a media altura de la nariz. Cuando me descubre en el pasillo, corre y se abalanza para que la sostenga en brazos, bajo la atenta mirada de Isabel. Anoche volvieron las pesadillas, pero su mano no pasó del pomo de la puerta de mi habitación. Sentí sus pies tras ella, caminando por el pasillo de regreso a su propia cama mientras el recuerdo fugaz de su cuerpo tibio calmaba mis temblores. Si ella evita mirarme a los ojos, cabe la posibilidad de que también guarde recuerdos de nuestro último encuentro a solas en la oscuridad.

—Bueno, ¿qué planes tienes para hoy? —interrogo a Candela, que se lanza a enumerarlos antes siquiera de que termine de formular mi pregunta.

Es así como descubro que voy a pasar las siguientes horas de la mañana preparando galletas de almendra y muñecos de papel, pero no me importa; no se me ocurre mejor plan que aprovechar el tiempo que nos quede juntos. No he olvidado a su maldito padre, y, aunque la sombra de su regreso planea también sobre ellas, hoy es un día especial y no voy a permitir que nadie nos quite esto.

Al bajar a la cocina descubrimos que Pino se ha ido, aunque ninguno de los dos se preocupa de su ausencia. Anoche, cuando Candela se fue a la cama, lo acompañamos a llevar cuatro pequeñas coronas de flores a las tumbas de sus hijos, junto al jardín de hierbas. Su amada Anabella, por el contrario, descansa en el patio trasero de la pequeña iglesia que se sitúa en el corazón del pueblo. Me asomo al cobertizo, pero ya me había hecho a la idea de que se había llevado la camioneta; lo que no entiendo es por qué no me ha pedido que lo acompañe.

—¿Aún no ha vuelto? —pregunta Isabel al verme regresar.

—Todavía es pronto, quizá necesite más tiempo con ella.

Isabel asiente y continúa amasando, yo, por el contrario, acepto el molde para galletas que Candela ya tiene preparado. La miro de reojo y ella me devuelve una mirada cargada de pesar; no sé qué pasará dentro de una semana, si ha logrado afianzar en su corazón los planes que tiene de quedarse en la aldea, o si ese hombre tiene tanto poder sobre ella como para hacerla cambiar de opinión.

—Así no, ¡Gid! Las estás aplastando —me regaña Candela y me muestra cómo hacer los cortes de forma correcta.

Dejo de prestarle atención a su madre y me centro en tratar de no estropear los dulces para esta noche, que dejaremos en un plato junto a la vela encendida del alféizar de la ventana. En teoría, Candela no debería de saber que va a recibir galletas, pero es una niña demasiado inquieta como para guardarle un secreto, mucho menos, si implica meter las manitas en la masa de cualquier cosa que pueda cocinarse.

La miro y le sonrío, porque se le han vuelto a resbalar las gafas hasta el filo de la nariz, pero me invade la nostalgia y se me quiebra el corazón cuando se las coloco de manera correcta y ella me mira con sus ojos redondos llenos de todo ese amor que me regala. El plan no era encariñarme con la niña, de hecho, tampoco tenía planeado enamorarme de su madre ni seguir aquí todavía. No sé cómo lo han conseguido, pero han cambiado mi vida en solo unos meses y ahora no puedo creerme que exista la posibilidad de perderlas para siempre.

Isabel se acerca a la mesa de madera y coge la bandeja que hemos llenado de galletas para meterla en el horno. Al pasar por mi lado, su brazo roza el mío, dejando tras de sí una estela de chispas que me recorren por dentro. No habla de Carolo, pero noto su inquietud en cada movimiento, en cada palabra escueta que ahora sale de sus labios, en cada silencio y en cada mirada furtiva al otro lado del camino.

Candela termina de recoger los utensilios de cocina, se lava las manos y se despide de nosotros antes de subir a la habitación a por su muñeca de tela. Cuando estamos solos, me acerco a su madre, despacio. Está terminando de preparar el almuerzo y me sitúo junto a ella para pelar unos pepinos que acompañarán a la sopa de ajo.

—¿Has decidido qué vas a hacer? —pregunto, tratando de que no se note el nerviosismo de mi voz.

—No voy a ir a buscar a Carolo al aeropuerto, pero no soy tan tonta como para pensar que va a dejar que las cosas se queden como están. Solo es cuestión de tiempo que averigüe dónde estamos.

—¿Entonces?

—No quiero irme; las cosas... las cosas han cambiado.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —la interrogo con tanta cautela que ni siquiera soy capaz de mirarla a los ojos.

—Todo, Gideon, todo ha cambiado ya.

Levanto la mirada del suelo y la observo con más atención. Está cerca, demasiado cerca, tanto que puedo oír el sonido desbocado de su corazón. Levanto una mano y la poso sobre su mejilla, despacio, como si cualquier movimiento en falso pudiera romper este momento. Cuando siento mis dedos sobre su piel, cierra los ojos y deja caer el peso de su cabeza sobre la palma de mi mano; con el pulgar, repaso la curva de sus labios entreabiertos y su respiración se agita, pero se retira de prisa en cuanto los faros de la camioneta de Pino alumbran la entrada de la casa, engullida de sombras por las nubes negras que encapotan el cielo.

Cuando volvemos a encontrarnos en una mirada, a salvo, en la distancia prudente que nos separa, sus ojos brillan y sus labios se abren en una sonrisa, como si le divirtiera que hayan estado a punto de sorprendernos juntos. La puerta de la casa se abre y Pino entra en la cocina, pero Isabel ha tenido tiempo suficiente de recomponerse.

—Menudo temporal —protesta Pino, que se sacude las gotas de lluvia del pelo.

Entonces nos mira a ambos, despacio, y sé que no es tan estúpido como para no darse cuenta de que ha estado a punto de interrumpir algo. Lo veo sonreír, socarrón, y sale a dejar su abrigo en el perchero junto a la puerta; cuando regresa, silba animadamente y saca los platos para ayudarnos a servir el almuerzo.

No es hasta mucho después, cuando la tarde se nos echa encima e Isabel sube con Candela para pasar un rato las dos solas, que se deja caer sobre el sillón del salón frente al retrato de su esposa y los años se le vuelven a posar sobre los hombros. Lo observo, junto a la barandilla de la escalera, y él me mira por encima del respaldo del sillón al sentirme cerca.

—Siéntate, muchacho.

Obedezco, casi con timidez, pues intuyo que en este momento habría preferido quedarse a solas con «ella», sin embargo, el tono de su voz denota un autoritarismo que me deja un tanto desconcertado. Rodeo el sillón y me siento sobre el sofá de dos plazas que descansa enfrente, apoyo los codos sobre las rodillas y espero.

—Ya no hay que preocuparse más de que ese fusil acabe con la vida de más inocentes.

—¿Quieres decir...?

—*Non* existe. —Levanta los ojos, pero evita mirarme directamente—. Era el último vestigio de una época oscura en este pueblo, gracias a ti, ya podemos pasar página.

Espero, por si quisiera añadir algo más, pero al ver que permanece en silencio, me levanto, lo dejo a solas y regreso a la escalera. Sin embargo, antes de que pueda poner un pie en el primer peldaño, me fijo en las botas que el viejo Pino ha dejado abandonadas junto a la entrada; están cubiertas de barro, demasiado, para haber estado en un cementerio.

ESCONDIDO ENTRE COLINAS

Isabel

Camino a paso ligero, sorteando las piedras que encuentro en el claro del bosque. Candela me llama desde algún lugar perdido entre las montañas, pero no estoy segura de dónde procede su voz. Aún no ha caído la noche, sin embargo, todo está oscuro, como si una desgracia inminente planeara sobre nosotras. El sendero se empina hacia arriba y caminar comienza a convertirse en una tarea imposible. Me agacho y apoyo las manos sobre la ladera de la montaña que acaba convertida en un muro vertical imposible de escalar.

Él está cerca, puedo olerlo en el aire pesado que ralentiza mis pasos, y siento los tentáculos del miedo llenando mi frente con el sudor frío de las cosas que sabes que van a salir mal. Él está cerca, lo noto en la forma en la que se me eriza el vello de los brazos y en el dolor sordo que se acomoda en mi vientre. Candela vuelve a gritar, pero su voz vuela con el viento en todas direcciones, produciendo un eco al chocar contra las paredes rocosas de las montañas que nos rodean.

«¿Dónde estás?», oigo mi propia voz en el interior de mi cabeza y abro los ojos, temblando y con el corazón aterido de terror. Alargo la mano y agarro el tobillo de mi hija, que ha ido dando tumbos en la cama hasta acabar poniendo los pies en la almohada. Absorbo el aire y lo suelto, sin prisa, tratando de recordarme que solo es una pesadilla. No es suficiente, el aire de esta habitación no consigue más que aumentar la sensación de delirio que el miedo ha dejado en mi mente.

Con calma, saco las piernas de la cama y me acerco a la ventana de doble hoja. Abro el cristal y después empujo las contraventanas para hacer salir el aire viciado. Hace frío y, en contraste con el calor de la habitación, fabrico volutas de vaho que se extienden mucho más allá del alféizar. Todo está oscuro, salvo por las velas que hemos dejado encendidas en las ventanas de la planta principal de la casa, que, a juzgar por cómo oscilan las llamas, deben de estar a punto de apagarse. Cuando siento que mi corazón vuelve a funcionar con su ritmo acostumbrado, me inclino sobre el alféizar para recuperar las contraventanas y volverme a la cama con la intención de dormir, pero la visión fantasmal que se extiende por la ladera de la montaña consigue que me detenga. La llama de una vela se mueve por el bosque en dirección ascendente y, al aguzar la vista, descubro con asombro el reguero de luces dispersas que siguen tras ella. Son como luciérnagas que flotan en la brisa nocturna, en sentido ascendente.

—¿Qué demonios es eso? —susurro con calma, pero estoy tan asustada que no consigo ignorarlo.

Miro a Candela, que ha vuelto a cambiar de posición, y la tapo de nuevo antes de salir al pasillo. La casa permanece envuelta en silencio y camino sobre las baldosas de porcelana tratando de no despertar a mi hija. Al otro lado de la puerta de nuestra habitación descansa Pino, y me lo pienso demasiado antes de girar el pomo de su puerta y alertarlo de que algo extraño está ocurriendo en las montañas. Sin embargo, cuando el haz de luz que ilumina el interior se posa sobre la cama, descubro que Pino no duerme en ella.

Salgo de la estancia con el pulso acelerado, demasiado alterada para volver a mi habitación. Después, recuerdo que Pino decidió quedarse un poco más tras la cena y se me ocurre que tal vez

se haya dormido en el sillón. Bajo los peldaños de la escalera despacio, y el brillo dorado del candil aporta algo de luz a mi alrededor, la suficiente como para que me dé cuenta de que Pino tampoco está aquí.

Regreso al pasillo desde el que se distribuyen las habitaciones y me dirijo hacia la habitación de Gideon. Apoyo una mano sobre el pomo y giro, lo justo para abrir una rendija que me permita pasar. Su respiración regular y pausada me advierte de que esta noche duerme profundamente, y por eso lamento lo que estoy a punto de hacer.

Me acerco un poco más al filo de la cama y llevo una mano hacia el hombro que sobresale por debajo de las mantas, pero, antes de que pueda tocarlo, me aprisiona la muñeca entre los dedos de una mano y me tapa la boca con la que tiene libre. Solo necesita dos segundos para reconocer mis facciones en la oscuridad y tan solo tres más para que me libere y se retire de mi lado, abochornado.

—¡Joder! Eres tú, Isabel... —susurra, con la respiración agitada, evitando volver a mirarme —. ¿Estás bien?

—Tendría que haberte llamado desde la puerta —me disculpo.

—Tendría que dejar de vivir creyendo que alguien va a venir a matarme. —Apoya los codos sobre las rodillas y se lleva las manos a la cabeza.

De manera pausada, sus ojos viajan en mi dirección, recorriendo la silueta de mi cuerpo, que solo puede intuirse entre tanta oscuridad. Desde la distancia que nos separa, soy capaz de oír sus pensamientos, y el calor, que aún perdura de sus dedos sobre mis labios, comienza a emitir un latido; después otro y otro más. Acerca una mano hacia mí y la deja caer, acariciando mi rodilla; el pulso se me acelera tanto que trago saliva y me concentro en recordar por qué he venido a buscarlo.

—Quiero enseñarte algo, ven. —Me pongo de pie y me dirijo hacia la ventana.

Me inclino hacia delante sobre el alféizar y empujo las contraventanas para que se abran de par en par. Gideon ha seguido mis pasos y siento su respiración sobre mi espalda, traspasando la fina blusa del pijama que llevo puesto. Me giro para mirarlo por encima de mi hombro y señalo hacia las luces que brillan de camino a la cima de la montaña.

—Hay que avisar a Pino... —resuelve, y se gira hacia la puerta abierta.

—Lo he buscado por toda la casa, pero no está.

Me mira de nuevo, y después vuelve a fijarse en el paisaje nocturno, apenas pincelado por el brillo de las estrellas, y sus ojos se abren un poco más por lo que acaba de descubrir. Apunta con la barbilla para que observe el círculo que han formado las luces. No se mueven, pues han llegado a su destino.

—La Gruta de las Brujas —susurra antes de que sea capaz de hacerlo yo.

Nos juramos no dormir en lo que queda de noche y nos turnamos para vigilar el haz de luces que sigue aguardando a la entrada de la gruta, formando sombras contra el cielo cambiante a lo largo de las horas, como si fueran espectros de fantasmas que han despertado del más allá.

El sueño me sorprende muy cercano a la primera luz del alba, cuando el cielo adquiere el color azul previo al amanecer, y cuando vuelvo a abrir los ojos, descubro, con cierta vergüenza, que me he quedado dormida sobre las rodillas de Gideon. Él sigue sentado en la misma postura, haciendo guardia por los dos. No se ha movido lo más mínimo cuando me ha sentido despertar, pero puedo notar la tensión en cada uno de sus músculos. Me levanto despacio y bostezo; él me mira con ternura y sonríe cuando le pido perdón por haberle entumecido las piernas. La luz suave que entra por la ventana me deja contemplar su rostro y sus ojos fijos en los míos, y me pregunto si despertar con él se parecerá a esto. Abro la boca para darle los buenos días, y el sonido de las

pisadas de Pino apareciendo por el empedrado del cobertizo hace que nos levantemos a la vez.

Gideon se asoma a través de las contraventanas abiertas y, con rapidez, tira de ellas hacia dentro y las cierra antes de que Pino descubra que estamos aquí. Nos apoyamos sobre el alféizar y miramos a través de las rendijas como sale del cobertizo y camina, con los hombros encorvados, hacia la casa.

Regreso a mi habitación y cierro la puerta, como si aún no me hubiera despertado, y siento sus pisadas, cansadas, a medida que sube hacia las habitaciones. Cuando el ruido leve que produce la cerradura de la puerta me indica que ha llegado a su dormitorio, me apresuro a vestirme para bajar a la cocina como si nada hubiera ocurrido. Gideon aparece tan solo unos minutos después, pero frena en seco en el último peldaño, antes de decidirse a entrar en la cocina, con la cabeza volteada hacia la puerta. Cuando logra reaccionar, da unos cuantos pasos para llegar hasta mí. Se lleva un dedo a los labios y me ruega silencio, mientras que con los dedos de la otra mano agarra mi muñeca con la intención de que lo siga hasta el pasillo. Estoy a punto de preguntarle qué pretende, pero entonces me señala las botas manchadas de barro fresco de Pino. Las piezas del puzle comienzan a encajar en mi cabeza y caigo en la cuenta de qué es lo que vimos anoche a través de la ventana.

—Tengo que ir —decide Gideon y a mí solo me sale asentir—. Si han sido ellos, estarán durmiendo ahora mismo y no creo que tenga otra oportunidad para descubrir qué es lo que esconden en esa cueva.

Gideon descuelga su abrigo del perchero y se enfunda sus botas de trabajar en el huerto, pero cuando abre la puerta y da un paso hacia el exterior, lo agarro del brazo y tiro de él hacia dentro. El impulso del movimiento ha provocado que choquemos de frente y ahora tengo sus ojos a solo un palmo de los míos, al igual que sus labios.

Me pongo de puntillas, rodeo su cara con las manos y pongo mi boca sobre la suya, pero esta vez no hay absolutamente nada inocente en este beso, porque aprisiono su labio inferior entre los míos y descubro el sabor de su lengua. Gideon responde al beso con la misma urgencia que yo y rodea mi cintura con sus brazos, pegándose más a su cuerpo. Cuando nuestras respiraciones se convierten en una cadena de gemidos ascendentes, nos separamos para coger aire y nos miramos, despacio, a los ojos. El roce de su barba me ha dejado la piel entumecida y me llevo los dedos a la boca, marcando el perfil de sus besos; Gideon sonrío, con un tipo de sonrisa torcida que no le había conocido hasta ahora y yo se la devuelvo, con la respiración aún entrecortada.

—Ten cuidado —le ruego, y él me guiña un ojo antes de cerrar la puerta.

PURGARÁS TUS PECADOS

Gideon

La aldea sigue dormida, como los pocos habitantes que aún quedan en ella. Camino dando un rodeo para evitar atravesarla y poder acceder a la montaña desde la pradera que bordea las casas más altas. Desde allí, solo puedo llegar a La Gruta de las Brujas a través de una vereda natural que las cabras han ido abriendo a su paso mientras pastan por los montes. Estoy a punto de adentrarme entre los árboles cuando un gruñido lastimero me sorprende, y, con sigilo, me giro, implorando para que Tino no haya venido acompañado.

Está sentado sobre sus patas traseras, esperando a que lo invite a subir conmigo, y decido que no sería mala idea no llegar hasta ahí arriba completamente solo.

—Chico, ¿tú también quieres ver lo que se esconde en esa cueva? Pues vamos, antes de que se despierte todo el mundo y se den cuenta de que me has seguido.

Me agacho y le rasco las orejas mientras mantengo la vista fija en las casitas de tejado gris oscuro que descansan entre la bruma de la mañana. Todas tienen sus ventanas cerradas; restos de cera chorrean gotas que corren por los muros de piedra, como si las casas hubieran pasado la noche llorando. Si es cierto que fueron ellos los que subieron hasta aquí de madrugada, no tendrán ningún motivo para despertarse temprano. Hoy es el Día de Ognissanti, y nadie planea hacer nada salvo guardar respeto a los muertos.

Tomo aire y palmeo el costado de Tino, que se levanta y se prepara para la dura tarea de subir la empinada ladera. He elegido una zona demasiado boscosa y tengo que ir con cuidado de no perderme entre la espesura. Es al cabo de unos cuantos minutos cuando descubro que el camino estrecho de las cabras se convierte en uno más ancho y regular, realizado por la mano del hombre y sembrado de huellas de botas robustas como las que yo mismo llevo puestas. Hay muchas, de distintos tamaños, y todas se han hundido en el fango que ha quedado después de los últimos días de lluvia. Agacho la cabeza y me limito a seguir los pasos.

Isabel

Hace un rato que Candela bajó a la cocina, la observo dar buena cuenta del plato de galletas que encontró en el alféizar de la ventana junto con un gran vaso de leche que quedó de ayer. Dentro de unos minutos Italina va a venir a buscarla, pues ha prometido a sus hijos que podrían pasar el día festivo jugando en su casa. Miro por la ventana mientras añado la harina al agua y amaso; Gideon aún no ha regresado y, aunque odio con todas mis fuerzas lo que estoy sintiendo en este momento, tengo que reconocer que me inquieta saber que voy a quedarme sola con Pino. Me obligo a mí misma a recordar todo lo que sé acerca de la gente que me ha acogido en este hogar y hago una lista imaginaria de todas las muestras de afecto que nos han dedicado.

—Mamá, ¡ya están aquí! —chilla Candela en cuanto oye el sonido de un coche llegar hasta la puerta y desvío la atención hacia ella.

—Ven aquí. —La agarro de la mano y la acerco, entonces me agacho y le doy un beso en el pecho, junto al corazón—. No salgas de la casa de Italina bajo ningún concepto y ya sabes que

tienes que regresar pronto, antes de que el sol se vaya al otro lado de las montañas.

Candela asiente solemne y entregada a la tarea de portarse bien si quiere volver a ir a jugar a la habitación de juguetes que tienen Antonella y Damiano. Me ha costado demasiado aceptar que Italina se la lleve, pero es solo una niña y mis miedos no pueden retenerla para siempre entre estas paredes. La amparo entre mis brazos y le doy un beso que dura demasiado, tanto que comienza a moverse, impaciente, para librarse de mí.

—¡Adiós, mamá!

Me asomo a la puerta y veo a Italina salir del coche para añadir un tercer elevador a los asientos traseros. Sus hijos se enzarzan en una conversación con mi hija acerca de las galletas de almendras y golosinas que han encontrado esta mañana en el alféizar de sus ventanas. Italina me dice adiós con la mano en cuanto regresa al interior del vehículo y observo cómo el coche se pierde en la lejanía de la loma de regreso al pueblo.

Cuando me quedo sola, me giro despacio, y observo la casa de Pino. La ventana que da a su dormitorio permanece cerrada, y salvo el cacareo de las gallinas y el sonido de las hojas mecidas por el viento, nada perturba el silencio.

Trago saliva, entro en la cocina y retomo la masa de pan que he dejado a un lado para acompañar a Candela hacia la puerta. Es entonces cuando siento sus pasos en la escalera, y, al darme la vuelta, descubro a Pino parado en el descansillo. Quiero sonreírle como si nada hubiera cambiado, pero ahogo una expresión de sorpresa al contemplar el rostro abatido y la mirada huidiza del viejo.

Gideon

Paro a descansar en medio del lodazal de la empinada cuesta que ha comenzado su ascenso hasta el final y me doblo por la cintura hasta recuperar el aliento. El camino se ha convertido en un amasijo de roca casi vertical a mis pies, pero el sol ha empezado a calentar el aire de la mañana y siento que el tiempo me pisa los talones.

El sonido de un cuerpo rozando con el viento hace que me ponga en alerta, aunque respiro tranquilo cuando entiendo que tan solo es Tino, que baja veloz hasta retomar el sendero donde yo he parado a tomar aire.

—Tú sí puedes ir más rápido, ¿eh, amigo? Ojalá pudieras contarme qué hacían todos ellos aquí la pasada noche.

Tino me rodea y me empuja con el hocico, y decido continuar ascendiendo a pesar del esfuerzo. A medida que acorto la distancia con la cueva, el bosque espeso se va transformando en un páramo de arbustos bajos y zarzamoras tan altas como yo mismo, camino con cuidado de no quedarme enganchado en sus ramas puntiagudas. Estoy cerca, si volteo la cabeza hacia arriba puedo ver el lateral que se hunde en la matriz de la montaña y me apremio un poco más para llegar cuanto antes.

Acelero el paso y Tino vuelve a adelantarse, entusiasmado con la idea de ir más rápido, y cuando consigo llegar a la cima y bordear la cara donde se oculta el *sombrero de la bruja* descubro que los tablones que bloquean la entrada están esparcidos por el suelo.

Tino avanza rápido y se cuela por el interior de la cueva antes de que sea capaz de detenerlo; vuelvo a gritar su nombre sin importarme que alguien pueda oírme, y tan solo el silbido del viento acude a mi reclamo.

Isabel

No me muevo, aunque mi primer instinto es avanzar hasta Pino y sostenerle la mirada que ahora se entretiene con el mosaico que forman las losas del suelo. Está tan sumido en las nubes negras que lo han acompañado desde las montañas que ya no me importa saber qué es lo que esconden en ellas. Lo observo, está más cansado, más viejo y cercano al final de sus días que hace solo unas horas, y me pregunto si es posible que un secreto pueda pesar tanto.

Lucho contra la parálisis que me mantiene anclada al suelo y avanzo un paso, pero él levanta una mano y me frena.

—Será mejor que te sientes.

Alza los ojos y descubro que hay lágrimas en ellos, entonces él mismo toma asiento en uno de los taburetes junto a la mesa de la cocina y yo hago lo mismo.

—Gideon y tú no sois los únicos que han intentado probar suerte viviendo con nosotros en la aldea. Sin embargo, sois los únicos que aún seguís aquí.

—¿Qué pasó? —pregunto con cautela.

—Aurelio se encargó de que desaparecieran.

Me levanto de un salto y tiro el taburete al caminar hacia atrás, asustada. Entonces recuerdo que Gideon está en las montañas y miro hacia la ventana, rezando para verlo regresar al otro lado de la loma. Por mi mente no deja de pasar aquella historia que Italina me contó sobre la aldea el día que nos conocimos, así como la forma en la que los obreros del aserradero no dejaban de persignarse cada vez que alguien decía su nombre en voz alta.

Pino se ha levantado también y, con una voz un tanto autoritaria, consigue centrar mi atención de nuevo. El terror debe de ser palpable en mi rostro, porque sonrío, socarrón, y me hace un gesto con la cabeza.

—Siéntate, Isabel. No es lo que piensas.

Gideon

Avanzo casi al trote, pero al llegar al agujero negro de la roca freno y procuro asegurarme de dónde pongo los pies. Hay huellas de botas, las mismas que he encontrado en el trayecto y sé que estoy cerca de ver qué fue lo que pasó anoche en este lugar. Doy un paso, espero a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad y entonces lo oigo, el sonido de los gruñidos que hace Tino siempre que encuentra un juguete nuevo.

—Chico, ¿estás bien? —pregunto y él ladra entusiasmado.

Poco a poco voy vislumbrando los recovecos de las rocas que me rodean y descubro que hay un pequeño manantial recorriendo la piedra. Lo sigo con los ojos hasta que llega al suelo y forma un charco que apenas humedece la tierra, junto a otra abertura en la pared que queda bloqueada por un saco de arpillera. Me acerco y lo agarro con los dedos, tiro de él, despacio, y el saco cede y abandona su escondite. Cae al suelo en cuanto deja de sostenerse entre los muros de piedra y el sonido metálico que produce no deja lugar a dudas de qué es lo que se esconde dentro.

Suspiro aliviado y me siento estúpido de repente porque ahora entiendo que solo han subido hasta aquí para esconder el fusil que encontramos en la aldea. Me río a carcajadas pensando en lo asustados que estábamos anoche, contemplando la marea de luces que se movían por la montaña y entonces aparece Tino, deja algo a mis pies y regresa al fondo de la cueva.

Me agacho, aún con la sonrisa en la boca, pero los dientes se me cierran formando un cepo al descubrir que el regalo de Tino es una extremidad humana, carcomida por el tiempo.

Isabel

He vuelto a sentarme frente a Pino y no puedo evitar pensar que todo esto le divierte un poco. Casi se echa a reír al verme tan asustada, pero después, las nubes han vuelto a cubrir su rostro. Abro la boca, tratando de buscar las palabras adecuadas, y entonces se adelanta.

—Hace mucho tiempo, un grupo de familias que huían de la miseria descubrió la aldea y decidió quedarse en ella. Entonces estaba mucho más ruínosa que ahora, pues esos bastardos de los Caruso la usaban como refugio para sus fechorías. Aun así, nuestros padres llegaron, resucitaron las casas, resucitaron los huertos y se quedaron, pues aquí encontraron el refugio perfecto que nos libraría de sufrir las consecuencias que la guerra había traído al resto de Italia. Por primera vez en mucho tiempo tuvimos comida, un hogar y paz. Éramos felices. —Sonríe, triste, y las lágrimas le humedecen los ojos. Pausa su historia y retoma el aire que ha dejado escapar, entonces mira por la ventana y asiente, rememorando imágenes que solo viven en sus recuerdos—. Solo teníamos un problema, la sombra de los Caruso se extendía por toda la aldea. Robaban nuestras cosechas, engatusaban a las niñas con comida para que se dejaran manosear y se divertían cazando nuestro ganado. Pero también hacían negocios con los fascistas y daban alojamiento a los alemanes nazis que hacían un alto en el camino antes de proseguir hasta los campos de concentración que se escondían más al norte.

—Hace cuánto... —pregunto, pero Pino me interrumpe.

—Yo solo era un niño cuando todo ocurrió y ni siquiera soy capaz de recordarlo con exactitud... ya he olvidado sus nombres, o sus rostros... ¿Cómo he podido olvidarme de sus rostros? —Se le han llenado los ojos de lágrimas y mi instinto, que es más fuerte que el miedo, me obliga a cogerle las manos entre las mías. Acaricio su piel rugosa y le doy un poco de consuelo mientras llora abatido.

—¿De quiénes estás hablando?

—De nuestros padres, de los padres de todos nosotros.

—¿Qué les pasó? —indago.

—Los asesinaron.

Gideon

Un temblor indescifrable se ha arremolinado sobre mis tobillos, cada paso que doy en dirección a la fosa que hay excavada en el centro de la cueva se me hace eterno. Ya sé lo que voy a encontrar dentro, pero no sé si estoy preparado para verlo.

Tino ha seguido sacando obsequios del interior del hoyo que hay tras bajar al corazón de la gruta, y estoy haciendo un terrible esfuerzo por no vomitar sobre mis propios pies. Son solo huesos, pero hay demasiados.

Con cuidado de no pisar en un lugar inestable, me agarro a la roca y, despacio, desciendo. Tino está entretenido entre las cosas abandonadas que llenan el agujero, pero yo necesito más tiempo para ver lo que tengo delante. Ya no tengo dudas de que estoy dentro de una fosa común, la cuestión es: ¿quiénes son todos ellos?

Poco a poco, el aire se va volviendo menos pesado y mis ojos consiguen distinguir sombras entre tanta oscuridad. Miro al frente y los veo: están apilados como si fueran troncos de árbol. Hay, al menos, una veintena de cadáveres que aún conservan sus ropas y sus objetos personales. Avanzo hacia ellos, decidido a averiguar qué fue lo que les pasó, pero entonces ocurre algo para lo que no estoy preparado: mis fantasmas han venido conmigo y ya no veo esqueletos del

pasado, sino los cadáveres de mis propios enemigos. Una explosión sacude mis cimientos, reventando las compuertas de mi mente desde dentro; entonces regreso al paredón, a la casa en llamas, al cuerpo mutilado de un niño inocente y a mis manos llenas de sangre.

Isabel

No entiendo qué tiene que ver esta historia con lo que fueron a hacer anoche a La Gruta de las Brujas, pero la sombra de una sospecha se ha asentado en el centro de mi vientre como un pellizco lleno de malos presagios.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? —quiero saber, y él me mira de nuevo y sonrío, entonces vislumbro un resquicio del Pino que yo conozco y la sensación de alivio que me produce me calma un poco los nervios.

—Porque Gideon y tú sois los únicos que habéis sido capaces de pasar más de una semana conviviendo en unas condiciones tan duras como las nuestras. Yo mismo traté de convencer a Aurelio para que quitara aquel anuncio del periódico, pero él siempre mantuvo la esperanza de encontrar nuevos herederos para la aldea, entonces llegasteis vosotros y supimos que erais los elegidos.

—¿Por qué?

—Porque también habéis vivido vuestras propias guerras y sabéis lo que significa arrastrar el peso de los secretos. Sois fugitivos, como nosotros.

«Secretos», pienso de manera insistente mientras en mi cabeza se van iluminando las piezas de un puzle; entonces recuerdo las cartas, el rostro del niño de las fotos y el soldado de plomo que la acompañaba, así como el retrato de una mujer joven rodeada de chiquillos que aguardaba, escondido, en el interior de la chimenea de porcelana.

—¿Quiénes eran los niños de la foto?

—Nosotros.

Gideon

Estoy arrodillado sobre los restos de la fosa, pero permanezco secuestrado por mis miedos, como si esta cueva albergara un portal del tiempo y, al atravesarlo, hubiera aterrizado en una zona en guerra. Las rocas se han transformado en edificios derruidos, y el sonido de Tino hurgando entre los huesos se me asemeja al de los aviones que sobrevuelan lo que ha quedado después de que dejaran caer las bombas. El polvo huele a muerte y destrucción, y yo sigo quieto, esperando una orden que nunca llegará, para evacuar a los supervivientes.

Sé que todo es mentira, pero al mismo tiempo todo se me antoja real, y mi cabeza da tantas vueltas que no sé dónde me encuentro en realidad, si en el corazón de un pueblo abandonado, en el escenario dantesco de una ciudad siria o dormido en el hospital de Estambul en el que trato de luchar por mi vida. Tino regresa a mi lado y gime, tal vez porque intuye que estoy perdido, entonces me golpea con la pata, ladra, me llena de besos, y, cuando se da cuenta de que nada es suficiente, aúlla hasta que consigue traerme de nuevo a la cueva.

Con los ojos llenos de lágrimas y el horror dibujado en el rostro me levanto, avanzo hacia la montaña de cadáveres que ahora solo son huesos y reviso las cosas que han quedado de ellos. Tal vez sea capaz de averiguar quiénes son y por qué los han dejado aquí dentro, pero solo hay ropa vacía, zapatos desparejados y silencio.

Tiro del filo de lo que me parece un trapo de cuadros verdes con toda la rabia que se ha apoderado de mí y desmonto la montaña hasta que solo quedan restos inconexos. El sonido de un

objeto golpeando mis pies logra acaparar mi atención y me agacho para ver lo que ha caído del interior del delantal de la mujer que sostengo entre los dedos. Es un muñeco de plomo, idéntico al que encontró Isabel en la chimenea de la casa abandonada.

Isabel

Entre lágrimas, Pino ha ido recomponiendo el puzle, contándome, a trompicones y con algunas lagunas, lo que ocurrió aquella noche de 1945 en el salto de la Madonna, cuando algunos soldados alemanes fueron invitados a cenar junto al fuego de las mansiones Caruso. Al anoecer, cuando todos los habitantes de la aldea estaban preparándose para irse a la cama, entraron, casa por casa, asesinando a todas las familias que se habían refugiado entre las montañas, huyendo de la guerra.

No hubo supervivientes en las dos primeras casas a las que entraron a hurtadillas, como ladrones, pero la *nonna* Cecilia, que entonces solo era una chiquilla de diecinueve años había oído los disparos. Nunca olvidaría el sonido que hacía un pelotón de fusilamiento, pero el miedo atroz al recordar su propia historia no fue un impedimento para salir a las calles y alertar a los vecinos para que fueran capaces de ponerse a salvo. Cuando se dio cuenta de que estaban perdidos, se dedicó a rescatar a los niños de las casas mientras sus padres trataban de distraer a los soldados. Solo lo lograron cuatro de ellos: doña Carmina y la señora Anabella, que entonces eran unos bebés de pocos meses, y Aurelio y Pino, que apenas tenían cinco años.

A la mañana siguiente, cuando los soldados huyeron, alertados por la caída de Mussolini y el avance de los aliados, solo quedaron los Caruso y su necesidad de limpiar lo que habían hecho.

—Cecilia nos escondió detrás de la estantería de la alacena de su casa, pero a través de las grietas de las paredes vimos cómo esos bastardos cargaban carretillas con los cuerpos de nuestros padres hacia La Gruta de las Brujas.

—Los abandonaron dentro —susurro, horrorizada y profundamente conmovida—, ¿qué fue de los Caruso?

Gideon

Los he puesto a todos en fila y los he contado. Son vientres, entre adultos y niños. Me detengo frente a ellos y trato de imaginar cómo fueron sus vidas, si la última vez que rieron, amaron o discutieron entre ellos supieron que sería la definitiva. No he tratado de pensar en cómo murieron, eso es lo de menos; ya me ha quedado bastante claro que no han podido ser los habitantes de la aldea, pues, si el muñeco de plomo pertenece a la misma colección que encontramos en la casa abandonada, Aurelio y los demás debían de ser niños cuando ocurrió todo esto.

Cierro los ojos y ruego para que sean capaces de encontrar la paz que les robaron, y cuando estoy preparado para regresar a la casa de Pino, me pongo en pie y llamo a Tino para que me siga. Sin embargo, él parece entretenido con algo que se esconde más allá de la fosa, en una cámara interna que se funde con el interior de la montaña. Me acerco despacio, tratando de no asustarlo, porque la oscuridad aquí es mucho mayor.

—Tino, ¿qué has encontrado, chico?

Me agacho junto a él y me doy cuenta de que está jugando con un zapato que sigue unido a un pie descarnado. Haciendo acopio de valor, alzo una mano y palpo en la oscuridad, es así como descubro que hay otros dos cadáveres escondidos aquí dentro, separados del resto.

Isabel

La joven maestra que había huido de su propia muerte había logrado mantener a salvo a los niños, pero la furia por el horror que había presenciado corría por sus venas con una fuerza tan despiadada que no trató de rechazar el odio que la empujó a subir a la casa de los Caruso y robar todo cuanto pudiera para mantener a los niños con vida. Sin embargo, encontró un fusil abandonado por los alemanes en su huida y eso le pareció suficiente.

—Emprendió el camino hacia La Gruta de las Brujas —relata Pino y noto como el temblor no se ha alejado aún de sus manos—, y cuando los sorprendió rebuscando en los bolsillos de los muertos, apuntó, sin remordimientos, y disparó a quemarropa. Primero a uno, después al otro, y así Niccolò y Mattia pagaron por lo que habían hecho.

Pino continúa la historia de cómo la joven maestra logró ocultar el asesinato de los Caruso en medio de una sociedad revuelta por los acontecimientos que comenzaron a poner fin a la guerra. Vivir en las montañas, alejados incluso del pueblo al que antaño habían pertenecido, les ayudó a mantener el secreto de sus identidades, y crecieron felices entre las casas que habían construido sus padres, tratando de mantener vivos sus recuerdos.

—No hemos permitido que nadie se quede con nosotros después de aquello, salvo Andrea, que llegó hace demasiado tiempo, y Marius y Leonora, que no tuvieron miedo a la hora de buscar refugio entre nosotros. Ahora que conocéis nuestros secretos, también sois de los nuestros —afirma Pino, profundamente afectado por la historia que acaba de contar.

Me levanto del taburete, trasmutada por las cosas que ahora sé, y pongo distancia mientras Pino se reconcilia con sus recuerdos. Destapo las masas para ver si ya puedo hornear el pan y pienso en los niños que crecieron al amparo de la *nonna*, que entonces era solo una chiquilla. Levanto los ojos hacia la ventana que tengo delante y me concentro en un punto en movimiento, uno que se acerca por la loma hasta arrojar la imagen nítida de Gideon regresando a casa.

Ahora entiendo por qué nos acogieron aquella mañana en la que Candela y yo llegamos a la aldea sin hacernos preguntas, como también el motivo por el que Gideon permanece aún con ellos. Este lugar es un refugio para quienes hemos escapado, no importa cuál sea nuestra historia, aquí todos somos iguales, todos hemos tratado de empezar de nuevo.

31

RENACER

Gideon

La casa de Pino permanece en un silencio casi espectral, roto, tan solo, por el crujir de las nubes negras que se acercan para descargar una nueva tormenta. Las veo al otro lado de la ventana de mi dormitorio, agolpándose unas sobre otras, arrastrando a las que pintaron el cielo, hace unos días, de gris. Siempre son las mismas, una y otra vez; se van y regresan, todas ellas anegadas de agua para descargar con furia sobre nosotros.

Saco la carta con cuidado del interior del sobre y la miro por encima. Entrar en esa cueva me ha hecho pensar de nuevo en quién soy yo en realidad, y en cómo salí huyendo de una guerra para encontrarme con otra, de nuevo, en lo alto de una montaña, mirándome a los ojos, recordándome que hay fantasmas de los que nunca vamos a escapar.

Oigo pisadas en la planta de abajo y me asomo a la ventana para ver quién de los otros habitantes de esta casa silenciosa se ha despertado de su letargo. La coronilla blanca de Pino asoma por debajo del alféizar y lo observo caminar, con las manos metidas en los bolsillos, cabizbajo. Creo que va a ir a la aldea a reunirse con los demás, pues aún no saben que le ha confesado su secreto a Isabel.

Isabel..., pienso en ella e instintivamente me llevo el pulgar a los labios.

No he vuelto a salir de la habitación desde que Pino repitiera la historia de lo que he visto en lo alto de esa montaña, pero aún me dura la conmoción por lo que he descubierto en el interior de la gruta. Si cierro los ojos me parece verlos a todos, dispuestos en fila, junto con las pocas posesiones que los acompañaron hasta la muerte. Después, el recuerdo se transforma en otra cosa, en la imagen de los rostros de unos niños pequeños que crecieron en una aldea inhóspita sin la protección de sus padres, abandonados por los habitantes del pueblo más cercano, silenciados, excluidos y olvidados.

La imagen de un cuerpo que tiembla entre mis brazos se abre camino en mi memoria, y aprieto los párpados para tratar de no hacerme preguntas que se han quedado sin respuestas, como que qué habrá sido del niño que logré rescatar de las llamas, si logró sobrevivir él también y si aún queda algo de su mundo que siga estando en pie. Él también tenía padres y un hogar, y yo se lo he quitado todo. Es la misma historia que se repite sin descanso. Me alejo de la ventana y doy vueltas alrededor de la cama, preguntándome si alguna vez dejaré de sentir esta culpa.

Saco el objeto que guardo en el bolsillo derecho y le doy vueltas entre los dedos, con cuidado, lo pongo sobre la mesita de noche antes de que pueda romperse; el soldadito de plomo está sucio y un poco de herrumbre se le ha acumulado por encima, pero no veo el momento de entregárselo a Aurelio, su dueño. La carta que guardo con tanto recelo sigue abandonada sobre la mesita de noche, y la releo una y otra vez, hasta que las líneas se tuercen y la visión se me emborrona.

Las palabras no han cambiado con el tiempo, para la armada de los Estados Unidos soy un soldado de valor que ha sido herido en acto de servicio, pero todo es mentira, porque yo solo soy un cobarde. Me alisté porque quería ser un hombre digno, un héroe que pudiera hacer un poco de justicia dentro de una barbarie sin sentido, y no he hecho nada que merezca un reconocimiento oficial. Seguí un camino equivocado, y ese mismo camino es el que me ha traído hasta aquí. Llegar a esta aldea, entrar en esa cueva, me ha hecho darme cuenta de que

nunca escaparé de las consecuencias de las decisiones que tomé tratando de ser alguien que nunca he sido.

Alguien llama a la puerta e Isabel se asoma, tímida, al otro lado. No habla, no hay nada que ella pueda decirme que logre calmar la tristeza que siento, pero se acerca despacio y se deja caer a mi lado en el colchón. Tan solo permanece ahí, esperando a que esté preparado para compartir lo que siento, como si eso fuera tan fácil.

—Gideon...

Levanta la mano que tiene libre, me limpia una lágrima traicionera y me recuesta sobre su pecho. Huele bien, a refugio, a casa y a algo más, algo desconocido hasta ahora para mí. Siento la piel cálida de su rostro junto a mi mejilla y sus manos, que se deslizan por mi cuello y se detienen en mi barbilla, obligándome a mirarla de frente, entonces me acaricia las heridas, despacio, como si aún pudieran causarme dolor. Me besa, suave. Es apenas un roce que hace que sienta deseos de cerrar los ojos y abandonarme a ella. Cree en mí, cree en el hombre que soy y nada me ha preparado para esto.

Continúa llenando mis labios de besos cálidos, suaves como las alas de una mariposa, y los míos se abren para dejarla pasar. De pronto, el calor se vuelve insoportable y mi necesidad de ella se convierte en algo demasiado urgente. Siento cómo agarra con sus manos el filo de mi camiseta y dejo de besarla para poner distancia e impedir que pueda ver lo que hay debajo; me aterra exponerme y dejarle contemplar lo que la guerra ha hecho conmigo.

—No hay ningún rincón de ti que no ame con todas mis fuerzas —susurra, pegando sus labios a mi oído y reprimo un suspiro—. Sé quién eres, Gideon. Te elijo hoy, y te voy a elegir siempre.

Me llevo las manos a los costados y tiro de mi camiseta hacia arriba, entonces aguanto la respiración y espero su veredicto mientras Isabel me contempla sin prisas, y cuando creo que ya no puedo soportar más la espera, me agacho para coger de nuevo la camiseta, pero sus dedos me lo impiden. Entonces me rodea y noto sus manos en mi espalda, siguiendo con la punta de sus dedos los caminos marcados por el fuego. No hace preguntas, no dice nada que pueda reflejar lo que está sintiendo en este momento, tan solo vuelve a rodearme hasta quedar frente a mi torso desnudo, y ahogo una exclamación cuando siento sus labios besando cada una de mis cicatrices.

Le sostengo la cara entre mis manos. Tiene las mejillas colmadas de sangre caliente, pero me aguanta la mirada; es una mirada férrea, llena de decisión. Dejo que mis manos resbalen sobre su cuello, deteniéndome en los botones de la camisa, hasta que se la quito por los hombros y siento como cae sobre mis pies. Su primer instinto es protegerse con los brazos, tapando partes de ella, avergonzada, como si no hubiera quedado patente el hecho de que es absolutamente perfecta.

Le rodeo la cintura con las manos firmes y la atraigo hacia mí, hasta hacerla encajar debajo de mi mentón, como si esa parte de mi cuerpo hubiera sido creada solo para ella. Me tiembla el pulso cuando me deshago de lo que queda de nuestras ropas y apoyo una mano sobre su cabeza para tumbarla de espaldas sobre la cama deshecha.

Tiembla al primer contacto de mi boca sobre su vientre y subo los ojos hacia ella. La observo, tumbada frente a mí, completamente vulnerable a mis deseos, y no me pasa desapercibido el miedo que empaña su mirada, como si temiera descubrir que mis caricias se parecen en algo a las que ya conoce... de otro hombre.

Recorro la piel de Isabel con la lengua tibia, dibujando un camino para mis besos hacia su intimidad, aferrándome a sus muslos con las manos hasta que la tensión de su cuerpo se convierte en una orden y me acuesto sobre ella. Exhala, brusca, cuando me introduzco en su interior y pierdo el sentido de la realidad que nos rodea.

Siento los talones de Isabel clavándose sobre mi cintura a medida que me muevo con más

urgencia y mi boca se detiene sobre su cuello cuando su cuerpo se tensa y sus gemidos se calman; entonces yo también me abandono a ella.

«Te amo», susurra, temblando contra mi cuello, llevando implícito el ruego de no volver a destrozar su vida. Ha saltado a mis brazos, a pesar de haber aprendido cuánto duele el amor, y yo he saltado a los suyos, completamente aterrado de no ser el hombre que ellas se merecen.

32

TE ENCONTRARÉ

Isabel

Desplazo las manos arriba y abajo de su pecho masculino, empapándome los sentidos con su olor, su tacto, el calor de su piel o la paz que se respira en este nuevo lugar en el mundo que acabo de descubrir. Siento sus manos apoyadas sobre mi cintura, duras, tenaces, casi temerosas de que, en cualquier momento, pueda desaparecer, y siembra besos sobre mi pelo a la vez que yo apoyo mis labios en el lugar exacto en el que late más fuerte su corazón. No hay palabras, no hay vergüenza, ni intención de justificar lo que ha pasado, tan solo permanecemos juntos, unidos bajo las mantas de una habitación tragada por las sombras del atardecer.

Contemplo la luz del sol, que ha ido perdiendo fuerza con el transcurrir de las horas, y levanto los ojos para observar a Gideon y comenzar esta danza insoportable que conlleva volver a vestirse y separarse de él. Él me devuelve la mirada, apesadumbrado porque sabe que tenemos que salir de aquí.

—Candela debe de estar a punto de llegar —le digo, y él levanta un dedo y repasa la curvatura de mis labios mientras pronuncio cada palabra.

—El viejo Pino también, y creo que podría darle un infarto si ve lo que hemos hecho con su cama de invitados —bromea Gideon y yo me echo a reír.

Sus ojos me miran con mucha atención, hasta que se me hiela la risa y me pierdo en sus pupilas de nuevo, entonces se incorpora y me sostiene por el mentón para mirarme más de cerca, con el entrecejo arrugado por la concentración, como si no terminara de creerse lo que ha pasado entre nosotros. Me impulso hacia delante y le doy un beso largo y cálido, para que nunca olvide quién es y qué es ahora para mí.

—¿Qué vamos a hacer con lo que sabemos sobre la aldea y sus vecinos? —pregunta.

—Supongo que dejar las cosas como están. Volver a tapiar la cueva y no hablar de esto nunca más. Los muertos merecen seguir descansando, y los demás necesitan soltar el peso que llevar este secreto les ha dejado en el alma.

—¿Qué vamos a hacer con la posada? —cuestiona, y me recreo con pesar en las paredes de los salones donde la maldad, la codicia y la inhumanidad, una vez, se sentaron a trazar el plan con el que pondrían fin a la vida de tantos inocentes, cuyo único delito fue buscar un lugar en el que empezar de nuevo sin que sus hijos tuvieran que vivir el horror y la miseria.

—Seguiré adelante, borraré la huella de los Caruso y trabajaré duro para conservar la aldea que sus padres conocieron, y que nuestros vecinos han sabido cuidar con tanto cariño.

—¿Por qué crees que nadie ha querido saber lo que pasó con los hermanos Caruso? ¿No te parece muy extraño?

Me encojo de hombros por respuesta y Gideon se acerca un poco más. Me acaricia la cara con los dedos mientras yo cierro los ojos y me refugio en el calor tan intenso que deja a su paso hacia mi cuello. Sigue bajando hasta que me rodea un pecho con la mano y lo besa, despacio, jugando con sus labios sobre mi piel erizada.

—Tal vez estas montañas sean mágicas —respondo, aunque me cuesta todo un mundo continuar hablando—, tal vez tengan el poder de hacer que la gente olvide.

Me besa en los labios y el corazón comienza a acelerarse de nuevo, pero el sonido de unas

ruedas sobre el camino de grava hace que nos pongamos tan nerviosos que la risa nos dificulta levantarnos de la cama y encontrar nuestras ropas. Cuando lo hacemos, y logramos volver a recomponernos, me abraza con fuerza, con tanta fuerza que casi parece una despedida.

—Te veo abajo —me susurra, besándome las manos.

—Te veo abajo —le respondo y le lanzo un beso tan teatral que hace que se ría de nuevo.

Cierro la puerta detrás de mí y sonrío como una niña tonta que se enamora por primera vez. Mi felicidad es tan fuerte que temo que me explote el corazón antes de llegar al último escalón, y, mientras avanzo por el pasillo, me llegan los sonidos de los recién llegados que me buscan en la cocina.

—¿Isabel?

Es la voz de Italina la que pregunta por mí, pero no suena como ella, como siempre, sino que parece atenazada por el miedo y los nervios que hacen que mi nombre tiemble entre sus labios. Pienso en Candela y en la posibilidad de que algo malo le haya ocurrido, y se me borra la sonrisa a la vez que devoro cada peldaño de la escalera que me separa de ellas. Las manos de mi hija me alcanzan antes de llegar hasta abajo y me rodea con los brazos para llenarme de besos de bienvenida.

Suspiro, completamente aliviada de que ella esté bien, y levanto los ojos para saludar a mi amiga, sin embargo, ella apenas puede sostenerme la mirada, y dando un paso en mi dirección pone un teléfono móvil en mis manos que reconozco de inmediato.

—Te lo dejaste en casa y no ha parado de sonar. He tratado de ignorarlo todo lo posible, pero ha estado llamando cada quince minutos. Cuando he ido a apagarlo, he visto, sin querer, el último mensaje que ha enviado.

—¿Quién ha estado llamando? —pregunto, pero es una pregunta estúpida, porque ya sé quién es el que no deja de buscarme con tanta insistencia.

—Escucha... —me apremia, pasando por alto la respuesta directa—, sabe dónde estás y viene hacia aquí.

El muro que me aislaba de la realidad que dejé atrás cuando llegué a este pueblo acaba de convertirse en escombros bajo mis pies y el centro de gravedad que había construido de nuevo se mueve a un ritmo tan vertiginoso que tengo que agarrarme a cualquier cosa para no caer de bruces contra el suelo. Miro a los lados, buscando a Candela, pero ha salido corriendo hacia la casita del manzano con sus amigos antes de conocer la noticia que hace que se me esté quebrando el alma a cada segundo que pasa y las palabras de Italina se repiten en mi mente.

—Isabel, si salimos ahora mismo, puedo llevaros hasta la frontera con Suiza antes de que ese hombre llegue hasta aquí. No sé dónde está ni cuánto tardará en hacerlo, pero si nos vamos ahora no podrá alcanzarnos. —Italina me mira a los ojos, angustiada, suplicando para que coja a mi hija y me vaya con ella.

Tiemblo y la cabeza me va a mil kilómetros por segundo. Carolo se acerca, y nada sobrevive bajo la proyección de su sombra. De pronto, mi cabeza se detiene y ralentiza su movimiento; un sueño despierto se pasea por mis ojos y contemplo el balcón de una casa con ventanas de colores llenos de azaleas, un hogar donde vivir en paz con el mundo y ver crecer a mi hija sin miedo. Un lugar donde, lo que ha nacido en mi corazón, tenga un hueco donde echar raíces con el hombre que ha bajado deprisa las escaleras y está a solo un paso por detrás de mí.

—Tenéis que irlos. ¡Ahora! —ordena, y me giro para ver el rostro duro y crispado de Gideon.

Asiento y me dejo llevar hasta fuera de la casa para ir a buscar a Candela. Italina sube las escaleras y sé que va a hacer nuestras maletas sin que perdamos más tiempo. Noto los dedos de Gideon firmes sobre mi brazo, tratando de empujarme para que actúe rápido y los temblores del

miedo no me impidan marcharme cuanto antes, pero a medida que avanzamos hacia la loma que baja a la huerta, mi cabeza se asienta, mis nervios se calman y el miedo deja de escupirme veneno. Lo veo todo tan claro que me detengo en medio del camino, haciendo que Gideon tropiece y se gire para ver qué ha pasado.

—No vamos a irnos a ninguna parte —afirmo, y él abre los ojos, asustado con mi respuesta—. No hemos hecho nada malo, Gideon, y sé que si seguimos huyendo lo único que pasará es que perderé a Candela. Conozco a Caroló, sé cómo funciona su mente, solo tengo que dejar que venga hasta aquí y hacer que comprenda que lo más sensato es abandonarme y retomar el tipo de vida que lleva cuando no está en casa.

Gideon me mira, pero no creo que esté comprendiendo mi actitud del todo, aun así, me libero del apretón con el que me sujeta el brazo y asiento para mí misma, dándole seguridad a mis sueños.

—He luchado mucho por encontrar mi sitio, un lugar donde me siento yo misma, donde las cosas que tengo no dependen de la voluntad de los demás, sino de mi propio esfuerzo. Tengo muy claro qué quiero porque ya lo he visto, Gideon, he visto cómo pueden ser las cosas si dejamos de huir y afrontamos al padre de Candela. Te he visto en mi vida —le digo y su rostro se suaviza—, ¿por qué no puedo luchar por esto?

—Entonces...

—Si quiere encontrarnos, nosotras lo esperaremos.

—No voy a permitir que os haga daño. —Se separa de mí y se lleva un puño a los labios; con los ojos busca la casita del manzano y vigila a los niños que juegan a perseguirse entre ellos, ajenos a la tormenta que se acerca—. Te juro que soy capaz de ahogarlo en cuanto cruce esa loma.

—Entonces, cualquier posibilidad de empezar de nuevo, contigo, en esta aldea, se habría esfumado para siempre —respondo y él se gira para mirarme. Tiene los ojos rojos, las mejillas encendidas y la espalda tensa, pero se desinfla entre mis brazos cuando le rodeo la cintura y apoyo la mejilla en su pecho para refugiarme en él—. Júrame que no le harás daño, júrame que, pase lo que pase, no tocarás a Caroló. Eso solo serviría para separarnos.

—Lo prometo —logra susurrar entre dientes.

—Vamos a por los niños. Será mejor que esperemos dentro de la casa y que advirtamos a Pino de lo que está por venir.

Nos cuesta toda la paciencia que ambos tenemos convencer a los niños para que vayan a la casa de Pino, y, cuando lo hacen, cerramos las puertas, permanecemos juntos y a la espera. He logrado que Italina acceda a regresar al pueblo y los tres aguardamos sin saber qué va a ocurrir en las próximas horas. Por un momento se me ocurre que todo esto solo sea un farol de Caroló, que realmente no tenga forma de averiguar dónde estamos, pero lo conozco, si quiere algo, lo consigue, sea cual sea su precio.

Cuando Pino regresa de la aldea, dejo que sea Gideon quien le cuente lo que ha pasado mientras me refugio en la cocina para abrir la aplicación del móvil y leo el último mensaje que ha enviado desde la distancia. Tengo que saber cuándo descubrió dónde podía encontrarnos, así como el alcance de su enfado si se ha dado cuenta de que estábamos tratando de huir de él. Nada me ha preparado para lo que descubro en los más de veinte mensajes de texto que ha escrito durante la mañana desde un teléfono que no es el suyo.

«Mi amor, qué idea tan genial llevar a la niña a tomar un poco de aire fresco. Creo que será estupendo pasar unos días en familia alejados del resto del mundo. Sé que te pedí que fueras a recogerme al aeropuerto, pero ¡sorpresa! He adelantado mi viaje, y estoy yendo para el salto de la

Madonna. Te quiero, os echo de menos».

Suelto el teléfono sobre la encimera, con las manos temblorosas, y mi primer instinto es hacerlo añicos contra el suelo, pero ya es tarde, ha tenido tiempo suficiente como para rastrearlo hasta aquí con ayuda del satélite.

Sus palabras amables no obran el milagro de hacer que esté más tranquila y sé que tengo que estar preparada para salir ilesa del juego que haya inventado esta vez para atraparme.

33

LA ALARGADA SOMBRA DEL MIEDO

Isabel

Doña Carmina vino hace unos minutos a avisarnos de que han visto a un hombre merodeando por los caminos que llegan hasta la aldea y mi corazón acaba de morir congelado por el miedo. Candela se ha soltado de mis piernas, nerviosa, y se ha refugiado detrás de Gideon, que se mantiene a una distancia prudente y evita mirarme, como si temiera no ser capaz de soportar verme correr hacia los brazos de Caroló mientras su figura se va haciendo cada vez más nítida al otro lado de la loma. Lo observo de reojo y soy testigo de la lucha interna que mantiene consigo mismo, una batalla entre lo que sabe de mí y lo que aún desconoce. Pino permanece inalterable y sé que lo más probable es que se muestre atento y hospitalario, pues el bueno de Giuseppino no sabe ser de otra manera.

La figura del hombre que camina hacia nosotros se materializa lo suficiente como para que no me queden dudas acerca de que es el padre de mi hija quien se acerca como una tormenta. Su porte es altivo, atlético y elegante, a pesar de que el camino hasta aquí ha hecho estragos en su ropa y sus zapatos. Entrecierro los ojos, tratando de hacerme a la idea de verlo entre estas montañas. Aquello que tanto he estado temiendo todos estos meses acaba de ocurrir delante de mis ojos, pero, por alguna razón, no se parece al escenario de mis pesadillas y eso no termina de encajar del todo en mi cabeza.

De pronto, se detiene sobre la loma, hace visera con la mano y nos enfoca a todos nosotros, dispersos, frente a la entrada de la casa. Cuando decide que ha encontrado lo que andaba buscando, comienza a caminar, haciéndose menos pequeño, más presente y real.

Está tan guapo como la primera vez que lo vi, apoyado sobre la recepción del hotel que su padre abrió en mis playas del sur de Andalucía, tan moreno que su sonrisa contrasta con el blanco de sus dientes. Al contrario de lo que podría parecer, está tranquilo y relajado, y no da muestras de estar a punto de convertirse en un monstruo capaz de estampar el coche contra la carretera para vengarse de mí. Quizá sí que ha cambiado en todo este tiempo, quizá lo que pasó con Candela lo haya hecho recapacitar.

—Hola, Isabel —me saluda, pero no rompe la distancia tratando de darme un beso. Se mantiene a la espera de mi reacción, porque tal vez intuya cuánto han cambiado las cosas en los últimos meses.

—Hola —susurro y bajo los ojos, temerosa de que pueda leer en ellos lo que ha pasado en su ausencia.

—Te he echado tanto de menos... —asegura de manera afectada, entonces busca con los ojos detrás de mí hasta dar con Candela, que sigue escondida a la espalda de Gideon—. Mi niña, mi princesa..., ¿puedes darle un abrazo a papá?

Candela retrocede un segundo, pero después, como si creyera que lo que hace no está bien, sale a su encuentro y se deja abrazar por él. El ruido de la prótesis sobre la grava de la entrada llama la atención de Caroló, que deja caer unas lágrimas antes de rodearla con los brazos. Permanezco impasible y observo la escena, completamente muda, porque el Caroló que yo

recuerdo jamás habría demostrado su debilidad en público.

—Lo siento tanto, mi niña..., te prometo que jamás dejaré que nada malo te vuelva a ocurrir. Papá está aquí, y siempre estarás a salvo.

Un movimiento a diez pasos a la derecha hace que despegue los ojos del abrazo entre Candela y su padre, y contemplo las pisadas de Gideon sobre la entrada. Ha decidido regresar al interior de la casa, y, aunque cumple con su promesa de contenerse, ha dejado escapar el aire antes de ahogarse con todo lo que debe de estar alojando en su interior. Trago saliva, tratando de aplacar el revoltijo de emociones en el que se ha convertido mi cuerpo: miedo, estupor, sorpresa, compasión, temor, incertidumbre y el corazón roto por la distancia que Gideon guarda conmigo. No tengo tiempo para pensar en todo esto porque ni siquiera yo misma sé qué está pasando.

Candela se deshace del abrazo de manera sutil y se despide con un escueto «adiós» para seguir a Gideon hasta el interior de la casa, Pino le sigue los pasos y ya solo quedamos Carolo y yo, de frente. El pulso me tiembla tanto que no soy capaz de dejar de hiperventilar y entonces entro en la casa y busco refugio en la cocina, el lugar en el que he aprendido a controlar mis nervios a lo largo de todos estos días esperando a que viniera a buscarnos. Él me sigue, lo siento merodear a mi alrededor, robándome la calma.

Anclo las manos firmes al fregadero cuando siento sus pasos detrás de mí y me recuerdo a mí misma que mi actitud puede jugar a mi favor para conseguir lo que había planeado. Entonces, agarrándome las tripas con los dedos, las convierto en una sonrisa de bienvenida y me giro para mirar a mi marido, que observa, distraído, la estancia. Cuando acaba de saciar su curiosidad, sus ojos se centran en examinarme a mí y lo siento, calibrando mi aspecto, buscando formas de agarrarse a cualquier información que pueda usar en mi contra, sin embargo, tan solo sonrío.

—Te veo bien, Isabel. El campo te sienta bien, y también a Candela, por lo que he podido observar.

—A propósito de eso... —empiezo, torpe, un discurso que no sé cómo llevar, porque su actitud no hace más que confundirme.

—Lo sé, sé que las cosas no están bien entre nosotros, y sé que quizá no he sido el marido que te mereces en realidad. —Alza las manos en son de paz y prosigue, redimido—. No he venido hasta aquí para discutir contigo acerca de por qué has cogido a Candela y te has marchado de casa, confío en que has tomado la mejor decisión por las dos.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Carolo avanza unos pasos, con cautela, y se apoya con una mano sobre la encimera, se encoge de hombros y me sonrío, de una manera un tanto inocente, enseñándome sus banderas blancas.

—Tenía que comprobar si era cierto que te había perdido para siempre —sentencia, llevando una mano hacia mi rostro.

Cierro los ojos por el contacto de sus dedos en mi piel, pero no encuentro nada dentro de mí que quiera continuar sintiendo su contacto. Entonces pienso en Gideon, en el roce tranquilizador de sus manos, y en la sensación tan grandiosa de sentir que puedo ser yo misma, con mis sueños y esa libertad tan inmensa que me sobrecoge.

Abro los ojos, decidida a dejar claras las circunstancias que ahora nos separan, pero en ese momento Carolo vuelve a avanzar y me besa en los labios. No soy capaz de volver a cerrar los ojos y, mientras su boca se detiene en la mía, me atraviesa la sensación de haber abandonado mi cuerpo y estar flotando en alguna parte lejos de aquí. Me deshago de su beso y vuelvo a poner distancia, pero al desviar los ojos hacia la puerta contemplo a Gideon observando nuestro encuentro desde las escaleras. Ojalá tuviera palabras suficientes para describir el sonido que hace su corazón al romperse, o el dolor que me atraviesa las entrañas al ver su rostro crispado por la

tristeza. Doy un paso hacia él, porque tengo que lograr que entienda lo que ha visto, pero Carolo me coge de las muñecas y me detiene.

—Si existe una mínima posibilidad de recuperar a mi familia, Isabel, yo quiero intentarlo. Los problemas forman parte de las relaciones, podemos salir adelante a pesar de los momentos malos. Eh... —lleva una mano a mi mentón y me obliga a despegar la vista de las escaleras vacías—, tenemos una hija preciosa que no se merece un hogar roto, una Russo, nada menos, una heredera de la mayor cadena de hoteles del Mediterráneo.

Carolo sonríe y yo también lo hago, como una autómatas que asume su papel, pero ni en un millón de años cambiaría lo que ahora sé de mí misma por la terrible experiencia de volver a vivir con él. Sin embargo, necesito que ambos estemos en el mismo bando si quiero llegar a un acuerdo satisfactorio para todos y conservar mi libertad, aunque eso suponga hacerle creer que puedo cambiar de opinión en cualquier momento. Lo único que me preocupa de todo esto es qué pensará Gideon de lo que acaba de ver.

No puedo acercarme mientras Carolo me esté rondando, pues no quiero poner el foco de atención sobre él, que pueda acusarme de haberle engañado y darle motivos para usar esa información en mi contra, pero el dolor que se ha alojado entre mis costillas me dice que nada de esto puede salir bien para nosotros. Pienso en sus labios cálidos, en el peso de su cuerpo sobre el mío, en su risa, su voz tranquila, su amabilidad infinita y todas las muestras de amor que le ha dado a mi hija, y decido usarlo como combustible para los días que me quedan por delante.

No tengo ni idea de cuánto tiempo piensa quedarse mi marido, pero no ha traído más que una pequeña bolsa de viaje consigo y lo conozco lo suficiente como para saber que no soporta nada de lo que ha visto hasta ahora.

—Si es tan amable de acompañarme, joven, lo llevaré hasta el cuarto de invitados que queda libre para que pueda acomodarse.

Pino ha aparecido en la cocina sin apenas hacer ruido, logrando que Carolo deje de insistir en una posible reconciliación y aniquilando cualquier intento de repetir el beso con el que me ha acorralado antes.

Carolo lo mira, como si le sorprendiera encontrarlo ahí, o como si no pudiera entender cómo se atreve a imponerle un dormitorio distinto del mío.

No logro despegar mis ojos de él mientras sube las escaleras, y cuando desaparece de mi vista, corro hacia la puerta de entrada, porque necesito encontrar a Gideon, mirarlo a los ojos y ver que todo está bien, que nada ha cambiado, que entiende lo que hago y que sabe que todo esto es solo un papel al que agarrarme si quiero salir indemne del huracán emocional que es mi marido.

Sin embargo, freno mis pasos antes de alcanzar la puerta y pienso en mis opciones, que son pocas y se sostienen en un limbo. No quiero poner en peligro lo que Gideon y yo sentimos, pero tampoco voy a dejar que Carolo se lleve a mi hija. Estoy detenida en el punto central de un cruce de caminos y cualquier paso en falso puede hacer que lo pierda todo.

Entro en la casa de nuevo y regreso a la cocina a seguir preparando la cena, rezando para que Carolo se canse de la vida sencilla del campo, de esperar algo que nunca voy a darle y, sencillamente, desaparezca.

34

PASOS EN FALSO

Gideon

Silencio. Tan solo el rechinar de los cubiertos en los platos rompe la bruma tan densa que ha llegado hasta esta casa arrastrada por el tipo que simula saborear con placer el plato que ha preparado Isabel. Ella ni siquiera se ha atrevido a probar bocado, y yo hace un rato que dejé de marear el solomillo. Pino no para de emitir una serie de ruiditos de fastidio que dejan muy claro que no sabe qué partido tomar en todo esto y Candela... ha sujetado una de mis manos por debajo de la mesa y sus dedos me aprietan con fuerza.

No ha dejado de buscarme desde que su padre apareció, medio muerto de fatiga por haber subido a pie a la aldea y sucio por el polvo de los caminos. Lo miro con recelo, y, o bien es tan estúpido que no se da cuenta de que nadie quiere su presencia o bien está acumulando veneno para verterlo más tarde sobre Isabel. Si estaba esperando a que su familia se le tirara a los brazos al verlo llegar, no ha salido muy favorecido.

No me mira de forma directa, aunque soy consciente de su reticencia a observar fijamente las cicatrices de mi rostro. Al estupor inicial le sobrevino una pequeña dosis de miedo y después, como si recordara quién es él, un cierto complejo de superioridad.

—Entonces, usted las deja estar aquí a cambio de un poco de ayuda con la casa y la granja —pregunta, despreocupado, y Pino asiente con cautela. Apenas ha hablado con nosotros desde que llegó y esto es lo más cerca que ha estado de entablar una conversación amigable. Hasta que vuelve a abrir la boca—: Querida, ¿es que ninguno de los hoteles de nuestra familia es de tu agrado?

El imbécil se echa a reír, como si hubiera contado el chiste más divertido del mundo, pero Isabel no levanta los ojos de la mesa. Se ha convertido en una persona automatizada por el miedo, alguien que ha aprendido que rebatir a su marido puede salirle muy caro. Lo observo de nuevo, y no me parece la clase de hombre que se dedica a ganarse el respeto sembrando la violencia en los demás; es atlético, refinado y atractivo, viste bien y apesta a ciudad. No deja de mirar su móvil, tal vez buscando una red a la que poder conectarse, y me pregunto si aún no se ha dado cuenta de que no le sirve de gran cosa entre estas montañas. Ha aterrizado en un limbo suspendido en el tiempo, un lugar donde la tecnología nunca existió y donde los tipos como él no encuentran su sitio. Lo veo en sus ojos, en esa forma de doblar el labio inferior, con desagrado, y empiezo a preguntarme cuánto durará su buena voluntad.

—Al menos, parece que has conseguido aprender a cocinar. —Ríe satisfecho, llevándose una servilleta a los labios para limpiarse.

Aguanto la respiración y aprieto los puños, pero Isabel sigue con los ojos fijos en el mantel que recubre la mesa; tiene las mejillas del color granate que tanto la caracteriza cuando sus emociones son demasiado intensas, pero no dice nada. Me muerdo la lengua y guardo silencio, sin embargo, mantengo la guardia; este imbécil ha venido buscando guerra, Pino lo sabe, Isabel lo sabe, y el temblor de los dedos de Candela entre los míos advierte que nada de esto es nuevo para ella.

—Bueno, pues, creo que será mejor que suba a descansar —se despide, afable, y Pino se levanta para darle un par de mantas extras porque han vuelto a bajar las temperaturas.

Ni siquiera ha hecho el amago de recoger su plato de la mesa, pero Isabel se apresura a retirarlo, nerviosa, con los dedos torpes, como si no hubiera en el mundo nada más urgente que hacer. Apilo el resto de los platos y vasos entre las manos, y los llevo a la cocina para dejarlos sobre el fregadero.

Isabel limpia y yo seco los cacharros antes de guardarlos en la alacena, pero no dice nada. Tan solo se oye el sonido de los cubiertos regresando a sus estantes y, a medida que el silencio se vuelve espeso, también lo hace la distancia entre los dos. Es como si las últimas horas hubieran desaparecido, como si los meses que ha vivido entre estas montañas no hubieran cambiado nada en el interior de una mente tan atormentada como la suya.

Enjuaga un plato, me lo tiende y yo aprovecho para rozarle los dedos con los míos. Es un gesto inocente que podría pasar desapercibido, sin embargo, Isabel retira la mano con un gran estupor. Se gira hacia las escaleras y suspira aliviada de que nadie se haya dado cuenta de lo que acaba de pasar.

—Isabel... —susurro, y ella me ruega con la mirada para que lo deje estar.

—Ahora no, por favor.

Agacho la cabeza tratando de encontrar sus ojos, que no se levantan del suelo, pero me topo en las narices con el muro que ha levantado entre los dos. Me giro, recojo el trapo que he soltado sobre la encimera y continúo limpiando este desastre. Cuando he terminado y no tengo más que hacer, subo las escaleras y me encierro en mi dormitorio.

Mientras me desvisto para meterme en la cama no dejo de pensar en lo que la llegada de Carolo Russo ha traído a esta casa, en cómo Isabel se ha vuelto a cubrir con las capas de inseguridad que traía cuando llegó aquí, y se me rompe el alma pensando en todas las veces que Candela ha permanecido en silencio, pasando desapercibida, dejando de llenarlo todo con su presencia y su energía desbordante. Han desaparecido, las chicas a las que tanto amo están escondidas en algún rincón de sus mentes, asustadas.

La casa se convierte en un santuario de mutismo y quietud a medida que las pisadas en el pasillo se van espaciando y cada uno ocupa su habitación. Yo cierro los ojos y trato de dormir, sin embargo, el recuerdo de Carolo besando a Isabel me asalta una y otra vez, como un gusano que se incrusta en el cerebro devorándolo todo a su paso. De repente, el ulular del viento moviendo las hojas de los árboles provoca la imagen en mi cabeza de dos bocas que se buscan con anhelo, cada crujido de las tablas viejas se me asemeja a cuerpos que se encuentran en la oscuridad, y cuando creo que no soy capaz de soportar estos celos enfermizos que no dejan de atormentarme, me levanto de la cama y abro la ventana para que entre el frío.

Abajo, entre la espesura de los matorrales que colindan con los establos, descubro una silueta, alguien está merodeando por las inmediaciones de la finca, pero el porte altivo y decidido del tipo me hace darme cuenta de que se trata de Carolo. Es solo una sombra oscura recortada contra el cielo encapotado, aunque la luz de su teléfono móvil lo delata. Lo mueve por el aire, tal vez tratando de encontrar la forma de conectar con la civilización que ha dejado atrás, y cuando creo que va a guardarlo en el bolsillo, rendido de buscar señales que no existen aquí arriba, alza la mano y lo estampa contra el suelo. La luz de la pantalla se apaga después del impacto y la sombra del marido de Isabel se difumina en la noche. Tan solo veo su silueta, moviéndose de manera violenta mientras pisotea lo que ha quedado del aparato, hasta que parece satisfecho con el resultado y se agacha a recoger los trozos que han quedado esparcidos por los guijarros. Lo observo con más atención, sin entender del todo qué es lo que he visto, y sigo sus pasos cuando se pierde más allá del corral. Se demora fuera de mi campo de visión el tiempo suficiente como para que crea que se ha perdido, pero el ruido que hace junto a las pocilgas lo delata.

Me quedo quieto, pegado a la hoja entreabierta de la ventana, observando lo poco que se puede ver desde aquí, y afino el oído hasta que lo escucho volver a la casa de Pino. Cuando las pisadas de Carolo en el pasillo anuncian que ha regresado a su habitación, me meto en la cama y finjo que estoy dormido.

Los pensamientos se suceden veloces por mi cabeza, tratando de analizar qué es lo que ha pasado ahí abajo y por qué se ha deshecho de su teléfono de esa forma. No creo que sea tan caprichoso como para romperlo por el simple hecho de no tener señal de red entre las montañas y su actitud era demasiado tranquila para haber sufrido un ataque de ira. Hay algo en Carolo Russo que apesta, pero no consigo averiguar qué es.

Cuando el sueño me atrapa y los párpados me pesan, me doy la vuelta para intentar dormir, sin embargo, el sonido de unas pisadas ligeras que se desplazan por el pasillo hace que me incorpore sobre los codos y observe cómo se mueve el pomo de la puerta de mi habitación. Es ella, no puede ser nadie más, pero antes de que la puerta se abra, el pomo vuelve a quedar inmóvil y los pasos se alejan.

Salto de la cama y abro. Contemplo el pelo largo y suelto de Isabel que se pierde al otro lado de la puerta de su propia habitación. Doy un par de pasos en su búsqueda, aunque no puedo pasar por alto que tengo a Carolo Russo durmiendo a solo unos metros. Si me acerco a su mujer, él se dará cuenta, y desconozco hasta dónde sería capaz de llegar.

«Su mujer», las palabras siguen resonando en el interior de mi cabeza mucho después de meterme entre las mantas de mi cama, y soy consciente de que soy el tercero en una ecuación complicada y tormentosa que mantiene a Isabel apartada de mí.

Cuando todo esto acabe, ¿qué quedará de nosotros?

AMARÁS LA DERROTA

Isabel

Los albañiles que se van a encargar de las obras de remodelación de las casas Caruso llegan en unas horas para que estudiemos los planos y Carolo no deja de rondarme desde que se ha despertado esta mañana temprano. Se ha interesado por conocer todos los rincones de la finca de Pino, aunque me he guardado mucho de llevarlo hasta el manzano donde Gideon ha construido la casita de madera para Candela. Si pregunta quién la ha hecho sumará ideas y llegará a sus propias conclusiones, y no puedo demostrarle a Carolo que el hombre callado y ausente que apenas permanece en su presencia más de lo necesario es el hombre al que amo más de lo que nunca lo amé a él.

Lo he visto salir de casa cuando ya todos estábamos en pie, pero desconozco a dónde ha ido. Lo busco a través de la ventana de la cocina mientras preparo el desayuno, pero Gideon no parece que vaya a regresar, aunque guardo la esperanza de encontrarlo en las mansiones, con los otros albañiles.

Lo echo de menos, echo de menos su presencia tranquila y el calor que irradia tan solo con posarme los ojos encima. Echo de menos sus bromas, la amabilidad con la que se dirige a todo el mundo en esta aldea, su paciencia, el sonido de su voz cuando canturrea mientras trabajamos juntos y la forma en la que me alienta a seguir adelante cuando todo va mal. Pero, sobre todo, echo de menos a la persona que soy cuando estoy con él, la mujer que se atreve a tomar sus propias decisiones, una mujer que no permite que nadie la trate como Carolo me ha estado tratando desde que llegó.

Lo observo por encima de mi hombro en el instante en que unto el pan de Candela con mantequilla. Está con ella, sentado a la mesa, fingiendo interés en la prótesis que le soporta la pierna que perdió por su culpa. Mis ojos se pasean de él a ella y el corazón se me comprime de tristeza. También echo de menos a Candela, a la niña alegre que corre por las habitaciones de esta casa seguida de cerca por un perro que la dobla en tamaño, llenando el mundo con su voz y sus historias fantásticas de dragones de dos cabezas y princesas con escamas de pez. No sé a dónde ha ido mi hija desde que su padre vino a buscarnos, pero la niña que permanece ausente y en silencio no es la misma que conocí entre estas montañas.

Carolo lleva una de sus grandes manos a la prótesis de titanio de diseño exclusivo que mandó fabricar para Candela y no consigue disimular el gesto de hastío cuando comprueba que se ha dedicado a llenarla con pegatinas de purpurina y garabatos a color. Candela se encoje en la silla en cuanto esa mirada con la que tanto le gusta matarnos de miedo aparece en sus ojos y la observa, moviéndole la pierna hacia ambos lados.

—Lo siento mucho, princesa. No tengo palabras para describir cómo me siento cuando recuerdo lo que pasó —dice, y detengo el filo del cuchillo sobre el pan para prestarle atención—. ¿Podrás perdonarme algún día?

He oído cada palabra que ha salido de sus labios, sé lo que significan cada una de ellas, pero juntas, y en su boca, suenan tan vacías como el corazón que custodia entre sus costillas. Me fijo en sus ojos y observo cómo el fuego de la rabia le quema las pupilas, puedo sentir la vibración de su enfado desde el otro lado de la cocina y sé que a Candela también la ha sacudido a pesar de

sus palabras de disculpa. Llegan tarde y no son ciertas.

Candela asiente, con los ojos apagados, pero en cuanto la puerta de la casa se abre y las pisadas de Gideon, seguidas de cerca por las patas robustas de un perro, anuncian su llegada, su rostro se ilumina y se transforma en otra cosa, en una expresión de amor incondicional y seguridad que no le procura a su propio padre. Carolo también se ha dado cuenta, pero Tino ha llegado antes de Gideon, enmascarando al sujeto causante del cambio de Candela.

Me muerdo el labio inferior tratando de no reírme al verlo levantarse de un brinco y pegarse al rincón más alejado del mastín, aunque Tino no tiene el más mínimo interés por conocer al padre de Candela y se deleita, juguetón, entre los brazos de mi hija.

—Podría ser peligroso y tú dejas que se suba a las piernas de la niña —masculla Carolo, con los ojos abiertos por el miedo.

—Es inofensivo, y estoy seguro de que hará cualquier cosa por proteger a Candela. Los perros no atacan a los miembros de su propia manada. —La voz robusta y cortante de Gideon hace acto de presencia, aunque no se detiene a ver la reacción de mi marido, solo me tiende un montón de papeles con diferentes sellos de proveedores que necesitan de mi aprobación urgente.

Recojo los documentos y finjo que me concentro en ellos, pero el rostro de Carolo se ha crispado por la ira al verse reprendido y contradicho por alguien a quien ni siquiera conoce. Puede que crea que sabe esconder lo que siente, pero he aprendido a calcular cada gesto de su rostro vaticinando el incendio que le sobreviene, sin embargo, sabe que no puede explotar con Gideon de la forma en la que lo hace con nosotras y se contiene.

—Perdona, ayer estaba tan exhausto del viaje que creo que no he tenido ocasión de presentarme. —Carolo transforma su ira en falsa modestia y se acerca, tendiendo una mano que Gideon se resiste a estrechar—. Soy Carolo Russo, director comercial de la cadena de hoteles Dolce Russo, y marido de Isabel, y tú eres...

—Gideon —dice, limitándose a responder antes de retirar la mano como si le quemara su contacto—. Yo solo soy Gideon.

Observo cómo se estudian, uno con verdadera curiosidad, el otro con el desprecio más atroz que le he conocido. Cuando la intensidad con la que Gideon no le quita los ojos de encima comienza a molestarle, desvía la mirada y se centra en lo que tengo entre mis manos. No, no es tan valiente como para enfrentarse a alguien del tamaño y aspecto de Gideon.

—¿Qué es eso? —pregunta, acercándose más.

Habría dado lo que fuera para que no se enterara de mis planes y se marchara antes de que estos necesitaran de mi intervención, pero no contaba con verlo por la aldea tan pronto, en realidad, rezaba por el milagro de no volver a verlo.

—Son los gastos para una obra que estoy supervisando, tan solo se trata de un proyecto.

Los ojos de Carolo suben de los papeles hasta que se encuentran con los míos, y la forma en que tuerce los labios al comprender lo que intento decirle me traslada a la noche en la que decidió atentar contra nuestra vida y envió el coche fuera de la carretera.

—¿Un proyecto? ¿Qué clase de proyecto?

—Estoy tratando de levantar una posada —respondo, pero no puedo evitar que la voz se me estrangule al final. Sus ojos se centran tanto en mí y en mi respuesta que me está cortando el aire.

Y cuando creo que va a estallar con toda la ira que lleva conteniendo desde que llegó, abre la boca y se ríe a carcajadas.

—Una posada, ¿tú? Y quién va a venir hasta aquí a pasar la noche, ¿las hadas?, ¿los duendes? —Se limpia las lágrimas que la risa le ha provocado en esta segunda oleada y observo cómo Gideon tensa los músculos del brazo izquierdo. Sé que es capaz de derribarlo de un solo

puñetazo, pero no quiero que lo haga.

—Es solo una idea que a los vecinos parece haberles gustado y yo les estoy ayudando. Solo eso.

—Bien, por un momento se me había pasado por la cabeza que, tal vez, te habías vuelto tan loca como para contemplar la posibilidad de quedarte a vivir aquí —masculla, sonriendo, pero no hay nada amable en su manera de hacerlo—. No creo que a Candela le gustara volver a casa y que tú no lo hicieras.

Carolo acaba de soltarme la primera puñalada certera y directa al corazón, sabe dónde está la llave que hace que mi mundo gire y mi voluntad se doblegue, lo sabe desde el mismo instante en que supe que Candela estaba dentro de mí. La ha usado como moneda de cambio cada vez que quería salirse con la suya, cada vez que intuía que mis ganas de volar de su lado se incrementaban hasta convertirse en un peligro.

—No pienso quedarme en esta aldea, tan solo pretendo ayudar. Eso es todo.

Gideon me está mirando, lo siento atravesando las duras capas con las que he envuelto mi piel desde que Carolo llegó, no tiene pruebas de que estoy mintiendo, pero no puedo delatar mis planes delante de una persona tan impredecible como mi marido. No soy tan idiota como para creermela patraña de que estos meses lejos de casa lo han cambiado, pero desconozco cuáles son sus cartas en este juego y acaba de sacar el as que tenía escondido. Candela, ella es lo único que me importa ahora mismo.

—Entonces, supongo que no te importará si te acompaño —sugiere, señalando la puerta abierta—, después de todo, necesitarás la opinión de un experto en la materia, a no ser que quieras seguir jugando a las casitas.

Gideon ha apretado los puños de nuevo y su mandíbula está tan tensa que podría romperse los dientes, así que me interpongo entre él y Carolo, y me apresuro a conducirlo hacia la salida.

—¿Sabes qué? He olvidado algo en la habitación. Si no os importa esperarme... —Carolo hace un ademán y asiento con la cabeza.

En cuanto se pierde por las escaleras me giro hacia Gideon, pero este ni siquiera me mira a la cara.

—¿Qué es lo que pasa contigo? —le increpo.

—¿Conmigo? Eres tú la que ha cambiado radicalmente desde que él puso los pies en esta aldea. ¿Ya has olvidado todo lo que os hizo? ¿Cómo puedes permitir que te trate de esa manera?

—Sé lo que hago.

—Pues no lo parece en absoluto. Deberías hacer memoria —suelta, malhumorado, y se me llenan los ojos de unas lágrimas a las que no les permito salir.

—Sé lo que hago —repito, un poco más despacio.

—No me gusta nada de esto, Isabel, esconde algo, estoy seguro.

—No me importa lo que creas, sé lo que estoy haciendo. —Doy un paso hacia él y busco sus ojos, pero él no quiere mirarme.

Gideon se aleja de mí y lleva sus manos a la cabeza, apretándose el cráneo como si necesitara comprimir sus ideas dentro de él. Cuando se gira y me observa de nuevo, tiene una súplica en la mirada que hace que se me rompa un poco más el corazón.

—¿Te arrepientes? —me recrimina y veo el miedo en sus ojos. No quiere perderme, pero yo no puedo pensar en nosotros ahora.

Doy un paso hacia él y levanto la mano. Solo quiero acariciarle la cara y devolverle un poco de la tranquilidad que nos han robado, pero los pasos de Carolo ya resuenan en las escaleras de la casa y regreso a mi posición inicial, al otro lado de la barrera que ahora nos separa. Gideon

también camina hacia atrás, poniéndose a salvo de lo que cree que cuenta mi silencio, no puedo hacerle ningún gesto que me ponga en evidencia, y lo observo con toda la frialdad de la que soy capaz mientras compruebo que ha cerrado sus compuertas para protegerse a sí mismo de mi rechazo.

—Te arrepientes... —susurra antes de volverse hacia la loma que conduce a la aldea.

Lo observo marcharse y, sin embargo, me trago las lágrimas y mantengo la firmeza de mi rostro antes de que aparezca Caroló y sepa que tiene otro as con el que volver a amenazarme. No voy a perder a mi hija, aunque para ello tenga que matar el amor que siento por Gideon.

UNA SOMBRA SE CIERNE SOBRE NUESTRAS CABEZAS

Gideon

Los pilares de refuerzo apuntalan el techo de lo que será la posada, los albañiles colocan las nuevas vigas de madera que soportarán el peso de la segunda planta ahora que hay un gran agujero conectando los dos salones de las mansiones Caruso. Me acerco a uno de los obreros y le ayudo, soportando con las manos el póster metálico mientras él ajusta la altura necesaria, y, aunque podría hacerlo él solo, necesito un motivo para distraerme de la visión de Isabel, seguida a todas partes por su marido.

Ella le está enseñando sus anotaciones en los planos originales de la posada, y el brillo de sus ojos denota la ilusión que le ha puesto a este proyecto. Aparto la vista de ellos, tratando de no reconocer lo mucho que me duele verlos juntos. Sé la clase de hombre que es Carolo Russo y sé la clase de influencia que tiene en las mujeres, porque posee todo cuanto se puede desear, y contra eso no puedo competir.

Continúo con mi trabajo tratando de no pensar en él, pero la voz de Isabel aún resuena en mi cabeza, y esa última conversación que lo ha cambiado todo no deja de reproducirse como un disco rayado. No tengo derecho a creer que hay un «nosotros», e Isabel no tiene que darme explicaciones acerca de lo que siente o no por su marido. Solo somos dos fugitivos que se han encontrado en una encrucijada, pero ninguno de los dos pertenece a estas montañas.

—¿Sin electricidad? —Oigo decir a Carolo y automáticamente aparece en su rostro ese gesto de condescendencia por el que sería capaz de hacerle tragar sus propios dientes—. Desde luego, se nota que no tienes ni idea del negocio. Siento romperte la burbuja, pero los huéspedes quieren lujo, Isabel, y comodidades, no que los pongas a trabajar en... ¿pastillas de jabón?, ¿velas? Es absurdo.

Isabel entrecierra los ojos y se muerde la comisura de los labios, nerviosa. Yo tengo que reprimir el impulso de acercarme hasta ella, poner mis dedos debajo de su barbilla y subirle la mirada para que no permita que ese tipo le mine la moral con su prepotencia. Ella, por el contrario, ha cerrado el cuaderno y lo ha dejado abandonado sobre una pila de sacos de cemento, junto con el resto de los presupuestos que le di. Entonces mira a su alrededor, repasando las cosas que ya se han hecho, y veo cómo sus sueños mueren en sus ojos. Duda y se tambalea en la cuerda floja a la que ese imbécil la está empujando, y no importa que crea que sabe lo que hace, porque veo la derrota en sus hombros encorvados y la desesperanza ante la idea de que sus planes no son lo suficientemente buenos.

Cuando la realidad que él le muestra le abrumba demasiado, sale del edificio y el idiota la sigue hacia fuera, pero ni en un millón de años pienso dejarla a solas con ese hombre. Prometí protegerla, y no importa si se arrepiente de lo nuestro, yo nunca me arrepentiré de ella.

—Voy a volver a casa de Pino, he olvidado una lista de materiales de carpintería que tengo que mandar al aserradero con urgencia —me excuso con los albañiles y salgo tras ellos.

Los veo avanzar por la aldea, despacio, y escucho cómo Carolo le hace preguntas acerca de las cosas que ve. Se ha dado cuenta de que le sigo los pasos y, por la forma en la que se tensa su

cuerpo, estoy casi convencido de que ese imbécil ha oído la conversación que hemos tenido esta mañana. Sin embargo, si sabe lo que ha habido entre nosotros, no entiendo por qué no ha dicho nada al respecto.

Carolo sigue ignorando mi presencia, persiguiendo a Isabel y sonriendo a todo el mundo que se cruza en el camino, aunque no creo que se haya dado cuenta de que la forma en la que actúan los vecinos no es la habitual en esta aldea. He visto a Aurelio observarlo pasar por debajo del balcón de su casa y no ha hecho el más mínimo intento de averiguar de quién se trata; Andrea, por el contrario, ha cerrado la ventana a su paso y la *nonna* Cecilia no se ha dignado a darle la mano. Ni tan siquiera Matilda se ha asomado a comer flores ni han resonado sus mugidos a través de la puerta. Para todos ellos, que suman juntos tantos años como tienen las montañas, no hay nadie, por atractivo y perfumado que sea, que consiga engañarlos; y aunque Isabel nunca reveló su verdadera historia, llegó hasta aquí con la mirada perdida de aquellos que desean huir del mundo y refugiarse del monstruo que asola su existencia.

—*Ma che sfigato...* —Una voz conocida me intercepta al otro lado de una puerta entreabierta, y el pelo escaso y blanco de la *nonna* Cecilia asoma hacia la calle, observando al nuevo intruso que se pavonea de regreso a la casa de Pino—. Hasta un ciego podría reconocer a un diablo cuando lo tiene cerca. Aún recuerdo a Niccolò Caruso, y el marido de Isabel tiene la mirada dura de Niccolò Caruso. *Porca miseria!* Tenemos otro lobo disfrazado de oveja.

Carraspea con todas sus fuerzas y escupe sus palabras sobre los adoquines, pero no despegas su vista de Carol, lo observa detenidamente, de forma tan detallada que podría parecer que se esfuerza por memorizar cada palmo de su cuerpo.

—Ojalá se marche pronto —deseo y ella me mira con mucha más atención, como si supiera algo que yo no alcanzo a comprender.

—Ah, pero ese hombre no va a marcharse. Y si lo hace, ellas se irán con él. ¿No te has preguntado todavía por qué mantiene una fachada que no es la suya? —Deja caer una mano huesuda sobre mi hombro y lo palmea con suavidad—. Hazte todas las preguntas y encontrarás todas las respuestas.

Lo observo de nuevo ahora que ya casi han llegado a lo alto de la loma. Después, paseo mis ojos sobre Isabel, la misma mujer que temblaba ante la sola idea de verlo asomar por los caminos, la que corría buscando a Candela por los prados, presa del miedo más atroz, la que sollozaba entre mis brazos al pensar en que pudiera llegar este día; no consigo creerme que se haya olvidado de todo eso en solo unas horas. Me pregunto si solo he conocido la versión de Isabel que ella quería que conociera.

—No las dejes solas, *capisci?* —La *nonna* Cecilia me zarandea para que vuelva a prestarle atención y la observo de nuevo. Su rostro se ha tornado en una máscara de hierro duro y casi cruel que me hace recordar quién es en realidad la *nonna* y cuál es el secreto que esconde en estas montañas—. Tienes derecho a estar celoso, pero deja de comportarte como un simio que ha perdido su territorio y actúa como el oficial del ejército que eres. Piensa, Gideon, la vida entera es una estrategia militar y ese hombre tiene una estrategia en mente.

Asiento, despacio, dándole vueltas a sus palabras, mientras ella sufre una transformación: la amabilidad ha vuelto a asomarse a su rostro y me contempla con una mezcla de aprecio y ternura que consiguen conmoverme. En el tiempo que llevo viviendo entre ellos no me había dado cuenta del vínculo que he formado con estos ancianos, lazos que no son de sangre, pero que nos mantienen unidos por un sentimiento de pérdida de aquellos que lo han dejado todo atrás para empezar de nuevo. Me hace un gesto imperativo con la cabeza cuando se da cuenta de que me he quedado observándola demasiado tiempo y me apresuro a regresar al camino.

Desde lo alto de la loma veo a Candela salir de la casa de Pino al oír la llegada de sus padres, pero, en lugar de recibirlos, se queda agazapada contra la fachada hasta que su madre entra y Candela decide quedarse sentada en el escalón de la terraza, quieta, como si, de repente, se hubiera dado cuenta de que tiene una pierna menos que limita su existencia. Apesta. El poder que Carolo ejerce sobre su familia sin apenas levantar la voz es apestoso y desagradable. Lo veo agacharse junto a ella, dedicándole una sonrisa cruel y fría que hace que Candela agache de nuevo la cabeza, entonces entra en la casa y la deja sola y triste.

Bajo la loma, con calma, tomándome mi tiempo hasta asegurarme de que ese bastardo no vuelve a salir de la casa; me acerco a Candela y me siento junto a ella. Trata de no mirarme a los ojos, como si intuyera que está mal ser amigos, pero sin darse cuenta ha comenzado a balancear los pies en el aire, como la chiquilla alegre, ruidosa, saltarina y llena de confianza que yo conozco. Es una señal, algo que solo he visto hacer a los niños que viven en guerra, un coletazo de energía que los impulsa a salir a la superficie, a pesar de lo profundo que sea el pozo de mierda al que los adultos los hayan arrojado.

Entonces me mira y sonreímos al mismo tiempo, dejando que el miedo se escape un poquito, y Candela parece casi la misma de hace unos días. Estoy a punto de preguntarle si quiere ir a jugar a la casita del manzano, pero noto el calor de una presencia a mi espalda y sé que se trata de él. Me doy la vuelta, despreocupado, y tropiezo con el brillo de los ojos de Carolo. Me mira con la sonrisa de suficiencia con la que se cree superior a los demás y se saca una mano del bolsillo para darle instrucciones a su hija; es solo un movimiento con los dedos para indicarle que vaya adentro, pero a mí se me asemeja a un truco de titiritero que hace que Candela se levante sin rechistar y acuda a sus tareas.

Decido que lo mejor que puedo hacer es ir a buscar esa lista de materiales para el aserradero y largarme cuanto antes de esta casa que se ha viciado con la energía del imbécil. Me levanto del escalón para ir a la cocina y coger un poco de comida para el camino, sin embargo, él parece esperar algo de mí y lo miro, receloso, porque no tengo ni idea de cuáles son sus intenciones.

—Ya sé lo que estás pensando —vaticina sonriendo.

—Ah, ¿sí? —respondo y me cruzo de brazos para ocultar la tensión de mis hombros.

—Ya sé que no parezco el mejor tipo del mundo, pero es solo que me cuesta desconectar del todo. Ya sabes, dirigir una gran compañía, viajar demasiado, pasar mucho tiempo lejos de las chicas... —hace ademanes con las manos, abarcando el aire que lo rodea, apropiándose, como si le faltara—, pero quiero a mi familia. Son lo más importante en mi vida. Trabajo muy duro para darles lo mejor, sin embargo, el apellido Russo conlleva una serie de sacrificios. Isabel lo sabía cuando me conoció y decidió aceptarlo.

—¿De la misma manera en la que Candela aceptó que había perdido una pierna? ¿Ella es parte de ese sacrificio de pertenecer a tu estirpe? —le recrimino mirándolo a los ojos.

Carolo me devuelve una mirada tan dura que por primera vez deja entrever al hombre que vive debajo del disfraz que viste, sin embargo, es rápido ocultando sus emociones y vuelve a sonreírme con suficiencia.

—Me trae sin cuidado que te hayas estado follando a Isabel, pero no vuelvas a acercarte a mi hija. Acepta que has perdido y deja de gimotear por una mujer que no te pertenece —me advierte, pero toma la precaución de dar un par de pasos hacia la casa antes de que me dé tiempo a reaccionar a sus palabras. Antes de irse, me lanza una advertencia—: Te conozco, eres igual que ese perro sarnoso, siempre a la espera de hacerse el héroe, creyendo que tiene que salvar a todo el mundo..., pero, como ya has podido comprobar, no hay nada por lo que tengas que permanecer alerta. Yo soy su familia, y protegerlas es mi tarea. No pintas nada aquí, Gideon,

acepta que has tenido una bonita aventura y pasa página.

Aprieto los puños con fuerza y la ira más atroz me atraviesa el pecho. Ahora soy plenamente consciente de que voy a perder a las dos personas que más quiero en este mundo, y me hundo al darme cuenta de que no tengo nada que ofrecerles para evitar que regresen con Carolo. Isabel es una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones, y yo... solo soy lo que él dice, un tipo estúpido que una vez soñó con ser el héroe en alguna historia.

UN TÚNEL SIN SALIDA

Isabel

Siento sus manos deslizarse por mi cintura y aguanto la respiración. Tengo el miedo bailando en la boca de mi estómago y el corazón envuelto en un presagio que me hiela la sangre. Sé que en los próximos días tendré que tomar una decisión, o la impaciencia podría hacer que Carolo mostrara su lado menos amable. No está acostumbrado a esperar a nadie, mucho menos si cabe la posibilidad de recibir una negativa a sus planes.

Sigue deslizando sus dedos por mi espalda, y el mero contacto con ellos me asquea. No quiero tenerlo cerca, pero tampoco puedo provocarlo y conseguir que me quite a mi hija. La mano se detiene justo alrededor de mi nuca y se me eriza el vello, porque conozco el gesto y sé lo que significa, aun así, deja que la mano juegue a emular una caricia y me rodea hasta situarse frente a mí, junto al fregadero en el que estaba pelando patatas. Me mira de frente y me sonrío amable. Yo le devuelvo la sonrisa, pero no soy estúpida, he captado la advertencia.

—Pronto habrá que matricular a Candela en un buen colegio. Mi madre te ayudará con eso; los Russo llevamos muchas décadas estudiando en el mismo internado y tenemos referencias suficientes para garantizar su plaza.

El cuchillo se me resbala de entre los dedos y cae sobre la pila del fregadero. Está tomando la decisión por mí y me pregunto si alguna vez tuvo la intención de dejarme decidir o si siempre supo que acabaría consiguiendo lo que quiere.

—Todavía tenemos tiempo para pensarlo. No creo que Candela encaje en un ambiente tan elitista, y saber que estará lejos de casa, sin mí...

—Pero ahora está lejos de casa... sin mí —me recuerda—. Tendrá que acostumbrarse, ¿o pretendes que se convierta en una salvaje? ¿Acaso la has visualizado entre estas montañas? ¿Es eso?

Se ríe y yo me encojo un poco más porque de pronto siento tanto frío que no soy capaz de moverme.

—¿Y qué haría yo todo el día sin ella? —cuestiono, tratando de ganar tiempo y convertir en coraje toda esta desazón. Si le hago creer que está ganando, podré tenerlo tranquilo.

—Podrías acompañarme a Dubái. Mis negocios en los Emiratos están resultando más prósperos de lo que imaginaba, y mi padre no vivirá para siempre. Supongo que en algún momento me convertiré en su heredero, y, por tanto, en el propietario de la compañía.

—Yo... tengo planes, prometí a toda esta gente que los ayudaría a salir adelante, a buscar un medio para evitar que la aldea desaparezca cuando ellos ya no estén, y no me gustaría faltar a mi promesa —respondo esquiva.

—Podemos esperar a que termines esa posada en la que tanto crees. No tengo prisa por regresar todavía, al fin y al cabo, ya iba siendo hora de tomarme unas vacaciones en familia, ¿no te parece?

Carolo sonrío antes de salir de la cocina, dejando la jugada en jaque. Siempre tiene la última palabra y siempre consigue confundirme hasta que no estoy segura de nada. Pero las cosas han cambiado, ya no me creo sus embustes y su voz ya no me adormece; la verdad ya no se pinta con los colores que él me muestra, ahora puedo ver al hombre con el que me he casado, el mismo que

ha cerrado la puerta de una jaula que no volverá a abrirse para nosotras.

Me giro, poco a poco, y regreso a mi cuenco lleno de patatas, y mientras troceo los alimentos para la cena, pienso en la casita de ventanas azules, con una chimenea sobre la que cuelga un retrato que preside la sala, con los balcones colmados de azaleas que abrirán sus flores en primavera. Pienso en mi hija, siendo feliz en un mundo que no trata de aplastarla, estrujarla, recortarla y convertirla en otra cosa, pienso en Gideon, en la oportunidad de volver a ser amada de nuevo, con el corazón y las entrañas, como solo saben amar los hombres como él, de la forma más sincera y pura que tienen. Gideon..., los contornos de nuestra historia han comenzado a desdibujarse de mis pensamientos y emprendo la tediosa tarea de desmontar los sueños y la ilusión de ser feliz a su lado.

—Ma, ¿qué es ese olor?

Pino ha entrado en la cocina y escucho cómo abre apresuradamente la puerta del horno. Con una pala de madera empuja los dos panes carbonizados que se han quedado atrapados en su interior y apaga las llamas de la corteza ennegrecida a base de golpes rítmicos que consiguen arrancarme lentamente de la parálisis que me ha causado este desconsuelo.

—Isabel, hija, ¿no ves que vas a prender fuego a la casa? —me increpa Pino, y yo lo miro como si no supiera de dónde ha salido.

Quiero ofrecerle una disculpa, pero me tiemblan los labios y una lágrima me rueda por la mejilla. El ruido de la pala al caer al suelo logra que me sobresalte de nuevo y Pino avanza hacia mí para sostenerme las manos entre las suyas.

—Isabel, mírame —me ordena y yo le hago caso, como si fuera una niña que ha hecho algo horrible y espera su castigo—, no estáis solas, ¿de acuerdo? Solo tienes que pedirlo y nosotros te ayudaremos.

Me aprieta las manos, tanto que me hace daño; los ojos se le han nublado con una expresión desconocida para alguien tan amable y bondadoso como él. Está tratando de demostrarme que está de mi lado, pero la forma en la que me observa me confunde.

—Puedo con esto..., estoy segura de que encontraré la forma de que todo esté bien.

Asiente, pero rehúsa mirarme de nuevo, tal vez porque no se cree mis palabras. Al menos, no del todo. Alza la mano y me da una suave palmada en el hombro antes de coger los panes carbonizados del suelo y lanzarlos a la basura. Cuando me quedo sola en la cocina, caigo en la cuenta de que hace un buen rato que no veo a Candela y abandono mis tareas para buscarla por la casa.

No está, ni en la habitación, ni en el salón, ni en el baño. La llamo por el cobertizo y me asomo por la terraza trasera, la que da al huerto de plantas aromáticas donde están enterrados los bebés de Pino, pero tampoco hay respuesta. Carolo tampoco aparece por ninguna parte y eso hace saltar mis alarmas. La idea de que se la haya llevado me traspasa como si fuera un cuchillo y mi voz se apaga por el miedo.

—¿Candela? —susurro, nerviosa, pero nadie responde.

Atravieso la puerta del jardín y regreso a la casa para salir al porche delantero, pero tampoco hay señales de mi hija. Vuelvo a llamarla, esta vez con una desesperación tan grande que temo perder el control de mí misma; entonces aparece Carolo. Estaba junto al corral de las gallinas, pero está solo, y me mira, como si yo estuviera trastornada.

—Estoy buscando a Candela —le digo, sonriendo, tratando de mostrarme más apaciguada—, ¿la has visto?

—¿Cómo que si la he visto? Se suponía que debía de estar contigo —me reprende, y, por la mirada severa que me dedica, sé que no está tratando de esconderla. Parece preocupado de

verdad y eso me inquieta.

Cierro los ojos y pienso en dónde podría haberse metido y entonces recuerdo la casita del manzano. Hecho a correr hacia allí, con la esperanza de encontrarla jugando con Tino, pero no está, ni en el huerto, ni entre los árboles, ni en el interior de la casa. Cambio de dirección hacia la loma, por si ha ido a la aldea, y Carolo comienza a seguirme. Cabe la posibilidad de que esté en alguna de las casas de los vecinos, tratando de encontrar un punto de anclaje a una vida que se tambalea, y la imagino allí, escondida hasta que el temporal amaine y su padre se vaya. Intento ponerme en su lugar, pensar como lo haría ella, y no puedo dejar de sentir la tristeza que, sin duda, debe de estar soportando.

Cuando encuentro la primera de las casas, trato de contenerme y parecer tranquila antes de empujar la puerta de la casa de doña Carmina, pero sé, antes de que me lo diga ella misma, que Candela no se encuentra aquí. Tampoco está con el resto de los vecinos y mi impaciencia se convierte en un agujero negro en el centro de mi pecho cuando veo a Tino recostado sobre los escalones de la casa de Aurelio, dormido.

Giro sobre mis talones y las palpitaciones de mi corazón me resuenan en los oídos. Miro hacia todas las calles estrechas que confluyen en esta pequeña plaza que es el corazón de la aldea, un lugar que he llegado a considerar mi hogar y que ahora me resulta aterrador. Carolo se sitúa a mi lado con solo unos minutos de diferencia y aprieto los puños recordándome a mí misma que debo parecer tranquila. Si él se da cuenta del estado de pánico con el que estoy manejando una situación como esta, lo usará en mi contra.

—¡Mamá! —Su voz procede de lo alto de la calle empedrada que sube hacia las mansiones Caruso y hago visera con la mano para poder verla mejor.

Candela está apoyada contra la fachada de una de las casas en obras y mi pulso se ralentiza, mi respiración se acompasa a la sensación de alivio que estoy sintiendo en este momento y el miedo comienza a desvanecerse hasta hacerse pequeño, tanto, que ni siquiera recuerdo que ha estado haciéndome sombra desde que mi marido llegó para buscarnos.

Levanta una mano cuando me localiza, para saludarme, sin embargo, agacha la cabeza y parece reacia a venir hasta mí. Gideon también se ha asomado a la puerta y se ha llevado las manos a la cintura, en una actitud de preocupación que ya conozco de sobra. Me aproximo deprisa hacia las dos propiedades vacías, pues hace un rato que los albañiles debieron de terminar la jornada, sin embargo, Carolo ha logrado llegar antes que yo y se interpone en mi camino.

—¿Qué le has hecho a mi hija? —grita, y Gideon mira en todas direcciones antes de darse cuenta de que se está dirigiendo a él.

—No sé a qué te refieres —asegura a la defensiva.

—¿Qué estabas haciendo con mi hija ahí dentro? —vuelve a increpar.

—Estaba recogiendo las herramientas cuando ha aparecido en la puerta. Me estaba buscando y yo... —chapurrea en un manojo de palabras en varios idiomas teñidas de desconcierto. Parece nervioso y eso me inquieta. Nunca lo he visto perder la templanza, hasta hoy.

—¿Mi hija te estaba buscando? —grita Carolo, completamente fuera de sí—. ¿Vas a esperar que crea que mi hija, de tan solo cinco años, anda buscando la compañía de un tío como tú?

—¿Qué cojones estás insinuando? —insiste Gideon al darse cuenta de la acusación que se esconde en las palabras de Carolo, pero no se defiende, solo se queda ahí, mirando con horror cómo mi marido lo coge del cuello de la camisa y lo encara con violencia.

—Eh, jeh! —Me interpongo entre los dos haciendo una barrera que proteja a Gideon del puño que Carolo ya tenía preparado. Entonces me giro hacia él y lo miro de frente—. Gideon no le

haría daño a Candela, sea lo que sea lo que estás pensando.

—¿Y tú le crees? ¿Acaso no te parece raro que esté tan pendiente de la niña? Si hasta le ha construido una casita para estar a solas con ella —insinúa Carolo antes de escupir contra el suelo—. Dime una cosa, ¿cuántas veces has dejado sola a nuestra hija con este... este... monstruo? Ni siquiera tiene agallas para defenderse, míralo, es un maldito cobarde que no está dispuesto a luchar por su honor.

Lo observo, perpleja, porque no sé a dónde quiere llegar, y entonces el frío más atroz me congela los pies en el suelo al comprender qué es lo que pretende. El agujero negro de mi pecho ha vuelto a abrirse y mi mente, confundida y asustada, dibuja terroríficas sombras que batallan para hacerse un hueco en mi conciencia. Candela llora en un rincón de la calle, acurrucada contra el delantal de cuadros de la *nonna* Cecilia, hay otros rostros, otras miradas que parecen reacias a dejar de observarme, y me doy cuenta de que todos han venido corriendo para ver qué está ocurriendo. Incluso Tino ha despertado de la siesta para echarse contra el cuerpo menudo de mi hija, como si un peligro inminente planeara sobre ella.

—No pienso pegarte delante de una niña. Ella está llorando, ¿no te das cuenta de lo asustada que está? —Gideon reacciona, y se le quiebra la voz hasta quedar reducida a un leve murmullo.

Sus palabras me acarician por la espalda, sin embargo, no estoy preparada para girarme y enfrentarme cara a cara con la verdad pintada en su rostro. Su parálisis me confunde, su silencio me destroza.

Una mano se cierne sobre mi brazo derecho y, me encuentro frente a los labios entreabiertos de Carolo. Me grita, pero no entiendo lo que dice; el aturdimiento me impide oírlo con claridad. Otra mano con tacto cálido y dedos firmes me aparta y el hombre que aguarda detrás de mí toma la delantera.

Carolo vuelve a buscar pelea, pero Gideon no retira los ojos de mí. Tan solo se preocupa de mirar de vez en cuando hacia Candela y asegurarse de que sigue protegida en los brazos de la *nonna*. Ha bajado la guardia, y Carolo ha aprovechado el momento para asestarle un puñetazo que hace que un río de sangre emane de su boca y descienda por su barbilla, pero él sigue sin defenderse.

Un hilo de lucidez se asoma a mi cabeza y, despacio, levanto los ojos hacia Gideon y lo observo solamente a él, rogándole a mi mente para que sea capaz de aislar el ruido y me deje ver la verdad por mí misma. Jadea, desesperado por recuperar la respiración; tiene el labio inferior partido e hinchado y las uñas de Carolo le han rasgado la piel del rostro cubierta por las quemaduras de otra guerra. Me mira, y sus ojos se llenan de sombras. Entorna los párpados y juega a estudiarme a mí también. Presto atención a todos sus movimientos, analizando sus gestos, atemorizada ante la idea de que el hombre que he conocido entre estas montañas no sea realmente quien dice ser, y me aprieto la cabeza con las dos manos antes de que me estalle en cientos de pedazos.

—Estás dudando de mí, tú... crees que yo... —susurra, pero en sus ojos he visto cómo se ha roto por dentro. Ahoga un sollozo, y su cuerpo se curva hasta doblarse sobre la cintura, como si una bala de cañón hubiera impactado en su estómago.

—Yo no... —me apresuro a darle una respuesta, pero creo que no se oye mi voz por encima del ruido insoportable que se libra en mi mente.

—¿Vas a escoger a tu amante? —farfulla Carolo, furioso—. ¿Eso es todo lo que te importa tu hija?

Mis ojos se desplazan hacia el hombre que se retuerce el puño por el dolor de haber impactado contra la mandíbula de Gideon, pero es Candela la que logra hacerse con mi plena

atención. Aprieta sus manos sobre el delantal de la *nonna*, ha escondido los ojos entre el pliegue oscuro de la falda y siento un frío inmenso cuando la mirada atroz de la anciana se posa sobre mí. Gideon se mueve hacia atrás, hasta quedar apoyado contra la pared de piedra de la casona, y vuelvo la vista hacia él.

Las lágrimas caen por su rostro, pero las aparta con rapidez. Asiente, reafirmando todos esos pensamientos que nublan sus ojos, y esa mirada lejana aparece de nuevo, la misma que lo arrastra cada noche a sus pesadillas. Mis pies se mueven, impulsados por el deseo de ofrecerle consuelo, pero él se aleja y sus manos se alzan como una barrera infranqueable.

—No me toques, Isabel —sentencia mientras se limpia la sangre de la comisura de los labios con el dorso de su mano derecha—. No quiero volver a verte.

El aire que levanta al marcharse me roza, pero no es una caricia lo que deja a su paso, sino la tempestad de un adiós que se convierte en un huracán a medida que él se aleja y mi corazón se muere. Regresa a la casa de Pino, y sé que no estará ahí cuando yo vuelva.

Lo he perdido, Carolo ha encontrado la única esperanza que me quedaba en este mundo y ha logrado *matar* a Gideon delante de mis ojos.

EL VENENO QUE TODO LO DESTRUYE

Isabel

Mi marido sigue gritando amenazas mientras Gideon se aleja, aunque no hace el amago de ir detrás de él para volver a asestarle un puñetazo. No consigo despegar mis ojos de su espalda, contemplo cómo desaparece a lo lejos y sé a dónde va y cuáles son las intenciones que persigue, como también sé que no tendré una segunda oportunidad para correr hacia Gideon y pedirle perdón por haber albergado dudas acerca de las cosas tan horribles que Carolo ha insinuado.

Lo miro de reojo, está a mi lado, masajeándose los dedos doloridos, y la rabia que siento por todo lo que nos ha hecho me impulsa a patearlo hasta dejarlo aplastado contra el suelo, pero no lo hago, me quedo quieta, tal y como a él le gusta. En tan solo dos días ha conseguido bloquearme en la casilla de salida, y ahora estoy aquí, completamente paralizada, atada a las dudas que ha sembrado en mi mente, que lucha una batalla encarnizada con lo que conoce el corazón.

Me olvido de él cuando caigo en la cuenta de que no he oído lo que Candela tiene que decir sobre todo esto y la busco de nuevo. Sigue refugiada en los brazos de la *nonna* y esta me observa, con el rostro arrugado en una mueca tan dura como las piedras del camino. Me está juzgando, pero no tengo muy claro qué parte de mí es la que está sometiendo a un juicio tan despiadado. Candela se desprende de su regazo cuando nota que la estoy mirando y observa al suelo, con el rostro moteado de manchas rojas por el llanto, como si estuviera esperando un castigo. Tengo demasiado miedo de agacharme delante de ella y sostenerle la mirada, porque si lo hago, si descubro que Carolo me estaba diciendo la verdad, todas las cosas bellas que hemos construido las dos en estos meses habrán muerto para siempre.

Conozco demasiado a ambos hombres como para estar segura de que Gideon es completamente inocente. Y, sin embargo, no se ha defendido, no ha tratado de contarme su verdad, ha escogido marcharse para siempre sin intentar abrirme los ojos, arrancarme las dudas del pecho y demostrarme que Carolo miente.

Solo tengo que avanzar un paso más, entonces estaré cerca de Candela y de su versión en esta horrible y absurda historia. Carolo se interpone en nuestros caminos, la abraza contra su cuerpo, dándome la espalda, creando un muro de contención que no me permite llegar al otro lado. Lo observo sollozar contra el pecho de mi hija, que permanece quieta, como si su alma hubiera abandonado su cuerpo y solo quedaran piel y huesos.

«Muévete, Isabel, ¡muévete!», me grita la mujer que vive dentro de mi cabeza, pero sigo anclada al suelo. Haciendo un gran esfuerzo avanzo de nuevo para llegar a la niña que está atrapada entre los brazos de su padre, pero Carolo ha vuelto a interponerse en mi camino y la sostiene por los hombros, hasta que Candela, reacia, no tiene más remedio que mirarlo a los ojos.

—Ya estás a salvo, cariño, nadie volverá a hacerte daño. Regresaremos a casa mañana mismo, y no volverás a ver a ese hombre en toda tu vida.

Las palabras de Carolo obran el milagro de llamar su atención y Candela se sacude entre unas lágrimas que consiguen congelarme por dentro, porque no soy capaz de descifrar si su llanto es

fruto del alivio o si, por el contrario, ella también llora por haber perdido a Gideon para siempre.

Observo la escena desde una distancia demasiado lejana a la realidad que acabo de vivir. Estoy agotada y confundida, como si una mano invisible me hubiera atado a un peso mayor que el mío y me hubiera lanzado al mar para siempre.

Es la *nonna* quien me agarra por el codo y me sacude con fuerza, pero no logra hacerme despertar y me aísla en el fondo, en lo más profundo del mar. Conozco este lugar, he estado aquí antes, envuelta en una sensación de tranquilidad y calma, dejando que Carolo se ocupe de todo por los dos, como siempre ha hecho.

—¡Deje en paz a mi esposa!

Carolo ha enroscado sus dedos alrededor de mi muñeca y con un suave tirón me ha apartado de la *nonna* Cecilia para ampararme bajo su hombro. Debería oponer resistencia, pero, por alguna razón, no lo hago.

—El único que debería dejarlas tranquilas es usted. —Oigo como le increpa.

—Son mi familia.

—Son sus rehenes —le contradice la *nonna* sin perder la tranquilidad que la caracteriza.

Carolo la mira, con las cejas alzadas, después, repasa con los ojos a todos los vecinos de Il salto de la Madonna que se han acercado a comprobar qué era lo que estaba ocurriendo. Ninguno de ellos aparta la vista de él, son miradas duras y reprobatorias que consiguen que Carolo se muestre inseguro y acorralado. Cuando la situación lo pone en una posición incómoda, me aprieta firme el hombro y me conduce hacia abajo por la calle empedrada; en la otra mano lleva sujeta la muñeca de Candela, que no puede hacer nada por evitar seguir a su padre.

Nos alejamos de las mansiones Caruso y ni siquiera tengo fuerzas para darme la vuelta y mirarlos a todos por última vez. Ellos tampoco se mueven ni tratan de salvarnos del abismo, matando el último rayo de esperanza que pudiera albergar de escapar de nuevo. Agacho los ojos y me resigno a la vida, me resigno a perderlo todo otra vez, me resigno a dejarme arrastrar al infierno del que no seré capaz de volver a escapar, porque él ahora sabe que puedo hacerlo, que, en mi cabeza distorsionada, a veces, hay claros entre la tormenta, claros en los que soy capaz de mirar a mi alrededor y ver la realidad por mí misma.

—Lo siento tanto, mi amor. —Lo oigo decir entre la cortina de lluvia que cae sobre mi mente —. Si te hubiera tratado como te mereces no habrías tenido la necesidad de llegar a esta situación. Es esta gente, este lugar... No hay que ser muy listo para entender que han tratado de aprovecharse de tu bondad y tu caridad para salvar esta aldea que se cae a pedazos. No has sabido negarte, lo entiendo, Isabel, pero debes saber que solo quieren nuestro dinero. No te culpo, a veces te cuesta ver la verdad, aunque la tengas delante y...

Carolo sigue hablando, pero en algún momento de su monólogo he vuelto a desconectar del presente y visualizo mi vida pasar por delante de mis ojos. Si regreso a ese ático, cogeré a Candela de la mano, subiré las escaleras de la azotea y me lanzaré con ella al vacío. Entonces seremos libres.

—... no voy a presentar cargos contra ese bastardo, bastante dolor le ha causado ya a Candela —asegura, captando de nuevo mi atención—. Como tampoco le diré a nadie que has secuestrado a nuestra hija para traerla hasta este lugar perdido de la mano de Dios. Sé que no estás bien, mi amor, el estrés a veces puede hacer que cometamos estupideces.

Frena de golpe y me rodea hasta situarse delante de mí, entonces me coge por los hombros y me mira a los ojos. La mujer que grita en mi interior pugna por liberarse de sus manos y salir corriendo, pero no lo hago, porque el miedo es quien lleva el timón ahora y no soy capaz de salir de aquí.

—Todo terminará cuando estemos en casa, mi amor. Te prometo no volver al trabajo en un tiempo, me quedaré con las dos, os protegeré y os cuidaré. Somos una familia, siempre seremos una familia.

Asiento y dejo que me vuelva a conducir hacia la casa de Pino. Me quedan solo unas horas en este pueblo y una parte de mi cerebro adormecido trata de luchar contra mi inminente viaje de regreso a Roma.

A través de la puerta abierta de la casa se cuele el viento, que arrastra el aroma de la piel de Gideon que tanto me reconforta, y me hace despertar, solo un poco, de este duermevela en el que me he quedado detenida. Abro los ojos y lo busco a mi alrededor, pero no hay nadie más aquí que el pobre Pino. Tiene el rostro mojado por las lágrimas y el corazón encogido por haber tenido que despedirse de su huésped máspreciado, y sé, con toda seguridad, que no lo voy a encontrar entre estas paredes.

Carolo me apremia a subir hacia las habitaciones, quitándome la oportunidad de ofrecerle unas cuantas palabras de disculpa al hombre que nos dio cobijo. Él rehúsa mirarme a los ojos, pero oigo cómo se le rompe el corazón cuando observa a Candela subir las escaleras por última vez. Mañana, cuando amanezca, saldremos de esta casa para siempre, y la niña que llegó para llenarlo todo de colores se irá con el viento que la trajo hasta aquí, sin un billete de vuelta.

Carolo abre la puerta del dormitorio y nos introduce a las dos dentro, después, la cierra y se queda apoyado sobre ella.

Tiemblo, ha empezado como una pequeña sacudida que ha ascendido por mis piernas de manera gradual y ahora no consigo que el cerebro deje de sacudirse en el interior de mi cabeza. Desplazo los ojos hacia la ventana entreabierta, pero mi carcelero es más rápido que yo y se apresura a cerrarla antes de que tenga tiempo a pensar en una posible manera de escapar de él.

—Será mejor que metas a la niña en la cama y trates de dormir. Me temo que tendremos que hacer el camino a pie hasta algún pueblo que sea lo suficientemente grande como para poder coger un taxi.

Carolo se acerca y me besa en la frente, después, hace lo mismo con Candela antes de cerrar la puerta a su espalda y quedarse del otro lado. Al menos no ha tratado de dormir en la misma habitación que nosotras, pero solo yo sé que no será así para siempre. Volvemos a casa y yo vuelvo a ser suya.

Me doy la vuelta en cuanto la puerta se cierra y me encargo de la tarea de desvestir a mi hija, que sigue convertida en una muñeca triste que deja que otros decidan por ella. Cuando consigo ponerle el pijama, me acurruco a su lado en la cama, aunque procuro dejar encendido el candil que alumbra en la mesilla de noche y la abrazo, fuerte, para que consiga quedarse dormida.

Pasan más de dos horas hasta que noto la respiración relajada de Candela, sin embargo, yo no consigo conciliar el sueño. Mi cuerpo aún permanece alerta, pues algo me dice que esto es solo el comienzo. Salgo de la cama y abro la puerta, tan solo una rendija, lo suficiente como para comprobar que toda la casa permanece a oscuras. Me deslizo, silenciosa, y avanzo por el pasillo hacia la habitación vacía del fondo; cuando la abro y me siento en el filo de la cama, las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos.

Gideon se ha ido, ya no queda nada entre estas paredes que me recuerde que una vez existió un hombre que me hizo sentir que estaba a salvo, y solo yo soy la causante de tanto sufrimiento. Nunca fui libre para elegir, e intentarlo solo ha servido para hacer daño a toda esta gente. Abro la ventana y dejo pasar el aire frío de la noche. Hay luces que tintinean por el camino semioculto hacia La Gruta de las Brujas y fijo mis ojos en ellas hasta que se difuminan por las lágrimas. Son ellos, han subido a la montaña para honrar a sus muertos, y alejarse de toda esta desgracia.

Mañana no estarán despiertos cuando Carolo me arrastre de regreso, ninguno de ellos vendrá a despedirse de nosotras; para estos ancianos solo seremos un recuerdo amargo, para mí siempre serán el símbolo de la esperanza y la libertad que un día me ofrecieron.

Entro en mi habitación y encuentro a Candela despierta, en silencio, contemplando las sombras que la llama del candil dibuja en el techo de la habitación. No me mira al entrar y me siento a su lado, despacio. Alargo una mano para tratar de apartarle los mechones del flequillo que le tapa los ojos porque sé que, sin sus gafas, le dificultan la tarea de ver bien lo que tiene delante. Ni siquiera tengo que tocarla para saber que está temblando y me apresuro a taparla con las mantas, sin embargo, no es el frío el que hace que su cuerpo se estremezca, y la abrazo contra mi pecho para tratar de calmarla.

—Todo irá bien, mi amor, yo haré que todo sea mejor para las dos —musito.

Candela comienza a llorar, de una forma un tanto alarmante para una niña de cinco años, y sus movimientos se convierten en un oleaje de ansiedad que le aprieta en el pecho hasta que comienza a atragantarse con sus propias lágrimas.

—He hecho algo muy malo, mamá —confiesa, con la voz entrecortada, y yo le susurro para que guarde silencio.

—No, mi amor, tú no has hecho nada.

—Gideon...

Siento su nombre como un golpe en el pecho y los dedos del miedo regresan. Cierro los ojos, suspiro para tranquilizarme y tomo el aire suficiente para enfrentarme al rostro húmedo de Candela. Tengo el corazón escarchado por las dudas, y las palabras de Carolo frente a la mansión Caruso resuenan en mi memoria.

—¿Qué ocurre con Gideon? —pregunto, despacio, y ni siquiera parece mi voz.

—Quiero que vuelva —solloza destrozada contra mi pecho—. Sé que se ha ido por mi culpa.

—Tú no tienes culpa de nada, princesa.

—Sí, mamá, sí que tengo la culpa. —La miro a los ojos con más atención y le seco las mejillas con los pulgares. Cuando logra tranquilizarse, me devuelve la mirada, pero no estoy segura de estar preparada para oír lo que tiene que decirme—. Papá me dijo que fuera a buscarlo, me pidió que esperara allí hasta que no hubiera nadie más, me explicó que algo horrible iba a pasarte si no le hacía caso... Lo he hecho todo mal, mamá, y ahora Gideon se ha marchado.

Me sobresalto y ella se asusta. Escucho lo fuerte que late su corazón y temo que el mío haya dejado de hacerlo. Le cojo el mentón con dos dedos fuertes, ella niega con la cabeza y su llanto se hace más angustioso. La estoy asustando, pero tengo que saber la verdad.

—¿Qué fue lo que papá te dijo exactamente, Candela? —pregunto, acunándola contra mi pecho, acariciando su pelo mientras ella recupera la respiración—. Por favor, intenta recordarlo, es importante.

Aguardo su respuesta, y me concentro en el sonido que hace su corazón recobrando el ritmo, su cuerpo deja de temblar y su voz encuentra de nuevo la serenidad.

—Me dijo que yo lo había estropeado todo, que estabas muy enfadada conmigo porque no quería volver a casa y que solo tenía una oportunidad para hacer las cosas bien esta vez. Dijo que, si lo hacía, tú estarías contenta y eso tan horrible no sucedería.

Y entonces se rompe, la muralla que me aísla del mundo se hace añicos a mis pies y consigo encontrar un claro en medio de tanta tempestad que consiga sacarme de este lugar en el que Carolo no deja de encerrarme. Ya no estoy sumergida en el mar, ahora floto en la superficie, porque comprendo cada una de las palabras de mi hija; ahora el puzle está completo y sé que he cometido el error imperdonable de alejar a Gideon de nosotras.

Carolo lo supo antes que yo, si él estaba cerca, entonces no podría hacer nada por llevarme de vuelta a casa.

UN CAMINO HACIA NINGUNA PARTE

Gideon

Italina me ha preparado el sofá para que pueda pasar la noche, pero estoy demasiado nervioso para cerrar los ojos. No sé qué será de mí a partir de mañana, pero no puedo quedarme en el pueblo y no estoy preparado para volver a casa.

Le he pedido prestado el ordenador a Italina y busco un nuevo destino; tal vez haya trabajo para alguien como yo en otro pueblo o tal vez pueda regresar por donde he venido y suplicar para que vuelvan a admitirme en mi campamento. Prefiero mil veces volver al infierno que seguir viviendo en el limbo, sin saber a dónde pertenezco, ni quién soy yo.

Me llevo los puños al mentón y juego con el pie sobre la tarima mientras el ordenador se demora en su búsqueda, pero soy consciente de que no puedo apartar la vista de la puerta de la casa. Aún hay una parte de mí que me grita que salga de nuevo a la calle y haga el recorrido de regreso a la aldea, que luche con todas mis fuerzas por aquello que amo y cumpla la promesa que les hice, pero por la mirada tan dura que me dedicó Isabel, todo apunta a que soy yo el que ahora perturba su calma y llena de miedos su corazón.

Cierro los ojos, y vuelvo a repasar, una y otra vez, todo lo que ha pasado en las últimas horas, en los últimos días, semanas o meses, reiniciando la cuenta hasta aquel día bajo el manzano, cuando la cara inocente de Candela me salvó la vida, y no encuentro nada que haya podido hacer o decir que conduzca a ese hombre a acusarme de una manera tan rastrera. La sola idea de tocar a Candela de forma indebida me repugna y me llena de tristeza.

No dejo de recordar lo asustada que parecía cuando llegó a la casa donde trabajan los albañiles. Mi mente parece reacia a abandonar la imagen de aquel par de ojos anegados de miedo y desesperación, por eso he rememorado de nuevo todo lo que ocurrió después: le pedí que se sentara sobre un saco de cemento hasta que todos se fueran y pudiera acompañarla a casa, pues intuía que había salido sin decirle a nadie a dónde iba.

—¿No te acompaña Tino? —pregunté y ella negó con la cabeza.

—He subido por el camino de la pradera para que nadie me vea —aseguró con la voz temblorosa.

—Entonces, será mejor que volvamos a casa o tu madre podría asustarse cuando sepa que me has seguido hasta aquí.

—¡No puedo volver! —gritó, con los ojos abiertos y el corazón en un puño.

—¿Por qué no puedes? —Me acerqué a Candela cuando su respiración entrecortada se convirtió en un auténtico ataque de pánico, pero, antes de preguntarle qué estaba ocurriendo, la voz de Isabel, llamándola con desesperación, nos sorprendió al otro lado de los muros.

Lo siguiente que recuerdo es el dolor en el labio partido, fruto del puñetazo que me asestó Carolo Russo.

Aprieto las sienes con mis manos tratando de paliar los efectos del cansancio y me recuesto sobre el sofá de polipiel que Italina ha cubierto con mantas hechas de retales de colores. Debe de estar a punto de amanecer, pero ni en un millón de años seré capaz de volver a conciliar el sueño,

porque si lo hago, volveré a contemplar la mirada llena de ansiedad de Candela y esa súplica silenciosa no deja de rondarme la mente. ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Acaso temía que pudiera hacerle daño? Sus pequeños ojos me recuerdan a otro par de ojos desorbitados por el horror de la guerra y el estómago se me revuelve. No quiero volver a ser yo el causante de tanto sufrimiento.

Las luces del alba se cuelan por los huecos de las persianas y me entretengo observando el destello de luz que se refleja en el suelo. Aún faltan algunas horas hasta que el pueblo despierte y tenga que darle una explicación a Italina acerca de por qué he irrumpido en su casa con el rostro malherido.

Tal vez debería de haberle contado lo que ha pasado, pero no soportaría que ella también dudara de mi inocencia. Ese hombre ha asentado una duda que podría arrastrar durante el resto de mi vida, pues yo mismo no dejo de repasar cada minuto que he pasado con Candela en busca de algún indicio que me delate como culpable de algo que no he hecho.

Devuelvo la atención al ordenador, pero no parece que haya nada por aquí cerca para un tipo cuyo mayor mérito consiste en apretar el gatillo y disparar a una casa llena de niños inocentes.

—Buenos días —saluda Italina a mi espalda y me giro, sobresaltado, justo a tiempo para verla bajar las escaleras—. No sé tú, pero yo no soy capaz de entablar una conversación coherente antes de la primera taza de café.

Me sonrío y yo trato de devolverle una sonrisa sincera, entonces la veo marcharse trotando hacia la cocina. El ordenador emite un sonido estridente y abro la pestaña emergente con los portales de empleo en los que, tal vez, pueda encontrar algo, al menos por un tiempo.

—Hay un tren que puede llevarte hasta Milán en unas cinco horas, pero... —asegura, mirando por encima de mi hombro la oferta para empleados de la construcción que acabo de abrir.

—Pero... —repito, porque Italina ha dejado un silencio incómodo flotando en el aire y eso siempre suena a palabras que no se dicen.

—Pero creo que no quieres irte, o habrías cogido el primer vuelo de regreso a casa. Te conozco, Gideon, reconozco cuando alguien está cansado de huir.

—No voy a volver a la aldea, ya no hay nada que yo pueda hacer allí.

Me encojo de hombros y ella me mira de manera reprobatoria, como si tuviera delante de sus ojos a un crío de siete años cabezota y desobediente. No me conoce lo suficiente, pero sabe dónde apuntar el tiro. Y eso es justo lo que hace, llevarme hacia las cuerdas, hasta que tengo que justificar mis acciones.

—Juré que las protegería de cualquiera que pudiera hacerles daño, incluso si ese alguien soy yo.

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez Isabel no quiere que te marches? Tal vez sea ese sentimiento de culpa el que te está empujando a hacer algo que no quieres hacer.

Ojalá fuera tan sencillo como plantarse delante de Isabel y defender mi inocencia, porque ahora mismo me resulta mucho más factible empezar de cero en otra parte que enfrentarme a los ojos llenos de dudas de la única mujer a la que he amado en toda mi vida.

—Solo estoy cumpliendo mi promesa; ella ya debería de saberlo —le suelto, un poco a la defensiva, y noto la impaciencia de Italina cuando suelta su taza sobre la mesa.

—¿Ella debería? Las cosas no siempre funcionan así, y no creo que esté en tu mano eso de proteger a todo el mundo. Si te vas, entonces, habrás permitido que ese hombre gane, y no serás tú el único que salga perdiendo.

Asiento con la cabeza, pero no le presto atención, pues estoy calculando el tiempo que tengo hasta llegar al pueblo más cercano y tomar ese tren hasta Milán. Italina se rinde cuando comprende que he dado la conversación por finalizada y se apresura a despertar a los niños para

llevarlos al colegio. La observo subir las escaleras hasta el piso de arriba y sé que está profundamente decepcionada conmigo.

Una parte de mí sabía que las cosas no podían acabar bien para dos personas como nosotros, la otra siempre acarició la fantasía de formar una familia con Candela e Isabel, lejos del mundo y su locura, lejos del ruido y las miserias.

Cuando Italina regresa al salón y me observa ultimando los preparativos para irme, detecto una leve mueca de reproche en su rostro. Sin embargo, sus ojos pasean sobre el macuto que descansa a mis pies, y cuando entiende que voy a marcharme, se adelanta unos pasos y me abraza, resignada.

Levanto una mano y le acaricio la espalda. Voy a echar de menos las charlas con ella cada sábado en la pequeña tienda que regenta, voy a echar de menos este pueblo, la aldea escondida entre montañas, a los ancianos que la defienden del olvido y la historia que he dejado allí para siempre. Le doy un suave apretón antes de soltarla y le doy un beso suave en la mejilla.

—Te deseo toda la suerte de este mundo, Gideon Alexander Sexton.

Sonrío, me acomodo el macuto en el hombro y ella se gira para que no vea la lágrima que se le ha escapado y rueda por su mejilla. Abro la puerta de su casa y me apresuro a poner distancia entre nosotros antes de que vuelva a intentar convencerme para que me quede.

Ojalá el viaje de vuelta fuera más fácil, pero el corazón se me ha desbordado con todos los momentos que he vivido estos últimos meses y los recuerdos me llevan, una y otra vez, a Isabel, a sus ojos marchitos de tristeza. Rememoro los besos, los abrazos, las caricias inocentes y cada risa que salió de sus labios; recuerdo la vitalidad de Candela, sus bailes acrobáticos por la ladera de una montaña, sus risas desinhibidas, sus cuentos fantasiosos y el calor de sus bracitos en aquellos arranques de cariño que la hacían correr hasta colgarse de mi cuello.

Sigo caminando, alejando los recuerdos, las voces que aún resuenan en mi memoria, los abrazos, los rostros amables, el calor de un hogar donde curé mucho más que mis rasguños. Mañana, cuando despunte el día, serán unas montañas distintas las que me den la bienvenida.

LA SALVACIÓN DE NUESTROS DÍAS NO VENDRÁ DEL CIELO

Isabel

Me he levantado de la cama antes de que ese gallo despierte a toda la casa, de todas maneras, no he logrado dormir; cuando lo he intentado, una avalancha de recuerdos me ha asolado a traición. No puedo decir que tenga el valor para enfrentarme a Carolo y reclamarle el hecho de haber destrozado nuestra vida de nuevo, pero ahora sé que no voy a volver a Roma.

Dejo de frotarme la piel de las mejillas con el agua helada del lavabo y subo los ojos hasta que mi mirada es lo único que encuentro al otro lado del espejo del baño. La sostengo, de frente, el tiempo suficiente como para tratar de convencerme de que la mujer temerosa ha desaparecido, aunque todavía sigo entrando y saliendo en la ilusión que Carolo creó para nosotras, y trato de analizar si cada paso que he dado lo he hecho en completa libertad o guiada por la mano que me aprieta y aplasta. Siento como si hubiera estado escalando una montaña en medio de la oscuridad con la voz de Carolo susurrándome al oído como única guía, marcándome un camino a seguir, hasta que alguien ha encendido la luz y he visto con mis propios ojos el desfiladero por el que pretendía hacerme caer.

Alargo los dedos hacia la repisa del baño y rescato la goma del pelo que traje cuando llegué aquí. Está algo maltratada por los años y el agua salada del mar; el recuerdo de mi playa regresa a mi mente, seguido de cerca por los ojos verdes de un hombre que un día me prometió que sería todo para mí, todo cuanto la vida me había arrebatado.

Me hago una coleta sin mucho detenimiento y me enfrento, de nuevo, a mi imagen en el espejo, y reconozco los ojos de esa niña de veinte años que dejó su tierra, a sus amigos y a la única familia que tenía por la promesa de un amor tan grande que le costó una pérdida irreparable. Solo tuvo que tenderme una mano y yo salté al vacío, y le seguí los pasos, ignorando los consejos de la gente que entonces me quería, cegada por palabras que se convirtieron en cadenas para mí. Aprieto los labios y mi rostro se crispa por la añoranza de todo lo que dejé en aquella playa en la que ya no me queda nada.

Llevo todos estos años muerta de remordimientos por no haber sido capaz de coger un avión y asistir al funeral de mi abuela, y ahora tengo dudas acerca de lo que ocurrió en realidad.

—Pero mi abuela ha muerto, ella es la única madre que he conocido. Tengo que volver —le rogué, destrozada por la noticia de que ya no podría volver a refugiarme en sus brazos y en los remordimientos al pensar en cómo la dejé sola. Pero Carolo no parecía estar de acuerdo conmigo.

—Estás embarazada de tres meses, ¡por el amor de Dios! Podrías sufrir un accidente o llevarte una fuerte impresión. Ahora tienes que pensar en nuestro bebé, ¿qué hay más importante que la familia que has creado conmigo? A no ser que estés usando todo esto para dejarme, ¿es eso?, ¿estás tratando de dejarme?

No le respondí, y durante mucho tiempo le di vueltas a mi silencio. Ahora nunca sabré si ya en aquel entonces comprendía que Carolo no era más que un crío atormentado por el desprecio y el rechazo de su propio padre, o si la magia de sus ojos verdes seguía ejerciendo su poder en mí.

La puerta del baño se abre, sin previo aviso, y aguanto la respiración, agarrándome con fuerza a la porcelana fría del lavabo. La cara morena de Candela asoma por el hueco entreabierto y entra, cerrando tras de sí, arrancándome un suspiro de alivio. Está triste, parece acongojada, y veo cómo se apoya contra la pared de azulejos hasta que sus pequeños hombros comienzan a temblar.

—¿Estás enfada conmigo? —pregunta, y a mí se me quiebra la voz al comprender cómo la ha manipulado su padre.

—No.

—¿Va a volver Gideon?

Niego con la cabeza, pues no soy capaz de responderle que eso no va a pasar. La esperanza de verlo regresar muere cada vez que recuerdo su mirada llena de dolor y sé que le he hecho el daño suficiente como para destrozar el amor que una vez sintió por mí. Lo he mirado a los ojos y he dudado de él, a pesar de conocer todas sus sombras, he menospreciado lo único que tiene de valor: su palabra, su verdad.

—¿Entonces...? —Candela susurra y siento la inseguridad y el miedo en su voz—, ¿vamos a volver a casa?

Doy un par de pasos y acorto nuestra distancia, me agacho para que nuestros ojos estén a la misma altura y no tenga ninguna duda acerca de que lo que voy a decirle es cierto.

—Nosotras ya estamos en casa.

Me pongo en pie de nuevo, le sostengo de la mano y abro la puerta del baño. Pino y Carolo siguen dormidos, es probable que doña Carmina también lo haga después de haber subido de noche a la montaña, aun así, sé que no rechazará hacerse cargo de Candela. Bajo las escaleras con mi hija a mi lado y salgo de la casa, abandonando la finca y la pequeña loma que conduce a la aldea para dejarla en un lugar seguro, donde no pueda ser testigo de todo lo que tengo que decirle a su padre.

No he terminado de bajar la pendiente cuando descubro que los habitantes de Il salto de la Madonna ya están despiertos, a pesar de haber trasnochado. Hacen un gran esfuerzo por no mirarme de manera directa; permanecen atareados en la rutina de trabajar la tierra y proveer para el invierno que está por venir. Tampoco alzan la mirada del suelo cuando nos acercamos a solo unos metros de la pequeña placita, resollando y medio muertas por haber hecho el camino casi al trote.

—¿Qué has decidido, muchacha? —pregunta Aurelio y noto la congoja en su voz.

—Que ha llegado el momento de enseñarle a ese hombre quién manda aquí.

Antes de darme la vuelta para regresar a la casa de Pino, mis ojos captan la imagen de la espalda de la *nonna* Cecilia, que a sus más de noventa años sigue conservando el porte de esa mujer altiva y fuerte que logró escapar de la muerte para salvar a la aldea del poder y la destrucción de los hermanos Caruso. No se ha quedado a escuchar mi respuesta, y temo que la decepción por verme dudar de Gideon y de todos ellos sea algo que no olvidará jamás.

Agacho la cabeza, compungida por la pena de haber vuelto a perder a todos los que me importan de verdad, y le doy un beso a mi hija. Después echo a andar, sin vacilar, sin dudar de lo que sé, sin que las palabras de Carolo resuenen en mi conciencia encerrándome en su urna de cristal.

Cuando llego a casa y empujo la puerta me doy cuenta de que Pino ya se ha despertado, y me saluda, un poco apabullado, cuando me ve pasar de largo por la arcada de la cocina para subir los peldaños de la escalera hacia la planta superior. Carolo sigue durmiendo, pero no lo hará por mucho más tiempo. Giro el pomo de la puerta de la habitación en la que descansa y agarro la

bolsa de deporte con la que ha venido hasta aquí.

Podría esperar a que se despierte, comunicarle mi decisión de quedarme en la aldea y desearle buena suerte de regreso a su vida de lujo y poder, pero mi amabilidad es como un juego de llaves que siempre lo invita a tratar de negociar y eso se ha acabado. Agarro la esquina de la manta con la que aún permanece tapado y lo sacudo.

—Ha llegado la hora de regresar a Roma —le comunico mientras me enfoca con los ojos aún empañados por el sueño.

Cuando Carolo comprende lo que acabo de decirle, sonrío, con ese brillo de triunfo en la mirada de quien sabe que siempre consigue todo lo que quiere, pero entonces abro la ventana y arrojo el macuto al exterior, dejando que el sonido ensordecedor de sus cosas cayendo al vacío llene el silencio que se ha apoderado de la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —grita asombrado.

—Te vas. Ahora —respondo, y él se levanta de la cama con tanto ímpetu que las piernas comienzan a flaquearme.

Decido que no puedo quedarme en el mismo espacio que él, y cometo el error de darle la espalda para tratar de salir de la habitación y bajar hasta la seguridad de un espacio abierto. Nunca le ha gustado maltratarme en público y sé que no se atreverá a hacerlo delante de Pino. Sin embargo, no lo consigo, me agarra del pelo en cuanto doy un par de pasos hacia la puerta y mi sien impacta contra la esquina del armario de roble. Duele, pero el miedo es más fuerte y la necesidad de huir no me deja detenerme a comprobar las heridas.

Corro por el pasillo, aunque él siempre fue más rápido que yo, y una de sus manos de dedos alargados y fuertes ha logrado agarrarme del codo. Siento vértigo cuando mi cuerpo gira y acabo aterrizando en el suelo; el dolor se extiende por el hombro derecho cuando comprendo que lo tengo subido sobre mi espalda.

—Isabel..., ¡Isabel! —proclama, de una manera tan cantarina y teatral que le resta importancia a la violencia con la que me mantiene pegada al suelo. Se ríe, pero no afloja sus manos sobre mi hombro—. Siempre tan dramática y dada a los escándalos, ¿acaso ya has olvidado que soy tu marido?

Cierra sus dedos sobre mi pelo y siento cómo se bambolea mi cabeza antes de chocarme de nuevo contra el suelo. Huelo la sangre que sale de la nariz, pero estoy demasiado aturdida para luchar por la libertad.

—¡Isabel!, ¡hija! ¿Qué está pasando ahí arriba? —se lamenta Pino desde el descansillo de la escalera, pero no puedo responder. Tengo el labio hinchado y una de sus manos me agarra del cuello, como una forma de advertencia para que no se me ocurra gritar.

—Nada que tenga que importarte, viejo metomentodo. Estoy hablando con mi mujer, ¿acaso no tengo derecho a hacerlo?

Pino no responde, pero escucho como cierra la puerta y se apresura a marcharse por el camino de grava que lo aleja de la casa. Me sacudo con violencia, aunque solo consigo que me apriete el cuello con más fuerza y sus labios se acerquen a mi pelo, sibilantes, para recordarme que debo estar quietecita. Un líquido caliente se desliza por el interior de mis muslos; estoy sola y a merced de lo que mi marido quiera hacer conmigo.

—Si me matas, la policía te encontrará. Ellos avisarán a las autoridades.

—¿Cómo era eso que me advirtieron en el pueblo cuando pregunté a sus habitantes dónde te podías haber escondido? Ah, sí... dijeron: no hay nada en realidad que merezca la pena allí arriba y, desde luego, nadie sube hasta las montañas si puede evitarlo. De todos los lugares que podrías haber elegido para huir de mí has venido a parar al puto triángulo de las Bermudas, lo

cual es perfecto, porque no pienso volver contigo a Roma. —Se ríe y un sollozo se escapa de mi garganta.

Lo tengo completamente encima de mi espalda, y su dureza se me clava en el muslo, está excitado por la forma con la que me mantiene inmóvil y asustada, y ahogo un sollozo porque sé lo que viene a continuación. El sexo es la última forma que elige para humillarme antes de que todo acabe, después llegan las lágrimas, las palabras dulces con las que apaciguar mi angustia y las dudas acerca de qué es lo que ha pasado para que todo acabe a golpes, mis remordimientos por hacerlo enfadar y mi desesperada necesidad de arreglar lo que he roto.

Por instinto, abro las piernas y me preparo para que todo esto termine de una vez. Carolo siempre gana, no sé cómo he podido olvidarlo.

—¿Crees que porque tienes un coño voy a olvidar que eres una maldita perra? —Pega su boca a mi oreja y susurra suave, pero sus dedos aumentan la presión sobre mi cuello—. Ya no me interesas para nada, solo he venido a por mi hija.

—Déjanos en paz y regresa a tu vida, tú no quieres hacer esto.

El silencio de mi marido me hace creer que tengo una mínima posibilidad de salir de esta situación y me giro para mirarlo cuando, de forma involuntaria, afloja las manos. Solo lo he pillado desprevenido, porque al darse cuenta de que casi he logrado zafarme de sus garras, vuelve a inmovilizarme contra el suelo.

—¡Oh! Pero no puedo hacer eso. ¿Acaso no has leído los titulares? No, claro que no —se ríe—, en estas montañas el mundo de ahí fuera no existe, ¿eh? Te pondré en antecedentes: tu querido suegro ha vendido la compañía y me ha dejado sin nada. Al parecer, no está muy contento con mis idas y venidas a Dubái. Hasta que no le dé la imagen de hombre humilde y familiar que espera de mí, no me entregará el pequeño paquete de acciones que tiene retenido y blindado a nombre de nuestra querida hija. La familia, Isabel, ¿qué hay más importante que eso?

—Tienes dinero, puedes empezar de cero.

—Créeme, eso es lo que pretendo.

Tira de mi brazo hacia arriba, levantándose del suelo, y me empuja de camino hacia el baño. Con un golpe seco, me deja caer sobre el taburete y moja una toalla en agua helada antes de dedicarse a limpiarme la sangre del rostro.

—Eres muy torpe, Isabel, siempre tropezando con todo. Todavía no puedo creerme que te hayas encaprichado del hombre con la cara quemada. —Aprieta la toalla a conciencia sobre mi labio partido y se me escapan lágrimas de dolor que hacen que él sonría de manera alarmante—. Te creía una mujer de mejores gustos. ¿Dónde está tu héroe ahora?

Fuera, al otro lado de la ventana del baño, se oye un jaleo de voces que se arremolinan, inconexas e incomprensibles, sobre el rellano de la casa de Pino. Carolo me mira y me guiña un ojo, entonces me coloca un mechón de pelo suelto detrás de la oreja y me recompone bien la camisa.

—Ha llegado la hora de la despedida, compórtate como la mujer respetable que eres y ahórrate el escándalo.

Asiento, aturdida y asustada, y me dejo guiar cuando vuelve a sostenerme del brazo para bajar las escaleras. Echo la vista atrás cuando recuerdo que el señor Pooh sigue sobre la cama y él me zarandea en el aire y me obliga a seguir bajando. Cuando llegamos al último escalón, me limpia las lágrimas con los pulgares y entrelaza sus dedos con los míos, me besa el dorso de la mano y me conduce hacia el exterior.

Un coro de caras serias nos da la bienvenida, Aurelio lidera el grupo de hombres que ha venido hasta la casa a tratar de sacarme de este enredo. Se me cae el alma a los pies al verlo junto

a un abatido y anciano Pino y a un acongojado Andrea. No pueden hacer nada contra un hombre joven y fuerte como Carolo, y en sus ojos veo que ellos también han llegado a la misma conclusión, pues la frustración y la desesperanza les ensombrece el rostro.

—Déjala, hombre, ¿no ves lo asustada que está? —implora Aurelio—. Anda, sé un buen chico y retoma tu vida, estoy seguro de que no quieres hacerle daño a nadie.

—Ella solita se ha hecho todo esto —responde, tajante, antes de ignorarlos—. Y ahora, si me disculpan, tengo que recuperar a mi familia.

Hace una reverencia con la cabeza antes de empujarme de nuevo hacia el sendero que conduce a la pequeña loma que nos lleva a la aldea en la que se refugia Candela. Ni siquiera me ha permitido darles un abrazo de despedida, ni pedirles perdón por haberlos arrastrado a esta situación desconcertante.

—¡Muchacho! —grita Pino. Carolo se detiene solo un instante, se gira, tal vez por la curiosidad que le despierta que sigan insistiendo y veo en sus ojos el fuego de la ira—. No olvides que esta, *ora*, es también nuestra familia.

Unos pasos apresurados se deslizan a nuestra espalda, al otro lado de la loma, y antes de girarme a ver qué es lo que ocurre, el sonido sibilante de un objeto que se desplaza a gran velocidad me obliga a desviarme unos pasos lejos de Carolo, que se ha quedado inmóvil en el camino de tierra que lleva a la aldea. Cuando abre la boca para protestar por la intromisión, un reguero de sangre le mancha la camisa.

Mis ojos se abren por la sorpresa y el horror al verlo caer, inconsciente, al suelo, y, despacio, desplazo la mirada hacia el sujeto causante de esta desgracia. Unos pies pequeños enfundados en dos zapatillas de esparto le siguen en ascendencia a una falda de algodón enlutada, cubierta por un delantal con los bolsillos repletos de lavanda y salvia frescas. Las manos temblorosas de la *nonna* Cecilia sostienen el fusil de los alemanes que dejaron olvidado en lo alto de la montaña y, en su rostro, la determinación de acero con la que salvó esta aldea me dice que no se arrepiente de haber matado a Carolo Russo.

POLVO DE CENIZAS EN EL CORAZÓN DE MI HOGAR

Isabel

Una columna de humo mancha el cielo del atardecer sobre la falda de la montaña en la que se esconde La Gruta de las Brujas, cuando el fuego se apague y las cenizas se enfríen no quedará nada de Carolo Russo que certifique su paso por esta aldea. Tenía razón, nadie sube hasta aquí si puede evitarlo.

Italina ha venido hace solo unos minutos, alertada por el humo que se confunde con las nubes grises que no han dejado caer la lluvia que retienen con tanto recelo, como si estuvieran aguardando el momento exacto para ayudar a borrar la estela del mal que mi marido ha sembrado en esta tierra.

He dejado que la única amiga que ahora tengo en el mundo se lleve a Candela; carga con la misma mochila con la que llegamos a esta casa, solo que, ahora, es mucho más ligera. Va a pasar unos días con sus mejores amigos, lejos del espantoso crimen que se ha producido en este mismo lugar hace tan solo unas horas, tan pocas, en realidad, que no consigo dejar de mirar hacia el final del sendero esperando ver a Carolo regresar a por nosotras. Los dedos del miedo que ha dejado en mí aún siguen enroscados en mis muñecas, junto con todas las heridas que me enmarcan el rostro, recuerdo tangible de que una vez estuve presa. Algún día, mi hija hará preguntas para las que solo nosotros tendremos respuestas, algún día, ella misma dejará de otear el horizonte, temerosa de ver a su padre regresar a por nosotras.

La puerta de mi dormitorio se abre y el rostro ceniciento de la *nonna* Cecilia aparece detrás de ella. Me mira, pero no se decide a cruzar la línea que nos separa.

Su porte altivo se desinfló como el aire de un globo después de arrojar el fusil al suelo, pero el alivio de su rostro seguía dejando constancia de que no se arrepentía de haber quitado una vida, de nuevo.

Asiento con la cabeza y ella se acerca con una taza de té humeante entre las manos.

—Semillas de amapola, te ayudarán a calmar los nervios. *Ora*, será mejor que te estés quieta, escuece, pero curar heridas requiere dolor y tiempo.

Saca un frasquito de uno de los bolsillos de su delantal y empapa con él un trapo de algodón blanco. Lo reconozco, es el mismo con el que tantas veces ha curado los rasguños de Candela. Cierro los ojos al notar sus dedos rugosos sobre los cortes del labio, la ceja y las uñas que mi marido ha dejado clavadas en la piel de mi hombro. Tiempo para curar, tiempo para olvidar todo lo que perdí aquel verano en una playa del sur de Andalucía, cuando unos ojos verdes y una sonrisa fresca me hicieron creer que el destino me había dado una oportunidad en la vida.

Los dedos dejan de presionar mi piel y abro los ojos para ver a la mujer marchita que me ha salvado de regresar a mi prisión. Tiene las manos apoyadas sobre las rodillas y contempla el cielo al otro lado de la ventana; permanece en calma, como quien ha cumplido con la misión con la que vino a esta vida. Sigo el sentido de sus ojos y me fijo en las luces de las pequeñas antorchas que recorren el camino que desciende de la montaña. Las primeras gotas de agua han empezado a caer, lentas y esparcidas, lo suficiente como para otorgarle tiempo a los demás de

regresar a casa antes de que los alcance la noche.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunto, pero no sé de quién pretendo obtener una respuesta. La *nonna* se gira, con calma, y entrecierra los ojos, después asiente y responde a mi pregunta.

—Eres libre, Isabel, ve acostumbrándote a ser la dueña de tu propia vida.

—Gracias —susurro y ella me mira de una manera demasiado intrusiva, tanto, que, al responder, vuelvo a retreparme sobre la cama, cohibida.

—Algún día devolverás tus favores.

Sin prisas, se levanta de la silla sobre la que se había sentado, a mi lado, y deja una mano apoyada en mi hombro, sonrío, llevándose ese gesto cruel de su mirada, pero es una sonrisa cansada en unos labios casi inexistentes entre los pliegues de su rostro. Está a punto de cumplir una centena, y algo en su mirada me dice que está preparada para irse.

La observo mientras abandona la habitación y de nuevo me quedo a solas con mis fantasmas, que son menos y permanecen en completo silencio. Me acerco hacia la ventana abierta y apoyo los codos sobre el alféizar; la lluvia ha comenzado a caer de manera insistente y dejo que las gotas frías me empapen los brazos. Los extiendo hacia fuera, abro las manos y acumulo agua suficiente como para mojarme la cara y el cuello, en un ritual de muerte y resurrección, en una comunión con la mujer que ha nacido de nuevo. Tengo el resto de mi vida por delante y la obligación de hacer que cada minuto cuente.

Miro a lo lejos cuando la lluvia se precipita con más fuerza y observo la columna de humo que ha comenzado a disiparse, apagando el eco de los muertos que descansan en un agujero en lo más profundo de una montaña. La historia de esta aldea ahora es también parte de mi propia historia, porque este es el único lugar del mundo al que ahora pertenezco.

Me sacudo el agua de los brazos, cierro las contraventanas de madera, me quito la ropa mojada y corro a envolverme con una camisa de cuadros de franela. Me recojo el pelo en lo alto de la cabeza y me preparo para bajar a la cocina y seguir haciendo que todo esto merezca la pena.

Gideon

No he encontrado ni un solo taxi en las inmediaciones del pueblo, así que tendré que hacer a pie todo el camino hasta llegar a Bolzano. Desde allí podría tomar un tren hasta Milán he intentar ganarme la vida como pueda hasta que decida qué voy a hacer ahora que todo se ha vuelto a torcer.

Solo son seis horas a pie a través del valle, pero esto ya lo he hecho antes. Agarro mi macuto y me lo aseguro firme al hombro. Estoy más que preparado para volver a caminar en compañía de todos mis fantasmas, pero, por alguna extraña razón, solo encuentro parajes solitarios y el silencio más inmenso que he experimentado en toda mi vida.

El sol alcanza su punto máximo en el cielo y decido tomar un descanso bajo la sombra que arrojan dos grandes robles. Entonces abro el macuto y saco una de las manzanas que cogí en mi huida. Abro la navaja, y la corto en cuatro trozos dejando intacto el corazón.

Las hojas de los árboles se mueven con el viento y el sonido que emiten al agitarse hace que cierre los ojos y apriete los dientes. Es ese murmullo de nuevo, pero esta vez, no me pide que suba a la rama más alta, esta vez, grita en su lenguaje inventado que soy un cobarde por haber vuelto a huir cuando las cosas no salen como espero.

Quiero alejarme del árbol, de sus hojas movidas al viento y de las cosas que ya no tienen solución, pero al tratar de incorporarme piso sin querer un montón de piñas secas y el sonido que

hacen al cruzar me traen un recuerdo que se cruza por mi mente y vuelvo a sentarme en el suelo. Dura solo un instante, pero logra acaparar mi atención: Carolo Russo deshaciéndose de su teléfono aquella primera noche cuando llegó a la aldea.

Me levanto y camino alrededor de los árboles, tratando de pensar qué es esa sensación tan incómoda que no deja de hacerme volver una y otra vez a aquella noche, y a todos los pasos que Carolo ha seguido para lograr romper en tan pocos días lo que Isabel logró levantar ella sola en unas cuantas semanas. Es así como logro entender su estrategia, porque la *nonna* tenía razón, solo que he sido tan imbécil de caer en su juego yo también.

Ese tipo sabía que haría cualquier cosa por ellas, incluso alejarme si mi presencia les hacía daño, y así es como ha encontrado la manera de que no tengan a nadie que pueda defenderlas a las dos.

Agarro el macuto del suelo, cambio el sentido de la dirección y corro, deshaciendo mis pasos y maldiciéndome a mí mismo porque he vuelto a fallar.

Isabel

Hay silencio en la casa después de que Pino se haya ido a dormir. No ha mencionado nada sobre lo que han hecho en el interior de La Gruta de las Brujas, pero deshacerse del cuerpo de Carolo les ha costado borrar lo que quedaba de sus orígenes en el mundo. Sus padres, sus hermanos, sus vecinos ahora forman parte del polvo que vuelve a ser tierra, y siento en mi interior la culpa más atroz por haber traído la desgracia hasta esta aldea.

He decidido quedarme aquí, al menos de momento, hasta que las aguas se calmen y sepamos a dónde nos puede llevar la desaparición de Carolo, si hay lazos sueltos que nos vinculen con sus últimos días en Italia, si queda alguien que se pregunte qué ha sido de nosotras. Solo el tiempo tiene las respuestas correctas sobre cuál será nuestro destino, y lo único que podemos hacer es tratar de recuperar la vida que ese hombre nos ha arrebatado durante tantos años.

Candela sigue reacia a mostrar una sonrisa en su rostro que se lleve sus sombras, pero sé que con el tiempo volverá a ser la niña llena de alegría que logró hacerse con el corazón de todos los que ahora nos protegen. Es fuerte, ya lo ha demostrado demasiadas veces.

Seco el último plato del fregadero y lo guardo en la alacena. Hace dos horas que podría haber terminado de recoger la cocina y haber subido a dormir, pero soy incapaz de permanecer metida entre las sábanas de esa cama que se me antoja tan grande y vacía. He tomado la decisión adecuada alejando a Candela por unos días, pues, aunque mi cuerpo siga bajo los efectos del té de hierbas, mi mente bulle tratando de escapar de los confines del miedo. Voy a necesitar toda una vida para olvidar lo que he vivido hoy en esta misma casa, voy a tardar todo un mundo en perdonarme por haber alejado a alguien a quien amaba demasiado.

Me limpio las manos en el delantal y me inclino hacia la ventana para cerrarla. Sigue lloviendo, y la oscuridad de la noche envuelve el sendero que conduce hasta esta casa. Mis ojos se quedan detenidos sobre el suelo de grava suelta, y me pregunto si mañana al despertar el agua se habrá llevado los restos de la sangre de Carolo. Un movimiento al final del camino atrae mi atención y un pellizco de frío intenso se arremolina sobre mi ombligo.

No creo en los fantasmas, pero una sombra se acerca.

Gideon

Hace unas horas que comenzó a llover, pero entre la cortina de agua que cae de manera abrupta

distingo las primeras casas del pueblo que descansa en la falda de las montañas. Podría llamar a la puerta de Italina y pedirle que me lleve hasta la aldea, o que me preste su coche para subir sin tener que sacarla de casa lloviendo y a estas horas, pero no hay más luces en el pueblo que las que alumbran las calles solitarias.

No tengo manera de averiguar qué hora es, pero sé que es muy probable que ya todos se hayan ido a dormir.

Sigo caminando, en medio de un silencio roto tan solo por el goteo incesante de la lluvia. Si consigo llegar hasta el lago ya solo me quedará subir la pendiente y encontrar el enclave semioculto en el que se encuentra la aldea.

Paro en medio de la plaza y me froto las manos, entumecido por el frío y harto del agua que me empapa y me cala hasta los huesos, aun así, salgo del pueblo y continuo buscando la forma de rodear el lago.

Cuando el trayecto se acorta y el tejado de la primera casita de piedra aparece a lo lejos, percibo un discreto aroma a quemado y me detengo a buscar su origen. Por encima del olor a tierra removida y lluvia, se intuye un incendio en el corazón de las montañas, y, apretando los dientes, hecho a correr hacia las calles toscas y empedradas, hacia la plaza pequeña y maltrecha que un día me dio la bienvenida. Todo está oscuro y en la oscuridad de la noche solo se oye el martilleo incesante de un corazón tan asustado como el mío.

Corro entre los patios traseros, dejo atrás varias hileras de casas viejas, hago oídos sordos a los ladridos lastimeros de Tino y llego a lo alto de la loma que baja hasta la casa de Pino con el corazón desbocado. Me detengo a solo unos metros, lo justo para asegurarme de que todo permanece como estaba antes de mi partida.

En la ventana abierta de la cocina parpadea la llama de un candil encendido, es débil y el viento amenaza con apagarlo, pero su luz es suficiente para alumbrar a la mujer que tiene los ojos puestos en la cima de la colina.

Despacio, camino por el carril embarrado por el agua, pero ella no se mueve de su puesto en la ventana.

—¿Quién anda ahí? —pregunta, y la voz le tiembla entre los labios.

No respondo, solo doy un paso al frente, lo suficiente como para que la llama del candil me ilumine. Subo los ojos hacia ella y espero a que su odio y su rechazo se materialicen al comprender que he regresado, pero no hay luz suficiente como para que me haya reconocido. La llama del candil se apaga y desaparece tan solo unos minutos, cuando la puerta se abre y ella regresa. Ya nada se interpone entre nosotros.

Doy un paso en su dirección y el horror me sacude las entrañas. Tiene el rostro lleno de cortes, inflamado por los golpes que ese desgraciado ha debido de propinarle como castigo por su intento de escapar de él; una herida abierta le parte la comisura de los labios y en la sien derecha una franja roja comienza a cambiar de color. Levanto una mano y sigo el recorrido de todas ellas con un dedo suspendido en el aire. He llegado tarde, he fallado de nuevo.

Sus ojos se desplazan por mi rostro con la misma avidez con la que yo la miro, pero en lugar del dolor tan insoportable que me sacude por dentro, en ella tan solo veo alivio.

—Has venido...

—¿Dónde...? —Quiero saber dónde se esconde ese desgraciado, pero tiemblo tanto que no consigo terminar la pregunta.

—Ya no está, y no va a volver. —Es todo lo que me ofrece como respuesta.

—Yo... —titubeo, buscando la forma de disculparme, pero se me apaga la voz cuando comprendo que ese bastardo ha logrado su objetivo. Ella, sin embargo, sonríe, y me coge el dedo

que tengo suspendido en el aire para llevárselo a los labios. Entonces cierra los ojos y suspira.

—¿Has venido a rescatarme? —pregunta, y se le hiela un poco la voz al final—. Porque nunca pretendí que lo hicieras.

—No. —Sacudo la cabeza, tratando de decir algo que pueda compensar mi abandono, pero en lugar de eso me agacho, de rodillas sobre la grava de la entrada, y apoyo la cabeza en su vientre. Sus manos tardan solo unos minutos en rodearme el cuello, y noto como tiembla cuando me abrazo a su cintura con fuerza—. He venido a ganarme tu perdón.

EPÍLOGO

Un mundo nuevo

Han pasado cuatro meses, dos semanas y dos días desde que Carolo usó su odio contra mí por última vez, y en todo este tiempo no ha venido nadie a buscarlo a la aldea.

El día después de encontrar a Gideon bajo la lluvia, le conté lo que había ocurrido en su ausencia, entonces él comenzó una búsqueda desesperada que concluyó al vaciar el bidón de los desperdicios de comida en el porche de entrada de la casa. Entre la porquería encontramos los restos de un teléfono sin identificar con el que Carolo subió a las montañas, pero el suyo, el original, continúa en paradero desconocido. Carolo no había dejado un rastro que seguir después de que llegara a Italia en el *jet* de uno de sus socios, casi de incógnito, y eso me hace presagiar que mi destino no era el de regresar a casa; mi marido había vuelto para deshacerse de mí, volver a Dubái y seguir disfrutando del dinero que había estado robando de las cuentas de su propio padre. Lo único con lo que no contaba era con que jamás regresaría.

—¿En qué piensas?

Un brazo me rodea la cintura y me giro para apoyar la mejilla sobre el pecho de Gideon. Tiene la camisa llena de polvo y huele a sudor por el trabajo intenso que estamos haciendo en las mansiones Caruso, pero a mí su cuerpo me sigue pareciendo el mejor refugio del mundo. Cierro los ojos y aspiro su aroma, él me besa en el pelo y me aprieta más fuerte.

No ha pasado ni un solo día en el que no se esfuerce por recuperar mi confianza, pero es que yo nunca perdí la fe en él. Candela tampoco lo hizo, y la sonrisa ha vuelto a su rostro con la fuerza del cariño del hombre que me rodea con los brazos. No comparten la sangre, pero sí comparten destino.

—Estoy pensando en que estas malditas casas tienen más trabajo del que había pensado en un principio. Por suerte, el invierno está a punto de terminar, los días serán más largos y, si nos damos prisa, es posible que este verano recibamos a los primeros clientes.

Asiente, sonrío y me gira para apoyar el pecho contra mi espalda. Sus brazos vuelven a sostenerme, y contemplo los amplios salones terminados, pero vacíos, donde se alojarán la recepción, las zonas comunes y los talleres. Arriba, las habitaciones continúan esperando a que Carmina y Leonora elijan los tapices de las paredes, pero cada vez que Italina les trae un muestrario se desata una guerra infinita entre ellas.

—¿No te parece que hacemos un equipo maravilloso? —pregunta, entonces acerca los labios a mi cuello y siembra besos que ascienden hasta mi oreja derecha. Giro la cabeza y atrapo su boca con la mía, presa del amor más grande del mundo. Desde que Gideon regresó no ha habido espacio para el miedo en nuestras vidas.

—¡Mamá!, ¿podemos ir a jugar a la casa del manzano?

Candela entra en el salón principal seguida de su corte, formada por dos centuriones de pelo caoba y un perro. Los niños tienen la boca llena de bizcocho y las botas sucias por haber estado corriendo por la pradera, con las mejillas arboladas por el jolgorio de la aventura en la que se sumen cada fin de semana.

—¿Habéis estado saqueando la alacena de doña Carmina? —inquiero y ellos se ríen, pero sé de sobra que es ella la que les prepara los dulces con la intención de que pasen por su cocina.

—Ma, ¡qué os tengo dicho! Las botas se quedan fuera. Acabo de barrer el suelo, ¡pequeños diablos! —Andrea sacude el cepillo delante de ellos, pero hay risa en sus ojos mientras finge estar consternado.

Los niños se pierden, chillando y riendo, por el hueco de la puerta y los demás nos apresuramos a recoger los útiles de limpieza con los que hemos despejado el polvo de las obras del salón de las casonas de los hermanos Caruso. Los observo de reojo, Marius y Leonora, Andrea, Aurelio, y el bueno de Pino, todos se están dejando la piel en este proyecto que promete traer la vida de vuelta a las montañas, como una promesa de viento fresco que borre la tragedia con la que el paso del tiempo ha forjado sus piedras. La primavera está a punto de estallar en los campos, y, al igual que ella, nosotros también estamos llamados a despertar del letargo de un invierno demasiado largo.

—Los niños van a estar entretenidos, *hum*, digamos... unos cuarenta y cinco minutos —susurra Gideon contra mi oreja y trato de disimular la risa—, he estado pensando que podemos volver a casa y darnos un baño juntos..., ¿qué te parece?

Le guiño un ojo y le tiendo la mano, él me besa el dorso y tira de mí en dirección a la puerta.

Fuera, el sol caldea la mañana llenando de luz todos los rincones que quedaron dormidos por las lluvias y las nevadas. Acerco una mano a mis ojos y hago visera con ella, contemplando el paraje de árboles frondosos y casas de piedra maltrecha por los siglos; a los vecinos regresando a sus hogares para deshacerse del polvo del trabajo y prender la lumbre de sus chimeneas, la hilera de sábanas colgadas de una cuerda que atraviesa la calle principal y las cabras subidas en el alféizar de las ventanas, arrancando brotes nuevos a las perezosas azaleas.

La Gruta de las Brujas es el último lugar al que dirijo mi mirada. La nieve tapió el acceso tan solo dos semanas después de haber sido devorada por las llamas, y ahora la naturaleza se ha adueñado de ella, cubriendo de enredaderas y matojos la abertura con forma de sombrero de pico de bruja que le valió el nombre. Los fantasmas ya no moran en su interior, y la historia nos ha dado la oportunidad de olvidar lo que guarda en sus entrañas.

Cierro los ojos y respiro. Gideon se impacienta y tira de mi mano para que lo siga hasta casa. Nuestra casa, una con ventanas azules y balcones colmados de flores tempranas. Empuja la puerta y la cierra a mi espalda, pero sus dedos no pierden el tiempo y sus besos, caricias y palabras de amor eterno se cuelan en mi cuerpo con prisas, con ganas, con la desesperación de dos personas que se han encontrado después de toda una vida perdidas.

Cuando todo termina, me refugio en su pecho desnudo, debajo de las mantas de la cama que ahora compartimos, y repaso con los dedos las marcas que el fuego dejó en su piel. Yo también tengo mis propias marcas, pero de ellas se encargará el tiempo y el olvido. Fuera de estas montañas no somos nadie para el mundo; aquí hemos conseguido hacer un mundo donde dejar de ser fugitivos, enfrentar el viento siempre cambiante de la vida y mirar al futuro.

Gideon acerca una mano de dedos curiosos y se dedica a recorrer la piel de mis muslos, sugerente. Con cuidado, aparto la mano y me rio por la cara de fastidio que me regala, pero lo beso en los labios, tan despacio y profundo que gruñe en cuanto me separo de él para levantarme a buscar mi ropa. No puedo llegar tarde, no he olvidado mi promesa.

—¿Alguna mejoría? —pregunta Gideon, incorporándose en la cama, y yo niego con la cabeza.

—La neumonía está siendo demasiado despiadada con ella.

—¿Cuándo? —me interroga con cautela.

Me giro hacia la ventana abierta y contemplo el sol que aún brilla en el cielo. Asiento, respiro y procuro seguir vistiéndome antes de que el arrepentimiento me haga dudar de nuevo. Ha llegado la hora de devolver la libertad que se me otorgó aquel día.

—Hoy, es hoy.

—Entonces, será mejor que vaya a la casita del manzano y me quede con los niños.

Gideon se baja de la cama por su lado y comienza a vestirse de nuevo, en la puerta de casa nuestros caminos se bifurcan. Le doy un beso y cambio de dirección hacia la casa de la *nonna* Cecilia, y cada paso que doy es un puñal en el pecho.

Asciendo la cuesta con los ojos llenos de tristeza. Los demás dejan de lado sus cosas para observar mi peregrinaje y leo en sus rostros la pena de la despedida. Ha llegado el día, ellos también lo saben.

Empujo la puerta de madera apolillada de la casa de la *nonna* y entro. El olor del eucalipto y el romero me impregna las fosas nasales, despistando los vapores de la enfermedad que se desliza por las cuatro esquinas de esta habitación. Está acostada sobre su cama, y, por la forma en la que me mira al verme llegar, sé que sabe que he venido a cumplir mi palabra.

Repaso con los ojos su silueta menuda y el pecho se me encoje. La mujer de mirada altiva ha desaparecido del todo, en su lugar, un cuerpo marchito agoniza en una batalla contra la muerte. Respira, y en cada inhalación se desprende un poco más de la vida. Me siento en el filo de la cama y sus ojos ruedan de manera casi inadvertida. El frasquito ambarino descansa sobre la mesita de noche, pero mis dedos se resisten a alcanzarlo.

Veneno de acónito, solo unas gotas son necesarias para detener el pulso el tiempo suficiente como para burlar a la muerte en un paredón de fusilamiento. Una dosis mayor, detiene un corazón para siempre.

Los ojos de la *nonna* se abren al verme dudar, y parpadea muy fuerte, recordándome cuál es la deuda de honor que ahora compartimos. Fue hace tan solo dos meses, cuando el frío y la humedad comenzaron a dañar sus pulmones y la sombra de la neumonía empezó a planear sobre ella. Me enseñó el veneno, me dio instrucciones para administrarlo y confió en mí su descanso eterno.

Cierro los ojos, las lágrimas me atraviesan las pestañas, los dedos me tiemblan y mi pecho llora su ausencia. Agarro el frasco y lo acerco a sus labios, rápido, sin tiempo para el arrepentimiento, y sus ojos grises me regalan una mirada de alivio y agradecimiento que solo logra arrancarme el corazón. Levanta la cabeza y abre los labios, el líquido se cuela entre ellos, después, le ayudo a acomodarse sobre las almohadas y entrelazo mis dedos con los suyos. Cuando la muerte la alcanza y su respiración dificultosa se detiene, siento como el tiempo se para y las montañas lloran.

Despacio, me acerco a su frente en calma y dejo un beso en su piel marchita. La puerta se abre y un coro de rostros tristes se preparan para el último adiós a la *nonna* Cecilia.

—Fue una madre para todos nosotros, desde aquel día en el que lo perdimos todo. Nunca dudó de que lo que había hecho era lo correcto, nunca se arrepintió de habernos salvado la vida —se lamenta Aurelio, y los ojos le rebosan de lágrimas, pero también hay otras cosas como cariño, amor, ausencia y agradecimiento. Me mira de nuevo y sonrío pícaro—. ¿Sabes que fue ella la que se encargó de hacer creer a todos en el pueblo que esta aldea estaba maldita? Durante mucho tiempo después de la guerra, esperaba a que se hiciera de noche, subía a las montañas y entonaba un cántico fantasmal que llegaba hasta el valle, supongo que la superstición de la gente hizo el resto. Nos mantuvo a salvo hasta el final, a todos.

Me tiende los brazos y yo lo estrecho con fuerza, hasta que las lágrimas cesan y decide que ha llegado la hora de decir adiós. Los dejo a solas con ella y regreso a la casa de Pino.

Una parte de nuestra historia se ha cerrado para siempre. Avanzo por las calles de piedra siendo consciente de que todo ha cambiado de nuevo. Salgo de la aldea, atravieso la loma y llego hasta el camino que desciende hacia los frutales donde Gideon construyó la casita para los niños. El sol me regala los últimos rayos templados y sus risas infantiles se cuelan en mis oídos junto al

canto de las golondrinas que han decidido regresar a casa temprano.

Rodeo la cintura de Gideon con un brazo y escondo la cara en su cuello. Él me besa el pelo, pero no dice nada porque sabe que todo ha terminado. Abro los ojos y él me rodea hasta situarse a mi espalda, dejándome frente al manzano cuajado de flores blancas, símbolo de la vida que se abre paso de nuevo.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido complicado por diversos motivos, comenzando por la cantidad de rechazos editoriales que ha ido sumando por el camino, pero creo que, en el fondo, no estaba destinado a ser destripado para convertirse en algo que pueda ser vendido a todos los lectores. Porque mis lectores no son cualquier tipo de lector, y yo no sé escribir para agradar a todos por igual.

Así que lo he vuelto a hacer, he vuelto a crear algo raro y diferente que espero que os guste tanto como todo lo demás. No tengo una estrategia, yo solo cuento historias.

Por eso siempre os daré las gracias a todos vosotros en primer lugar, por apreciar la diferencia, por esperarme con tanta ilusión. Ninguna de estas historias sería la misma sin vosotros, mis lectores. Gracias por estar, gracias por seguir.

A mi familia, que siempre vive con curiosidad a la espera de que le revele algo de lo que esconden las páginas en blanco, y por ayudarme en la decisión más difícil, la de continuar cuando todo el mundo parece decidido a no dejar que lo haga.

A mis incondicionales, a Jessica, a Cristina, a Raquel, a Eva y a mis Románticas del Norte, que me han enseñado el tamaño que tiene una vaca real (nunca revelaré dónde puse a dormir Matilda la primera vez, pero ellas, sin duda, no lo van a olvidar).

Gracias a ti que te has quedado hasta el final. Nos vemos en las letras.